JUN 11 1945

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Volumen IX | Mayo de 1945 | Número 18

LATIN-AMERICAN SETS

BIBLIOTECA HISTORICA MEXICANA DE OBRAS INEDITAS. Series I & II in 35 vols. México, 1936-1944. bound $200.00

BOLETIN BIBLIOGRAFICO. Publicado por la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. 48 nos. 1923-1944. unbound 72.50

CARBONELL, J. M. Evolución de la Cultura Cubana. (Edición oficial.) 18 vols. La Habana, 1928. bound 87.50

CUBA CONTEMPORANEA. Revista Mensual. Nos. 1-176 complete. 1913-1927. unbd. 200.00

HOSTOS, E. M. DE. Obras Completas. 20 vols. Habana, 1939. unbd. 35.00

IZAGUIRRE, B. Historia de las Misiones Franciscanas y Narración de los Progresos de la Geografía en el Oriente del Perú. 14 vols. in 13. Lima, 1922-1929. unbd. 100.00

LECUNA, V. Cartas del Libertador. 10 vols. Caracas, 1929-1930. unbd. 75.00

LIBROS DE CABILDOS DE LIMA. 12 vols. Lima, 1935-1943. 4to. unbd. 300.00

MANNING, W. R. (Ed.) Correspondencia Diplomática de los Estados Unidos concerniente a la Independencia de las Naciones Latinoamericanas. 3 vols. in 6. B. A., 1930. unbd. 22.00

PALCOS, A. Grandes Escritores Argentinos. 100 vols. B. A. n. d. bound 135.00

PERU. Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores. 1904-1941, complete. 38 years in 155 numbers. Lima. unbd. 335.00

ROXLO, C. Historia Crítica de la Literatura Uruguaya. 7 vols. Montevideo, 1912. bound 21.00

SELECCION SAMPER ORTEGA DE LITERATURA COLOMBIANA. 100 vols. & index. Bogotá, 1935-37. unbd. 90.00

SUR. Revista Trimestral. Publicada bajo la dirección de V. Ocampo. Nos. 1-117, in 39 vols. B. A., 1931-1944. bound 125.00

TOWNSEND, C. H. T. Manual of Myiology. 12 vols. São Paulo, 1934-1942. unbd. 55.00

All are available from stock. A complete list of sets on hand will be sent on request.

G. E. STECHERT & CO.

(Alfred Hafner)

31 East 10th Street. New York 3, N. Y.

MEMBERS AND SUBSCRIBERS

THE *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* was organized in 1938 in order to advance the study of Iberoamerican Literature, and to intensify cultural relations among the peoples of the Americas.

To this end, the Institute publishes the REVISTA IBEROAMERICANA, and it maintains Standing Committees to facilitate: the coordination of linguistic and literary research; the promotion of cultural relations; the creation of chairs of Iberoamerican Literature in the United States, and of chairs of North American Literature in Iberoamerica; and the printing of notable books by Iberoamerican authors —in their original languages and in English translation—, and of works of erudition and text books for teaching.

Members of the Institute meet every two or three years, and are of two categories: regular members who pay $4.00 a year, and *Patron Members* who pay a minimum of $10.00 a year.

Institutions such as universities, colleges and libraries will become subscribers (at $4.00 a year), or *Subscribing Patrons* (at a minimum of $10.00 a year) without holding membership in either case.

Regular members and suscribers receive the incoming issues of the REVISTA IBEROAMERICANA free, but *Patrons* (whether *Members* or *Subscribers*) receive in addition all the incoming publications of the Institute, such as the CLASICOS DE AMERICA, the MEMORIAS of the Congresses, etc., and their names will be printed in the REVISTA IBEROAMERICANA at the end of the year.

NOTICE

We hope that you will become a member of the Institute, and if you cannot become one of its **Patrons** we urge that you obtain a **Patron Subscription** for your school library, which then will receive the full cultural benefit of our publications. Let us count upon your cooperation.

Name of regular member or subscriber ($4.00).....
.....

Name of Patron Member or Subscriber ($10.00, minimum).....
.....

Address in full.....

Please make your checks payable to the **Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana** and mail your dues to Dr. Martin E. Erickson, Treasurer, — Louisiana State University, Baton Rouge, La., **the only person with whon you are to deal in matters relating to the circulation and distribution of all the publications of the Institute.**

SOCIOS Y SUSCRITORES

EL *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* se organizó en 1938 con el fin de adelantar el estudio de la Literatura Iberoamericana, e intensificar las relaciones culturales entre todos los pueblos de América.

Con este fin, el Instituto publica la REVISTA IBEROAMERICANA, y mantiene Comisiones Permanentes encargadas de facilitar: la coordinación de investigaciones lingüísticas y literarias; el intercambio cultural; la creación de cátedras de Literatura Iberoamericana en los Estados Unidos, y la de cátedras de Literatura Angloamericana en Iberoamérica; y la publicación de obras notables de autores iberoamericanos —en el idioma original y en traducción inglesa—, y la de obras de erudición y textos de enseñanza.

Los socios del Instituto se reúnen en Congresos cada dos o tres años, y son de dos categorías: el socio de número, cuya cuota anual es de *cuatro dólares* en los Estados Unidos y de sólo *dos dólares* en los demás países; y el *Socio Protector,* cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año.

Las bibliotecas, colegios, universidades y demás instituciones que, sin ser socios, sí favorecen al Instituto, son de dos categorías: el suscritor corriente, cuya cuota anual es de *cuatro dólares* en los Estados Unidos y de sólo *dos dólares* en los demás países; y el *Suscritor Protector,* cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año.

La REVISTA IBEROAMERICANA se sirve gratuitamente a los socios de número y a los suscritores corrientes del Instituto, pero tanto los *Socios Protectores* como los *Suscritores Protectores* reciben, además de la revista, las demás publicaciones que vayan saliendo, tales como los CLASICOS DE AMERICA y las MEMORIAS, y sus nombres se publican en la REVISTA IBEROAMERICANA al fin de cada año.

ADVERTENCIA

El Instituto invita encarecidamente a quienes simpaticen con los fines que persigue, a que se hagan cuanto antes, ora socios, ora Protectores de él. Quienes así lo apoyen deben enviar su cuota anual, **por adelantado,** en forma de giro postal o bancario pagadero al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y por conducto del Dr. Martin E. Erickson, Tesorero —Louisiana State University, Baton Rouge, La.—, **que es la única persona encargada de la circulación y la distribución de las publicaciones del Instituto.**

La REVISTA IBEROAMERICANA establecerá el canje con otras publicaciones análogas cuando así lo solicite por escrito, **y siempre y cuando el canje se haga por el conducto único de su Jefe de Redacción, Dr. Carlos García-Prada, University of Washington, Seattle-5, Wash.**

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Publicación a cargo de:

Carlos García-Prada: Jefe de Redacción
University of Washington, Seattle-5, Wash.

Francisco Monterde: Director Técnico
Universidad Nacional de México, México, D. F.

Redactores:

John E. Englekirk
Coordinador de Asuntos Inter-Americanos
Commerce Building, Nº 7718
Washington, D. C.

Andrés Iduarte
Barnard College
Columbia University
New York, N. Y.

Gastón Figueira
Magallanes Nº 1070
Montevideo, Uruguay

Raimundo Lazo
Universidad de La Habana
La Habana, Cuba

Henry A. Holmes
College of the City of New York
New York, N. Y.

Sturgis E. Leavitt
University of North Carolina
Chapel Hill, N. C.

E. Herman Hespelt
(Sección de Anuncios)
New York University
New York, N. Y.

XUM

Mesa Directiva del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

PRESIDENTE

Arturo Torres-Rioseco, University of California, Berkeley, Cal.

VICEPRESIDENTES

J. R. Spell, University of Texas, Austin, Texas.
Raimundo Lazo, Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
Mariano Picón-Salas, Embajada de Venezuela, Washington, D. C.

SECRETARIO

John A. Thompson
Louisiana State University
Baton Rouge, La.

TESORERO

Martin E. Erickson
Louisiana State University
Baton Rouge, La.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Carlos García-Prada
University of Washington, Seattle, Wash.

DELEGADOS

Julio Jiménez Rueda y Miguel N. Lira, *México*; Roberto Brenes-Mesén, *Costa Rica*; L. E. Nieto Caballero, *Colombia*; Arturo Uslar Pietri, *Venezuela*; Augusto Arias y Abel Romeo Castilla, *Ecuador*; Estuardo Núñez, *Perú*; Fernando Díez de Medina, *Bolivia*; Alberto Zum Felde, *Uruguay*; Cecilia Meireles y William Berrien, *Brasil*; Raimundo Lida, *Argentina*; Raúl Silva Castro y Norberto Pinilla, *Chile*; David Vela, *Nicaragua*; Catalino Arrocha, *Panamá*.

COMISIONES PERMANENTES

I. Sección de Coordinación de Investigaciones Lingüísticas y Literarias:
Presidente: E. K. Mapes, State University of Iowa, Iowa City, Ia. Vocales: L. B. Kiddle, Julio Jiménez Rueda, Eduardo Neale Silva, Raúl Silva Castro.

II. Sección de Bibliografías:
Presidente: Ernest A. Moore, University of North Carolina, Chapel Hill, N. C. Vocales: Madaline Nichols, Ralph Warner, Fermín Peraza Sarausa, C. K. Jones.

III. Sección General de Publicaciones:
Director: Carlos García-Prada, University of Washington, Seattle, Wash. Vocales: Sturgis E. Leavitt, Angel Flores, L. B. Kiddle, John E. Englekirk.

SUBCOMISIONES

Revista Iberoamericana, Carlos García-Prada, Jefe de Redacción.
Clásicos de América, Carlos García-Prada, Editor; Coeditores, Arturo Torres-Rioseco, William Berrien y Mariano Picón-Salas.
Obras de Altos Estudios Literarios y Lingüísticos, Editor, Sturgis E. Leavitt; Coeditores, Otis H. Green, Irving Leonard, Astrojildo Pereira y Pedro Henríquez Ureña.
Traducciones: Angel Flores, Editor; Coeditores: Harriet de Onís, Katherine Anne Porter, Duddley Poore y G. W. Umphrey.
Diccionarios: Editor, L. B. Kiddle.

IV. Sección de Intercambio Cultural:
Presidente: John A. Crow, University of California, Los Angeles, Cal.
Vocales: Lawrence Dugan, Concha Romero James, Alberto Lopes y William Berrien.

Esta Revista aspira a constituir, gradualmente, una vital representación de los grandes valores espirituales de la creciente cultura iberoamericana.

Sus directores, así como el Instituto, quieren hacer vivo el lema que cifra el ideal de su obra: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

Se reflejará en sus páginas una clara imagen del pensamiento de Iberoamérica.

SUMARIO

ESTUDIOS

CAMPIO CARPIO: Ideas estéticas en las Antologías de Carlos García-Prada 209

NICOLÁS BAYONA POSADA: Rafael Pombo . . 217

PEDRO GRASES: Don Andrés Bello y el Poema del Cid 243

ESTUARDO NÚÑEZ: A los 25 años de la desaparición de dos grandes escritores peruanos . . 287

JOSÉ SÁNCHEZ: Círculos Literarios de Iberoamérica 297

PHOCION SERPA: Manuel Antônio de Almeida . 325

RESEÑAS

GASTÓN BAQUERO: *Cristóbal Colón*, por Armando Alvarez Pedroso 357

CARLOS BETANCUR ARIAS: *El árbol que canta*, por Pablo H. Vela Eguez 359

WILBERTO L. CANTÓN: *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, por Juan Larrea . . . 360

———. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, por Alfonso Reyes 363

GASTÓN FIGUEIRA: *Aspectos de literatura brasileira*, por Mario de Andrade 364

———. *Don Silenio*, por Alberto Córdoba . . 365

———. *Solo en el tiempo*, por Gonzales Carbalho 366

———. *Poesías completas*, por Ricardo Jaimes Freyre 367

———. *Rodeada está de sueño*, por Eduardo Mallea 368

———. *Los modernistas*, por Víctor Pérez Petit . 369

———. *El jardín de Pampinea*, por Víctor Pérez Petit 370

———. *En la Atenas del Plata*, por Víctor Pérez Petit 370

———. *Poemas*, por Menotti del Picchia . . 371

———. *Alazán viejo*, por Roberto Uballes . . 373

PEDRO GRASES: *Bello*, por Gabriel Méndez Plancarte 373

ADELA JAUME: *La niña de Guatemala*, por Máximo Soto Hall 376

FÉLIX MOLINA TÉLLEZ: *Emoción y sentido de mis llanuras*, por Blanca Irurzun 377

RICARDO TUDELA: *Transitable cristal*, por Eduardo González Lanuza 379

BIBLIOGRAFÍA

RENATO ROSALDO: Notas bibliográficas sobre la obra poética de D. José María Roa Bárcena . 381

INFORMACIÓN

JULIO JIMÉNEZ RUEDA: Enrique Díez-Canedo . 391

Vol. IX. México, D. F., 15 de mayo de 1945 Nº 18

ESTUDIOS

Ideas Estéticas en las Antologías de Carlos García-Prada

ABANDONANDO su propia obra en tanto desarrolla un ciclo de divulgación de joyas literarias que hiciéronse carne y espíritu irresistible en él, este catedrático de literatura en la Universidad de Washington, viene cumpliendo, con método, seriedad y sentido crítico poco comunes en nuestra generación, una labor a la que los próximos tiempos han de hacerle justicia. Atosigado de entusiasmos y de quehaceres, en ahogos de ideas que trata de desenvolver con meticuloso rigor; arrastrado por el ímpetu creador de una voluntad que rompe con todas las reglas y avanza sin ver lo que deja atrás realizado, está cumpliendo una misión digna de alabanza en el terreno de la literatura.

Puntal en el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que un grupo de profesores en ideas afines han convertido en instrumento de cultura, único en lengua castellana, García-Prada acomete una labor múltiple, de la que son testimonio elocuente sus ensayos y selecciones de poetas que viene publicando, con tanto mayor cariño cual si fueran creación exclusiva de su ingenio. E impregna de una tal dosis de cariño y de bondad esta obra que sin interrupción prosigue, que denotan en este autor a un gran humanista, en nuestros tiempos humanitaristas.

Una obra monumental, *Antología de líricos colombianos*, que diera a la estampa en 1937, marca la pauta a toda una labor futura. En dos apretados volúmenes de más de 800 páginas, García-Prada recoge lo más vivo y bello de la poesía de Colombia, pueblo de poetas, que "por eso se ha librado de la crueldad", que "ama la libertad y la justicia y siente el ansia invencible del ideal". En esta antología poética, en que figuran composiciones de vida eterna, tomadas del gran caudal lírico de aquel pueblo que, según dos versos de Olegario V. Andrade, "parece señalar a las naciones — la inagotable juventud del mundo", certifica García-Prada, en una extensa introducción de apretada prosa a la que hay que recurrir cuando se quiera seguir el estudio y evolución literarios de aquel país, que los colombianos se han distinguido especialmente por su constante y fervoroso culto de la poesía, que los coloca, "según unos en un plano inferior de primitivismo emocional y, según otros, en un plano privilegiado y lleno de esperanzas y futuras realizaciones".

Consigna que la tierra colombiana "es propicia para el vuelo lírico, el ensueño, la contemplación gozosa y expresiva y el dinámico equilibrio del espíritu". La poesía allí "no es ejercicio de literatos ni patrimonio exclusivo de nadie, pues a todos nos inspira y consuela, y nos regala sus mieles, generosa y gentil. Aquí, de las clases humildes e ignorantes han surgido poetas de numen noble y fecundo, y de las clases cultas, cantores de sencilla y natural tendencia popular. Alejados en parte del bullicio industrial y comercial de nuestro siglo, y ajenos al mezquino hedonismo que caracteriza su civilización mecanística y tambaleante, los colombianos seguimos hechizados por los ritmos y las imágenes poéticas en que se recrea nuestra libre fantasía juvenil". ¡He aquí todo un mensaje!

Agrega García-Prada: "somos un pueblo caballeroso, y nuestra poesía es romántica en su esencia" ... y "busca su inspiración en la naturaleza, infundiéndola de un subjetivismo trascendental y simbólico" ... "que es ya preludio del futuro advenimiento de una nueva religiosidad de índole espiritual y científica al mismo tiempo." La poesía colombiana "tiene todas las características esenciales de la romántica; melancolía y nostalgia del pasado y ansia invencible de infinitud y de eternidad; correspondencia entre el arte y la vida; visión de las cosas más allá de sus apariencias sensibles". Posee "amor a la historia de su pueblo" ... "desequilibrio emocional y filosófico y, sobre todo, musicalidad más bien que plasticidad, y contem-

plación emocionada de la naturaleza, que encarna todas las libertades y todas las armonías y cuyo sentimiento primitivista y enérgico, en sus primeras manifestaciones, se va haciendo cada vez más suave, íntimo y sagrado".

Recalca García-Prada que el sentimiento de la naturaleza es muy notable en la lírica colombiana, respondiendo a una admiración profunda hacia cuanto le rodea. A este fenómeno quizás convergen el estado físico de la nación "bañada por dos mares y surcada por muchos ríos"; país tropical, que "comprende todos los climas geográficos del mundo, desde el frío de las cumbres andinas hasta el ardiente de las playas marítimas y que da habitación a una flora y fauna incomparables. Su paisaje es, por lo tanto, de una infinita variedad, que desafía los más finos poderes descriptivos del hombre, y causa en él impresiones de orden muy diverso y aun contradictorio".

Acusa que el paisaje colombiano es la única realidad del país. Frente al sublime espectáculo de imponencia que entraña la cordillera andina, aparecen los páramos "donde parece haberse recogido para siempre una tristeza honda y silenciosa como alguna fuerza primitiva, cósmica, que fuese al mismo tiempo religiosa e íntima melodía". Paisaje irresistible que subyuga y mece al hombre en cuna de lirismo, ya melancólico, ya esencialmente rebosante de sana alegría, como en explosiones de áurea beatitud.

A través de su meduloso estudio, García-Prada señala que la poesía colombiana entraña "un nuevo paganismo que persigue el cultivo integral y armonioso del ser humano y ama la elegancia y el vigor, o inicia ya un cristianismo más espiritual que teológico, o experimenta un afán indeciso de superación que despliega sus alas a todos los vientos y abre los ojos a toda luz, alimentando en silencio la llama que nos ilumina y nos promete la llegada del Maestro futuro". Establece una clasificación entre poesía individualista y esencialmente romántica, así como se extiende sobre su estética; se ocupa en definir que todo arte, en último análisis, es siempre poético; del sentido específico del verso, la música que lo orienta y lo mide, de las relaciones psicológicas que son comunes al arte y a la vida, para afirmar que cada "raza humana tiene su propio sentido del ritmo, y su propia onda de conciencia", de manera que no es de admirar que existan en la tierra tantas formas artísticas, ni de sorprenderse, si a veces los hombres de una raza no pueden sentirse "en presencia

de los fenómenos artísticos de otra raza, o de otra época, pues el ritmo evoluciona como la vida, como la realidad".

Se extiende luego acerca del valor que entraña el significado de la palabra, que le da motivo para acertadas disquisiciones evocativas provocadas por los sonidos y los ritmos "poéticos que pueden herir o acariciar el tacto con sus hondas ondulaciones". Se refiere a la unidad, la variedad y la armonía, para concluir que "cada una de las bellas artes tiene sus medios propios de expresión, y casi nunca puede ninguna de ellas invadir el reino de las demás, como nos lo enseña la historia".

Como se observa, hay en dicha introducción tal cúmulo de ideas y sentimientos estéticos, y está galvanizado este estudio de un aire y una vida tan purificados, como riqueza de expresión, que en este orden abre ancho campo a sus emociones humanas. Campea un espíritu de libertad en todas sus formas y se halla dotada de un ritmo de vida, que palpita en todas sus páginas, y ha de manifestarse en toda su obra posterior. Cada uno de los poetas que integran la citada *Antología* va precedido de una somera nota biográfica y bibliográfica, que tornan esta obra de un valor todavía más acabado y amplio, demostración de su gran competencia en la materia.

Iniciando la serie don José Joaquín Ortiz, recorre los diversos ciclos y generaciones de la poética colombiana hasta llegar a Germán Pardo García, bajo cuya inspiración, e ilustrado con viñetas propias, abre la primera página de *Luz que flota en el olvido*, publicado en 1939, formada por sonetos de diversos autores, también colombianos de distintas épocas y de variada significación, que la convierten en una admirable y bellísima antología singular. La selección, que armoniza en sus ciento veinte sonetos con el título simbólico que le sirve de marco, reúne dentro de un plan armónico y emocionado la obra de gran número de poetas colombianos.

A estos dos volúmenes que señalan sin discusión una de las más capaces figuras críticas y literarias del continente, con aporte de conceptos y pensamiento nuevos, cabe agregar una introducción felicísima y rebosante de ideas que precede a la *Antología poética* de González Prada, aparecida en 1940, como primer volumen de la colección CLÁSICOS DE AMÉRICA, que el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana publica. Hace derroche, García-Prada, del cariño que profesa hacia la obra de este artífice peruano y maestro de la juven-

tud continental, considerado como el más grande de los escritores que haya tenido el Perú de todos los tiempos.

Sensible y propenso a la emoción, como lo es en el fondo todo poeta, García-Prada sabe captar y exponer el pensamiento libre de tan gran figura, a quien la literatura americana tanto le debe por el aporte de normas estéticas y el acendrado lirismo que mana de toda su obra. También aquí el pensamiento humanitarista de García-Prada arranca notas de acendrado sentir que expone gradualmente, con paso rítmico, envuelto en un lenguaje expresivo que destila emoción y venerado respeto e interpreta iguales puntos de vista estéticos. Con entusiasmo inagotable, modela, emocionado, esta introducción a la voluminosa *Antología* de González Prada, cuya vida e ideas sigue paso a paso y expone con pasión: "Nacido para la inmortalidad, por virtud de su fuerza creadora y su noble actitud humanitaria, don Manuel es figura brillantísima cuyas obras y palabras tienen gran interés para la historia."

Además de una descripción amena de cada uno de sus biografiados, que realza y adquiere magnificencia en el tiempo, García-Prada acude con sentenciosas y frescas imágenes, modeladas como para vivir en eterna fiesta; y sin esfuerzos, en un estilo que marca la pauta de una destreza verbal florecida, salpicada de punzantes endechas, desenvuelve su discurso, siempre uniforme, "discurriendo por el mundo, sin cuidarse de lo que de él digan o piensen los demás", en loca carrera, amando al "viento que le trae aromas", como él mismo expresa al estudiar la personalidad de León de Greiff y ubicar el sitio que le corresponde dentro de la poesía contemporánea de América.

Su talento crítico, sagaz e inquisitivo, vuelve a aparecer al frente de *Prosas y versos*, de José Asunción Silva, segundo volumen de la colección CLÁSICOS DE AMÉRICA, también editado por el Instiuto Internacional de Literatura Iberoamericana. Aquí encuentra, en el tormento del poeta, vena filosa donde hurgar en el torrencial poético de esta figura singular en la literatura americana, que si como poeta aquilata dotes que tarde han de superarse, como prosador diestro, fino y contundente puede estimarse excepcional. Detrás de esta figura se amuralla García-Prada y ataca al arcaísmo poético runruneante y rumiante de una época en que es Silva "el primero en llevar a la poesía hispanoamericana, y con ella a la española, ciertos tonos y ciertos aires", como apuntara don Miguel de Unamuno, aires y tonos que marcaron una renovación espiritual y de estética nuevas. Adéntrase

en las vicisitudes del poeta, en sus crisis y arrebatos; en sus grandes quebrantos morales, ya en pos de afianzamiento original que le distinguiría posteriormente, ya sumido en la incertidumbre, en el decaimiento. Analiza esta lucha tormentosa en que viviera el poeta, y que le llevara al estudio de los géneros literarios más dispares y desacordes, desde el lírico al irónico y al pesimismo tenebroso, último peldaño en la escala descendente de toda personalidad; arrastrado por la fiebre de horizontes, que las más de las veces se aparecían oscuros o dejándose arrebatar por el lirismo que era su vena más sensible, más pura y armoniosa, porque era toda la vida y porvenir de este poeta incomparable.

Siguen a tales selecciones las correspondientes a Luis C. López y a Barba Jacob, poeta este último, hace dos años fallecido, que se había dirigido a sus colegas de América, imaginando que ésta "vive en una Edad Media, sin religión, y anunciando que sus poetas deben perseguir un ideal continental y aunar sus esfuerzos por lograr una vida honda, pura, espiritual", que haga de esa América "un milagro eterno de ternura, de paz y de melodía". García-Prada, al ocuparse de Barba Jacob, añade que el mayor encanto "de sus poemas reside en un aspecto insólito en la poesía castellana: bajo la castidad insospechable de la frase, como bajo el peplo de la bacante rubendariana, palpita el desenfreno de los sentidos con urgencias sutilísimas e irresistibles, que se sienten aunque no llegan a deformar la sabia melodía, noble y original"; que cultivó el verso "con seriedad de ungido, deseoso de dar su propio trigo, y seguro de que en éste tiembla la savia de los campos del Nuevo Mundo de Colón".

He aquí, someramente expuesta, la labor de un miliciano que todo lo conduce al ideal artístico y que, como todo ideal, ha de ser esencialmente, necesariamente, humano. Ya dejamos expuesto que falta su obra de volumen, pues los comentados son sólo estudios, jirones arrancados de la vida poética de los biografiados. Esta labor antológica que prosigue para divulgación de los valores literarios del continente, a la que hay que agregar *Flor de Tradiciones*, de Ricardo Palma, en colaboración con el Dr. G. W. Umphrey, da idea de una voluntad y sentimientos excepcionales, así como de una capacidad crítica, firme, justa y puesta al servicio de la libertad. No es mercenaria su pluma ni su factura está destinada a convertirse en conserva. Frente a la industrialización de la palabra, al adocenamiento servil y humillante de quienes sométense a la disecación del pensamiento,

le mimifican y momifican para la cotización, por docenas, kilos o metros, es una satisfacción grande cuando comprobamos que, pese a las dificultades originadas por la guerra, los descendientes del Tío Sam se descubren y respetan la opinión de los hombres libres, tanto en ideas estéticas como sociales. No hay muchos países bajo la bóveda celeste donde el ser humano pueda expresar sus sentimientos más íntimos. La república del Norte, sin ser excepción, es una de las garantías que harán vivir su democracia.

Esperamos de García-Prada su propia obra, reunida en volumen, que ha de situarle, sin duda, entre los mejores críticos de América.

CAMPIO CARPIO,
Buenos Aires.

Rafael Pombo

LOS TRES SOMOS EL POETA . . .

Introito

SI la poesía es, ante todo, un movimiento del alma hacia la eternidad y hacia el misterio; si en ella se encierran vislumbres de otro mundo, muy superior al que conocen los sentidos corpóreos; si brota, más que del cerebro, de las profundidades mismas de un corazón extrasensible; si todo es en ella sentimiento, y exaltación, y frenesí; si se escribe con sangre y con lágrimas en instantes que se prolongarán sobre los siglos; si lleva en sí misma, por último, destellos resplandecientes de Dios y adivinaciones de la Belleza increada, es evidente que al estudiar la obra de un poeta debe llegarse a ella como a los templos en donde mora la Divinidad: con recogimiento, con amor, con el alma abierta a los deleites inefables que se le reservan.

Muy bien que se estudien las influencias que pudieron pesar sobre un poeta; conveniente que se le desarme la maquinaria espiritual, para que pueda penetrarse en los secretos de su arte; necesario tal vez que se la fije en la época a que perteneció y en el medio ambiente en que nacieron sus canciones. Es la única manera de hacer crítica literaria precisa o, si se me permite la expresión, verdadera filosofía de la literatura. Pero todo esto, que es simplemente accidental, no debe ocupar nunca el puesto reservado para lo substancial y duradero. El botánico examina la flor, la clasifica y la diseca; más afortunado, sin embargo, se embriaga el amante con su aroma, se deleita con su color, se extasía con su frescura, y si la toma entre las manos es para que luzca, más bella todavía, sobre el pecho turgente de una virgen. A la erudición, al estudio, a la ciencia humana, debe-

mos anteponer lo que no se adquiere en las aulas ni en los libros: un alma que comprenda, un corazón que sienta.

Y es así, de alma a alma, de corazón a corazón, como la sombra de Rafael Pombo parece invitarme a analizar su poesía, poesía ligada a mí con el vínculo irrompible de los recuerdos de la infancia, de las añoranzas de la juventud, de las primeras melancolías del otoño... Seguidme, si lo queréis, en este viaje de emoción por entre jardines policromos... La puerta se ha franqueado...

El poeta de la niñez

Corrían los tiempos de mi niñez... Todos los días, en los ratos escasos que le dejaban libres las tareas del hogar, me sentaba mi madre sobre sus rodillas, y entre una caricia y un beso, entre un mimo y un halago, hacía correr ante mis ojos las páginas ya rotas de la vieja cartilla de lectura. Con interés creciente seguía yo las explicaciones cariñosas y una mezcla de placer y de orgullo me repicaba entre las venas cada vez que acertaba con la letra que me señalaba el dedo fino y blanco de la mujer inigualada. Ya me eran familiares aquella redonda con que se escribe *oveja*, aquella otra que se veía en la cartilla al lado de un colmenar frecuentadísimo, la delgada y erecta como las torres de una iglesia gótica, y esa tan dulce, tan húmeda, tan de música, tan de susurro, tan de murmullo, que se acurrucaba en el texto al pie de un racimo de uvas muy maduras.

Pero creció mi entusiasmo cuando mi padre, embelesado ante aquel cuadro familiar, me prometió un lindo premio para el día en que leyera de corrido. Muchas, muchísimas noches me tomó el sueño entre sus brazos mientras discurría y meditaba sobre lo que podría ser ese premio. Se me presentaban a la imaginación un triciclo niquelado, rápido como el que hacía mis delicias en el solar de mis primos; un traje de luces, oro y verde, tan rutilante y lujoso como el que lucía —la última tarde de toros— el más arrogante de los tres matadores; una escopeta de municiones que llevaría a los campos aledaños, para regresar a la casa cargado de *chirlovirlos* amarillos y de palomas grisáceas; un ferrocarril de cuerda que instalaría en el corredor del patio grande, aprovechando como estaciones sus extremos y como largo túnel el amplio canapé que lo señoreaba. ¡Oh, las ilusiones de la niñez, tan sencillas y tan dulces!

Llegó por fin el día anhelado. Leí sin tropiezo cuanto mi padre señaló en un periódico y, palpitante de emoción, escuché, entre un abrazo, lo que mi madre me decía blandamente: esa misma tarde se me daría el premio prometido...

Dos, tres, cuatro horas de impaciente esperar. Dos, tres, cuatro horas en que con más fuerza que nunca se presentaban a mi fantasía el triciclo niquelado y el traje de luces, y la escopeta de doble cañón y el ferrocarril de siete carros... Muchas veces salí a la puerta de la casa a avizorar la calle... ¡No, no era él!... ¿Por qué tardaría tanto mi padre aquella tarde? ¿Estaría recorriendo almacenes, o habría bajado hasta la Plaza en busca de un mozo de cordel?... Sin duda, sí... Pero... No... Doblaba ya la esquina con su pausado andar y traía, seguramente para mí, un paquete enigmático bajo el brazo...

¡Mi premio! ¡Mi premio!... Desgarré, alborozado, la envoltura, y cuatro, cinco, seis cuadernos hirieron mi retina con los vivos colores de sus portadas. Un verde renacuajo saltaba, muy de calzones y corbata, al pico abierto de un patazo felón; un gato bigotudo, puesto de pies como un cristiano, ceñía a la cintura una correa rematada por pistola medrosa; lanzaba corvo anzuelo a balde desfondado y azul un pobre sér de ojos muy tristes; rugosa viejecilla comía y más comía sin conseguir hartarse nunca, y rubia pastorcita de mejillas rosadas lloraba por la ausencia de un rebaño que se veía perderse allá, tras de los montes lejanos...

Saltando de cuaderno a cuaderno, embelesado con todos, viviendo en mí mismo aquellas vidas, leí y releí muchas veces:

Recoge su sombrerito
y bajo un sol que lo abrasa,
paso a paso vuelve a casa
con aire humilde y contrito.
"Confieso mi gran delito
y purgarlo es menester"
—dice a la madre—. "Has de ver
que nunca más seré malo.
Oh mamita! Dame palo,
pero dame qué comer!"

O aquello otro, que tantas veces me arrancó una sonrisa:

Se murió de mal de arrugas
y encorvada como un 3,

y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas, joyas, tierras, casas,
ocho gatos y un turpial.

O todavía aquello, tan alegre pero tan triste:

Y así concluyeron, uno, dos y tres,
Ratón y Ratona, y el Rana después;
los Gatos comieron y el Pato cenó,
y mamá Ranita solita quedó . . .

O la historia doliente de Simón:

A Simón bobito le gusta el pescado
y quiere volverse también pescador,
y pasa las horas sentado, sentado,
pescando en el balde de mamá Leonor.

O el cuento adorable, mi preferido desde entonces:

Pastorcita perdió sus ovejas
y no sabe por dónde andarán!
—No te enfades que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.
Y no vendrán solas, que traerán sus colas
y ovejas y colas gran fiesta darán.

Pastorcita se queda dormida
y soñando las oye balar;
y despierta y las llama en seguida
y engañada se tiende a llorar.
—No llores, Pastora, que niña que llora
bien pronto la oímos reír y cantar . . .

Todo eso leía y releía. Poco después, algo extraño pasaba en mi interior. Había comprendido, sin quererlo, que en los renglones cortos y agrupados de mis cuadernos se ocultaba una música deliciosa cuyas notas se me clavaban en el corazón como saetas. Existía también, quién sabe dónde, un mundo en el que los gatos pedían alimentos para sus almas aun a cambio de dolor para sus cuerpos; en

el que nostálgica viejecita suspiraba por algo muy distinto de los manjares de la tierra; en el que mamá Ranita lloraba con voces inefables la ausencia eterna de su Rinrín querido; en el que hablaban los ratones con un acento que parecía venir del arpa de las hadas, filtrado por entre pétalos de flores; en el que Simón, el soñador, lanzaba redes de seda al océano sin fondo del misterio, y en el que la Pastorcita buscaba entre malezas y zarzales, llenos de lágrimas los ojos y acongojado el corazón, un rebaño muy blanco, muy dulce, muy fiel, que se le perdía para siempre...

Rafael Pombo... Siempre ese nombre en mis cuadernos... ¿Quién será Rafael Pombo? ¿Pertenecerá tal vez a estirpe superior, y se hallará dotado de algún poder maravilloso? ¿Por qué puede escribir de esa manera, y conseguir que hablen las cosas y el orbe entero se rinda a sus mandatos? ¿Qué efluvio arcano alienta en él para que logre llegarse al corazón y despertar en el alma algo que no puede expresarse con vocablos? ¿En dónde su morada inmaterial, y su figura incorpórea, y el bosque etéreo en el que cantan sus ruiseñores hechizantes? ¿Vivirá en él acaso un Mago bueno, y es por eso por lo que al golpe de una varita de virtudes surgen ángeles blondos, y serafines armoniosos, y coros de vírgenes que vagan con ingrávido andar entre jardines de azucenas?

Mi curiosidad infantil no pudo contenerse por más tiempo. Clavé los ojos sobre los ojos de mi madre, azules y misteriosos como el cielo, oprimí entre las mías sus manos blancas con rayas azulosas, y paso, muy paso, le dirigí la pregunta que me llenaba el corazón:

—Mamá, mamá... ¿Quién es Rafael Pombo?...

Mi madre me contempló por un instante, me estrechó contra sí como temblando, y, sellándome los labios con un beso, me replicó entre asombrada y temerosa:

—Hijo mío... Un poeta...

Un poeta, un poeta... Mi mente de niño no pudo comprender entonces todo el hondísimo significado de esa frase. Me contenté con entrever, acaso más bien con columbrar...

El poeta de la juventud

Pasaron los años lentamente. Mi blanca niñez se fué tiñendo con un color de rosa, y ese rosado pálido, muy pálido, se oscureció hasta convertirse, de pronto, en el escarlata violento de la sangre. Comencé

a sentir dentro de mí fruiciones que antes ignoraba, anhelos que no acertaba a precisar, tristezas insólitas cuyo motivo desconocía yo mismo. Era la juventud, hoguera encendida en mi corazón y que extendía sus llamas por entre mis venas. ¡La juventud, mi juventud!

Mi mundo ideal no podía ser ya el ingenuo y candoroso de Chanchito, el Renacuajo, el Conejo, Juan Chunguero, el Pardillo. Al agua limpia y fresca prefería ahora un licor, no sabía cuál, propio para calmar una sed nueva que me devoraba, me angustiaba, se me hacía más intensa por momentos. Un mundo, sí, un mundo que desconocía hasta entonces comenzaba a mostrarme en lejanía, imprecisos aún, paisajes en los que mi corazón hallaba asilo, lugares deleitosos en los que el alma reposaba. Pero, ¿cuál, cuál podría ser ese mundo?

La suerte me condujo a una lejana población en que debía permanecer algunos días. Era en el diciembre bullicioso, uno de esos diciembres tropicales llenos de rubio sol, pletóricos de lumbre, empapados en fragancia de azahares, vibrantes con el rasgueo de los *tiples*, con el alegre canto de los villancicos, con los bambucos y guabinas bailados al pie de los *pesebres* por parejas que cuchicheaban blandamente... Atracción irresistible me fué llevando a no poderme separar de una doncella cuyos ojos oscuros y grandes ejercían en mí la fuerza de un imán sobre las limaduras del acero. Al pie suyo rezaba la novena del Niño, al lado suyo me encaminaba al río, junto de la suya se columpiaba entre el bochorno mi mecedora de mimbres; para ella cortaba las flores más hermosas en nuestras alegres excursiones, y cuando la noche nos separaba, mi corazón, lleno de ella, se tendía en el umbral de su alcoba a vigilar su sueño, lo mismo que un perro cariñoso...

Pero llegó la hora amarga. Debía regresar a mi ciudad, porque el colegio se abría y el internado me aguardaba. Por vez primera en mi existencia probé la amargura de los dolores verdaderos. Se me iba a arrancar de mi mundo, de ese mundo en donde al fin había encontrado lo que mi espíritu buscaba, para colocárseme de nuevo ante los ejercicios de lengua griega, ante los tratados de filosofía y ante aquella prosodia latina que tanto, tantísimo me fastidiaba. ¡Oh, la prosodia latina! ¿Para qué —pensaba yo— emplear horas y días en aprender que dos sílabas breves componen un pirriquio, cuando sería mejor seguir tomando entre las mías ese pirriquio inigualado de sus manecitas tan leves? Y si el yambo y el troqueo no son sino

la unión de una sílaba breve y una larga, o de una larga y una breve, ¿no formábamos un yambo y un troqueo ella y yo, y yo y ella, cuando en las horas del crepúsculo o al amparo de las noches de luna, vagábamos, cuchicheando, por entre las avenidas de naranjos florecidos?

Aquella noche que precedió a la partida no pude reprimir mis sentimientos. Arrullo primero, confesión luego, grito después, llanto en seguida, todo, en fin, lo que me saturaba el sér, brotó de mis labios, de mis ojos, de mis manos, hecho súplica y confidencia, desesperación y esperanza. El viejo ceibo que nos abrigaba pareció como agitarse blandamente; se hizo más dulce y embriagante el olor de los pomarrosos y naranjos; brotaron en el espacio estrellas que parecían sonreírnos, y en tanto que sus manos tomaban en silencio las mías y aterciopelados por el llanto se clavaban en sus ojos mis ojos, en el fondo de nuestras almas reventaba la primavera del amor, con todas sus flores y sus trinos.

Las charlas en el balcón, las llamadas por teléfono, las flores chafadas en los libros, los dulces recados con la sirvienta más vieja, avivaron ese incendio pujante y convirtieron mi existencia en un perpetuo anhelo de continuo gozar, en una eterna inquietud por no sé qué... Inquietud, sí. Me hervía dentro del alma un universo gigantesco, veía mi corazón trocado en nidos de miriadas de aves, me asfixiaba con los perfumes sutiles de mis jardines interiores, necesitaba de un lenguaje inefable para expresar cuanto sentía, y era en vano mi anhelo porque no hallaba en torno mío el eco fiel de aquellos tormentos deliciosos.

Y un día leí, con emoción incontenible:

Era mi vida el lóbrego vacío;
era mi corazón la estéril nada;
pero me viste tú, dulce amor mío,
y creóme un universo tu mirada.

A ese golpe mis ojos encontraron
bella la tierra, el ánima divina;
mundos de sentimiento en mí brotaron
y fué tu sombra el sol que me ilumina.

O aquellas estrofas arrebatadas del "Extasis":

Sobre mi seno amante reclinada,
enlazados los brazos de los dos,

mi faz sobre su faz embelesada,
al través de mis ojos su mirada
parece viendo a Dios.

Al respirar, devuélveme mi aliento
mezclado con su aliento de jazmín;
y sin que hablen las bocas un acento
grita nuestro silencio un juramento
de amor, de amor sin fin . . .

O, todavía, las quintillas inmortales del "Siempre":

Bien pueden su hojarasca, y polvo, y hielo,
acumular los años sobre ti.
Mi corazón sacude el turbio velo
y te halla, oh dulce dádiva del cielo,
fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió El y yo he guardado
tu mejor luz en ánfora inmortal,
porque a cosas de Dios morir no es dado
y eres tú claro espíritu encarnado
en diáfano cristal . . .

¿Dónde está él? Donde tú estés. Bien sabes
que fué, por fiel a ti, conmigo infiel.
Abrelo, que en tu voz están sus llaves,
pero al mirarte en su cristal, no laves
lo que escribiste en él . . .

Al pie de todos estos versos un nombre que me era familiar: Rafael Pombo. Y de la misma manera que, de niño, embelesado ante las estrofas de "El renacuajo paseador" y de "La pobre viejecita", le había preguntado a mi corazón la causa de lo que en mí despertaban, también, ya joven, dialogué conmigo mismo muchas veces sobre el contenido emocional de lo que entonces repetía sin descanso. ¿A qué hora penetró a lo íntimo de mi sér Rafael Pombo y extrajo de allí mis sentimientos más profundos? ¿Cómo logró él expresar con palabras lo que dicen mis ojos con su llanto y el alma toda con un gemido imperceptible? ¿Por qué cuando repito aquellos versos los siento míos, míos propios, como si los hubiera compuesto para Ella? ¿Por qué desea Pombo lo que yo deseo, y sufre con lo que sufro, y llora por lo mismo que lloro, y sueña los sueños que yo sueño? ¿Quién es, por Dios, Rafael Pombo?

XUM

Y el corazón me recordó la respuesta aquella de mi madre, en la sala de la casona vetusta:

—Hijo mío, un poeta...

El poeta del otoño

Todo aquello pasó, para no volver nunca. Votos de confianza en Dios, frutos de aquel amor de juventud, mezclas sagradas de la sangre de mi compañera y de la mía, se agrupan ahora los chiquillos en torno de nosotros dos, al amparo del calor familiar, en la intimidad confidente del cuarto de costura o de mi pieza de escritorio. La mayorcita se sienta al lado mío, me agasaja, me mima, y me dice después muy al oído:

—Papacito, ¿me prestas los cuadernos?...

Sin esperar respuesta (ella la sabe) toma de mis gavetas un paquete ya viejo, lo desenvuelve con cuidadoso esmero, y comienza a leerles a sus hermanos:

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,
salió esta mañana, muy tieso y muy majo,
con pantalón corto, corbata a la moda,
sombrero encintado y chupa de boda.
—Muchacho, no salgas!—le grita mamá,
pero él hace un gesto y orondo se va...

—¡Ese no!— grita entonces el más travieso de los chiquitines—. ¡El del gato! ¡El del gato!

Y mi muñeca rubia lee entonces:

Michín dijo a su mamá:
—Voy a volverme Pateta,
y al que a impedirlo se meta
en el acto morirá.
Ya le he robado a papá
daga y pistolas; ya estoy
armado y listo; y me voy
a robar y a matar gente.
Y nunca más, ten presente,
verás a Michín desde hoy!...

Los ojos de mi compañera buscan los míos y hay una mirada que lo dice todo. Niñez ya ida para siempre, ensueños juveniles que

empiezan a marchitarse en el alma, primeras ráfagas del otoño que precede al blanco invierno. Y recuerdos, recuerdos, recuerdos... El altar adornado de blanco, el primer beso, una ilusión oculta lo mismo que un secreto inexpresable, y esa ilusión vuelta vagido entre los azules cortinajes de las cunas. Después mi padre muerto, sepultada mi madre, el ataúd de nieve al lado del tálamo nupcial... Un rescoldo vivaz ha sucedido al fuego humeante, y la luz de ese rescoldo comienza a alumbrar nuestro interior con la melancólica lumbre del poniente.

Y de las intimidades de mi sér, se escapan entonces los cuartetos deliciosos:

Como Fray Luis tras de su largo encierro
"Decíamos ayer" también digamos.
¿Han pasado años? En la cuenta hay yerro
o nosotros con ellos no pasamos.

Donde ayer lo dejamos, dulce dueño,
recomencemos. Recogiendo amantes
los rotos hilos del antiguo ensueño
sigamos arrullándolo como antes.

Respetuosa apartemos la mirada
de tumbas que hay entre partida y vuelta,
y si hubiera una lágrima ya helada
ruede al calor del corazón disuelta.

Olvidemos la herrumbre que en el oro
de la rica ilusión depuso el llanto,
y los hielos que pálido, inodoro,
dejaron el jardín que amamos tanto...

Mírame en estos ojos que tu imagen
extáticos copiaron tantas veces.
Allí estás tú sin lágrimas que te ajen
ni tiempo que interponga sus dobleces.

Búscame sólo allí, que yo entretanto
en los tiernos abismos de tus ojos,
torno a encontrar mi disipado encanto,
la juventud que te ofrendé de hinojos...

Y esa es la juventud: el fugitivo
presagio de la eterna, que al conjuro

vuelve de Amor, como en miraje esquivo,
a enseñarnos un bien siempre futuro . . .

Siguen los chiquitines retozando, y fingiéndose cada cual, o Juan Chunguero, o la gata Mirringa Mirronga, o el Chumbipe, o hasta el mismo Conejo aventurero. Mi compañera y yo no necesitamos, como los niños, de forjarnos un universo ideal: estamos contemplando entre nosotros mismos el cosmos que dejamos atrás, iluminado ahora por el fulgor penumbroso de los recuerdos.

Aún veo sobre el carbón de tus pupilas
el arrebol fascinador de ocaso;
veo la vacada, escucho las esquilas;
va entrando en el redil paso entre paso.

Escucha recelosa de la sombra
la blanda codorniz que al nido llama,
y al sentirnos parece que te nombra
y que por verte se empinó en la rama.

Escúchate a ti misma en el concento
de aquella fiesta universal de amores,
cuando nos coronaba el firmamento
ciñéndonos de púrpuras y flores.

Los mágicos endecasílabos de Pombo siguen corriendo suavemente sobre las heridas de nuestros corazones, a la manera de un bálsamo que torna el dolor cruel en cierto espasmo deleitoso; una grata melancolía nos envuelve como en blanduras de raso, y la palabra se convierte en mirada, y la mirada en beso, y el beso en suspiro . . .

—Hijo mío, un poeta . . .

El poeta popular

Pero la niñez, la juventud, la edad madura, son ideas generales y abstractas que no pueden separarse jamás de otras ideas, concretas ellas sí y esencialmente inconfundibles. ¿En dónde corrió la niñez? ¿A qué lugares fuimos, de niños, en bullicioso paseo? ¿En qué sitio preciso se cruzaron nuestros ojos con los ojos de Ella? ¿Qué árboles escucharon las confidencias de nuestro amor, cuando vagábamos del brazo por los campos? ¿Cómo era, cómo era aquella tarde en que

sus labios se juntaron por la primera vez con los nuestros?... Y el corazón pide entonces algo más que la imagen escueta de una madre, de una doncella, de un niño. Desea oír de nuevo el airecillo popular que aquella noche surgía de las bandolas; anhela extasiarse una vez más ante la policromía taumaturga de aquel bosque que presenció los idilios; busca afanoso el olor que emanaba de los jardines durante aquellas horas de arrobo; pretende grabar, como en una placa fotográfica, todo cuanto le es querido y casi necesario para la vida.

Rafael Pombo sintió en el centro del alma este mandato irresistible. Aguzó los sentidos corporales para ver, oír, palpar, gustar, oler, con más intensidad y más cariño que nadie, ese mundo real que sólo era el escenario maravilloso del universo ideal de sus ensueños. Vió los paisajes que le eran caros, aspiró los aromas que le recordaban otros días, contempló las escenas que le habían conmovido, palpó los árboles que guardaban sus nombres, gustó las frutas que cogía cuando niño, oyó las voces que le habían arrullado muchas veces... En las fibras más hondas del corazón le resonó todo aquello, embellecido, y del corazón saltó a la pluma, trocado en estrofas en las que, por obra de la sinceridad, quedó prisionera el alma misma del terruño:

Cuánto diera el gran señor
del más pomposo castillo
por un árbol, el peor,
de esos que tumba un pastor
para probar su cuchillo,

y al hacer su parque un rey
qué diera por una calle
de esas de *mayo* y *copei*
por las que baja la grey
al verde fondo del valle!

El plátano y el *anón*
brindan aquí al peregrino,
sombra para su camino,
pan para su inanición,
para su sed fresco vino...

Vilandas y *venturosas*
aroma en su aliento exhalan,

y allí en selvas misteriosas
harén de silvestres rosas
lo besan y lo regalan.

Oye el zumbido del río,
del valle eterno cantor,
y no le turba el chirrío
que hace, cumbrando el bajío,
el trapiche volteador . . .

Y luego el aire popular, en toda la belleza de su verdad:

Siga la rueda
del torbellino,
que en la arboleda
ya rueda el trino
del gurrumino
curruculá:
el adivino
del matutino
sol asesino
cuando en lo fino
ya entrando va.
Tray-la-ra-lá!

Ya el alba ufana
sabrosa mana
su fresco aroma
de mejorana,
y la paloma
dice al palomo:
—Piquito romo.
Curuculá . . .

Y ande la rueda del torbellino,
del torbellino
que no la exceda
la de un molino!
Ande y suceda
lo que suceda
que ésta es la rueda
de amor ladino,
y todo indino
la pagará . . .
Tray-la-ra-lá!

El airecillo popular, sin embargo, le ha hecho recordar algo más bello. Era en su fresca juventud, allá en las márgenes del Cauca, entre el aroma de los azahares, en una noche en que la luna se levantaba como hostia blanca sobre copón cerúleo de las montañas distantes. Había doncellas de ojos fúlgidos, había galanes que les decían ternezas, había frescura en el ambiente, y había, como alma de todo, una música extraña, desgarradora e incierta, que parecía brotar más de los corazones que de las bandolas, menos del *tiple* sonoro que de las entrañas palpitantes de la naturaleza... Y el recuerdo se aviva, se ensancha, se ennoblece, se diviniza, hasta que no cabiendo ya dentro de Pombo salta, de pronto, vuelto las redondillas más bellas que se hayan escrito en castellano:

Era una noche de aquellas
noches de la patria mía,
que bien pudieran ser día
donde no hay noches como ellas.

El terciopelo mejor
al del cielo no igualaba,
ni estrella alguna faltaba
a esa gran cita de amor.

Oíanse los bramidos
del Cauca y sus reventones,
como enjambre de leones
celosos o mal dormidos.

Y el aura circunvolante
embalsamaba el lugar
de albahaca, de azahar
y de jazmín embriagante.

Ñapangas que por modelo
las quisiera un escultor
giraban en derredor
de las lámparas del cielo.

De indianas y de españolas
las perfecciones lucían,
lindas, ¡ay!, que parecían
enamorarse ellas solas...

Rica tez, mórbido pecho,
nada de afeite o falsía,

que el arte no enmendaría
lo que hizo Dios tan bien hecho.

Contra el talle del jazmín
un brazo en jarra elegante,
caído el rostro adelante
sofaldaba el faldellín.

Y era de verse el candor
de esos rostros de ángel, cuando
iba en los pies retozando
un demonio tentador.

Y qué pies! Ni el mameluco
sultán mejores los vió:
el Diablo los inventó
para bailar el bambuco.

Se alternaban pulcramente
hincando rápida huella,
y ondulaba toda ella
la fascinante serpiente.

Al compás del tamboril
con la bandola armoniosa,
y a la venia respetuosa
del desafiador gentil,

una por una salía,
hacia su galán derecha,
y él, la boca almíbar hecha,
aguardando parecía.

Mas con *sandunga* imanada,
ella escapando del pillo,
como el boa al pajarillo
le atraía en retirada . . .

Pero, ¿a qué continuar transcribiendo? Testigos de escenas semejantes, pobladores de sitios iguales en todo a los descritos, organismos que llevamos el bambuco hasta en los glóbulos rojos de la sangre, sentimos en este instante que arden nuestras almas como estopa en el fuego vibrante de las estrofas arrobadoras . . . Lamentos de una raza vencida, pulsaciones de nuestra propia tierra, alegrías que se entristecen de pronto, tristezas que se hacen alegres de repente, todo, todo resucita al conjuro de estos versos, segundo himno

nacional de Colombia. Y el corazón rebosante de terruño, parece que nos habla para decirnos lo que ya comprendemos:

—Un poeta, hijo mío, un poeta...

El poeta de la patria

Pero los recuerdos de la niñez, las añoranzas de la juventud, las melancolías mismas del ocaso, todo eso que, relievado por el paisaje y por la música, constituye la esencia de nuestros seres y la razón terrenal de nuestras existencias, se expresa en los idiomas de los hombres con una palabra que concisa lo que parecía imposible de concisar. Juntemos en una sola emoción nuestra niñez, nuestros juegos, nuestro padre, nuestra madre, la novia de la juventud, los sitios en donde con ella paseamos, nuestras alegrías, nuestras angustias, nuestras esperanzas, hasta las fragancias y los ritmos que nos placen con más veras, y a las bocas vendrá la palabra que lo dice todo en dos sílabas: ¡Patria! ¡Patria!

Un corazón como el de Rafael Pombo, abierto a todos los vientos del espíritu, no podía menos de vibrar con el corazón de su patria, la de los bambucos, la de las selvas, la de las mujeres hermosas, la de los héroes ilustres. Las aventuras mismas del Gato bandido, las de Rinrín el Renacuajo, las de la mismísima Pastorcita, hablaban ya a la imaginación infantil de algo que el niño empezaba a comprender confusamente. ¿No regresaba Michín a su propia ciudad o a su propio pueblo, al lado de una madre que habitaba allí desde hacía muchos años? ¿No era mamá Ranita la pobre anciana para quien todo se reducía al ancho estanque poblado para ella de remembranzas? ¿No se habían perdido a Pastorcita unas ovejas, iguales en todo a las que triscaban en el potrero de enfrente, al pie de los árboles centenarios que las habían visto nacer? ¿No hablaban todos en la misma lengua, aprendida sobre las rodillas de la madre?...

Crece el niño, y un día le enseñan a cantar en el colegio, al són de una corneta y un tambor:

Adelante, valientes muchachos:
suenen cajas, y trompas, y cachos;
bata el viento los rojos penachos;
vista al frente y al hombro el fusil!
Adelante, cachorros intrépidos!
Rataplán, rataplán, rataplín!

Pero al ver ese viejo soldado
que le dió media pierna al Estado,
y quedó sin fortuna y baldado
porque el pueblo viviera feliz,
presentadle las armas, dad vítores
y las palmas del triunfo batid.
Rataplán, plín, plán!
Rataplín, plán, plín!

Suplicadle que cuente la historia
de esos días de muerte y de gloria,
lanza y fuego, derrota y victoria,
hambre y sed de amarguras sin fin.
Y que pase revista al ejército.
Rataplán, rataplán, rataplín!

Adelante, marchad veteranos!
Pero nunca enrojezca esas manos
sangre nuestra de amigos y hermanos
en interna, sacrílega lid!
Guardad toda la furia y la pólvora
contra el que ose la Patria invadir!
Rataplán, rataplán, rataplín!

¡Es la Patria! ¡Es Colombia! Sigue el niño leyendo, y otro día encuentra en su libro de lectura una composición que le entusiasma:

Quién pudiera, como otros,
referir a nuestra edad:
Vi a Nariño en Calibío
y vi a Ortiz clavando audaz
su pendón en la Cuchilla
junto al sátrapa real,
y caer como Leonidas
con trescientos héroes más.

Vi a Ricaurte haciendo él solo
en combate sin igual,
un Tabor para la gloria,
para Boves un volcán.
Y vi al Hombre de las Leyes
en el caos gobernar,
y de un yermo alzar un pueblo
que venciera en Boyacá.

Y vi a Sucre, el más modesto
y el más bravo Capitán,

calculando la victoria,
manejando a su rival.
Y llegando el jaque-mate
oí a Córdoba mandar
aquel paso que a la España
medio mundo arrancó audaz.

Y, oh delicia!, lo vi todo
en Bolívar inmortal
de quien dijo el gran Camilo:
"Nuestra patria en él está."
Alma y vida de sus almas,
sol de fe, de voluntad,
Dios presente en todas partes
cual segundo Jehová . . .

Por el alma del niño pasa una ráfaga candente. Las estrofas de Pombo han sacudido en él un sentimiento indefinible. Le entusiasmaron primero con la patria pinturera y alegre de los fusiles y de las cornetas, de los penachos y de los tambores; le llevaron luego, sin saber cómo, hasta las propias almas de los creadores de Colombia, y le presentan ahora a la fantasía, en un derroche de imágenes soberbias, lo que fué aquella gesta portentosa, que, comenzada en una calle santafereña, habría de terminar en Ayacucho, ante el asombro del propio Dios!

Y el niño sigue leyendo, releyendo . . . Son versos que se llaman "Queseras del Medio", "Patria y poesía", "Sucre derrotado", "La tumba de Ricaurte" . . . Allá, sobre los montes, ha comenzado el crepúsculo. Nubes gualdas, nubes púrpureas se tienden sobre el azul de la cordillera. El sol es ahora como una bola de fuego . . . Oro, azul, rojo . . . Oro divino del poniente, azul de las montañas familiares y de los ensueños más caros, rojo encendido del sol en los atardeceres de una tierra regada con la sangre de sus mártires . . . ¡La bandera de Colombia! ¡Mi bandera! . . .

El poeta religioso

Un poeta completo, diréis. Cantor de la niñez, confidente de la juventud, ruiseñor del otoño, alma del alma popular, cantor vibrante de la patria . . . Sí, pero todo eso es poco todavía. Fuera ello, no más, Rafael Pombo, y faltaría en su lira la más valiosa y la más

fina de las cuerdas. La cuerda que sólo se toca para expresar lo inexpresable.

Hay momentos, los más en nuestra vida, en que no bastan ni el amor, ni la esperanza, ni la Patria siquiera, para calmar la sed que nos devora, el hambre interna que nos desgarra las entrañas. Ante una indefinible lejanía, ante el misterio de una noche estrellada, ante el agitarse infinito de las olas, sufrimos en el centro del alma la nostalgia invencible de quien se siente ausente de sí mismo, de quien se comprende habitante de un mundo muy superior al que pisamos. Es el instante indefinible en que las cosas hablan con un acento extraño, y en que se inmaterializa la tierra para juntarse con el cielo.

Oigamos a Pombo, en lo profundo de nosotros mismos:

Están enamorándose
todas las cosas bellas,
y viento, y mar, y estrellas
se sienten palpitar.

Estrellas mil descienden
al mar, enamoradas,
y así nuestras miradas
del alma al fondo van . . .

Huyamos de la tierra,
prisión de polvo y duelo,
y hagamos rumbo al cielo
por el azul del mar.

Boguemos donde existen
las glorias que soñamos
y nunca más volvamos
al mundo a despertar . . .

¿Por qué? Sencillamente porque Pombo está dialogando con su alma, y el alma sabe secretos inefables:

Esta sublime paz que me estremece,
este silencio asombrador, profundo,
más que la hora mundanal, parece
la víspera imponente de otro mundo . . .

¿Pero acaso esta paz no es también la paz dulcísima que la contemplación de un crepúsculo había dejado en el alma del poeta?... La misma, sí... Continuemos escuchándole:

La tarde! La hora del perfecto aroma,
la hora de paz, de intimidad perfecta,
cuando Dios sobre el sol que se desploma
el infinito incógnito proyecta.

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto
es de ardiente el espíritu y profundo,
y abiertas las esclusas de lo alto
flotamos en las brisas de otro mundo...

El infinito, la eternidad: Dios. Ese es el secreto de la nostalgia que martiriza a Pombo con un martirio deleitoso. Por eso el arranque sublime, casi místico, con que inicia su "Noche de diciembre":

Noche como ésta y contemplada a solas
no la puede sufrir mi corazón:
da un dolor de hermosura irresistible,
un miedo profundísimo de Dios...

Pero la ancianidad toca a las puertas del poeta y éste se ha serenado a fuerza de contemplar el cielo. Es entonces cuando hace, la vida toda en los labios, esta divina confesión:

No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días,
oh Patria! oh casa! oh sacras Musas mías!
Silencio! Unas no son, otras me niegan!

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías,
y del rumor de ajenas agonías
sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche
y al paso que la tierra se le oculta
ábrese amigo a su mirada el cielo...

Es el canto del cisne. En la alcoba penumbrosa un lecho en donde Rafael Pombo agoniza. Al pie del lecho marchitas coronas de laurel, juguetes rotos, flores muy rojas que acaso conservan la huella de unos labios. Y sobre la baranda del lecho, como amparando a su huésped, los brazos extendidos del Crucifijo.

—Un poeta, hijo mío, un poeta...

Entre el alma de Pombo

¿Habrá necesidad de que, vaciado ya mi corazón (y el corazón será siempre el crítico mejor de los poetas), penetre, siquiera sea por un momento, al análisis literario de la obra poética de Pombo? Tal vez no. Además, ese análisis lo hizo el mismo Pombo, sin saberlo quizás:

> Si soy caucano o bogotano, acierte
> otro a decirlo, porque no lo sé...

O lo que es lo mismo, en prosa limpia: nací en Bogotá, viví en ella, aprendí a amarla, pero inolvidable permanencia en el Cauca hizo que el bogotano se caucanizara, hasta el punto de que viene a ser a un mismo tiempo caucano y bogotano... Un autoanálisis tan completo como verdadero...

Sin otra perspectiva que montes escuetos y la sabana monótona, ante vegetación poco variada, el clima frío que casi obliga al traje oscuro y al amparo de los techos amables; bajo un cielo en que las nubes se complacen en manchar el azul, y entre un ambiente silencioso que invita al semitono y a la confidencia, el bogotano adquiere, sin notarlo, una idiosincrasia especial que lo hace inconfundible y extraño. Es hogareño, amante de lo antiguo, refinado, y, por sobre todo, espiritualista. Este espiritualismo, reacción natural de la lucha entre el medio triste que le rodea y esa hambre de goces oculta en todo ser, le hace mirar los hombres y las cosas con una despreocupación y un desenfado que no permiten en su corazón la arremetida de las pasiones tumultuosas. Con un gracejo inesperado liquida todo el horror de una tragedia, y con el corrosivo de la sátira, deslie para siempre lo que le incomoda. Pero tras la alegría momentánea vuelve a sumirse en la meditación. Es porque en torno suyo todo le predispone a la tristeza, y de la tristeza se defiende con las dulzuras misteriosas de la melancolía.

El caucano, en cambio, tiene presente ante sus ojos la visión maravillosa de una tierra siempre nueva, de un medio siempre alegre, de un colorido siempre múltiple. La lucha en su espíritu no es la que entabla la tristeza de afuera con la alegría de adentro, sino la más ruda que resulta del choque entre el medio exterior, jocundo y fértil, y el corazón humano, entristecido a veces por el paisaje interior. Esta pugna violenta se sigue renovando a cada momento. Florecen los *cachimbos*, el alma sangra; canta el río, el corazón solloza, y el habitante del Cauca acaba por formarse al fin una idiosincrasia tan inconfundible como la del bogotano. En éste lo subjetivo se tiende sobre lo objetivo; en el caucano lo objetivo se subjetiviza. Dos sombras ingrávidas que vienen del misterio se juntan en una sobre las arenas tristes de la sabana empapada de noche: es Bogotá. Linda doncella muere de amor por el lejano Efraín, y el río familiar, orillado por *cachimbos* y guásimos, se copia en sus pupilas luminosas: es el Cauca.

Juntemos ahora a Bogotá y al Cauca en un ser en que se confundan las características de ambos; dotémoslo, además, y para que en él se cumplan las leyes de la herencia y del atavismo, de unas cuantas gotas de sangre irlandesa; hagámoslo vivir en pleno apogeo del romanticismo; pongamos a latir entre su pecho un corazón todo bondad, y sensible a la belleza como pocos; hagamos que ese ser, en tierra propia y en suelo extraño, sufra y goce, ame y llore; enriquezcámoslo, finalmente, con un profundo conocimiento del lenguaje y con extrema facilidad de expresión. Tendremos, si las leyes antropológicas se cumplen, un hombre soñador y realista, hogareño y contemplativo, generoso y mesurado, alegre y triste, uno y múltiple, pero, ante todo y por sobre todo, poeta. Tendremos, en sólo dos palabras, un hombre que se llamó Rafael Pombo.

No es preciso profundizar en el análisis. Ese sabor inconfundible de los versos de Pombo, en los que se mezclan la risa con el llanto, la poesía con la prosa y aun la armonía con la dureza; ese pasar sin esfuerzo de lo trivial a lo sublime y de lo terreno a lo celeste; ese vendar las heridas y asordinar los lamentos; ese cantar, como las aves, sin más pauta que la propia emoción; ese guardar mesura extrema en una época en que la exageración lo era todo; ese hermanarse espiritualmente, sin pretenderlo, con la exaltación mística de Coleridge, con la suave dulzura de Lamartine, con la blandura íntima de Keats, con la precisión maravillosa de Long-

fellow; y ese vivir la vida sin más preocupación que el canto, ni más alimento que el ensueño, no podían ser sino la resultante de esas mezclas de temperamentos y de ideales, de realidades y de visiones, que se operaron en Pombo por un designio de Dios.

La poesía colombiana

Suelo, en mis noches de estudio y de meditación, recrearme con la imagen de una mujer fascinadora que a mí llega desde las brumas del pasado —una lira en la mano y un verso en los labios— y que ante las pupilas absortas de mi fantasía, va cambiando de traje y de apariencia, de belleza y de gracia. Virgen y madre, morena y rubia, espíritu y materia, cielo y mar, todo encanto está en ella y toda emoción le deja un eco. Llora y ríe, habla y canta, suspira y se lamenta. Múltiple con la multiplicidad de la creación, es también la unidad misma. El vario acento de diversas notas, de armonías diferentes, de acordes desiguales, se junta, si ella habla, en una maravillosa sinfonía que llega al corazón y que lo embriaga de belleza. Ya viene, ya penetra... Es la poesía colombiana.

Vaporosa y aérea, incienso y lirio, sube hasta el trono del Altísimo, con alas arcangélicas, en los deliquios arrebatados de una monjita colonial; calza el coturno de la tragedia clásica, y las figuras de Atala y de Guatimozín se relievan sobre bloques eternos; deleita a un bardo con los atardeceres tropicales, o, alegre y bullanguera, lo sacude en seguida con amorosas convulsiones; contemplativa y profunda, llena de imágenes gloriosas la majestad del bautisterio, o comprende ante el mar —el inmenso, el insondable— que todo es pequeño y todo vano; vuelta Pubenza, la romántica, arrulla en las noches de la prisión los santos sueños del Mártir que la vistió con ese traje; puesta en sus labios la trompeta heroica se complace en loar a los colonos o en extender al viento de la inmortalidad el tricolor de la bandera colombiana; trocada en Julia, la antioqueña dulcísima, divaga por entre maizales sonorosos, fosforescentes como cocuyos las pupilas y ornada la frente con batatillas pudorosas; extasiada contempla cómo la lumbre de la luna cubre las rocas con túnicas de encaje o se abanica en el desierto sobre el vaivén moroso de las palmeras adormidas; bajo la forma de María —encarnación divina del amor y del ensueño— espera el regreso de Efraín sentada al lado del perro fiel, y mientras el ave negra agita sus alas entre la som-

bra del misterio; canta en idioma de Castilla las hazañas de Eneas o sublimiza en oda augusta, más duradera que el bronce, los dolores íntimos del Gigante de América y de la raza; ante el temblor luminoso de las constelaciones piensa en que un día habrán de apagarse las estrellas para que surja de entre sus ruinas, más fúlgida, la eterna constelación de las almas; castiza y montañera, se alberga en la aldea de Villasuta, amiga del cura y del alcalde, para vivir la vida alegre del *toche* que brinca en los *curubos*, de los chorros de agua que saltan en las piedras de la pila; acompaña la aflicción de un ser doliente y trueca en diamantes las lágrimas que éste derrama sobre los pétalos de su margarita desgajada; bebe cerveza al lado de tres estudiantes de Colonia y luego, al más sensible, le muestra el parque de la primavera desde las vidrieras del otoño; confidente de un bohemio inmortal, le sigue a los oscuros cementerios y a las tabernas humosas, le hace mirar la luna que amorosamente se besa con el mar en el oscuro tálamo de la noche, y le enreda en el corazón la negra araña que urde su tela en los marchitos laureles de las coronas; se hace abeja dulcísima para llevar miel deliciosa al pecho rasgado de un robador de corazones; sombra que viene de ultratumba entre un tañido de campanas dolientes, se junta con otra sombra que vaga por la sabana entristecida, y al amparo de la luna consigue que las dos sombras se vuelvan una sola, que se proyectara para siempre sobre la puerta de lo arcano; canta los cantos de la noche con un acento delicioso en que brisa de lágrimas parece tamizarse por entre las ramas del viejo sauce mussetiano; baja de las nevadas cumbres en donde los cóndores compiten con las águilas para embeberse en la llanura con el vaivén de los trigales rubios, y levantarse nuevamente, en alas del viento que agita las espigas, hasta el sagrario en donde Dios se oculta tras de los velos de la Eucaristía misteriosa; india salvaje y pintoresca, vive en los montes y los llanos, mira correr los rudos potros, oye el lamento de la torcaz dulcísima, salta cual un jaguar sobre la presa, o grávida se tiende como un río en espera de la estrella lejana que ha de bogar entre sus ondas; roja llama que —aun alimentada por míseras basuras o por estéril carbón, eleva siempre a los espacios su penacho ribeteado de azul— se retuerce atormentada a todos los vientos y a todos los ciclones, hasta que la apaga a las miradas del mundo el soplo helado de la eternidad; campesina de alma blanca y sutil, brota armoniosa para fascinar a los labriegos con el *quereme* y el *asina* que envuelven sus más ín-

timos anhelos; pisa linderos exóticos y explora países enigmáticos en los que ambulan doncellas espectrales y etéreas cabe jardines de amapolas; asciende majestuosa a contemplar desde la cumbre excelsa, no tan sólo la crucifixión del Vidente o la mujer tendida sobre el ébano, sino también el triunfo eterno que sobre las fuerzas mecánicas obtienen las fuerzas vivas de la naturaleza; gloriosa, en fin, deja el umbral polvoroso en donde dormita can mísero, los socavones oscuros que saben del dolor de los obreros o el viejo puente de donde un loco se lanzara, para internarse en el desierto vestida con trajes imperiales y embelesarse allí ante el desfile de los camellos lánguidos, ante la linda pecadora por la que abandona Palemón su columna, o ante el armonioso Cenobiarca que borra con el signo de la Cruz las huellas profundas del Centauro . . .

Pero, de pronto, un viejecillo de aspecto jovial golpea a las puertas de mi memoria. Modesto, sencillo, candoroso, me mira como a su antiguo conocido. ¡Es él, es Pombo! El rostro delgado, las gruesas gafas, la perilla grácil que tantas veces he visto en sus retratos. Llega hasta mí, lo contemplo, y la mujer ideal con que soñaba en ese instante se convierte, sin que lo advierta yo cómo, en una teoría luminosa de mujeres divinas: dulce abuelita arrulla al nieto en las rodillas, contándole cuentos deliciosos; férvida virgen deja volar su corazón en alas de estrofas armoniosas; *ñapanga* de ojos fúlgidos baila bambucos al són de las guitarras; madre llorosa, se sume blandamente entre las luces amortiguadas del crepúsculo, y, el gorro frigio en la cabeza y el tricolor en la mano, canta la Patria sus glorias imperecederas. Late entonces mi corazón con premura, rebosa mi alma de entusiasmo, saltan las lágrimas de mis ojos, y brota de mis labios, hecho oración y hecho grito, el verso mágico de Dante: *Onorate l'altissimo poeta!*

NICOLÁS BAYONA POSADA,
Bogotá.

Don Andrés Bello y el Poema del Cid

I

Trayectoria de los estudios cidianos

LA edición de Tomás Antonio Sánchez, Bibliotecario de Su Majestad, en el tomo I de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, en 1779, del Poema del Cid, hecha a base del texto del único manuscrito que se posee de dicho cantar, representa para la historia literaria española un acontecimiento de singular valor. Mucho antes de que el resto de Europa [1] se preocupara de editar los documentos poéticos de la Edad Media, ya el espíritu acucioso y benemérito de Tomás Antonio Sánchez entregaba a las prensas madrileñas nuestro primer monumento de literatura medieval en lengua romance. Las notas de Sánchez de comentario al Poema revelan una cierta comprensión del Cantar castellano, el cual fué enjuiciado muy diversamente, aunque, en general, no fué comprendido más que como tema de divagación literaria, por parte de críticos y literatos españoles de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Fuera de España el Cantar de Mio Cid fué objeto de más favorables opiniones. En Inglaterra Southey y Hallam, sobre quienes volveremos, por ser trabajos que Bello conoce y cita en algunos pasajes, ensalzaron el Poema, con extraordinarios elogios. En Alemania, Bouterwek —cuyos escritos ha leído Bello y los estima en mucho—, Federico Schlegel y Fernando Wolf, particularmente este último, se ocupan del Poema y subrayan su importancia, con mayor o menor acierto.

Andrés Bello estudia el Poema en el texto de Sánchez y comienza durante su permanencia en Londres una larga investigación que

va a continuar hasta los últimos años de su vida. Sismondi, Ticknor, D. Hinard, Amador de los Ríos, M. Milá y Fontanals, Vollmoller, Baist, Restori, Nyrop, Cornu, Lidforss, Menéndez Pelayo, Julio Cejador y R. Menéndez Pidal [2] son los nombres fundamentales de quienes han estudiado el Poema, en la orientación crítica del siglo XIX, que culmina en la tarea realizada por Menéndez Pidal, quien, por el momento, ha dicho la última palabra. En muchos aspectos es de presumir que sus trabajos se incorporarán para siempre a la vida del Cantar, sin sufrir enmienda.

El texto de Sánchez planteó, al lado de una serie de problemas de valorización literaria y de historia de la poesía medieval, otra cuestión mucho más ardua: la de reconstruir el maltratado texto. Para darnos cuenta de la calidad del trabajo acometido y del camino seguido en estas disquisiciones, cito la opinión autorizadísima, como ninguna en estas labores, de Menéndez Pidal. Dice: "El Poema del Cid ofrece uno de los casos más difíciles que en la crítica de un texto pueden presentarse, ya que se conserva en un solo manuscrito, muy posterior a la fecha de la obra e infiel al estado primitivo de la misma. De aquí la gran divergencia de criterio que se observa entre los que han trabajado en la reconstrucción del texto.

"El primero que la intentó fué Andrés Bello. Su edición del Poema del Cid preparada casi toda entre los años 1823 y 1834, retocada algo en 1862, y abandonada después por el autor, salió a luz póstumamente en 1881, formando el tomo II de las obras de Bello, publicación oficial de la República de Chile. Tal edición es hoy todavía muy estimable por haber comprendido mejor que las siguientes el sistema de asonancias del poema, y por la mesura y acierto de las correcciones que introduce en el texto de Sánchez. [3] Sus defectos radicales en considerar el lenguaje del Cantar como de comienzos del siglo XIII y en servirse de las Crónicas muy inoportunamente, son en parte explicables teniendo en cuenta que se trata de un trabajo antiguo, inacabado, y que no representa el pensamiento maduro ni las últimas ideas del autor. [4]

"Mientras la obra de Bello permanecía inédita, o aun después de publicada seguía desconocida para los que trabajaron sobre el Cantar, la crítica sistemática de nuestro texto se iniciaba en Europa, tras el débil ensayo de D. Hinard (1857), con el magistral estudio de Milá (1874). A éste siguieron, con ocasión de la edición de Voll-

moller, los trabajos fundamentales de Baist (1880) y de Cornu (1881).

"Sentados así los fundamentos del estudio filológico del Cantar, Antonio Restori en su *Osservazioni sul metro, sulle assonanze e sul testo del Poema del Cid* (1887), propuso una serie completa de enmiendas, fundadas en el estudio previo de los asonantes y del metro.

"Después de la publicación de Restori, Cornu continuaba activamente sus trabajos sobre el Cantar; K. Nyrop contribuía también a esclarecerlo (1889), y el mismo Restori añadía nuevas correcciones al publicar amplios extractos del Poema (1890), de modo que el caudal bibliográfico referente al texto, hallándose disperso en revistas y publicaciones misceláneas, resultaba de bastante difícil consulta. Eduardo Lidforss prestó un gran servicio discutiéndolo y aprovechándolo en las notas a una edición crítica titulada *Los Cantares de Myo Cid* (1895). Desde Bello no se había vuelto a publicar el poema sino reproduciendo fielmente las lecciones del códice único.

"Cornu creyó oportuno recoger y depurar a su vez las muchas correcciones que al texto venía él proponiendo hacía años, para ofrecer al lector las que aún creía sostenibles. Con este fin publicó sus *Baitrage zu einer Kunstigen Ausgabe des Poema del Cid* (1897), encaminados exclusivamente a imponer en el texto el octosilabismo, al cual se sacrifican demasiado las lecciones del códice." [5] Hasta aquí Menéndez Pidal.

Mi propósito es precisamente el de subrayar la intervención de Andrés Bello en la reconstrucción del Cantar y en el esclarecimiento de varios temas, relacionados con el Poema. Bello en los estudios cidianos no se limita a ser un brillante anticipo a las soluciones posteriores a él, sino que su labor es la obra de un hombre de excelente voluntad y capacidad que en sus investigaciones logra hallazgos que son actuales en su gran mayoría, algunos de ellos con leves rectificaciones. No ha sido señalada suficientemente la presencia de don Andrés Bello en los estudios cidianos, y con mi disquisición intento, modestamente, llegar a perfilar la trascendencia de Bello en la literatura hispanoamericana tanto en el estudio del Cantar como en el de los problemas colindantes, emprendidos seguramente con el incentivo de sus búsquedas sobre el Cid, y que constituyen un tratado bastante completo en el campo de la literatura épica medieval europea y, en particular, de la castellana. Es lamentable que no encontrara Bello circunstancia propicia, en ningún momento de su vida, para editar

una obra de conjunto que le hubiese obligado a ordenar su pensamiento en un trabajo totalizador. Al contrario, sus ideas se hallan desperdigadas en un buen número de ensayos, artículos de periódicos y de revistas, informes a la Universidad de Chile, estudios, monografías, notas personales publicadas póstumamente, en tal forma que se hace difícil la reconstrucción de su tesis, en toda su amplitud. Se repite en muchas ocasiones, y, en otras, evidentemente se nos muestra con algunos errores que Bello habría enmendado con toda seguridad, en el caso de que hubiese dado forma final a sus escritos. Hay que respetar religiosamente, sin embargo, el texto de sus escritos tal cual los tenemos, por un sentido de elemental veneración a la palabra del maestro.

Si a pesar del cúmulo de desdichas y de la enormidad de inconvenientes que tuvo que vencer Bello a fuerza de tenacidad, su obra consigue las dimensiones que tiene en la actualidad, fácil es colegir que en otras circunstancias, Andrés Bello habría logrado en estos estudios ser una de las figuras de más talla al lado de los críticos modernos de la historia literaria medieval.

II

Carácter de Bello como crítico

La enorme capacidad creadora de Bello, de la que son prueba irrefutable las diversas obras llevadas a cabo a lo largo de una vida de ochenta y cuatro años, repletos de azarosas circunstancias,[6] está presidida, a mi entender, por tres ideas motrices, que son las siguientes: a) Afán insaciable de saber, en amplitud enciclopédica, que le hace discurrir por los más variados campos del conocimiento humano; b) Exquisito buen gusto en la contemplación de los temas de estudio y atildada predisposición de ánimo para el goce espiritual; y c) Deseo de ser útil a sus contemporáneos en el vastísimo propósito de cultura americana y universal, que excita su voluntad incansable.

La potencia de creación, que nos asombra por sus resultados, particularmente al considerar las condiciones en que tuvo que trabajar casi siempre, se proyecta con fuerza arrolladora movida por estos tres impulsos fundamentales, que se aplican en toda su obra en perfecta armonía. Rafael Calderón R. dice de Bello, en el sagaz estudio que le dedica, que "es el prototipo del hombre equilibra-

do",[7] observación o juicio global de la personalidad del gran letrado, que comparto plenamente y que creo que constituye la razón y el carácter del auténtico humanista que hay en Bello.

Quisiera destacar, ahora, de los tres rasgos señalados, uno de ellos, el segundo, o sea su posición espiritual frente al objeto de estudio. Acerca de su obra creada, expondré más adelante lo que concierne a uno de sus temas, quizás el predilecto, el del Cantar de Mio Cid y la literatura medieval castellana.

La formación juvenil de Bello en Caracas ha sido estudiada[8] prolijamente y no es preciso insistir sobre este punto tan esclarecido, a propósito del cual quiero únicamente citar dos fragmentos de la obra bien construída de Eugenio Orrego Vicuña. Dice: "La educación colonial... produjo focos brillantes en San Marcos de Lima, en Bogotá, en México y en Caracas — esto es, en las principales capitales indianas y en aquella cabecera de presidencia que fué patria de Miranda."[9]

Realmente, la contemporaneidad de tres personalidades tan fuertes y tan influyentes en la vida americana convierte el medio colonial caraqueño en centro de las decisiones más importantes que jamás se hayan tomado en América. No está explicado este punto en la historia del Continente, ni se han aducido razones de interpretación histórica acerca de la aparición simultánea en la vida caraqueña[10] de estas tres figuras, las cuales, cada una en su campo de acción, marcó rutas definitivas a la historia del Nuevo Mundo.

Sigue Orrego Vicuña: "El medio de Caracas era el de todas las capitales americanas, sin exceptuar a Lima, que fué entre las ciudades coloniales la que alcanzó mayor tono de riqueza. Había, dentro de lo criollo, una suerte de común denominador cultural, que determinaba el clima de la América preburguesa. Cierto es que algunos medios parecieron madurar más pronto; así Caracas fué cuna de Miranda, de Bolívar y de Bello.

"¡Miranda, Bolívar, Bello! La potencia precursora, la potencia libertadora, la potencia civilizadora. Todos esos productos asombrosos, más que de una cultura en incipiente proceso de formación, fueron muestra de cómo el genio español, derrochado en el siglo de oro, podía dar nuevos y formidables retoños en América, en esta América que debe vanagloriarse en ellos, como en los Vicuña Mackenna y los Sarmiento, de las expectativas que encierra su devenir."[11]

Salido de este medio colonial, fecundo,[12] maduro ya para el gran paso de la vida de independencia, Bello forma su espíritu en el conocimiento de las letras y en el estudio de las humanidades. A los veintinueve años abandona a Caracas para no volver ya jamás, aunque siempre se habrá de sentir vinculado al solar de sus mayores. Londres debía representar para él un fuerte contraste social para la inquietud de su alma, un medio maravillosamente propicio para completar su formación. De nuevo citamos a Orrego Vicuña: "Las circunstancias favorecieron indudablemente a Bello. La estrechez económica de todas las etapas anteriores a Chile, la propia miseria de Londres, forjando en él calidades heroicas, tallando su espíritu y su carácter, contribuyeron a la realización de su destino, lograda sólo en los años de Chile, que fueron los de la gran producción, los del fruto óptimo, los del definitivo triunfo." [13]

Bello se traslada a Chile a los cuarenta y ocho años con un caudal de conocimientos y una obra hecha, aunque no publicada. En Chile encontrará cómo proyectar su gigantesca preparación de humanista, interviniendo en la conformación de una de las repúblicas americanas que más brillante papel ha desempeñado y desempeña en la vida de la civilización continental. En varias actividades, Bello muestra su prodigiosa e impresionante capacidad de polígrafo que apenas deja materia de saber humano sin su magistral intervención. [14]

Para mí el documento más significativo de la posición de Bello frente al saber humano y el que contiene la manifestación más rotunda de su espíritu crítico en el análisis de la labor del hombre en el mundo, está en el "Discurso de inauguración de la Universidad de Chile", de la que será rector vitalicio, desde 1843 hasta 1865. [15] Es la declaración de principios más profunda que Bello haya estampado en ninguno de sus escritos. Explica cómo debe ser la devoción de místico ante el conocer, de la que él mismo da con su vida un alto ejemplo. Dice: "Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigilias que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer . . . [16]

"Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices en el alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola . . ." [17]

Con agudeza y finura de captación, describe Bello sus propias emociones en el estudio y las ilusiones que animaron toda su vida. Verdaderamente no es posible comprender la continuidad de su labor, sin tener en cuenta esta vibración anímica, que mantuvo tensa durante su existencia la voluntad de aprender y de enseñar. Debemos figurarnos a Bello, en sus días aciagos, en Londres, refugiándose en las salas de lectura del British Museum, apenada su alma por tantas contrariedades, buscando el solaz de su espíritu en los manuscritos, en los libros de pura especulación literaria, en los documentos del pensamiento universal, por todo lo cual tuvo, siempre, el deseo insatisfecho.

Dice, todavía, en este mismo discurso: "Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia." [18]

Con esta convicción y entusiasmo logra una rarísima suma de conocimientos y una claridad de percepción del conjunto y de análisis del detalle, que nos deja perplejos.

Julio Planchart ha subrayado en Bello el carácter de crítico y maestro como cualidades inseparables. [19] Dice: "Andrés Bello en la crítica no deja de ser el maestro genial, en quien todo tendía a la enseñanza. Aliaba lo útil a lo bello con admirable pericia." [20]

En el estudio de la labor de Bello en la reconstrucción del Cantar de Mio Cid, que seguirá más adelante, tendré ocasión de exponer algunos rasgos personales de Bello como crítico, en casos concretos, en los que a la inquebrantable lógica de su pensamiento, constante siempre en sus obras, unía el exquisito sentido estético de la acui-

dad de juicio formada en las lecturas y en meditaciones. No era únicamente el filólogo pertrechado de sólidos y sazonados conocimientos, sino que, además, con la intuición que le proporcionaba el buen gusto, emitía sus opiniones, que han quedado incorporadas como obra lograda en los temas por él desarrollados. Esta es la razón que puede explicarnos los maravillosos atisbos de Bello. Con documentación insuficiente acometió la resolución de dificilísimas cuestiones y sólo a fuerza de penetración intuitiva pudo suplir lo que sin esta calidad habría sido indispensable para sus juicios. Mi propósito es el de señalar en cada caso cuál es el fallo dado por Bello y acompañarlo de los argumentos aducidos. En este momento, es oportuno resumir la calidad perceptiva de Bello, indicando que la magnitud de los hallazgos conseguidos, se explica porque los razonamientos los apoya sobre bases científicas y documentales, y, además, en la convicción derivada de su agudísimo sentido crítico.

Como notas finales al estudio acerca de "El estado de la lengua castellana en el siglo XIII", Andrés Bello escribe unas observaciones de carácter general acerca del propósito que persigue con los comentarios filológicos a problemas lingüísticos que necesitaban glosa, observaciones que son, en realidad, una tesis completa de interpretación de la poesía medieval castellana. Reproduzco a continuación esta página, que me parece extraordinariamente hermosa y muy significativa para comprender la posición de Bello en muchos problemas de estética y de crítica de historia literaria.

Dice: "Puede ser que estas ligeras observaciones no sean del todo inútiles para facilitar la inteligencia y hacer menos desapacible la lectura de las antiguas poesías castellanas; porque hasta cierto punto es imposible que al principio se cale su espíritu, y que nos parezca desaliñado, grosero e informe lo que en realidad no lo es. Mas para apreciarlas, para saborearse en ellas, valdría muy poco la incompleta y rápida reseña que he podido hacer de las diferencias que más resaltan entre el castellano del siglo XIII y el moderno; y tampoco bastaría una primera lectura, en que se tropieza a cada paso con palabras desconocidas, locuciones extrañas, alusiones a hechos y costumbres que han desaparecido y que contrastan con el presente orden de cosas y con nuestros hábitos y estudios.

"La impresión que deja una lectura que parece entenderse, que se entiende muchas veces mal, que no penetra, por decirlo así, más allá de la corteza, y en que por una injusta aunque involuntaria

preocupación referimos la expresión antigua al tipo moderno, produce necesariamente juicios erróneos. En Francia mismo, donde siempre han sido muchos más que en España los que se dedican a esta clase de estudio, no se ha llegado sino bastante tarde a apreciar la poesía de los troveres. La dificultad es menor para nosotros, porque no es muy grande la diferencia entre el lenguaje de aquellas obras y el que hoy se habla; pero por eso mismo es más fácil que, sin saberlo y como por un movimiento natural e irresistible, apliquemos la norma de lo presente a lo pasado. Y esto explica un hecho curioso de crítica literaria, y de que este mismo Poema del Cid nos ofrece un ejemplo. Las producciones poéticas de una lengua son casi siempre juzgadas más favorablemente por los extranjeros que los nacionales.

"Así, mientras en España se miraba este poema como una muestra de lo que era una lengua en embrión, y una poesía sin arte, sin estro, sin movimiento, y que apenas se eleva sobre la prosa más inculta y rastrera, se pensaba de diverso modo en Inglaterra y en Alemania, como recientemente en Francia. Mr. Southey, espíritu superior, poeta eminente, hombre de una erudición vasta, sagacísimo crítico, y bastante versado en la literatura española, no dudó afirmar que el Poema del Cid, la más antigua de las epopeyas castellanas, era también y fuera de toda comparación, la mejor. Debemos llevar a estas viejas reliquias la misma disposición de espíritu que a los libros escritos en un idioma extranjero que conocemos todavía imperfectamente, y guardarnos de asociar la idea de rudeza y barbarie a lo que sólo es extraño para nosotros." [21]

Las investigaciones de Bello hacia las obras literarias del pasado no le embotan jamás el sentido de la realidad circundante. En ninguna época de su vida lo encontramos viviendo en pura abstracción. [22] Al lado de las preocupaciones de carácter retrospectivo, Bello siente como nadie las inquietudes y los problemas del momento. [23] Negarlo sería desmentir su calidad de educador eminente y sería ignorar la obra inmediatamente útil que en tantos escritos llevó a cabo. Este mismo carácter podemos anotarle en su calidad de crítico y al efecto no nos sorprende hallar en su obra un juicio como el que citaré a continuación, espléndida muestra de su sagacidad y amplio espíritu de comprensión, en cuanto se refiere a obras literarias, en general.

Dice: "Aquel estilo narrativo de cláusulas cortas, cuyas pausas coinciden con las del metro, se hizo tan peculiar del asonante, que todavía lo encontramos en los romances líricos del siglo XVII, y aun

en los de aquellos autores que, *como Góngora, sabían en otras obras dar a su estilo toda la amplitud de giros; y a sus versos toda la variedad de cesuras que requiere el arte en su último grado de adelantamiento.*" [24]

Al azar, en un estudio sobre la rima emite el anterior juicio sobre Góngora, que es la más clara demostración de mi aserto. Se adelanta en más de un siglo a la crítica general española acerca del gran poeta, puesto que hace muy pocos años que se ha producido en España la revalidación de Góngora como poeta de un "arte en el último grado de adelantamiento".

En el prólogo al Cantar de Mio Cid, en la parte escrita posiblemente después de 1862, en la última época de su vida, hay, asimismo, un fragmento precioso para fijar la calidad de Bello como crítico. Dice: "Mas ya que se ha tocado la materia de la versificación del *Cid*, antes de pasar adelante haré notar que en toda poesía primitiva el modo de contar las sílabas ha sido muy diferente del que se ha usado en épocas posteriores, *cuando los espíritus se preocupan tanto de las formas, que hasta suelen sacrificarles lo sustancial.* Así la precisión y la regularidad de la versificación aumentan progresivamente; las cadencias más numerosas excluyen poco a poco las otras, y el ritmo se sujeta al fin a una especie de armonía severa, compasada, que acaba por hacerse monótona y empalagosa. Este progresivo pulimento se echa de ver sobre todo en el modo de contar las sílabas." [25]

III

Bello en Londres

Es un hecho sobradamente conocido el traslado de Bello a Londres en 1810, en misión oficial con Bolívar y López Méndez, como representantes de las aspiraciones independientistas de la futura Venezuela. Quédase Bello en Londres después del retorno de Bolívar y, abandonado forzosamente por la suerte varia de las armas republicanas en América, intenta reanudar su vida en algún país del Nuevo Mundo. Solicita un puesto en Nueva Granada y su correspondencia es interceptada por los realistas y entregada a España. Pide, entonces, ir a Buenos Aires y recibe contestación afirmativa, [26] dadas las excelentes referencias que de su persona y de sus méritos

se tenía en la República del Plata, pero se decide a quedarse en Londres por consejo de José María Blanco y Crespo (Blanco White), quien le recomienda dar clases de latín, castellano y francés. La amistad con Blanco White durante su estancia en Londres fué continuada por ambos personajes, como lo demuestran los restos de correspondencia que se conserva, en la cual se plantean y consideran problemas de índole intelectual, afectiva y religiosa incluso. [27]

Viéndose ya un poco más seguro en Londres, Bello se casa con Ana María Boyland; tiene un hijo y empieza la vida de familia, para la que la figura de Bello se nos aparece con aire patriarcal y mesurado. No cesan las dificultades y los contratiempos y en repetidas ocasiones se encuentra sin recursos, acudiendo a la ayuda de amigos como Blanco White, quien le da generosamente la mano. La situación adquiría proporciones trágicas [28] para el inmediato futuro del gran maestro. Otra vez Blanco White le consigue arreglar un poco la suerte momentánea y le es encomendada la educación de los hijos de Mr. Hamilton. [29] No queda su camino sin contratiempos y en esta ocasión son las enfermedades las que acosan a sus familiares, perdiendo a la esposa.

Con tenacidad ejemplar consigue sobreponerse a tanta calamidad, que diríase confabulada contra Bello. En 1822 es designado para secretario de la Legación de Chile en Londres, por el ministro Antonio José de Irisarri. Nuevamente se casa en 1824 con Isabel Antonia Dunn. En 1827 pierde su trabajo y en el mismo año es nombrado secretario de la Legación de la Gran Colombia, en cuyo cargo sufre mucho, según testimonia una carta del propio Bello, enviada a Bolívar a 21 de abril de 1827, en la que se queja de la continua desconsideración que recibe de Colombia, incluso en el maltrato en el sueldo, "no por el perjuicio que me irroga (aunque, en mis circunstancias, grave), sino por la especie de desaire que lo acompaña". [30] En dicha carta, llena de un patetismo hondamente conmovedor, se dirige a Bolívar en solicitud de amparo, que éste, por las especiales circunstancias políticas de la Gran Colombia, no pudo darle. Dice Bello: "Vuestra Excelencia me conoce, y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hubiera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, como lo están muchos de los que han tenido acceso a la Legación de Colombia, desde más de seis años a esta parte, y no me hallaría reducido a mi sueldo para alimentar

mi familia. Estoy ya a las puertas de la vejez, y no veo otra perspectiva, que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad." [31]

A los 48 años, Bello, hombre hecho y derecho, siente horror ante el pensamiento de lo que la vida parece reservarle y con la idea fija en salir para un país americano, no ceja hasta que hacia los últimos días de junio de 1829 embarca para desempeñar un cargo modesto en Chile. Después de 19 años de permanencia, abandona Londres y cruza las costas de Venezuela, sin tocar ya suelo patrio.

Esta es, a grandes rasgos, la línea biográfica, de datos y fechas, de la estadía de Bello en Londres. Personalmente no he exagerado en nada la nota, sino que he resumido los principales acontecimientos que jalonan la vida de Bello en la capital inglesa, a fin de que nos sirvan de constante referencia para darnos cuenta de su trabajo y comprender la magnitud del esfuerzo rendido, tanto en la calidad de la labor hecha, cuanto en el derroche de voluntad y tesón necesario para no haber cedido en el camino. Pues bien: no tan sólo no cedió, sino que la estancia en Londres es la etapa de maduración de los conocimientos de Bello y el período más fecundo de su vida. [32]

Orrego Vicuña, excelente intérprete de la figura de Bello, escribe en su estudio acerca del gran maestro unas palabras lúcidas, que enfocan muy exactamente, a mi juicio, las tres etapas de la vida de Bello, en su valor personal. Dice: "Londres desempeñó un rol considerable en el proceso intelectual de Bello. Realizado el de su formación en Venezuela, durante la primera treintena de su vida —período de cristalización en que los hombres que hacen historia se encuentran definitivamente frente a su destino, al sentido íntimo de su destino—, el de su madurez se desarrolló casi totalmente en Londres. Cuando en 1829 abandonara las costas de Inglaterra sería un hombre en posesión de todo su acervo." [33]

Creo asimismo que la permanencia de Bello en Londres es el intervalo más intenso de su existencia, tanto en el orden de la investigación y del estudio, como en el campo de la producción propia. Los grandes escritos que realizará más tarde están ya en su mente, o en sus notas, escritas en letra ininteligible, que tantos desvelos ha costado a los pacientes colectores de la edición oficial de las *Obras completas* hecha por el Gobierno de Chile, en el año 1881 y siguientes.

Es en Londres, donde Bello proyecta su capacidad de contemplación del mundo, con toda la energía, donde tiene a mano el instrumental preciso para sus investigaciones y puede satisfacer su enor-

me ansiedad de conocimientos. Con ello, no tan sólo atiende a las exigencias de su propio espíritu, sino que logra sobrepasar una dificilísima situación personal, tan precaria que habría bastado para derrotar a cualquier hombre de temple corriente al común de los mortales.

Insisto en la consideración de estas especialísimas condiciones de vida que Bello soporta en Londres,[34] porque toda su obra hay que relacionarla siempre con la vida para darse cuenta de lo que significa en grandeza y en genialidad, con las circunstancias que podríamos llamar biográficas (medio, situación, holgura económica, etc.) y con las escasas facilidades de investigación que le proporcionaba su época (crítica anterior, libros, documentos, etc.) Sin ponerla en relación con la vida y su tiempo, afirmo que no es posible percibir la grandiosidad de la labor de Bello, que con todo y ser magna considerada en sí misma, crece enormemente, hasta la medida justa, si pensamos que la obra creada por él ha sido llevada a cabo en condiciones poco propicias.

El paliativo a sus dolores y la justificación de su vida la encontraba Bello en sus lecturas y en sus escritos, realizados "sin otro estímulo, que el deseo de aprender, y la afición más desinteresada al cultivo de las letras.

"No había buscado con ellos el lucro.

"No había sido impulsado siquiera en su penosa preparación y ejecución por el aliciente de la publicidad y de la fama".[35]

La superación de la adversa fortuna, está descrita admirablemente en este pasaje de Orrego Vicuña: "En la vida de Bello, Londres se concentra en los gabinetes del Museo Británico. La niebla exterior, la miseria, el desamparo máximo se transmutan allí en haces de luz, en pura alegría intelectual, en ardiente fiebre de trabajo. Al resplandor de las viejas lámparas, envuelto en su capa remendada, Bello pudo recrearse en compañía de los grandes de la humanidad en una atmósfera sin fronteras. Allí venían a darle compañía Sócrates, Platón, Pitágoras, Shakespeare, Bacon, Horacio y Virgilio, los antiguos amigos de los días mozos. Byron y Shelley en auge magnífico. Lo nuevo y lo viejo, cultura sin límite confinatorio. En esos gabinetes fué preparada —con otros trabajos de índole varia— la reconstrucción del Poema del Cid, esfuerzo sorprendente."[36]

El mismo Bello lo recuerda más tarde en un artículo publicado en *El Araucano*, de 19 de noviembre de 1831, a propósito del anun-

cio de una obra de Antonio Puigblanch (*Observaciones sobre el origen y genio de la lengua castellana y de las demás principales de Europa*), cuyo prospecto había visto en Londres en 1829. Lo que dice de esta obra y de los emigrados españoles en la capital inglesa puede perfectamente aplicarse —y él lo aplicaría in mente— a los americanos refugiados en Londres, y a Bello mismo: "... No sabemos si se ha publicado ya la obra; pero es harto probable que haya cabido al señor Puigblanch la misma suerte que a otros de los emigrados españoles residentes en Londres que, por falta de medios, no han podido sacar el fruto de las tareas literarias a que han dedicado los ocios de su largo destierro. Esperamos que no tardará mucho la época en que puedan, bajo mejores auspicios, dar al público sus interesantes trabajos..." [37]

Esta angustia de quedar inédito, de no poder exponer el pensamiento a sus contemporáneos, la tiene Bello respecto a sus investigaciones y en particular en lo que concierne a sus estudios a propósito del Poema del Cid, como lo señalaré más adelante.

La amplitud de los estudios de Bello en Londres ha sido ya comentada por cuantos se han ocupado de su vida. Limitaré mis notas a lo que se refiere al Poema del Cid, que fué en la vida de Bello una investigación ininterrumpida e inacabada. Bello muere sin darle los retoques definitivos a su valiosísima labor de reconstrucción del texto del Cantar y a sus trabajos para resolver los problemas suscitados por el Poema. Estoy convencido de que el conocimiento del texto editado por Tomás Antonio Sánchez fué para Bello un estímulo de vastas consecuencias, ya que no tan sólo emprendió el estudio concreto de los problemas que el Cantar de Mio Cid plantea, sino que, con gran talento, comprendió que no puede resolverse nada en el poema castellano, sin antes encontrar explicación a un gran número de cuestiones de literatura medieval europea, que son las que él acomete y dilucida, mientras permanece en Londres, y, más tarde, en Santiago de Chile. El pensamiento de Bello respecto al Cantar de Mio Cid no debe considerarse, a mi parecer, desglosado del resto de sus trabajos acerca de la literatura medieval, de los cuales el Poema fué la causa motriz y el eje alrededor del cual desarrolló Bello un caudal imponente de riquísimas observaciones.

Es de lamentar que no le fuera posible en ningún momento sistematizar en una gran obra todo lo que llegó a producir en prolijos

artículos de carácter muy vario: desde el artículo periodístico hasta la monografía agotadora sobre un tema concreto.

No es difícil, sin embargo, seguir la vía del estudio de Andrés Bello a propósito del Poema. Es preciso examinar pacientemente la relación cronológica de sus escritos y analizar los cambios que se producen en su pensamiento, el cual, en líneas generales, está ya perfectamente elaborado en Londres. Pocas cosas más añade en Chile, en donde su labor será más de divulgación que de investigación.

Desde sus primeros años en Londres, Bello se dedica al estudio del Cantar, empresa que fué, sin duda, una de las primeras que, en Londres, ocupó su atención. El profesor Pizarro, que prologa la edición oficial chilena del volumen de Bello acerca del Poema del Cid, basándose exclusivamente en la carta-informe que Bello envía en 1863 al secretario de la Real Academia de la Lengua, en Madrid, en la que Bello menciona "cuarenta años" de dedicación al estudio del Poema, yerra al decir: "el señor Bello comenzó su obra [sobre el Poema del Cid] en el año 1823, poco más o menos",[38] puesto que hay pruebas fehacientes de que este trabajo fué comenzado mucho antes. El 6 de octubre de 1817, el escritor y bibliógrafo español don Bartolomé José Gallardo escribía una larga carta a Bello en respuesta a una consulta hecha por éste al ilustre refugiado español, en la que Gallardo le comunica su opinión acerca de algunos extremos referentes al Poema del Cid. Por otra parte, Gallardo hace mención a otras conversaciones anteriores, por lo que hay que retrotraer más la fecha del comienzo de los trabajos de Bello, a la de la carta. Téngase en cuenta, además, que Gallardo llega a Londres como refugiado político en 1814 y en la hermosa comunidad liberal hispanoamericana de la ciudad inglesa se conocerían pronto, y entablarían pronto relación movidos por los gustos afines.[39] Por otra parte, Bello le consulta cuestiones de detalle, muy atinadas y agudas, por lo que es lógico presuponer que sería ya un especialista en los estudios acerca del Poema, con lo que todavía se retrotrae más la fecha del comienzo de las búsquedas cidianas de Bello. Y por último, la misma carta de Gallardo, llena de interés y de respeto a la persona de Bello, en cuanto a los trabajos de literatura medieval castellana de éste, hace suponer una larga predilección anterior de Bello a dichos estudios.[40] Por tales razones creo que Bello inició el análisis del Cantar, posiblemente antes de llegar Gallardo a Londres en 1814, con lo que adquiere plena significación la referencia que el propio Bello

hace a estudios de "su juventud" acerca del Poema. Si se acepta esta tesis tendríamos que duró más de cincuenta años este trabajo de Bello, [41] es decir, toda la vida del escritor, desde que dejó Caracas hasta sus últimos momentos en Chile, sin que tuviera la suerte o la oportunidad de redondear decisivamente su pacientísima labor.

Las dos cartas escritas por Bartolomé José Gallardo a Bello son muy significativas, porque nos muestran los temas cuya dilucidación preocupaba a Bello, desde el inicio de su estudio. Veamos unos fragmentos de dicha correspondencia, por lo que puede juzgarse con seguridad acerca de mis asertos. [42]

"Coburg Place, 6 de octubre de 1817.

"Amigo y Dueño:

"Tengo a usted insinuadas de palabra mis presuntas de que haya dos distintas crónicas del Cid impresas. [43] Pues ahora, los motivos que me inducen a ésta que no pasa aún de mera presunción, tengo aquí de apuntárselos a usted por escrito para mejor fijar las especies.

"La más conocida historia del Cid, si historia la quiere usted llamar por cortesía..." Sigue en el comento de asuntos históricos que no vienen al caso.

"Presumo más: si de las dos que se conservan en el Museo Británico, y todavía no he visto, alguna por dicha será reimpresión de la primitiva. Y pues usted las trae ahora ambas entre manos, [44] he de merecerle que se sirva verlas con esta prevención, y en su vista, me diga si son en realidad obras distintas.

"He indicado arriba de fábula a la historia del Cid; pero no creo haber hablado con toda propiedad, porque no la tengo por fábula así como quiera, sino por fábula de fábulas. En las pinturas de palacios, ¿no ha reparado usted tal vez que, figurando el interior de un salón regio, el pintor, con estudiado arte, no sólo pinta el salón, sino que pinta sus pinturas, tocando éstas a sola media tinta, y en lo demás del cuadro avivando el colorido y esforzando el claroscuro, para mejor lograr la ilusión óptica, y hacernos ver en un mismo lienzo como distinto lo vivo y lo pintado? Pues así imagino yo que pintándonos con color de historia las fábulas del Cid, con sólo trocar las tintas nos han querido dar por separados un poema y un cronicón del buen Ruy Díaz, a distinción, como de lo vivo a lo pintado, de lo real a lo fantástico, siendo lo uno y lo otro todo un puro trampantojo.

"En efecto, amigo mío, la crónica de nuestro Campeador apenas se distingue de la de los paladines. Es ella por ella pintiparada a la historia de Carlo Magno y los Doce Pares, estupenda y peregrina

> Historia a la que dió principio y fin
> La pluma arzobispal de don Turpín.

"Es un libro de caballería que merecía estar, y estaría sin duda, en la biblioteca del incomparable caballero de la Mancha, sino que los inquisidores de la errática gravedad que en el famoso escrutinio de marras extendieron el índice espurgatorio de sus libros malandantes, debieron de pasarle por alto por reverencia a las veneradas cenizas del honrado caballero de Vivar.

"No quiero yo, sin embargo, decir que toda la historia de Ruy Díaz sea un tejido de patrañas. El fondo de ellas es la verdad indisputable; pero son tantas y tales las puntas que tiene de conseja, que a las veces el más discreto lector, hallando tan barajada la verdad con el embeleco, no sabe ciertamente a qué carta quedarse. [45]

"Pero ¿en qué tiempo se escribió este poema? — me ha preguntado usted varias veces. [46] Si hemos de creer al arcipreste don Julián, o a los que escriben que escribió éste (porque yo, en habiendo al medio lo que llaman los italianos *cartapécora* rancia de monasterio o cosa tal siempre me temo trocatinta), si hemos de creer, digo, lo que nos cuentan barbas honradas, el *Poema del Cid* se escribió, cuando la mojama de este infatigable vence-guerras casi andaba todavía por selvas y montes acaballada sobre Babieca, ganando victorias contra los moros de aquende . . ." [47] Inserta una cita del poema latino, y prosigue:

"La referencia que en estos versos se hace al poema del Cid, está saltando a los ojos. [48] Ahora bien, Mio Cid sabe usted que murió en 1099, o circumcirca; luego la cuenta no falla, si las partidas son ciertas. Esto es lo más terminante que puedo decir a usted por ahora de la antigüedad del *Poema del Cid*." [49]

La segunda carta de Gallardo referente al Poema no está fechada, pero debe ser de 1817 o 1818, a deducir por la correspondencia de la misma época, y en ella le contesta una pregunta concreta acerca de un personaje del Cantar. Es interesante la alusión a la "curiosidad acuciosa de Bello". Dice:

"Amigo y Dueño:

"Usted desea saber quién es *El Crespo de Granón*, o digamos el caballero del retorcido bigote, que, en un lance de honra, non cató mesura a Mio Cid Campeador; y cuando me lo preguntó usted, yo contesté que al golpe no podía satisfacer su curiosidad, porque no tenía la memoria a la mano, la cual en verdad no es la más fuerte de mis potencias"...

"Mas, volviendo a los bigotes de nuestro caballero, dígole a usted que he trasteado mis mamotretos; y en las acotaciones para ilustración de nuestros romances antiguos, tengo la satisfacción de encontrar lo que basta para satisfacer los deseos de usted, como lo hago sin esperar a mañana, [50] porque sé por experiencia cuán ejecutivos suelen ser en tales materias los antojos de la curiosidad, que mal año para los de la embarazada primeriza más linda, mimosa y denguera." [51]

Con todo lo cual, creo que es cosa probada la mayor duración de esta tarea de Bello, en contra de lo que viene repitiéndose. Prueban, además, dichas cartas, que Bello comienza ya con la seriedad característica en todos sus trabajos a acumular notas y observaciones acerca del Cantar, por propia iniciativa, sin más referencias que el texto del Poema que editó Tomás Antonio Sánchez, en 1779. Vislumbra el panorama crítico que le ofrece el Poema y emprende, sin otro antecedente que algún trabajo alusivo al valor literario del Poema, el estudio a conciencia de los múltiples temas de investigación expuesta por el profesor Pizarro al decir que "la obra del señor Bello es principalmente, un proyecto de enmiendas al códice". [52]

Al redactar la primera parte del prólogo, después de 1862, cuando el Gobierno de Chile acepta la petición de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, el mismo Bello dice: "Hace muchos años que me ocurrió la idea de dar a luz una nueva edición del Poema del Cid, publicado en Madrid el año de 1779 por don Tomás Antonio Sánchez, Bibliotecario de Su Majestad, en el tomo 1 de su *Colección de Poesías Castellanas anteriores al siglo XV*. Me movieron a ello, por una parte, el interés que esta producción de la Edad Media española excitó en Inglaterra y Alemania, a poco de ser conocido, y sucesivamente en Francia y España; y por otra, el lastimoso estado de corrupción en que se hallaba el texto de Sánchez.

"Hubo desde luego gran diversidad de opiniones sobre el mérito y la antigüedad de la obra. No faltó erudito que la mirase como el mejor de todos los poemas épicos españoles. Para otros, al contrario, no era ella más que una crónica descarnada, escrita en un lenguaje bárbaro y en una versificación sumamente ruda e informe. Alguno la supuso compuesta pocos años después de la muerte del héroe, y algún otro no le concedió más antigüedad que la del manuscrito de que se sirvió Sánchez, encontrado en un monasterio de Vivar, cerca de Burgos, y único hasta ahora conocido." [53]

En ello vemos que no se trata de un simple programa de enmiendas, sino que su concepción es más vasta. Es natural que buscara siempre apoyar sus afirmaciones, porque en todo momento fué éste el método de la investigación de Bello, y de ahí derivaría en seguida este gran cuerpo de trabajos sobre literatura medieval europea, que constituyen un verdadero tratado, no una monografía sobre el Cantar de Mio Cid. En la misma opinión se manifiesta Caro. [54]

En las palabras escritas para prólogo de la edición del Poema, antes de 1834, hay una manifestación que quiero recoger porque explica el móvil fundamental de Bello y la amplitud de su propósito: "El que yo he tenido en la presente obra parecerá a muchos fútil y de ninguna importancia por la materia, y otros hallarán bastante que reprender en la ejecución. Favoréceme el ejemplo de los eruditos de todas las naciones que en estos últimos tiempos se han dedicado a ilustrar los antiguos monumentos de su literatura patria, [55] y disculpará en parte mis desaciertos la oscuridad de algunos de los puntos que he tocado." [56]

Las publicaciones que Bello hizo durante su estancia en Londres referentes al Poema o respecto a cuestiones estudiadas alrededor del mismo, son las siguientes:

1. "Noticia de la obra de Sismondi sobre la *Literatura del Mediodía de Europa*; refútanse algunas opiniones del autor en lo concerniente a la de España; averíguase la antigüedad del *Poema del Cid*; si el autor de este *Poema* es el que pretende don Rafael Floranes; juicios de Sismondi demasiado severos respecto de los clásicos castellanos; extracto de su obra relativa al *Quijote*. En la *Biblioteca Americana*, t. I, Londres, 1823. [57]

2. "Qué diferencia hai entre las lenguas griega i latina por una parte, i las lenguas romances por otra, en cuanto a los acentos i cantidades de las sílabas, i qué plan debe abrazar un tratado de pro-

sodia para la lengua castellana." En la *Biblioteca Americana*, t. II, Londres, 1823. [58]

3. "Del uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media i en la francesa i observaciones sobre su uso moderno." En *Repertorio Americano*, t. III, Londres, 1827. [59]

4. "Etimologías." En *Repertorio Americano*, t. II, Londres, 1827. [60]

Con ellos adelanta Bello una muestra de sus copiosos y acertados conocimientos acerca de esta vastísima investigación.

IV

Bello en Chile

La tarea polifacética cumplida en Santiago de Chile por Andrés Bello es un hecho en el que están contestes todos sus biógrafos, y de la cual nos hablan con su elocuencia irrebatible las obras llevadas a feliz término por Bello como pedagogo, filólogo, jurista, periodista, crítico, científico, historiador, filósofo, etc. No está en mis propósitos entrar en la estimación de los múltiples aspectos de la labor de Bello, desde sus cuarenta y ocho años hasta su muerte. Basta considerar hasta qué punto logra acrecer su personalidad y su prestigio para que en los últimos años de su vida sea árbitro de diferencias entre naciones americanas, llamado para zanjar las discusiones con su autorizada palabra. Este es el signo indiscutible de una personalidad reconocida en el ámbito continental de América. Desde su arribo a Chile, como un repatriado, de retorno a su América, después de diez y nueve años de vida londinense, hasta el reconocimiento explícito de su fuerza espiritual por encima de los intereses de naciones soberanas, transcurre la vida de Bello en Santiago, en el hervor sostenido de un trabajo múltiple, reposado, sereno, equilibrado, sin que rehuya la polémica cuando es precisa, y dedicado a una gran diversidad de disciplinas que nos dejan atónitos por su número y por la rara perfección que en cada una de ellas consigue.

Numerosos testimonios nos hablan de su figura venerable y del magisterio ejercido en todo instante de su existencia en Chile. Todos son alumnos de Bello en Chile o alumnos de sus alumnos. Incluso los disconformes frente a sus ideas, respetan y veneran la persona de Bello, quien desarrolló en toda su plenitud en la Repú-

blica chilena los propósitos básicos de su vida: saber y ser útil a sus semejantes.

Desde la cátedra hasta la tribuna periodística, Bello no desdeña ocasión para verter en su patria adoptiva el enorme caudal de conocimientos que le proporcionan su formación caraqueña y sus años de madurez en Londres y de emitir el pensamiento razonado y profundo que su inteligencia privilegiada le dictaba ante cada problema. Es dilatado el campo de acción del gran humanista durante los treinta y seis años de residencia en Chile.[61]

Voy a ceñir mi estudio a uno solo de los temas que Bello continuó en Chile y que hemos visto comenzar desde los primeros años de su vida londinense: el Poema del Cid.

En Santiago se encontró sin los elementos de consulta y los materiales de investigación de que disponía en Londres. De ahí que sus ideas acerca del Poema varíen poco a partir del instante de su salida de Inglaterra. Chile queda demasiado apartado para que llegaran a sus manos las novedades que en Europa se producían en la investigación histórica de la literatura medieval europea. En España no había comenzado verdaderamente la crítica europea en la literatura de la Edad Media, cuyos inicios representa M. Milá y Fontanals, que publica su primera obra fundamental el año de 1874, nueve años después de haber muerto Bello. Los libros y estudios que se editaban en el resto de Europa no eran de fácil acceso a Chile, y Bello tenía que servirse de las noticias aprendidas en Londres y de las notas copiosísimas que allí había recogido en el transcurso de las largas vigilias pasadas en el Museo Británico, principalmente. Lo fundamental, pues, en su pensamiento, en cuanto al Poema del Cid,[62] está ya concebido a su llegada a Chile. Sus ideas las apunta por primera vez en el trabajo de crítica a la obra de Sismondi (1823) y pocas enmiendas hará a su pensamiento en los años posteriores. Es más, creo que las adiciones que hace a sus notas durante los años de Chile, no tan sólo no mejoran el conjunto de sus hallazgos anteriores, sino que incluso en el detalle desfiguran la idea primitiva, mucho más exacta que en las escasas rectificaciones que introduce más tarde. En el momento propicio subrayaré las razones en que apoyo mi aserto.

En Chile, a pesar de la rarísima bibliografía que directa o indirectamente pudiera llegarle acerca de estudios cidianos, no deja dormir sus trabajos y constantemente nos da escritos de divulgación

periodística, o argumentos a tesis filológicas, o nuevos comentarios en las memorias que siendo rector del primer centro docente de Santiago rendía a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Los intentos de publicar su obra resultaron siempre fallidos, hasta que la Facultad a la que pertenecía acuerda proponer la edición al Gobierno y éste acepta. Entonces vió posible Bello que se convirtiera en libro y se divulgara, en su conjunto, la investigación que había realizado a lo largo de tantos años de trabajo y que había dado a conocer parcialmente en diversas publicaciones. Pero era ya demasiado tarde. No logra ni redactar por completo el prólogo de la obra; los retoques a la labor preparada mucho antes se detienen en las notas a la Crónica del Cid y en unas pocas enmiendas al texto del Poema tal como lo tenía preparado desde hacía años, sin poder completar ni rectificar su glosario, sobreviniéndole, entonces, la angustia del trabajo inconcluso con peligro de quedar inédito. Para evitar su olvido definitivo, ya que no creía, seguramente, en la edición de su obra una vez muerto, escribe con toda la ilusión, a los 82 años, como cuando en sus años juveniles emprendía el análisis de la edición de Sánchez, y remite al secretario de la Real Academia de la Lengua, en Madrid, un año después del acuerdo oficial del Gobierno de Chile de publicar su estudio sobre el Poema, una comunicación que yo he dado en llamar "*el testamento cidiano de Andrés Bello*", entregando el secreto de sus hallazgos, informando para una futura edición del Poema del Cid, de los resultados elaborados después de larga investigación para que no se perdieran y fueran útiles en la nueva impresión que él supo que se preparaba. Dos años después moría Bello. Parece que su informe quedó sin contestación; por lo menos así lo apunta Amunátegui, pero tengo para mí que la mejor respuesta está en que la casi totalidad de su informe se halla hoy incorporado en los dictámenes de los últimos investigadores del Poema de Mio Cid.

Mi propósito es destacar esta intervención de Bello en el estudio del Poema y rendir el merecido homenaje de justicia, en el VIII centenario del Poema del Cid, a la labor de Bello, que tantas vicisitudes sufre en su vida. Creo que es justicia de todo rigor.

Hay un pasaje en la obra de Bello que nos muestra hasta qué punto él sentía la melancolía, incluso la tristeza de no disponer de mejores elementos de juicio para asentar sus opiniones. A propósito

de la averiguación de la personalidad histórica de Doña Jimena, esposa del Cid Campeador, después de apuntar diversas soluciones posibles, dice: "Dejamos esta cuestión a los eruditos que tengan la oportunidad de consultar mejores datos que nosotros." [63]

*
* *

En Chile, Bello publica los siguientes trabajos que forman parte de sus indagaciones acerca del Poema del Cid, o de los problemas de literatura medieval relacionados con el Poema:

1) *Literatura Castellana.* Artículos publicados en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en 1834 y 1841. [64] Habla fundamentalmente del Poema del Cid y amplía las ideas expuestas en su trabajo de crítica a la obra de Sismondi (1823).

2) "Origen de la epopeya romancesca." Publicado en *El Crepúsculo*, de Santiago de Chile, 1º de julio y 1º de septiembre de 1843. [65]

3) "Observaciones sobre la *Historia de la Literatura Española*, de Jorge Ticknor, ciudadano de los Estados Unidos, dirigidas a la Facultad de Filosofía y Humanidades." Publicado en *Anales de la Universidad de Chile*, abril y noviembre de 1852; abril y julio de 1854; octubre de 1855; y julio de 1858. [66] Habla extensamente acerca del Poema del Cid.

4) "Observaciones sobre la antigua poesía castellana." En *Anales de la Universidad de Chile*, 1855. [67]

5) "*La Jesta del Mio Cid, poema castellano del siglo XIII.* Nueva edición correjida e ilustrada por Andrés Bello." Editado en *Obras completas*, t. II, Santiago. [68]

6) "Del ritmo i el metro de los antiguos." *Obras*, t. VIII. [69]

7) "Del ritmo latino-bárbaro." Id.

8) "Del ritmo acentual y principales especies de versos en la poesía moderna." Id.

9) "La rima." Id.

10) "Romances del ciclo carlovingio." Id.

11) "Romances derivados de las tradiciones británicas y armoricanas." Id.

12) "Sobre el origen de las varias especies de versos usados en la poesía moderna." Id.

La referencia de estas obras, prueba que Bello no abandonó nunca la idea de trabajar sobre el Poema del Cid y continuó divulgando el resultado de sus investigaciones. Desde sus primeros años en Chile, una vez en conocimiento del medio en que actuaba, empezó la publicación de sus trabajos. Tenemos un dato interesantísimo referente a la intención de publicar su estudio del Cid, en la carta recibida desde París del ilustre escritor y editor Vicente Salvá, quien, si bien reconoce los excepcionales méritos personales e intelectuales de Bello, le escribe desilusionándolo en cuanto a la posible edición del trabajo acerca del Poema del Cid, del que ya le había hablado en Londres al mismo Salvá. Las razones son contundentes; las mismas que obligaron a permanecer en lo inédito la investigación de Bello hasta bastantes años después de su muerte. La carta lleva la fecha de 18 de octubre de 1846 y dice lo siguiente: "Mucho me alegraría de ver ese trabajo de usted sobre el Poema del Cid, del que ya me hizo Ud. alguna indicación en Londres; pero nunca aconsejaré a usted que lo publique, a no estar decidido a sacrificar los gastos de la impresión, porque son muy contados los que compran obras de esta clase, y así estoy seguro que no se despacharán cincuenta ejemplares en diez años. Además sería necesario que hiciera usted en ésa la impresión, por no haber aquí nadie que la cuide con la debida escrupulosidad. Yo estoy abrumado de atenciones, y mi cabeza necesita descansar por algún tiempo, separándose de todo trabajo que la fatigue. Por éso, pienso retirarme a Valencia el año próximo para acabar allí mis días, rodeado de toda mi familia, pues mi hijo saldrá también de acá conmigo. Tiempo es ya que descansemos de la extraordinaria tarea que sobre nosotros pesa muchos años há. Aquí, en España, o en cualquier parte donde me halle, tendré singular complacencia en acreditar a usted que le estimo muy de veras, porque soy un admirador de sus conocimientos, de su buen juicio, prenda muy rara entre los hombres, y de su probidad, virtud que todavía escasea más en este pícaro mundo. Bajo esta inteligencia, debe usted tratarme como su sincero amigo, y seguro servidor Q. S. M. B. Vicente Salvá." [70]

Sin que haya sido posible averiguar algún motivo ajeno a Bello que lo impulsara, aparece entre sus papeles un borrador del año 1851, que es un programa de trabajo para una edición del Poema,

o por lo menos, como un plan trazado para ordenar las copiosas notas y estudios que Bello tendría escritos por esta fecha.[71] Sería, probablemente, un plan de trabajo provocado por el libro de Ticknor, para redactar los estudios de crítica que luego publicó en los *Anales de la Universidad de Chile*.

Dice: "No obstante el saber y diligencia de los escritores que han dirigido su atención a este asunto [el Poema del Cid], no se ha podido ni aun conjeturar con alguna probabilidad quién fuese su autor; y lo que es más, no se ha determinado con tolerable certidumbre la época de la composición; ni me parece que se ha columbrado su historia, o apreciado su carácter e intención artística, o fijado su lugar entre las producciones poéticas de la Edad Media. No se sabe hasta qué punto podemos confiar en la integridad y pureza del manuscrito que la representa bajo su última forma; y hasta sobre la verdadera fecha de este manuscrito hay variedad de opiniones. Sobre todos estos puntos he creído necesario expresar mi juicio."

Es en verdad un esquema de sistematización de los estudios que Bello había publicado y los que seguramente tenía inéditos: autor, época, historia, valor artístico, ubicación en la épica medieval, texto y su reconstrucción, fecha del poema. Sobre todos estos puntos Bello había emitido su opinión en forma dispersa y es lamentable que en vida no hubiera tenido ocasión propicia para estructurar definitivamente su pensamiento. Es de gran interés ver el orden y entidad de las cuestiones que para Bello plantea el Poema del Cid.

Unos años más tarde, al recibir la edición paleográfica hecha por Janer del texto del Poema, Andrés Bello ordena de nuevo su pensamiento sobre las investigaciones que llevaba realizadas. Cito el pasaje del profesor Pizarro inserto en el prólogo al t. II de las *Obras completas*:

"Presumo que no quedaban al señor Bello muchos meses de vida cuando llegó a sus manos el tomo 57 de la Biblioteca de Rivadeneyra, en que aparece la reproducción paleográfica del código de Vivar. Fácilmente imagino el entusiasmo con que el señor Bello debió de recorrer aquellas páginas para él tan interesantes. Pero no sólo había desistido ya del propósito de publicar su obra, sino que su salud había decaído. Pensó, no obstante, publicar una disertación sobre algunos puntos que tocaba el editor del códice; mas entre los papeles que han estado a mi alcance no he encontrado sino esta introducción:

"La reciente publicación del tomo 57 de la *Biblioteca Española* de Rivadeneyra, ha satisfecho una necesidad largo tiempo sentida, proporcionándonos una copia del único manuscrito que se conoce del antiguo Poema del Cid, enteramente correcta, es decir, purgada de las inexactitudes que han dejado en ella todos los editores, tanto nacionales como extranjeros, [72] de aquella célebre antigualla, sin exceptuar el primero y más estimable de ellos, don Tomás Antonio Sánchez. En efecto, un solo códice es el que citan y el que han consultado cuantos hablan de esta preciosa joya de la primitiva literatura castellana; y tanto era más de sentir que no pudiera contarse con su entera exactitud, debiendo ellas ser la base de todo estudio satisfactorio de las antigüedades y orígenes de nuestra literatura. El señor don Florencio Janer, a cuyo cargo ha estado la publicación del sobredicho tomo 57, es el que nos ha procurado esta satisfacción, y cuyo discurso preliminar, en la parte relativa al Poema del Cid, es el que va a suministrarnos las observaciones que nos atrevemos a presentar a nuestros lectores castellanos de uno y otro hemisferio, con la esperanza de contribuir en alguna manera al mejor éxito de los trabajos futuros, caso de que nuestras indicaciones mereciesen ocupar un momento la atención de los que con más amplios recursos que nosotros no se desdeñasen de rectificarlas. [73]

"Obtenida una copia exacta, cual nos parece la concienzudamente elaborada por el señor Janer, tenemos que deplorar el estado verdaderamente lastimoso en que ha llegado a nosotros una producción tan interesante; manca, y plagada, en la parte que nos resta, de cuantos vicios han podido acumular en ella el transcurso de los años, las varias manos por las cuales ha tenido que pasar, la incuria, algunas veces el deseo de exaltar las proezas del héroe, y casi siempre una crasa ignorancia. La belleza y sublimidad de no pocos pasajes, nos hace sentir más vivamente lo que falta y lo que ha sido tan monstruosamente adulterado." [74] [75]

Bello no le daba valor de cosa indiscutible al texto paleográfico publicado por Janer, sino que le habría servido como un elemento más de juicio para proseguir en su trabajo que la muerte iba a interrumpir.

Poco tiempo antes de conocer la edición de Janer, Bello recibe una de las mayores satisfacciones de su vida con motivo del acuerdo tomado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, a propuesta de su decano, don José Victorino Las-

tarria, quien "tuvo la feliz idea de buscar arbitrio de que no quedara por más tiempo inédita" [76] la obra hecha por Bello acerca del Poema del Cid.

Lastarria logra que la Facultad que preside acuerde unánimemente, a 22 de julio de 1862, solicitar del Gobierno de Chile los fondos suficientes para editar el estudio de Bello, solicitud que fué atendida por el Gobierno con "complacencia, tanto porque gustaba de contribuir a la impresión de un trabajo de tamaño mérito, como porque ésto le proporcionaba el medio de corresponder convenientemente a un obsequio de la reina doña Isabel II". [77]

Bello escribe seguidamente el siguiente comunicado a José Victorino Lastarria:

"Santiago, 20 de agosto de 1862.

"Señor Decano.

"Con fecha de ayer, me dice el señor Ministro de Instrucción Pública lo que sigue:

"Pongo en conocimiento de usted que el Gobierno accede gustoso a la solicitud de la Facultad de Filosofía y Humanidades relativa a impetrar su apoyo para hacer la publicación de la obra del señor Bello titulada *Poema del Cid*.

"Al hacer a Usía esta comunicación, creo mi deber expresarle el íntimo reconocimiento de que estoy penetrado por la parte que Usía tan espontánea y generosamente ha tomado en este asunto, sin la menor indicación mía, y *cuando casi miraba yo como desesperada la publicación de una obra que me ha costado no poco trabajo y desvelos*. Yo trataré de ponerla en estado de pasar a la imprenta lo mejor y lo más pronto posible.

"Dios guarde a Usía.

Andrés Bello." [78]

No pudo cumplir el propósito de dejar lista la obra para enviarla a la imprenta. Del año 1862 al 65, el de su muerte, Bello sufre continuos achaques de salud que le impiden el trabajo normal. No puede dar cima a su trabajo a causa de empezarlo demasiado tarde. [79] Con qué tristeza vería como imposible realizar uno de los anhelos que con más entusiasmo conservó durante su vida. Apena la contemplación de Bello impotente ya para rematar la labor de tantos años,

al ofrecérsele la única ocasión en su existencia de ver en volumen una tarea de tanto tiempo!

Seguramente con la convicción de que no podía llenar a cabalidad su propósito de rectificar, completar y poner en condiciones su estudio, es entonces cuando escribe, a 18 de junio de 1863, a un año escaso de haberle sido comunicado el acuerdo del Gobierno y dos años antes de su muerte, el documento más emotivo que, en relación a sus investigaciones acerca del Poema del Cid, encuentro en toda su obra, la carta-informe a Manuel Bretón de los Herreros, secretario de la Real Academia de la Lengua, en Madrid, escrito que denomino: "*El testamento cidiano de Andrés Bello.*" [80]

He escogido de este comunicado los fragmentos más significativos, por considerarlo importantísimo para entender el pensamiento de Bello y su posición espiritual en cuanto a sus investigaciones, fragmentos que son del tenor siguiente:

"Santiago de Chile, 18 de junio de 1863.

"Excelentísimo Señor.

"Muy Señor mío.

"Por los papeles públicos, acabo de saber que la Real Academia Española se ocupa en varios trabajos importantes, relativos a la lengua y literatura nacional; y dos de ellos me han llamado particularmente la atención, es a saber, un *Diccionario de Voces y Frases Anticuadas*, y una nueva edición del *Poema del Cid*, con notas y glosario.

"Habiendo pasado una gran parte de mi larga vida en estudios de la misma naturaleza, me ha ocurrido la idea, tal vez presuntuosa, de poder ofrecer a la Real Academia indicaciones que pudieran ser de alguna utilidad para los objetos que, con tanto celo, y tan seguro beneficio de las letras castellanas, se ha propuesto ese sabio cuerpo.

. . . . . .

"los glosarios de don Tomás Antonio Sánchez dejan no poco que desear; y es creíble que, si este erudito filólogo hubiese tenido a la vista las antiguas versiones de que acabo de hablar, [81] hubiera llenado algunos vacíos, particularmente en su diminuto glosario del *Poema del Cid*, y habría tenido mejor suceso en la explicación de ciertos vocablos.

"Por lo que toca al antiguo *Poema del Cid*, o sea *Jesta de Mio Cid* que es el título con que su autor o autores lo designaron, me tomo la libertad de hacer presente a Vuestra Excelencia, valga lo que valiere, que tengo un cúmulo no pequeño de anotaciones y disertaciones destinadas a explicar e ilustrar aquella interesante composición, que tanto ha llamado la atención de los eruditos en Inglaterra, Francia, Alemania y que tanta importancia tienen sin duda, como Vuestra Excelencia no ignora, para la historia de las letras, y especialmente de la epopeya medieval. Mi designio había sido sugerir las correcciones necesarias o probables que necesita el texto, que son muchas; manifestar el verdadero carácter de su versificación, que, a mi juicio, no ha sido suficientemente determinado, exajerándose por eso la rudeza y barbarie de la obra; y aun suplir algunos de los versos que le faltan con no poco detrimento de su mérito. Me ha servido para esto último como para otros objetos, el cotejo prolijo del *Poema* con la llamada *Crónica del Cid*, publicada por fray Juan de Velorado, y que hubiera deseado también hacer con la *Crónica Jeneral* atribuída al rey don Alonso el Sabio, que desgraciadamente no he podido haber a las manos.

"Una de las más importantes adiciones que tenía meditada es la que paso a noticiar a Vuestra Excelencia.

"Faltaban al manuscrito de Vivar, que sirvió a don Tomás Antonio Sánchez, algunas hojas y no tan pocas como aquel erudito imaginó, pues, habiendo sido el *Poema*, como yo creo, una relación completa de la vida del Campeador, según las tradiciones populares, no es creíble que le faltasen algunos de sus hechos más memorables, anteriores a su destierro y que dieron asunto a infinitos romances antiguos. Tales son, entre otros, el célebre duelo del joven Rodrigo, de que resultó su casamiento con la fabulosa doña Jimena Gómez, el cerco de Zamora y todo lo a él concerniente, y el juramento de Santa Gadea. Pero, ¿cómo llenar estos malhadados vacíos? Las crónicas en que aparecen de trecho en trecho fragmentos del *Poema*, apenas desleído (*disjecta membra poetae*) no nos suministran lo bastante, aunque a veces nos dan largos trozos en que salta a la vista la versificación alejandrina de la *Jesta*.

. . . . . .

"La muestra que voy a dar pertenece a este último tema, en que, si lo tuviésemos íntegro, hallaríamos sin duda un pasaje bellísimo y verdaderamente homérico.

"Rodrigo de Vivar es, entre los magnates de Castilla, el que se atreve a tomar al rey Alonso VI, asistido de doce caballeros compurgadores, el juramento de no haber intervenido en la muerte de su antecesor el rey don Sancho, juramento que, según fuero de Castilla, debía repetirse *fasta la tercera vegada*. Rodrigo lo hace en estos términos:

—¿Vos venides jurar por la muerte de vuestro hermano,
Que non lo mataste, nin fuestes en consejarlo?
Decid: —*Si juro, vos* e esos fijosdalgo
E el rey e todos ellos dijeron: —*Sí. Juramos.*

Rodrigo tomó otra vez la palabra:
—Rey Alfonso, si vos ende sopiste parte o mandado,
Tal muerte murades, como morió el rei don Sancho.
Villano vos mate, que non sea fijodalgo.
De otra tierra venga, que non sea castellano.
—*Amén*, respondió el rey, e los que con él juraron.

"Es feliz el artificio de variar el asonante para la repetición del juramento, y hace recordar las dos versiones del mensaje del Eterno Padre en las octavas 11 y 15 del canto primero de la *Jerusalén* del Tasso:

Es ora Mio Cid, el que en buena ora nasció,
Preguntó al rey don Alfonso e a los doce buenos homes:
—¿Vos venides jurar por la muerte de mi Señor,
Que non lo mataste, nin fuestes end consejador?
Repuso el rey e los doce: —*Ansí juramos nos.*
Hí responde Mio Cid; oiredes lo que fabló:
—Si parte o mandado ende sopistes vos,
Tal muerte murades, como murió mi señor.
Villano vos mate, ca fijodalgo non.
De otra tierra venga, que non sea de Leon.
Respondió el rey: —*Amén*; e mudósele la color.
—Varón Ruy Diez, ¿por qué me afincades tanto?
Ca hoy me juramentaste, e cras besáredes mi mano.
Repuso Mio Cid: —Como me fizier'des el algo;
Ca en otra tierra sueldo dan al fijodalgo,
E ansí farán a mí, quien me quisiere por vasallo.

"El que cotejare estos versos con la prosa de los capítulos correspondientes de la *Crónica*, echará de ver lo pequeñas y naturales que son las alteraciones con que los presento, que todavía sin

duda no reproducen todo el color arcaico del original. En todo lo que sigue hasta el lugar que en la *Crónica* corresponde al verso primero del *Poema*, hay frecuentes vestigios de versificación. Lo que, según la *Crónica*, pasó en el coloquio de Ruy Díaz con sus parciales cuando se le intimó su destierro, *merece notarse particularmente*:

E los que acá fincáredes, quiérome ir vuestro pagado.
Es ora dijo Alvar Fáñez, su primo cormano:
—Convusco irémos, Cid, por yermos o por poblados:
Ca nunca vos fallescerémos las mulas e los cavallos,
E los averes e los paños,
E siempre vos serviremos como amigos e vasallos
Quanto dijere Alvar Fáñez todos allí lo otorgaron.
Mio Cid con los suyos a Vivar ha cavalgado:
E cuando los sus palacios vió yermos e desheredados . . .

"A estas palabras, siguen manifiestamente los primeros versos de la *Jesta de Mio Cid*, mutilada cual la tenemos:

De los sos ojos tan fuertemente llorando,
tornaba la cabeza e estábalos catando.
Vió puertas abiertas . . .

"El asonante es el mismo, y el *los* del segundo verso de la *Jesta* se refiere claramente a *los palacios* de la frase anterior de la *Crónica*, la cual sigue todavía mano o mano con la *Jesta* por varios capítulos. [82]

"En vista de lo que precede, no creo se me dispute que todos estos trozos de versos pertenecieron a una misma obra, la *Jesta de Mio Cid*. *Yo no pretendo que el texto de la* Crónica, *y mis conjeturales enmiendas restablezcan exactamente el de la* Jesta, *aunque no es imposible que hayan acertado alguna vez a reproducirlo. Mi objeto ha sido poner a la vista por qué especie de medios se ha operado la transformación de la forma poética en la prosaica y dar al mismo tiempo una muestra del auxilio que prestan las* Crónicas *para completar, enmendar e interpretar el* Poema.

"No debo disimular que no soy del dictamen de aquellos eruditos que miran el romance octosílabo como la forma primitiva del antiguo *alejandrino*, que, según opinan, no es otra cosa que la unión de dos octosílabos. A mí por el contrario, me ha parecido que el romance de octosílabos ha nacido de los alejandrinos o versos largos

que fueron de tanto uso en la primera época de la versificación castellana: primero, porque, según se ha reconocido, no existe ningún códice antiguo en que la epopeya caballeresca española aparezca en romance octosílabo antes del siglo XV, al paso que son tan antiguas y conocidas en obras de los siglos XIII y XIV las muestras de versos largos divididos en dos hemistiquios como característicos de la poesía narrativa; segundo, porque en los poemas asonantados de los troveres franceses, que a mi juicio dieron la norma a los españoles, la asonancia, al revés de lo que sucede en el romance octosílabo, nunca es alternativa sino continua, aun cuando aquellos empleaban el verso octosílabo, como puede verse en el lindo canto de Aucasin y Nicolete, que se halla en el tomo III de la colección de Barbazán.

. . . . . .

"La Real Academia hará el uso que guste de estas indicaciones. Me bastaría que su comisión me hiciese el honor de tenerlas presentes, aunque fuese para desestimarlas, si las creyere infundadas. Al mismo tiempo, me sería sumamente lisonjero que se dignase pasar la vista por algunos de los principales escritos que había trabajado con el objeto de dar a luz una nueva edición de la *Jesta de Mio Cid*, empresa iniciada cuarenta años há, pero que ya me es imposible llevar a cabo. Si la Real Academia aceptase este humilde tributo lo pondría inmediatamente a su disposición, sometiéndolo en todas sus partes a su ilustrado juicio.

"Espero que Vuestra Excelencia me haga el honor de contestar a esta carta, si sus muchas e importantes ocupaciones se lo permiten."

Por los fragmentos transcritos puede juzgarse fácilmente de la importancia del documento para fijar con exactitud el alcance del pensamiento de Bello y la precisión con que señala los hallazgos que cree haber encontrado en su prolongado estudio sobre el Poema; tanto más importante, cuanto que lo escribe al final de su vida, dos años antes de morir. Nos merece, pues, entero crédito como última manifestación del pensamiento de Bello, considerado en conjunto. [83]

Para mí, es más importante aún analizar la situación espiritual de Bello al redactar este informe. Recordemos que lo escribe un año después de conocer el acuerdo formal del Gobierno de Chile de emprender la edición del Poema, y que nos es lícito suponer que

lo escribe a causa de la amargura de pensar que la empresa de dar a luz una nueva edición de la *Gesta de Mio Cid*, "ya no es posible —dice Bello— llevarla a cabo".

El informe es en verdad la confesión de todos sus secretos respecto del Poema del Cid, los grandes atisbos de su juventud, en Londres, que los años confirman en su plenitud; véase con qué entusiasmo y melancolía, simultáneamente, habla del plan y de la ilusión con que dedicó sus años mejores a este estudio; piénsese en la magistral referencia al paso de los poemas épicos a las Crónicas medievales, forzosa piedra de toque y de contrastación para todos los investigadores modernos; medítese en la teoría de los Romances posteriores a los Poemas épico-heroicos, descubrimiento atribuído a Milá y Fontanals generalmente, y que era ya idea de Bello desde sus primeras publicaciones londinenses; [84] contémplese cómo comunica la creencia de que los versos, arrancados por su sagacidad a la Crónica del Cid, la única que utilizó, son la primera parte del Poema, correspondiente a las hojas perdidas, en lo que si bien hay un error en cuanto a las proporciones, queda, en lo fundamental, inconmovible, a pesar del silencio casi unánime de la crítica posterior respecto a dicho punto.

Pues bien; a mi juicio, a pesar de que en todos estos puntos hay que hacer hincapié para dar a cada uno lo que le pertenezca, es más emotivo y más trascendente pensar en que Bello eleva en este testimonio a la Academia la expresión de sus angustias y lo más puro de sus sentimientos. Veámoslo.

El trabajo que tiene cincuenta y tantos años de iniciado, que ha pasado y ha alegrado la penuria de Londres, que ha seguido el calvario de lo inédito, porque se adelantaba demasiado a su época [85] y a las preocupaciones de su tiempo, esta obra gigantesca se halla para Bello a punto de perderse, porque él se ve impotente para publicarla. Siente la angustia de no poder terminar su trabajo; siente la angustia de quedar ignorado su esfuerzo ingente; la angustia de que sean desaprovechados tantos años de dedicación a esta labor; nos habla del dolor de ver el Poema que haya llamado la atención solamente a los eruditos de "Inglaterra, Francia y Alemania" y, en un acto de magnífico y ejemplar desprendimiento, en un rasgo de generosidad insólita, noble y altísimo, regala sus hallazgos, los brinda en un gesto solemne y maravilloso, digno remate de su vida de maestro, al cenáculo de la Academia, al cuerpo de especialistas de

Madrid, anotando cada tema con firmeza de convicción, con todo respeto hacia las autoridades de la materia, y con la emoción de servir una causa justa, que ha ocupado su atención durante medio siglo largo. [86] Gesto insuperable que nos embarga el ánimo al contemplarlo.

PEDRO GRASES,
Caracas.

NOTAS

1 "... faltaban todavía cerca de cuarenta y de sesenta años para que Alemania y Francia llegasen a publicar sus *Nibelungos* y su *Roland*." (Men. Pidal, *Poema Mio Cid*, p. 52.)

2 Deberían añadirse otros nombres, como el de Rafael Floranes, Florencio Janer, Dozy, París, Gautier, Bedier, etc. Pero haríamos esta lista interminable.

3 Es interesante este juicio de Menéndez Pidal, al colocar a Bello como realizador del primer intento de reconstrucción del Poema, obra de romanos, que emprendió antes que nadie el letrado venezolano, y de cuya labor todavía tenemos en vigencia un buen número de soluciones.

4 En el lugar oportuno glosaremos los errores de Bello al rehacer el Poema, así como al enfocar las cuestiones literarias relativas al Cantar, o al considerar los problemas de literatura medieval en relación con el mismo. Hay que tener en cuenta que los atisbos de Bello son todavía, en su mayor parte, buenos y válidos. Menéndez Pidal, al criticar a Bello en este punto, no es totalmente justo, puesto que al decir que se sirve de "las *Crónicas* muy inoportunamente" aumenta a sabiendas la posible censura a Bello, ya que éste no conoció más que la Crónica particular del Cid, únicamente en la vieja edición de Velorado, y gracias a unos apuntes tomados en el Museo Británico (mucho más tarde conocerá la edición de Hüber). Se enteró de los fragmentos de la *Crónica general* publicados por Berganza y Dozy, y nada más. Mal puede decirse que se sirvió inoportunamente de las *Crónicas*, si sólo conoce, imperfectamente, una, y de ella saca tanto provecho, que en este punto entiendo que es en donde Bello realizó la tarea más importante de sus valiosos estudios cidianos, aunque no acertara plenamente.

5 Men. Pidal, *Cantar*, pp. 1017-1018.

6 Vive hasta los 29 años de edad en Caracas; hasta los 48, en Londres; y el resto de sus días, en Chile.

7 Caldera, *Bello*, p. 11.

8 Véase: Amunátegui, *Bello*; Orrego Vicuña, Eugenio: Caro, *Obras*; etc.

9 Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 5.

10 Apenas hay 33 años de distancia entre las fechas de nacimiento de Miranda, Bello y Bolívar. Y ninguno de los tres hogares en donde nacieron, están a más de 300 metros de la plaza Bolívar, de Caracas. Estos hechos tan singulares fueron comentados por el doctor Vicente Dávila en el "Hogar Americano", de Caracas, el día 6 de junio de 1941, con motivo de instalar el retrato de Andrés Bello, en el Salón de Lectura.

11 Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, pp. 10-11.

12 "... en medio de esta fermentación peligrosa, había ansia de saber y evidente mejora en los estudios. Montenegro, Escalona, Echezuría, habían reformado los estudios de Filosofía, y el licenciado Sanz los de Derecho; los hermanos Luis y Javier Ustáriz tenían en su casa una academia privada de literatura, en la cual leyó Bello sus primeras producciones: su oda *A la Vacuna*, sus traducciones del libro quinto de la *Eneida* y de la tragedia *Zulima*, de Voltaire. Allí se dieron a conocer también otros aficionados a la poesía, de quienes apenas quedan muestras, porque el archivo de aquella pequeña sociedad desapareció en los disturbios civiles. * Entre ellos se citan los nombres de D. Vicente Tejera, D. José Luis Ramos. D. Domingo Navas Spínola tradujo la *Ifigenia*, de Racine, y algunas odas de Horacio. De Ramos, uno de los firmantes del acta de independencia de 1811, conozco una versión apreciable del *Oh Navis referent* ... El médico Salías compuso el poema burlesco de *La Medicomaquia*, en el gusto prosaico de Iriarte. Se citan un ensayo dramático de D. José Domingo Díaz, *Inés*, y otro de González, *Aníbal*. De Tejera, uno de los próceres de la independencia, no se conoce con certidumbre poesía alguna, puesto que, de las dos que el señor Calcaño pone a su nombre en el Parnaso Venezolano, la *Paráfrasis del Miserere* es mucho más antigua que Tejera, y estaba impresa en las rimas de tan conocido autor como Gerardo Lobo, desde 1717, por lo menos; y la traducción, muy popular en Venezuela y Nueva Granada, y aun en España, del soneto francés de Hésnault, *El Aborto*, anda también en litigio, y se le han atribuído diversos padres. Como se ve, todos estos ingenios pertenecían a la escuela literaria del principio del siglo, y su poeta predilecto parece haber sido Arraiza, que en 1806 visitó Caracas como oficial de marina, y sin duda concurrió a la tertulia de los Ustáriz. Sus versos, tan populares en América como en España, se pegaban dulcemente al oído, y está probado que dejaron huella aun en el mismo clásico y severísimo Bello." (Men. Pelayo, *Poesía Hispano-Americana*, t. I, pp. 358-359.)

13 Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 54.

14 "La gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente a la región de Venezuela, que le dió cuna, y a la República de Chile, que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino a toda la América Española, de la cual fué el principal educador: por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas;

indirectamente y por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a la cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aún puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega a un grado de primor y perfección insuperables, y en los cuales renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo." (Men. Pelayo, *Poesía Hispano-Americana*, t. I, pp. 359-360.)

15 Aun después de su deceso, el respeto al gran educador impidió por un tiempo nombrarle sucesor. Nos recuerda el Cid del Romancero ganando batallas después de muerto. Esto, leyenda; aquéllo, verdad.

16 Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile. 17 de septiembre de 1843. En *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 297.

17 Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile. 17 de septiembre de 1843. En *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 298.

18 Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile. 17 de septiembre de 1843. En *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 297.

19 Al hablar de Bello, el gran maestro español don Julio Cejador y Frauca escribe las palabras siguientes, como resumen de su opinión: "Fué el educador de toda la América Española, psicólogo, pedagogo, jurisconsulto, publicista, gramático, crítico literario y poeta: el nombre más glorioso de la historia americana." (Cejador, *Lit. Castellana*, t. VI, p. 392.)

20 Planchart, *Crítica en Venezuela*, p. 285. Tiene razón Planchart al notar que Menéndez y Pelayo no enjuicia a Bello, simplemente como crítico sino en su valor de conjunto. Por otra parte, creo que Menéndez y Pelayo no quiso tratar particularmente a Bello, en este aspecto. Dice Planchart: "Menéndez y Pelayo al considerar a Bello como crítico no separa propiamente al investigador de historia literaria y al filólogo del crítico en sí. De proceder lo mismo, no hay sino hablar, como ese eximio español, de méritos eminentes, de sagacidad crítica, de adivinación y rasgos de genio, porque todas esas cualidades tuvo el letrado venezolano en sus estudios del Poema del Cid . . ." (Planchart, *op. cit.*, p. 285-286.)

21 Bello, *Obras*, t. II, pp. 328-329.

22 Hay incluso algún rasgo en sus obras que podría hacernos creer que en alguna ocasión experimentó la inquietud de sentirse interesado por cosas demasiado lejanas a su mundo. Dice en su estudio acerca de la versificación, al pasar del análisis de los poemas medievales a estudiar las formas asonantadas modernas: "Basta ya de revolver estas empolvadas antiguallas . . ." (Bello, *Obras*, t. I, p. 236.) Este trabajo fué publicado, por primera vez, en el *Repertorio Americano*, enero de 1827. Seguramente Bello pensó en el público de su revista, más que en su propio gusto, ya que personalmente no deja nunca en toda su vida de "revolver las empolvadas antiguallas".

23 "Además, su objeto no era erudito, sino esencialmente práctico: quería restablecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo o provincialismo. Y esto lo consiguió plenamente: fué el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo tiempo enseñó, y no poco, a los españoles peninsulares, perteneciendo al glorioso y escaso número de aquellos escritores y preceptistas casi forasteros como Capmany, Puigblanch, etc., de quienes pudiéramos decir, como Lope de Vega de los hermanos Argensolas, «que vinieron de Aragón (o de Cataluña o de cualquier otra parte) a reformar en Castilla la lengua castellana»." (Men. Pelayo, *Poesía Hispano-Americana*, t. III, p. 369.)

24 Bello, *Obras*, t. VI, pp. 245-246.

25 Bello, *Obras*, t. II, pp. 25-26.

26 He aquí la contestación del Gobierno del Río de la Plata, muestra de la cordialidad de relaciones entre ambos países: "Ayer recibió el supremo director de estas Provincias del Río de la Plata una comunicación de Usted, fecha de 3 de Agosto pasado, en que, manifestando la triste situación a que ha quedado reducido por las desgracias que ha sufrido el país de su origen, concluye implorando de Su Excelencia los auxilios necesarios para transportarse a estas provincias, donde le será satisfactorio poner en ejercicio sus luces y sentimientos patrióticos. En su consecuencia, me ha ordenado contestar a Usted, como lo verifico, que, con esta misma fecha, previene al señor don Manuel de Sarratea, diputado-representante de esta corte en ese reino, que le proporcione a Usted la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que Usted ha prestado a la más justa de las causas, y que hacen más recomendables los padecimientos de nuestros desgraciados hermanos de Caracas. Con esta ocasión, aprovecho la de ofrecer a Usted las consideraciones de aprecio y sincera estimación que tendría el placer de acreditar a Usted en persona, verificado el caso de trasladarse a estas regiones.

"Dios Guarde a Usted muchos años. Buenos Aires, noviembre 15 de 1815. Gregorio Tagle.

"Señor don Andrés Bello, diputado de Caracas." (Amunátegui, *Bello*, p. 133.)

27 Que Blanco White llega a ser gran amigo de Bello lo prueba una carta que en noviembre de 1820 dirige aquél a su hermano, que reside en España; dicha carta, a propósito de la obra *Trial by jury*, dice con aire de familiaridad:

"supe por Bello que un americano, etc.", ** prueba indiscutible de que, en España, la familia de Blanco conocía ya la personalidad de Bello, a quien Blanco White menciona con tono fraternal.

28 "Llegó una noche en la cual Bello se vió sin el dinero preciso para alimentarse, y sin saber de dónde sacarlo. Desde el día siguiente, iba a principiar para él la miseria, una miseria que le espantaba, porque parecía caerle encima sin remedio posible." (Amunátegui, *Bello*, p. 140.)

29 Apunta Amunátegui que posiblemente este hecho le detiene en su proyectado viaje hacia Buenos Aires, donde pensaba radicarse. (Amunátegui, *Bello*, p. 133.)

30 Amunátegui, *Bello*, p. 229.

31 Amunátegui, *Bello*, p. 229.

32 Rufino Blanco-Fombona ha escrito una página emotiva acerca de este momento de Bello: "... sobre la sombra del exilio, caía la sombra de la miseria. Pero Bello no se abatía. Su amor al estudio lo salvaba. En Londres aprendió griego, perfeccionó el inglés, analizó los monumentos más antiguos de la lengua castellana, rastreó los orígenes de la versificación francesa, de la literatura inglesa, de la poesía italiana; y sus estudios abrieron en filología desde el primer cuarto del siglo XIX, rumbos nuevos." (Blanco-Fombona, *Grandes escritores*, pp. 46-47.)

33 Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 54.

34 Véanse estos dos fragmentos de la biografía de Bello, de Amunátegui, bastante explícitos para darse cuenta de la trágica situación en que se encontraba en Londres: "El restablecimiento del régimen colonial en Venezuela el año de 1812 fué un desastre tan abrumador, que, por lo pronto, arrebató aún a los más visionarios hasta el consuelo de la esperanza.

"Este enorme infortunio afectaba a López Méndez y a Bello no sólo en sus sentimientos ciudadanos, sino también en sus intereses de individuos privados.

"Las vicisitudes de la guerra de Venezuela habían sido causa de que sus sueldos se les remitieran tarde, mal, y en ocasiones nunca.

"En vez de ahorros, tenían deudas; y tener deudas entonces en Inglaterra importaba la cárcel, porque el que no pagaba iba a ella." (Amunátegui, *Bello*, pp. 128-129.)

"Bello se encontró casi perdido en la populosa Londres, peor que extranjero, pues estaba proscrito, sin protección, sin familia, sin hogar.

"La penuria de su situación era agravada por la circunstancia de que tenía encima dos acreedores, a quienes adeudaba cantidades que para él eran fortísimas.

"Esos acreedores eran el zapatero y el sastre que habían provisto a su vestido.

"Bello no podía absolutamente pagar las cuentas, ni de uno, ni de otro.

"En tal aflicción, satisfizo al zapatero con lo poco que tenía, y se presentó al sastre, confesándole su insolvencia.

"Ese artesano, llamado Newport, no sólo concedió a don Andrés cuantas esperas éste había menester, sino que llevó la generosidad hasta ofrecerle que continuara vistiéndose en su tienda.

"Libertado, como queda dicho, del riesgo de ir a habitar la cárcel, Bello tenía que resolver el difícil problema de proporcionarse recursos para ganar la vida." (Amunátegui, *Bello*, p. 130.)

Y esta observación, coincidente, de otro biógrafo de Bello: "Entre los estímulos fué principal el de la extrema pobreza, en cuyos largos períodos de escasez y de miseria los afectos de su hogar eran el solo lenitivo y las actividades intelectuales su principal motor de resistencia contra el invisible y tremendo enemigo que de todas partes le asediaba." (Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 56.)

35 Amunátegui, *Bello*, p. 188.

36 Orrego Vicuña, Eugenio: *Homenaje a Bello. Anales*, 1935, p. 56.

37 Bello, *Obras*, t. VI, pp. vii y ix.

38. Pizarro: Bello, *Obras*, t. II, p. vi. La Viñaza (Biblioteca Filología, p. 890) repite exactamente las mismas palabras, seguramente sacadas del propio texto de Pizarro, aduciendo también la carta al secretario de la Real Academia de la Lengua, de Madrid.

39 Hay noticias de comunicaciones anteriores entre Bello y Gallardo referentes a temas gramaticales. En particular una carta de Gallardo a Bello, fechada a 1º de octubre de 1816, en la que dice: " . . .tengo la más aventajada idea del juicio de Ud.", referido ello a una cuestión gramatical: uso del *lo*. (Amunátegui, *Bello*, p. 151.) Sería extraordinariamente interesante el estudio de la actividad intelectual entre los desterrados de dicha época en Londres. La generosidad y la comprensión dan la tónica de las comunicaciones entre los exiliados del mundo hispánico, en momentos muy parecidos a los actuales. Está por hacerse el estudio de conjunto.

40 Es más: el propio Gallardo explica en el Nº 4 de *El Criticón* que el año de 1818 había de publicar en Londres "una colección de sobre 50 piezas escogidas para un *Teatro antiguo español*", empresa malograda, en la "que quiso me ayudase a conllevar el fino filólogo D. Andrés Bello (Caraqueño), a quien franqueé mis planes". (Gallardo, *Obras escogidas*, t. II, p. 36.) Este es el más fuerte argumento en favor del prestigio que tenía ganado Andrés Bello en Londres, durante los primeros años de su estancia en la capital inglesa.

41 Menéndez Pelayo sitúa erróneamente en 1827 el comienzo del trabajo de Bello. (Men. Pelayo, *Poesía Hispano-Americana*, t. I, p. 371.)

42 La ampulosidad verbal de Gallardo esconde admiración, cariño y simpatía indudables hacia Bello.

43 Es interesante subrayar la atención de Bello por las Crónicas, en el estudio del Poema.

44 Referencia a la investigación concreta de Bello, que había comunicado a Gallardo.

45 No comparte Bello esta opinión de Gallardo, sino que se sitúa en el análisis objetivo con un criterio mucho más exacto.

46 Subrayo esta aseveración de Gallardo, en apoyo de mi hipótesis acerca del comienzo del estudio del Poema.

47 Le sugiere Gallardo la teoría de que los romances son resultado de la división por la cesura de los versos épicos, que llama "alejandrinos", como veremos en el lugar oportuno.

No sigue a Gallardo en cuanto a la fecha de la composición del Poema. Cree Bello que se compuso mucho tiempo después de muerto el Cid.

48 Se refiere este último párrafo al Poema de la Conquista de Almería, escrita en 1157, en la que Gallardo ve una referencia al Poema del Cid, que debería haber sido compuesto antes de esta fecha, tal como cree actualmente Menéndez Pidal. Bello no comparte esta opinión, como veremos, sino que considera "temeridad" creer que la Crónica de Almería se refiera al Poema que conocemos. Se referiría, según Bello, a otro texto distinto, aun del mismo Poema, pero en otra redacción.

49 Amunátegui, *Bello*, pp. 151-156.

50 Es atinada la interpretación de Gallardo, que después encontramos en Bello, de que el "Crespo de Granón" es el conde García Ordóñez. (v. Bello, *Obras*, t. II, pp. 286 y ss.) Menéndez Pidal abunda en este mismo criterio.

51 Amunátegui, *Bello*, pp. 157-158.

52 Pizarro: Bello, *Obras*, t. II, p. XXV.

53 Bello, *Obras*, t. II, pp. 1-2.

54 Caro, *Obras*, t. III, p. 125.

55 Obsérvese que Bello habla como persona que siente vinculada en su propio pasado la literatura castellana medieval. Este sentido de patria anima toda su obra. En muchos pasajes habla con verdaderos sentimientos de español que forja la cultura americana enraizada en la tradición española. De ahí podemos también deducir fácilmente, que el estudio sobre el Poema no es un simple proyecto de enmiendas al texto.

56 Bello, *Obras*, t. II, p. 30.

57 Bello, *Obras*, t. III, pp. 239-256. Este es el primer trabajo sobre el Poema, en el cual expone por primera vez parte de su pensamiento, asombroso todavía hoy.

58 Bello, *Obras*, t. V, pp. 433-450.

59 Bello, *Obras*, t. VI, pp. 227-238.

60 Bello, *Obras*, t. V, pp. 451-456.

61 Orrego Vicuña enumera 306 títulos de libros y trabajos publicados en vida, que dan idea del gran polígrafo que era Bello, ordenados por los siguientes epígrafes: Filosofía; Estudios Filológicos; Derecho; Crítica; Historia y Geografía; Temas Pedagógicos y Educacionales; Poesía; Teatro; Traducciones de artículos y otros trabajos de divulgación; Epistolario.

62 Creo que de la mayor parte de su obra podríamos decir lo mismo.

63 Bello, *Obras*, t. II, p. 64. Dice el profesor Pizarro, encargado de la edición del estudio del Cid, de Bello, que es un escrito anterior a 1834, cinco años después de llegado éste a Chile.

64 Bello, *Obras*, t. VI, pp. 257-280. Lo edita Rufino Blanco-Fombona, en París, con el mismo título (sin fecha), pp. 1-30.

65 Bello, *Obras*, t. VI, pp. 211-226. Es el mismo estudio que se publica como segundo apéndice al Poema del Cid, en el t. II, pp. 330-346. Advierto que hay otros trabajos de Bello, en relación con la literatura medieval castellana, como *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana* (Santiago, 1835. *Obras*, t. V, pp. 3-230), pero que no los aduzco en la lista de investigaciones medievalistas, porque no es este estudio el propósito fundamental.

66 Bello, *Obras*, t. VI, pp. 281-436. Editado en el volumen *Literatura Castellana*, por Rufino Blanco-Fombona, en París (sin fecha), pp. 31-226.

67 Por lo que se desprende de la bibliografía de Bello, confeccionada por Orrego Vicuña, esta obra no fué publicada en las *Obras completas*. No he podido examinar este trabajo de Bello.

68 Este trabajo había sido publicado en 1877, en *Revista Chilena*, t. IX, Santiago.

69 Desde este trabajo hasta el Nº 12, son escritos de Bello, editados póstumamente, encontrados entre sus manuscritos, pertenecientes a distintas épocas, casi todos ellos incompletos y con muchos de sus párrafos incluídos en otros estudios, según manifiesta Amunátegui en el prólogo al t. VIII de las *Obras completas*. Es el resultado de no haber hallado editor para sus propias obras.

70 Amunátegui, *Bello*, pp. 173-174.

71 Lo inserta el profesor Pizarro (Prólogo, *Obras*, t. II, vii), quien manifiesta que es de 1851. Hay que dar amplio crédito a los editores y correctores de la edición de las *Obras completas*, puesto que tuvieron la inefable suerte de poder cotejar los papeles íntimos del ilustre hombre de letras y convivir con él tantos años. Como que ejecutaron su cometido con devoción, respeto y preparación, y como, por otra parte, los elementos críticos de contrastación nos serían sumamente difíciles, si no imposibles, es ineludible fiarse de los comentarios y notas que ilustran las obras. En todo caso, anoto las observaciones que a mi juicio pueden formularse, en su lugar pertinente.

72 Obsérvese que Bello habla como español —en 1865— (!) Esta es la posición espiritual de Bello en todos los estudios de la literatura medieval castellana.

73 A pesar de estar seriamente enfermo, Bello acaricia el proyecto de ordenar unas observaciones al trabajo de Janer, con el fin de que fuesen útiles a los futuros investigadores, si *"con más recursos que nosotros no se desdeñasen de rectificarlas"*. ¡Con cuánta añoranza escribiría Bello estas palabras y cuán exactamente reproducen su estado de ánimo, ante la impotencia de redondear una tarea que había ocupado, al escribir estas líneas, más de cincuenta años de su vida!

74 La edición de Janer renueva en su alma la emoción que sentiría indudablemente en Londres frente al texto de Sánchez, en tiempo en que la mayoría de los intelectuales hispánicos desdeñaban por su tosquedad y barbarie el Poema recién conocido. *Belleza y sublimidad*, son los términos con que Bello expresa su deleite, ante lo que el Poema conserva, y *monstruosa adulteración* es el calificativo de los vicios que ha acumulado la crasa ignorancia.

75 Pizarro: Bello, *Obras*, t. II, pp. 16-17.

76 Amunátegui, *Bello*, p. 174.

77 Amunátegui, *Bello*, p. 175.

78 Amunátegui, *Bello*, p. 175.

79 Amunátegui, *Bello*, p. 665, dice que hizo sacar en limpio esta obra junto con otras, "evitando que se perdieran". Apenas pudo hacer correcciones.

80 Se refiere también a otra obra que la Academia se propone publicar. Sin embargo, la intención fundamental de Bello en el comunicado era el Cantar del Cid, y lo demás de carácter secundario. Bello era, desde 1851, académico honorario, y después correspondiente, de la de la Lengua de Madrid. Véase el oficio que expidió la Academia: *"La Real Academia Española*, Atendiendo a la sólida instrucción y profundos estudios del señor Andrés Bello, miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, y de la Facultad de Leyes de la Universidad de aquel Estado; y en especial a los que constantemente le ha merecido el cultivo de la lengua castellana, de que tiene dados tan solemnes y relevantes testimonios, se ha servido nombrarle, en la junta ordinaria del jueves 20 del actual por el voto unánime de los señores que concurrieron a la misma, académico honorario de dicha real corporación, mandando que se le expida el competente diploma, firmado por el excelentísimo señor director, refrendado por el excelentísimo señor secretario, y autorizado con el sello mayor de la Academia. Dado en Madrid, a 23 de noviembre de 1851. *Francisco Martínez de la Rosa.—Juan Nicasio Gallego*, secretario." (Amunátegui, *Bello*, p. 543.)

81 Se refiere a los manuscritos de traducciones literales de la *Vulgata*, hechas en los siglos XII y XIII, existentes en la Biblioteca del Escorial, que el Padre Scio menciona.

82 Estos pensamientos, en forma casi idéntica, que son una intuición excepcional, los inserta como "Notas a la Crónica del Cid", antes del texto reconstruido del Poema. (*Obras*, t. II, pp. 82 y ss.)

83 Es más; podemos darle todavía un carácter más rotundo de postrera opinión de Bello, ya que "La citada carta [a Bretón de los Herreros] fué publicada en Santiago dos años después, en la *Revista Ilustrada*, en junio de 1865, con el consentimiento de su autor." (Pizarro: Bello, *Obras*, t. II, p. VI.)

84 Obsérvese el sentimiento con que comenta no haber podido servirse de la bibliografía de que ha tenido noticia, como cuando menciona la "Crónica General", que "desgraciadamente —dice— no he podido haber a las manos".

85 No se olvide que empieza su investigación recién llegado a Londres (1810); y Milá, considerado como precursor en España de estos trabajos, publica su obra a partir de 1874.

86 De la misma manera y con el mismo estado de espíritu aconseja en este mismo informe acerca de la edición de un *Diccionario de voces y frases anticuadas*.

(*) Fuera de este grupo literario, componía versos místicos y conceptuosos la monja carmelita sor María Josefa de los Angeles.

(**) Méndez Bejarano, *Blanco White*, p. 138.

BIBLIOGRAFIA CITADA EN EL PRESENTE ESTUDIO

Amunátegui, *Bello*.—Miguel Luis Amunátegui: *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile, impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.

Bello, *Literatura Castellana*.—Andrés Bello: *Literatura Castellana*. Prólogo de Rufino Blanco-Fombona. Clásicos Americanos. París-Buenos Aires (sin fecha). Contiene además del trabajo de este título, el estudio crítico de Bello a la obra de Ticknor.

Bello, *Obras*.—Andrés Bello: *Obras completas*. Edición Oficial del Consejo de Instrucción Pública de Chile, impresa de acuerdo con la ley de Septiembre 5 de 1872. 15 tomos. Santiago, Chile, 1881 a 1893.

Blanco-Fombona, *Grandes escritores*.—Rufino Blanco-Fombona: *Grandes escritores de América*. (Siglo XIX. I, Andrés Bello; II, Sarmiento; III, Hostos; IV, Juan Montalvo; V, González Prada.) Madrid, Renacimiento, 1917.

Caldera, *Bello*.—Rafael Caldera R.: *Andrés Bello*. Caracas, Parra León Hermanos, 1935.

Caro, *Obras*.—Miguel Antonio Caro: *Obras completas*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1921.

Cejador, *Lit. Castellana.*—Julio Cejador y Frauca: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana comprendidos los autores hispano-americanos.* T. VI. Madrid, 1917.

Homenaje a Bello. Anales, 1935.—*Homenaje a don Andrés Bello. Anales de la Universidad de Chile.* Año XCIII. Número 17. 3ª Serie, Primer trimestre de 1935. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1935. (Contiene: "Don Andrés Bello", por Eugenio Orrego Vicuña; "Don Andrés Bello", por Benjamín Vicuña Mackenna; "Simón Bolívar y Andrés Bello", correspondencia reunida y anotada por Eugenio Orrego Vicuña; "La Universidad de Chile", por Andés Bello — es el discurso inaugural de la Universidad pronunciado en 1843.)

Men. Pelayo, *Poesía Hispano-Americana.*—Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispano-Americana.* 2 tomos. Madrid, 1911.

Men. Pidal, *Cantar.*—Ramón Menéndez Pidal: *Poema de Mio Cid.* Gramática, texto y vocabulario. 3 tomos. Madrid, 1908.

Men. Pidal, *Poema Mio Cid.*—Ramón Menéndez Pidal: *Poema de Mio Cid.* Edición y notas de . . . Madrid, Ediciones de "La Lectura", 1913.

Méndez Bejarano, *Blanco-White.*—Mario Méndez Bejarano: *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo* (Blanco-White). Madrid, 1921.

Orrego Vicuña, Eugenio.—v. *Homenaje a Bello. Anales,* 1935.

Pizarro: Bello, *Obras.*—Baldomero Pizarro: Prólogo a Bello, *Obras,* t. II.

Planchart, *Crítica en Venezuela.*—Julio Planchart: *Los comienzos de la crítica en Venezuela.* En *Boletín de la Biblioteca Nacional de Venezuela.* Segunda época. Número 43. Julio-Septiembre de 1936. Caracas (sin pie de imprenta), pp. 283-300.

XUM

A los 25 Años de la Desaparición de dos Grandes Escritores Peruanos

I

RICARDO PALMA (1833-1919)

AL cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la desaparición de don Ricardo Palma, es deber de los peruanos —y acaso también de los americanos— meditar serenamente acerca de las virtualidades de la obra magnífica legada por ese esclarecido creador de arte. Han transcurrido ya los años en que su obra significativa, las *Tradiciones peruanas*, pudo juzgarse con más o menos prejuicio, con más o menos apasionamiento banderizante. Entra ya su obra en la categoría de los valores inconmovibles, más allá de la persona grata o ingrata, más acá de los juicios apresurados o convencionales. Si algún debate se suscitara todavía, no incidiría sobre la validez artística ni sobre la congruencia vital de la obra dejada a la posteridad. Palma tiene ya el rango de monumento nacional. Negarlo significaría lo mismo que negar la gloria de Miguel Grau o la estela heroica de Simón Bolívar, porque los valores de la acción, que es también espíritu, se confunden con los valores de la creación, cuando ésta se vincula como la de Palma con el ser mismo de la raza y de la vida nacional. No pensemos, de otro lado, que Palma sea multivalente, porque nadie lo es a riesgo de ser incompleto y deficiente en algo. Los grandes autores, y aun los genios, tienen sus limitaciones porque fueron humanos y no dioses. No caigamos, pues, en el error de pretender que Palma nos resuelva todas nuestras aspiraciones presentes ni que se incorpore, a cinco lustros de su muerte, a nuestras inquietudes

actuales. Juzguémoslo dentro de su época, al lado de las gentes que lo rodearon, que eran otras que nosotros, envuelto en sus problemas que eran distintos de los de ahora. No nos detengamos en sus flaquezas si las tuvo; miremos a su grandeza renovada con el tiempo, acrecida con el transcurso de los años. Pensemos en su obra henchida de realidades nuestras, tal vez doradas algunas, pero siempre peruanas, a fuerza de optimismo y de fe en lo que fuimos y en lo que seremos. Meditemos en esa lección permanente de peruanidad que es su obra labrada en hechos y sangre perulera, atenta siempre al ánimo de perpetuar la vida peruana de otros tiempos y a influir la vida peruana de tiempos mejores. Ahondemos en esa enseñanza suya que nos trae su consagración a las cosas del espíritu y de la cultura y en ese desprendimiento de los bienes materiales que lo llevó a morir pobre. Porque supo ser hombre digno y de grande altitud moral, su obra tiene el respaldo y el amparo de las manos y del cerebro que la concibieron plácidamente, sin rencores ni veleidades, sin resentimiento ni acritud, con generosidad y con largueza singulares, lejos de inhibiciones o de hipocresías.

En esta hora de aniversario se excluye, pues, el reproche o el halago; está presente sólo la obra impersonalizada y descarnada de pasiones. Vemos clara su magnitud, su trayectoria y su proyección. Nada limita ya su perspectiva recta y cristalina, perfecta e ilimitada para lo futuro.

Palma es el primero de nuestros escritores que sintetiza genuinamente el genio nacional, con los medios más simples, valiéndose de la anécdota, del episodio fugaz, de la historieta divertida o del retazo o la migaja de la historia patria. Nada tan lejos de él como la afectación insincera, como la solemnidad de grave contorno, como el dogmatismo excluyente o la oquedad del término sin contenido. Toda expresión suya se nutre de sustancia y savia, todo giro luce esa sabiduría que no está en los libros sino en la vida, toda palabra representa la idea precisa, todo vocablo o dicho popular se sitúa en el sitio y en la oportunidad debida. Nada falta y nada sobra en una "tradición" de Palma. Era un escritor atildado pero sin forzamiento y era popular sin vulgaridades. Unos lo llaman el clásico de nuestras letras, pero sin desconocer su fina raíz romántica. Otros lo conocen como el romántico espontáneo, pero sin negar la clásica estirpe de su corte galano y castizo. Gran escritor de la lengua castellana, sabía juntar a ella el más neto sabor nacional de su prosa.

XUM

Muy peruano en su ser, guardaba no obstante la línea de cultor de aquella lengua que le hacía comprensible aquí o allá, fuera de los límites del Perú. Muy hondo en sus mirajes de la humana naturaleza, era y es fácilmente captable por el adulto y por el niño, por el hombre culto y por el hombre sin cultura. Conocedor del espíritu humano como pocos, sus tipos pertenecen a todas las clases sociales, desde el inca y la ñusta hasta el mitayo, desde el virrey al campanero, desde el aristócrata hasta el artesano, desde el general hasta el "montonero", desde el poderoso hasta el desvalido, desde el niño al anciano, desde el personaje ilustre hasta el hombre de la calle. Pocos escritores han practicado una más sustantiva democracia como el "tradicionista" en sus escritos.

Palma es un escritor de cristalina conciencia de hombre. Ninguna amargura, ningún reproche, ninguna impertinencia personalista enturbia sus escritos. Prevalecía siempre el genio amable, el trato cordial en todos sus muñecos, el rasgo optimista en sus narraciones, la enseñanza estimulante y simpática. Si debía presentar las flaquezas humanas, derivaba de ellas algo pintoresco. Si tenía que habérselas con las arrogancias o las grandezas del genio, las exponía en tal forma que la actitud fuera enseñanza fecunda para todos. Buscaba el lado más humano de los seres y el más grato de las situaciones. Por él, muchos han aprendido a querer la vida y a pensar que vale la pena de ser vivida.

De aquí que haya llegado a ser Palma el escritor más amado y más conocido de los peruanos, aquel que no solamente se lee en las bibliotecas, sino además aquel que deleita en el hogar. El autor que es comprendido por los adultos y querido por los niños. En sus páginas está viviendo nuestro país; en sus personajes se encuentra el derrotero del espíritu humano con sus grandezas ejemplares y sus miserias emocionantes.

*
* *

Dentro de la generación romántica de 1848, que Palma caracterizó con animación sin par en su libro *La bohemia de mi tiempo*, surgieron temperamentos de singular prestancia literaria como Carlos Augusto Salaverri, José Arnaldo Márquez, Clemente Althaus y el propio Ricardo Palma. El último emerge de esa generación román-

tica como el mejor dotado. Pero es significativo que su aureola literaria no es conseguida por el poeta de musa sentimental ni por el satírico de rica veta, sino por el prosador. Palma se afirma y se define en el mundo de las letras peruanas y americanas con una original modalidad de prosa de nuevo tipo y calidad excelente: las *Tradiciones peruanas*, que su hija Angélica logró editar en Madrid, en seis volúmenes bellamente impresos e ilustrados.

De su actividad juvenil de poeta romántico, quedan dos libros suyos que se titulan *Armonías* y *Pasionarias*, que constituyen el pórtico de su faena literaria, sombreado intensamente por la estructura del edificio de sus libros posteriores en prosa. Luego irrumpe Palma en la prosa, tentado por la sugestión que entonces despierta la "leyenda" romántica. Busca en lo nativo el tema que los poetas españoles habían hallado en la Edad Media. Y nace de la evocación de las épocas pretéritas del Perú, su leyenda incaica *Palla-Huarcuna*, en rigor su primera "tradición". Desde esa fecha, 1860, escribe este tipo de relatos breves, que van siendo cada vez más originales y más desligados de los precedentes en géneros afines, adquiriendo fisonomía propia a lo largo de medio siglo de producción. *La Prensa* de Buenos Aires publica, en 1915, su "última tradición": *Una visita al Mariscal Santa Cruz*. Se había logrado una obra perdurable y se había consagrado y definido en cincuenta años un nuevo género literario. Estaba creada, como dice Ventura García Calderón, "una breve historia del Perú novelada". Y es, además, significativo que tal ciclo de actividad literaria se inicie con la evocación de un ambiente y una escena del Incario y se concluya con un relato que juega en plena época republicana. Era el Perú de un extremo al otro, desde lo más antiguo a lo más reciente, en una síntesis amalgamada con gracia y con talento literario.

Las "tradiciones" de Palma han sido consideradas por la crítica como un nuevo género narrativo, en que la historia y el cuento se vierten en sugerente mezcla. La "tradición" se sustenta en un hecho cierto o una anécdota peregrina, hallada generalmente en los antiguos documentos con que Palma estuvo en contacto en los archivos de la Biblioteca Nacional, de la que fué director por muchos años. El hecho o la anécdota eran luego adornados con situaciones ficticias, personajes afines o inventados, letrillas alusivas, adaptadas o propias, diálogos muy agudos y una gran dosis de genio artístico que fundía en un todo esos elementos.

XUM

Palma no es sólo el escritor peruano más leído en el país, sino igualmente el más conocido en el extranjero. Muchos extraños han adquirido, a través de él, la primera noción de esta tierra y acaso muchos viajeros asomaron su curiosidad a estas costas peruleras, por su culpa. Por él se disiparon muchas ignorancias, se rectificaron yerros y acaso también se forjaron rosadas versiones de sus realidades pretéritas; empero, se dulcificaron muchas impresiones infelices, perennizaron cosas grandes cuya apariencia mezquina condenaba al olvido. Por acción de Palma, cobra aire de grandeza lo que la facundia popular peruana habíase empeñado en denigrar; vibra con vuelo propio el sentir del costeño; dáse como espectáculo digno de ser visto el de los usos y costumbres típicos, y adquieren vida muchas cosas suyas y nuestras que el tiempo iba desvaneciendo.

Su facilidad para llegar a la masa popular se atribuye a su mensaje de gracia y simpatía, de acopio de elementos vernáculos y de identificación íntima de su musa con el genio nacional del mestizo. En verdad que todas estas cualidades condicionan su éxito; pero no se ha reparado lo bastante en la identificación del pueblo con Palma, dictada por esa sabiduría popular que distingue sin equivocarse, por obra de un seguro instinto, entre lo verdadero y lo falso, entre lo original y lo manido.

La capacidad para ser original fué en Palma tan neta y rotunda que hasta en las formas y ya no solamente en los temas, dió la impresión y constituyó la realidad de un nuevo y brillante autor literario, de un estilo único y de una forma literariamente nueva: el género narrativo por él creado, que fué la "tradición".

Palma tuvo la intuición de muchas realidades literarias de nuestro tiempo. Por la época en que Palma concluía su obra, surgía en Inglaterra, alrededor de 1910, el nuevo molde de un género nuevo: la biografía novelada, que ha sido la forma literaria de más grande éxito en nuestros días. André Maurois y otros escritores han señalado las particularidades que distinguen a la biografía actual y todo conduce a pensar, al releer en Palma la de don Francisco de Carvajal —el desalmado lugarteniente de Gonzalo Pizarro y sanguinario caudillo de la conquista, conocido como "el demonio de los Andes"—, si Palma no se adelantó en cierto modo a esas tendencias últimas de la biografía, al utilizar con donaire la anécdota mejor definidora del personaje que los largos y aburridos parlamentos, al subsanar con la creación imaginaria lagunas insubsanables que dejan los datos

de la historia, al reconstruir el diálogo pleno de vitalidad y recoger la genialidad recurrente del personaje.

Palma es a la vez el escritor selecto y el escritor de la multitud. Unía el cuidado de la dicción con la frescura y vitalidad del tema. Realizaba al par el ideal clásico de don Andrés Bello, quien clamaba por la expresión perfecta, y el ideal de otro grande y auténtico americano, don Domingo Faustino Sarmiento, escritor rudo de realidades, de sangre y de idea.

Su aptitud hábil para captar la entraña viva de lo peruano como sutil para crear formas nuevas en que recogerla, le hace una de las primeras figuras de las letras americanas. Su influencia en América no se ha estudiado aún, pero él mismo pudo alcanzar a comprobar cómo tras su estela de creador, surgieron "tradicionistas" múltiples en todas las latitudes de nuestro continente y era imitado y seguido fuera de las fronteras de la patria.

No solamente ha sido Palma un vencedor del espacio, trasponiendo con su celebridad la raya fronteriza. También ha sido un vencedor del tiempo. Al cuarto de siglo de su desaparición, su recuerdo es más vivo entre los peruanos y las letras de América lo reclaman *un clásico* del continente y del idioma, como lo testimonia la bella antología intitulada *Flor de Tradiciones*, que recientemente editaron George W. Umphrey y Carlos García-Prada, como volumen IV de la Biblioteca de CLÁSICOS DE AMÉRICA, que publica el *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.*

II

ABRAHAM VALDELOMAR (1888-1919)

Valdelomar es el representativo de la inquietud de renovación en nuestro medio. Su extraordinaria capacidad literaria hace que Valdelomar inscriba su nombre en los anales literarios del Perú, no obstante las imperfecciones y contingencias de una obra en gran parte fragmentaria y destinada al periodismo, desarrollada en sólo 31 años de vida. Pocos escritores del Perú han podido realizar, en lapso semejante, una obra literaria tan estimable en cantidad y calidad. Pensemos por un momento en lo que había producido a dicha edad Palma (en 1864), González Prada (en 1879) o José Santos Chocano (en 1902). El primero acababa de escribir algunas "tradi-

ciones", el segundo no había escrito ninguno de sus libros salvo *Minúsculas*, todavía inédito, y el tercero no había ofrecido aún a la publicidad su primer libro definitivo: *Alma América*, aparecido sólo en 1906. Esta comparación de fechas no es, sin embargo, un recurso para regatear el mérito a nadie, en beneficio de alguien, pero sirve de referencia para ayudar a la imaginación a reconstruir el concepto de la valoración de un autor prematuramente desaparecido, como Valdelomar. Hay otros casos de lamentables y prematuras desapariciones en la literatura peruana, que en modo alguno se ha caracterizado por la longevidad de sus representantes, como el de Mariano Melgar, esclarecido precursor del romanticismo con treinta años de anticipación, que perfiló obra definitiva a los 26, y el de Enrique Alvarado, que fué promesa brillante antes de los 25. Acaso si Palma con sus 86 años de vida confirma con su excepción la regla de que los escritores peruanos, con obra de calidad, mueren casi siempre jóvenes, sin tener la oportunidad que Palma logró de concluir una trayectoria intelectual.

La vida inquieta de Valdelomar tuvo el reiterado presentimiento de su pronto y precoz final. A cambio de la limitación del tiempo parece haber mediado, como compensación, la multiplicidad de su inquietud, su fervor en la producción y su admirable laboriosidad en casi todos los campos de la actividad intelectual.

Desde las aulas escolares, como "guadalupano" insigne, ya esgrime la pluma o el pincel antes de los 15 años, para aparecer luego como dibujante de excelente factura, al lado de Málaga Grenet, en *Monos y Monadas* y antes en *Aplausos y Silbidos*. Hasta 1913, en que Valdelomar emprende el viaje a Italia, como secretario de Legación, había ya colaborado en las revistas más estimables de Lima: *Actualidades*, *Letras*, *Gil Blas*, *Ilustración Peruana*, *Variedades* y en un semanario de modestísima factura pero de inolvidable inquietud, *Balnearios*, que dirigía Alfredo Muñoz en Barranco. Su colaboración se prodigaba en poesías, en crónicas como las que tituló "Con la argelina al viento" —en que vuelca su experiencia de soldado durante la movilización en 1910, junto con la de otros intelectuales jóvenes acuartelados— y hasta en algún ensayo de novela como *La ciudad de los tísicos*, desconcertante trama, con insinuaciones decadentistas a la Lorraine, que, publicada en varios números de *Variedades*, no ha visto aún la luz en volumen. Además publicó una novela corta, *Ciudad muerta*, y empezó a revelarse un cuentista excelente. La

política lo envuelve luego y lo beneficia. Vinculado a la candidatura presidencial que triunfa en 1912, Valdelomar emprende el año siguiente el viaje a Europa. En Italia se desenvuelve su actividad más perdurable. Su sensibilidad se afina con la nostalgia de la tierra lejana y nace en Roma "El Caballero Carmelo", tal vez el cuento más perfecto y emotivo que se ha producido en el Perú, una pequeña obra maestra.

Sucede en Valdelomar lo contrario de lo que suele suceder con los espíritus mediocres que se deslumbran con la experiencia europea. Si Valdelomar había sido "dannunziano" antes del viaje, en Roma deja de serlo. Si antes había sido permeable a la influencia decadentista de otros escritores "fin de siglo", en Europa se revela y define su personalidad y comienza a ser Valdelomar. Claramente lo vemos así a su regreso. Entonces comienza la nueva etapa y la definitiva en su vida, aquella que al decir de César Vallejo, "apunta una nueva época en la literatura peruana". Comienza su colaboración asidua y trascendente en *La Prensa*, en secciones que no deja envejecer ni en el título ni en la forma. El lector común inclusive busca insistentemente sus "Comentarios" o sus "Palabras", sus "Crónicas frágiles", sus "Impresiones", sus "Fuegos fatuos", sus "Diálogos máximos" y "Al margen del cable". Su actividad es múltiple. Es el periodista, pero al mismo tiempo el escritor de calidad, que colabora en las mejores revistas del continente, que dirige una revista memorable, *Colónida*, en 1916, y que empieza a publicar libros.

Colónida —que da nombre a la generación que acoge en sus páginas y que tiene por líder a Valdelomar— constituye un momento trascendental en la literatura peruana. "Representó —ha dicho Mariátegui, uno de sus colaboradores y exégetas— una insurrección contra el academismo y sus oligarquías, su énfasis retórico, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa. No fué un grupo, no fué un cenáculo, no fué una escuela, sino un movimiento, una actitud, un estado de ánimo." *Colónida* concretó y definió el ideal perseguido y realizado sólo en parte de dos importantes revistas literarias anteriores, editadas por Enrique Bustamante y Ballivián: *Contemporáneos* en 1909, y *Cultura* en 1915.

Puede decirse que en *Colónida* nace la nueva literatura del Perú. Ella está en la encrucijada entre lo viejo y lo nuevo. Acoge todo lo anterior que algo representaba y que debía quedar a la posteridad. No excluye lo que tiene valor permanente. Pero al mismo tiem-

pe intuye el futuro y promueve y estimula lo que ha de venir, exaltando los valores que en tiempos venideros han de ganar la fama, pese a la incomprensión de los críticos oficiales. Tal es el caso de José María Eguren, cuyo nombre es proclamado por vez primera como la más auténtica realidad poética de los últimos tiempos.

Entretanto, Valdelomar publica su primer libro, *La Mariscala* (Talleres de la Penitenciaría, Lima, 1915), que es la insinuación de una biografía novelada, tal vez poematizada, de una mujer de la historia, doña Francisca Zubiaga de Gamarra, presidenta del Perú. Le sigue *El Caballero Carmelo* (Talleres de la Penitenciaría, Lima, 1918), en que reúne, bajo el título ya conocido, una colección de sus cuentos, con prólogo de Alberto Ulloa y un apéndice crítico. Allí figuran sus cuentos de ambiente costeño, sus cuentos yanquis, sus cuentos chinos y sus cuentos incaicos, en sucesivas secciones. Poco después aparece *Belmonte, el trágico* (Lima, 1918), ensayo de una estética futura a través de un arte nuevo.

Probablemente, si revisamos nuestra literatura posterior, encontraremos libros mejor escritos, pero no libros que signifiquen tan grande inquietud ni tan grande reacción contra la estulticia y el desdén generalizado por la actividad artística y tan formidable esfuerzo por desechar lo anecdótico en pos de la categoría, lo cursi en pos de lo selecto y refinado. Completa la bibliografía de Valdelomar un libro de póstuma edición que reúne, en un volumen, sus cuentos de ambiente incaico bajo el título *Los hijos del Sol* (Lima, Ed. Euforión, 1921).

Por sobre todo sentimiento de escuela o tendencia literaria, por sobre las influencias europeas que en una época lo embargaron, Valdelomar vió siempre al Perú, su tierra y su hombre. Sentía como nadie el concepto de patria como una continuidad en el tiempo y una totalidad en el espacio. Tuvo el orgullo de ser peruano al par que también, y sin resentimiento alguno, tenía a honra proclamar su origen modesto y su pobreza familiar. Su aristocratismo era formal y convencional. Era simple recurso para anonadar a los "burgueses", mas no para engañar al prójimo. Cuantas veces pudo, solía aproximarse al pueblo y dejarse comprender por el pueblo.

Si en alguna ocasión había dicho: "La función del artista, y en este caso del poeta, es descubrir por el sentimiento lo que la naturaleza tiene de eterno y esquivo", sabía practicar este principio lealmente con respecto a su propia tierra: para él, la naturaleza era la

que había vivido y había nutrido sus años infantiles, la costa y el mar peruanos, y también los Andes y todo su Perú, en fin, sin recurrir a paisajes artificiales o extraños, sin tratar nunca de descastarse.

Al cuarto de siglo de la desaparición de Valdelomar, podemos apreciar y valorizar algo más que "la proeza periodística" de que nos habla Luis Fabio Xammar en el sugestivo y hasta ahora único estudio integral que existe de la personalidad de Valdelomar (*Valdelomar: signo*, Lima, Ed. Sphinx, 1940). Acaso alcanzó a lograr la más brillante "proeza literaria" de los últimos tiempos, por la calidad de la obra, por la cuantía y afanosa dedicación a ella, por la influencia que proyecta.

Es mérito perdurable de Valdelomar no sólo haber multiplicado su actividad periodística, y haber en general dignificado literariamente el periodismo, en todas las formas posibles, sino también haber sabido mantener una alta calidad de selección artística en todos sus escritos y haber sabido grabar el sentido de lo eterno en la fugacidad de la crónica, lo esencial en medio de la levedad. Es también proeza literaria haber insurgido contra lo adocenado y lo yerto, rompiendo cánones y fustigando valores sin mérito. Es igualmente proeza literaria el haber llegado al pueblo no obstante la exigencia de su gusto estético. Porque Valdelomar supo hacer arte sin melodrama, sin complicación innecesaria, sin retorcimiento alguno, con los medios más sencillos, logrando la categoría sin enrevesamiento.

Igual que Palma, es un escritor que se deja comprender de todos, a quien el hombre común pudo gustar y sentir sin dificultad ni tropiezo, porque el autor había sabido acercarse a la emoción del pueblo y el espíritu de la nación. Asimismo cautiva y arranca el aplauso de los niños, atentos oyentes o lectores de las hazañas del sin par Caballero Carmelo o de los giros pintorescos de la leyenda de la bandera nacional. Niño pobre y sin pan ni alegrías fué aquel que nació en 27 de abril de 1888, aunque con anhelo de mar, de belleza y de infinito; conciencia limpia de niño prodigioso fué la que se apagó trágicamente, no un viernes santo como la de César Vallejo, sino un dos de noviembre, día de difuntos, en Ayacucho, "rincón de los muertos", del año de 1919. Su alma ha quedado y perdurará como una oriflama de acción, de consecuencia artística, de lealtad con sus principios estéticos, de aliento de renovación y de vida.

ESTUARDO NÚÑEZ,
Lima.

Círculos Literarios de Iberoamérica

(ESTUDIO PRELIMINAR)

LOS círculos, tertulias, sociedades y academias literarias de Iberoamérica son una continuación de las reuniones literarias de España, llegadas a la Península Ibérica de Francia (Provence) o de Italia, cuna en último término de todas estas asambleas intelectuales de pasatiempo. En España florecen en la primera parte del siglo XVII, aunque sus orígenes se remontan a mediados del anterior. [1]

Las sociedades de carácter comercial y fomento nacional se instituyen en España en 1764 con la bien conocida *Sociedad Vascongada para Fomentar el Gusto de las Bellas Letras.* Este tipo de Sociedad sirve de modelo para las numerosas Sociedades Económicas del país, o de los Amigos, que en tiempos coloniales se encuentran dispersas en casi todas las capitales de Hispanoamérica. La Sociedad Económica en América es de especial significado porque no sólo fomenta el desarrollo de la industria y del comercio nacional, sino que es con frecuencia centro de conspiración, bien contra el gobierno, o bien contra la vigilancia gubernamental para dejar entrar al país nuevas ideas libertadoras. Es, otras veces, como en el caso de Cuba, un potente organismo que estimula las voluntades para el cultivo y desarrollo de la propiedad del país.

Bastante se ha escrito sobre la vida intelectual de Iberoamérica, pero muy poco sobre las reuniones y asambleas literarias y su influencia en la literatura y en el desarrollo intelectual del continente. Los críticos se limitan a referencias de pasada. Un estudio serio y definitivo sobre este tema se hace más indispensable cada día a medida que el campo de la vida intelectual de la América española se explora y ensancha. Para llevar a cabo tal estudio hay que examinar

los muchos manuscritos y obras inéditas existentes en bibliotecas públicas y privadas. [2]

Excluimos por ahora de este estudio preliminar las academias de carácter oficial, que a semejanza de las distintas instituciones francesas y españolas se vinieron fundando en casi todas las capitales de Iberoamérica. [3] También se excluyen las academias de carácter puramente docente. Estamos interesados en los centros, tertulias, sociedades y demás reuniones informales de literatos o aficionados a que los hombres de letras recurrían para regocijo propio y ajeno. Estas reuniones de poetas y escritores han sido muy corrientes desde el establecimiento de los virreinatos, pero han florecido mayormente de fines del siglo XVIII en adelante.

En tiempos coloniales siempre hubo fiestas para celebrar algún acontecimiento público. La toma de posesión de un virrey, la tardía noticia del ascenso o muerte del rey en España, o la canonización de algún santo, cualquiera de estos sucesos daba ocasión a regocijos y celebraciones públicas y certámenes poéticos. Las composiciones presentadas en estos concursos eran a menudo de forma muy caprichosa y de mal gusto. [4] Estos festivales solían celebrarse ya en los salones del palacio del virrey, ya en la universidad, o bien en la catedral, o en los tres a la vez. Concurría lo más granado de la ciudad y del reino, y estos actos se tomaban muy en serio, celebrándose en México, Bogotá y Lima con gran esplendor y pompa.

La literatura y la historia hispanoamericana están llenas de referencias a estos certámenes públicos de carácter temporal. Mencionaremos algunos de los más notables a modo de ejemplo. Con motivo del Tercer Concilio Provincial Mexicano, en 1585, concurrieron a la capital y tomaron parte en el concurso poético celebrado más de trescientos poetas. Entre ellos estaba Bernardo de Balbuena, quien fué laureado por una de sus composiciones. La ciudad de Tunja, en Colombia, celebró el 18 de enero de 1663 el nacimiento del Príncipe Carlos José. [5] En su rara obra *Triumpho Parthenico*, publicada en México en 1683, el sabio mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora describe y comenta dos famosas fiestas y justas literarias convocadas por la "Pontificia y Regia Academia Mexicana" en 1682 y 1683 para festejar "el misterio piadoso de la concepción purísima de María". Pedro de Peralta Barnuevo, además de dirigir una academia de matemáticas, también "dirigía certámenes y otras funciones más o menos públicas". [6] La Universidad de San Marcos, desde

tiempos remotos, acostumbraba celebrar certámenes literarios que solían ser solemnes celebraciones pomposas donde brillaba la intelectualidad contemporánea. Una de estas fiestas más célebres fué la organizada para recibir al nuevo virrey don Manuel de Amat y Junient, en 1761.[7] El *Certamen de Almendares*, celebrado el 1º de mayo de 1834, a corta distancia de la Habana, fué un festín campestre dado en honor de Martínez de la Rosa con motivo de su nuevo puesto en el gobierno de España.[8] Hubo bellas ninfas, jóvenes vates que leyeron sus composiciones desde un templo, se coronaron unos a los otros, y entre vítores y vivas los treinta y cinco o cuarenta concurrentes pasaron una tarde de mucha alegría a la orilla del Arroyo Apolo. Ninguno de los poetas que tomaron parte llegó a adquirir renombre más tarde. En tiempos más recientes ha habido otros certámenes de bastante consideración, como son el *Certamen Varela*, celebrado en Santiago de Chile en 1887 y el *Certamen nacional científico y literario*, celebrado en 1877 en Caracas, por disposición del gobierno.

El gusto literario de los virreyes y la protección que dispensaban a las letras también son factores decisivos en el desarrollo de las tertulias y círculos literarios, sobre todo en las cortes virreinales. El ocio de la juventud colonial también fomentaba los ejercicios disciplinarios mentales, y de ahí que se discutiera y se disertara tanto el pro y el contra sobre temas muy diversos, ya de palabra, ya por escrito. La juventud, aposentada en la corte, o en las provincias del interior, carecía de atenciones que la distrajeran y ardía continuamente en un deseo querellante que servía de pasatiempo y de satisfacción espiritual. Al recorrer a Nueva Granada en 1801, dice Alejandro Humboldt que había en el país una efervescencia intelectual: "el deseo de poseer libros y de conocer nombres de los hombres célebres."[9]

A fines del siglo XVIII se empezó a dar una forma más regular y permanente a las reuniones de los aficionados a las letras. Patrocinados por el virrey se solían reunir escritores, poetas y demás hombres de letras y ciencias por distracción estética a la vez que para fomentar las letras. De estas reuniones —domésticas al principio— resultaron las academias y sociedades virreinales que florecieron en muchas ciudades, a pesar de los obstáculos y restricciones de libros e imprenta. Por eso dice Pimentel[10] que la curiosidad intelectual en tiempos coloniales no podía satisfacerse con los estudios

ofrecidos en los centros docentes. Estos eran muy reglamentados y sin duda bastante áridos.

Con el reinado de Carlos III la vida intelectual de las colonias adquiere características propias. Carlos III concede a la América española un nuevo rumbo de administración y vida. Obtuvieron las colonias más libertad de comercio, se reorganizaron los consulados, se fundaron otros virreinatos. En suma: después de la revolución francesa, del advenimiento de Napoleón y de la independencia de los Estados Unidos, el pueblo americano ya no puede resistir el ámbito enclaustrado en que había vivido hasta entonces. Germinan las revoluciones, se prepara la emancipación, se sublevan los pueblos. Entonces van apareciendo los grandes patriotas y los grandes escritores. Hubo una pléyade de estos próceres hispanoamericanos, hombres sabios, inquietos, deseosos de nuevos experimentos y de conocer el más allá. Se reunían en sociedades, unas veces públicas, otras secretas. Estas sociedades, a veces disfrazadas como centros literarios, los grandes maestros y el periodismo fueron sin duda los tres grandes factores que contribuyeron al fomento intelectual en los últimos años coloniales y como resultado directo de tal sublevación espiritual apareció la generación de la independencia.

A imitación de análogas sociedades europeas hubo en la América española un sinfín de sociedades secretas, tema que no se desea desarrollar aquí. No obstante, están relacionadas con las literarias, pues en muchos casos éstas se convierten en sociedades secretas o de carácter político. La más célebre de estas sociedades es la *Asociación de Mayo*, organizada el 23 de junio de 1837 en Buenos Aires, por Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi, los tres grandes espíritus rebeldes de su época. En Colombia florecieron algunas sociedades de carácter político, como fué *La Filotécnica*, integrada por jóvenes, en su mayor parte, y la *Sociedad Popular*, que existían en Bogotá a mediados del siglo XIX. Las *Sociedades Democráticas*, también de Bogotá, eran patrocinadas por el gobierno para instruir a sus habitantes sobre asuntos políticos.

En Cuba, la *Real Sociedad Económica de la Habana* ha sido desde su fundación un organismo de poderosa influencia en asuntos no sólo económicos sino literarios. Ha promovido toda clase de adelantos; ha velado por la enseñanza pública; ha instigado el establecimiento de la primera biblioteca pública en la Habana; ha tenido poderes casi absolutos en la enseñanza de la Isla. En tiempos colonia-

les fué esta Sociedad algo así como cuerpo consultivo de las autoridades civiles. Conocida también por *Sociedad Patriótica de la Habana y Sociedad Económica de Amigos del país*, [11] "sus afanes determinan la corriente de ideas que agita a nuestra soñolienta sociedad colonial y la pone en comunicación con el espíritu del tiempo nuevo". [12]

Aunque no la primera en Cuba, pues ya en 1788 se había constituído una *Sociedad de Amigos del País* en Santiago, la cual fracasó por falta de interés, la de la Habana fué fundada por real orden del 15 de diciembre de 1792 e inaugurada el 9 de enero de 1793; es todavía una de las más influyentes sociedades en la vida intelectual de Cuba. [13] Se reunió por primera vez en el palacio del gobierno, bajo la presidencia del capitán general don Luis de las Casas. Su primer director fué el distinguido prelado doctor Luis Peñalver y Cárdenas. José de Arango y Castillo fué bibliotecario por algún tiempo. En sus principios tenía fines más patrióticos que culturales; ahora éstos se invierten. En 1794 tomó dicha Sociedad a su cargo la publicación del famoso *Papel Periódico*, que había sido fundado en 1790. En 1805 cambió el citado periódico su título por el de *Aviso* y en 1810 pasó a ser *Diario de la Habana*. [14] Además de tal empresa periodística, la Sociedad publicaba mensualmente y por cuadernos sus *Memorias*, "una de las publicaciones que más influyeron en la cultura de la isla", dice Menéndez y Pelayo. [15]

En el campo literario esta Sociedad publicó la *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba*, que pronto cambió su nombre a *Revista Bimestre Cubana*, una de las mejores revistas en español, que todavía se publica. Dentro de la misma Sociedad se estableció en 1811 la *Academia de Dibujo y Pintura*, que bajo la dirección de Alejandro Ramírez llegó a ser un importante centro de bellas artes.

Los individuos de número de la comisión permanente de literatura de la *Real Sociedad Económica* solicitaron al gobierno de Madrid que se les permitiese constituirse en academias independientes de tal corporación, "con el objeto de fomentar en esa isla la afición al estudio de las humanidades, y el conocimiento de las obras clásicas nacionales en todos ramos". [16] Por Real Orden del 25 de diciembre de 1833 se constituyó la *Academia de Literatura Cubana*. Tuvo su primera reunión el 6 de mayo de 1834, en la residencia de su presidente don Nicolás de Cárdenas y Manzano, pero por impedimento del general Miguel de Tacón no se llevó a completo desarrollo este magno proyecto. [17]

En el siglo XIX hubo otros círculos de fines literarios en la capital de Cuba, entre los que merecen mencionarse *El Liceo de la Habana*, que publicaba un semanario del mismo nombre entre 1857 y 1867. Joaquín Lorenzo Luaces fué uno de sus socios y se le premió en 1867 por una oda presentada en unos juegos florales organizados por dicho *Liceo*. El propio Luaces trata en sus *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate* [18] de la *Tertulia de Nicolás Azcárate*, que se celebraba en la Habana, compuesta de los próceres más eminentes de la mitad del siglo. "A partir de 1870 fomentó reuniones en su casa, protegió a Mendive, fomentó el movimiento separatista, aunque era conservador, y mandó reunir los resultados de las reuniones de su casa en el volumen *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate*." [19] El *Liceo Artístico y Literario* también era otro círculo que florecía casi en la misma fecha. Publicaba *El Artista*, redactado por J. Q. Suzarte y Andrés Poey.

Matanzas ha sido siempre una ciudad bastante intelectual. Siempre ha estado interesada en tertulias literarias. Bien conocidos son *El Club de Matanzas*, que en sus últimos años cambió su nombre por *El Liceo de Matanzas*, y *El Ateneo*, con periódico del mismo nombre redactado por Fernando Ranero Fajardo, de 1879 a 1883. *El Club de Matanzas* también tenía su propio semanario de ciencias, literatura y bellas artes, que se publicó, con el mismo nombre, de 1879 a 1882, con una corta interrupción. Al convertirse el *Club* en *Liceo*, también lo hizo su órgano.

En Santo Domingo han existido tertulias y círculos literarios desde hace mucho tiempo, pero se tienen escasos datos sobre tales centros. A mediados del siglo XIX hubo un grupo de poetas en la capital dominicana que se reunían en sociedades de aficionados, y entre las más conocidas figura la llamada *Los Amantes de las Letras*. [20] Entre las personas que frecuentaban ésta y otras sociedades, se pueden mencionar Félix María del Monte y Josefa Antonia Perdomo y Heredia. Las sociedades *Liga de la Paz*, *Amantes de la Luz*, *Amigos del País* florecieron en los veinticinco años finales del siglo pasado. Parece ser que la última de estas tres era la más activa, pues estableció conferencias literarias y subvencionó la publicación de muchas obras, como la *Historia de Santo Domingo*, de Antonio del Monte y Tejada. Su labor cultural "alcanzó su apogeo hacia 1880 y fué activísima. Allí figuraban Emilio Prud'home y José Dubeau, educa-

dores y poetas; Pablo Pumarol... César Nicolás Pensón".[21] La Sociedad *Amantes de la Luz* se convirtió más tarde en *La Republicana.*

En Puerto Rico, el centro más notable del siglo XIX parece ser el *Ateneo de Puerto Rico*, fundado en 1876 por instigación de Manuel Elzaburu. Es célebre dicha asamblea por sus certámenes anuales y estudios de divulgación científica. Entre los hombres de letras que frecuentaban el *Ateneo* son dignos de mención Giménez Sanz, Padilla, Tapia y Rivero, Corchado, Romero, Peñaranda, Regúlez, Sánchez Pesquera, García Salgado, Gautier, etc.

En las cortes virreinales, las asociaciones de hombres de letras empezaron con la llegada de los gobernantes amantes de las letras. Ellos protegían y alentaban a los poetas. Dice el Marqués de Valmar que en el siglo XVII resonaba "en el palacio del elegante e ilustrado virrey Marqués de Mancera, de México, el discreteo ingenioso a par que alambicado de la afamada monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz".[22] En México hubo otros virreyes protectores de las letras, pero ninguno organizó Sociedad o Academia de carácter permanente semejante a la Tertulia del Marqués Castell-dos-Ruis o la del Príncipe de Esquilache, ambas en Lima. Si las hubo en México, nada se sabe hasta ahora. Sí hubo frecuentes certámenes literarios, como el organizado por el deán de la catedral don José Mariano Beristain de Souza en 1803,[23] y otros ya mencionados y por mencionar.

Pasando por alto las Academias de carácter docente, como la famosa *Academia de San Carlos de Nueva España*, llamada también de las tres nobles artes,[24] nos internamos en el siglo XIX, que, como en los demás países hispanoamericanos, excepto el Perú, es el período de florecimiento de los círculos literarios. *La Arcadia Mexicana* fué interesante centro de reunión de artistas y literatos en la capital mexicana. Fué fundada en 1808, por el franciscano de Michoacán Manuel de Navarrete. Al famoso Lizardi se le debe el proyecto de la *Sociedad Pública de Lectura*, que aunque no era una tertulia literaria en su sentido estricto, fué, no obstante, una reunión de personas afanosas en las letras. La *Academia de Letras*, fundada en 1836 en la ciudad de México, tuvo mucha influencia en los escritores de su tiempo. Entre sus más eminentes socios se contaba el costumbrista Guillermo Prieto.

De mayor significado en las letras mexicanas fué *El Ateneo Mexicano*, fundado en la capital en 1840 por José Gómez de la Cortina,

Angel Calderón de la Barca, Francisco Ortega y otros. Contaba con un semanario del mismo nombre que el centro, y entre sus redactores figuraban José M. Lacunza, Lucas Alamán, Andrés Quintana Roo, José M. Lafragua y Guillermo Prieto.

La *Academia de San Juan de Letrán* merece especial mención, pues a ella pertenecieron la mayoría de los escritores de mediados del siglo XIX y antes. El poeta español José Zorrilla dice acerca de esta academia:

> Dividida más tarde en dos bandos la academia de San Juan, sus discusiones produjeron dos periódicos literarios, *El Liceo* y *El Museo*; al primero fueron a escribir Franco, poeta mediano, pero de gran capacidad, hombre de vasta erudición y clarísimo talento, Martínez de Castro, Navarro y Alcaraz; *El Museo* le redactaron casi exclusivamente Payno y Prieto, ya bajo su firma, ya bajo varios seudónimos. [25]

En 1836 ingresó a esta tertulia Ignacio Ramírez, "El Nigromante", gran orador de raza india que llegó a ocupar influyentes puestos públicos en el gobierno mexicano. Altamirano también fué socio de la agrupación. Guillermo Prieto debe sus orígenes literarios a la influencia de la *Academia de San Juan de Letrán*. Allí alternó con Carpio y Pesado, Quintana Roo, Alejandro Arango y Escandón y otros.

Con el nombre azteca *Netzahualcóyotl* funcionaba esta sociedad literaria en México, en 1869. *El Anáhuac* era su órgano oficial. [26] Fué fundada dicha sociedad por Manuel Acuña, de Saltillo, quien a los 19 años de edad marchó a la capital a estudiar medicina. También por el mismo tiempo existía en la metrópoli mexicana la *Sociedad de Libre Pensadores*, grupo literario establecido el 5 de mayo de 1870; tenía su propio periódico, *El Libre Pensador*, dirigido por Pedro Batiza. Por esos mismos años había en la capital otro círculo literario llamado *Bohemia Literaria*. También tenía su propio órgano oficial, *La Linterna Mágica*, que apareció semanalmente en 1872, redactado por José T. de Cuéllar. Cuéllar, quien escribía con el seudónimo de *Facundo*, también usó el título *La Linterna Mágica* en una colección de artículos y novelas de costumbres, publicados separadamente.

Otra sociedad literaria de bastante influencia fué *El Liceo Hidalgo*. En 1884 publicaba su propio periódico, con igual nombre.

Altamirano, hombre de muchas y provechosas actividades literarias, y fundador de varias sociedades de igual género, asistía al *Liceo Hidalgo* y contribuía a su periódico. Fué él quien restableció el *Liceo* en época de decadencia. A medida que la antigua *Academia de San Juan de Letrán* iba decayendo, el *Liceo* se robustecía con la presencia de jóvenes ingenios que más tarde iban a ser los grandes escritores del fin del siglo. El *Liceo Mexicano*, existente en la misma época que el *Hidalgo*, publicó un periódico quincenal de igual nombre, de 1885 a 1889. Peña y Reyes contribuía con su asistencia y con sus trabajos poéticos. González Obregón también publicó en la revista algunos de sus artículos. Al final del siglo XIX hubo otras congregaciones de aficionados a las letras, pero hasta ahora apenas se conocen sus nombres.

Fuera de la capital mexicana, es digna de mencionarse la *Alianza literaria y científica* de Guadalajara, que existía en 1876. Publicaba un periódico. *La Aurora Literaria*, de la misma ciudad, también contaba con un semanario, publicado desde 1877 hasta 1881. En Monterrey se tienen noticias de la *Sociedad Florencio del Castillo*, con órgano quincenal, *El Horario*, publicado en 1878. [27]

Por ser Guatemala capitanía de bastante consideración política, también se desarrolló allí el gusto literario, aunque nunca al grado a que llegó en las capitales virreinales. La vida intelectual y literaria de la región de Guatemala, por otra parte, estuvo grandemente circunscrita a la *Sociedad Económica de Amigos del País*, que, como en el caso de la de la Habana, tenía al principio fines económicos. Fué dicha Sociedad fruto del oidor Jacobo de Villa Urrutia, quien desde el 27 de agosto de 1794 congregaba en su propia casa a sus ilustres amigos literatos. Se considera establecido este centro a partir del 27 de mayo de 1795, pues en ese día se leyó el proyecto de estatutos, que fué aprobado más tarde por el rey. A la apertura concurrieron próceres como fray José Antonio de Liendo y Goicochea, piadoso e incansable maestro, don Martín Barruntia y Pedro Garci-Aguirre. Llamada también *Real Sociedad Patriótica de Guatemala*, parece haber sido la segunda de este género establecida en tierra firme. Tenía por fin fomentar y difundir los conocimientos de las artes, de la agricultura, industria y economía. Auspició el estudio de la flora y fauna guatemaltecas. También estableció la Sociedad una escuela de dibujo y otra de matemáticas. "Impulsó el progreso nacional en todos los ramos, difundió luces y prodigó estímulos u

otorgó permiso, anticipándose de tal modo a veces a su tiempo, que aún quedan útiles iniciativas de dicha entidad por realizarse." [28] Por recelos del gobierno fué suspendida dicha entidad, por orden ministerial del 25 de noviembre de 1799. Contaba entonces entre sus miembros a todos los intelectuales del reino y muchos distinguidos extranjeros, como el virrey de México. Fué restablecida por decreto del 12 de julio de 1810 y continuó su obra patriótica por muchos años. Allá por 1828, los miembros de la Sociedad se hallaban alejados unos de otros y la Sociedad casi moribunda. En 1829 el gobierno le dió nueva vida con nuevo personal, pero fué definitivamente disuelta en 1881. Ya en 1879 se había decretado que sus libros y salones formaran parte de la Biblioteca Nacional. [29] Fué esta Sociedad muy activa en asuntos literarios. Casi todos los grandes hombres de Guatemala fueron socios, entre los que cabe citar, además de Villa Urrutia, a Córdoba, Valle, Goicochea Larrane, Dighero, Rayón y otros. Con la desaparición de la *Sociedad Económica de Amigos del País* continuó su obra cultural la sociedad *El Porvenir*, que ocupó parte de su edificio y el mobiliario.

En Caracas también se establecieron Sociedades Económicas con los mismos fines que las anteriores, pero también interesadas en el progreso cultural del país. La *Sociedad Patriótica* de Caracas, sugerida por Bolívar y creada por la primera Junta de Caracas por decreto de 1811, fué más bien una sociedad económica y revolucionaria. La de los *Amigos del País*, también de Caracas, se interesaba en el mejoramiento de la industria y en el fomento y desarrollo de la riqueza nacional y comercial; pero hizo grandes esfuerzos en el campo cultural. Ha habido en Venezuela muchas agrupaciones de más carácter literario que las anteriores, como el *Centro Científico-Literario de Ciudad Bolívar*, con publicación propia (*Horizontes*), [30] y *Alegría*, en Coro, también con órgano de publicidad (*Flores y Letras*, 1893), pero hasta ahora son muy escasos los datos acerca de tales tertulias y círculos literarios.

La región de los Andes, a pesar de su aparente aislamiento, fué más rica en estas asambleas y se conservan más datos sobre las mismas. Había en dicha región tres centros literarios: Bogotá, Quito y Lima. En el sur del continente, como ya veremos, el foco intelectual se dividía entre Santiago de Chile y Buenos Aires. La importancia política de todas estas ciudades atraía a los estudiosos y aficionados a las letras. El interés literario en Bogotá, Lima y Quito se

alentaba por el creciente número de libros e ideas extranjeros que cada vez más penetraban en la colonia a pesar de estar aquéllos prohibidos. A su regreso de Europa, José Baquíjano y Carrillo aportó a la capital limeña gran número de libros prohibidos, sobre todo obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, Bayle, La Mettre, etc. [31] Todo esto da un impulso renovador a la vida intelectual colonial y sobre todo a la literatura. Como ha dicho Vergara y Vergara, los círculos literarios de Santa Fe "forman la historia de nuestras letras en su más gloriosa época". [32]

A medida que el teatro y el periodismo se desarrollan en Bogotá, también se fomenta el espíritu literario. Los círculos literarios que entonces se establecieron ofrecían a la juventud estudiosa lugar de reunión para estimular su ansia de saber. Al principio del siglo XIX hubo en Bogotá un grupo de intelectualidades formado por una selecta sociedad de los hombres más eminentes de aquel tiempo. El vulgo llamaba a este grupo con el apodo de *Compañía de los Sabios*; no formaban círculo, pero sirve de punto de partida a los que más tarde se establecieron con carácter más permanente. Entre los Sabios estaban José María Salazar, José Fernández Madrid, José María Cabal, Joaquín Camacho, Frutos Joaquín Gutiérrez y otros.

Pasando por alto la *Sociedad Económica* que José Celestino Mutis fundara en Bogotá en 1801, y la de Mompós, [33] el primer intento importante de asociación literaria lo hizo el sabio Antonio Nariño en unión de Antonio Zea, José Antonio Ricaurte y José Lozano; Nariño inició en su propia casa, en 1789, un círculo literario que duró hasta 1794. La personalidad de Nariño y su rica biblioteca contribuyeron a la poderosa influencia que dicho grupo ejerció en los jóvenes literatos de aquel tiempo. Entre éstos asistían al círculo José Luis Azuola, Francisco Tovar, Luis Azuola, Joaquín Camacho, cierto Iriarte y otros de menor nombradía. En 1791 se fundó otra tertulia en Bogotá, llamada *Tertulia Eutrapélica*, fundada por Manuel del Socorro Rodríguez, y entre sus miembros más destacados se cuenta a José María Valdés, poeta festivo que amenizaba la tertulia con chispa y sal, José María Gruesso y otros. Algunos de los socios de esta tertulia publicaban artículos y poesías en el *Papel Periódico* (1791-1797). Resultado de la influencia literaria y política de *La Miscelánea* (1825), cuyos redactores eran José Angel Lastra, Pedro Acevedo, Rufino Cuervo, Alejandro Vélez y Juan de Dios Aranzazu, fué la organización de la *Academia Nacional de Co-*

lombia en 1826, compuesta de veintiún individuos de número y de correspondientes. *El Parnasillo*, empezado en 1830, fué una congregación de jóvenes intelectuales bogotanos que se reunían en casa de los contertulios, como Juan Antonio Marroquín, los Caro, José María Saiz, Félix Castro y otros. *El Liceo Granadino*, fundado en 1856 por iniciativa de José Joaquín Ortiz, consagró parte de sus esfuerzos a la propagación y desarrollo de las bellas artes y la literatura.

De suma importancia e influencia en la vida literaria bogotana fué la famosa *Academia del Buen Gusto*, que florecía a fines del siglo pasado. Estaba patrocinada por la distinguida dama doña Manuela Santamaría de Manrique, quien no sólo era literata, sino una naturalista de primer orden. La tertulia se reunía en su propia casa, frecuentada por los ingenios más notables de la época, tales como el fecundo Manuel del Socorro Rodríguez, ya mencionado, quien, según Vergara y Vergara,[34] introdujo en Colombia el periodismo político; Francisco Antonio Ulloa, escritor naturalista; Francisco José de Caldas; José María Salazar, dramaturgo y educador; Camilo Torres, ilustre patricio; Custodio García Rovira; Frutos Joaquín Gutiérrez; José Fernández Madrid y otros ilustres contemporáneos. José María Salazar, al hablar de José María Gutiérrez, dice que éste "dedicaba el tiempo del descanso, con otros jóvenes provechosos, a una junta privada llamada del *Buen Gusto*. Allí se estudiaba la historia y otros ramos de literatura, se componían discursos y poemas, estimulados por premios de honor propuestos por los protectores de esta virtuosa sociedad, y todos sus miembros han figurado después en los destinos públicos".[35]

En el Ecuador, o mejor, en la región de Quito, el interés cultural en tiempos coloniales fué mayormente científico, pero los estudios ejercieron vasta influencia en las letras de esa parte de los Andes. Se encauzan los estudios por este ramo del saber humano, principalmente por la influencia extranjera en aquella época. La llegada en 1735 a dichas tierras de hombres de ciencia, miembros de la Academia Francesa, sabios como Bouguer, La Condamine, Jessieu, Seniergues, Godin, Verguin, y algunos españoles, como Antonio de Ulloa y Jorge Juan; la presencia de estos hombres de ciencia, venidos para estudiar y medir el meridiano y figura de la tierra, despertó vivo interés cultural entre los afanosos por las letras y ciencias. La vida intelectual estaba en una situación angustiosa y la llegada de esos cultos académicos levantó la cultura nacional a un

nivel muy respetable, especialmente en las ciencias astronómicas y físicas. Como resultado del empuje dado a tales estudios se fundó en Quito la *Academia Pichinchense*,[36] que produjo tres grandes ingenios: Javier de Santa Cruz y Espejo, médico cirujano y eminente hombre de ciencia, Juan de Velasco y Juan Bautista Aguirre, expulsado jesuíta ecuatoriano que llegó más tarde a ocupar importantes cargos. El ya mencionado Mutis también se identifica con el grupo de sabios de Quito. Es José Celestino Mutis, seguramente, el más grande sabio hispano de su tiempo. Por su iniciativa se fundó en Quito, en noviembre de 1791, la *Sociedad Patriótica de Amigos de Quito*, cuyo presidente era el Obispo Pérez Calamar, y Espejo su secretario. Dicha Sociedad se interesaba por todos los aspectos culturales, como se ve al examinar *Primicias de la Cultura de Quito*, órgano de dicha Sociedad, cuyo primer número apareció el 5 de enero de 1792.[37] Además de su contribución como naturalista, Mutis ejerció influencia poderosa al despertar el interés científico y literario en algunos de sus asociados de estudio y tertulia, como es el caso del colombiano Caldas.

El viaje del Barón Alejandro von Humboldt, en 1801, a Quito y por toda la América, también fué otro impulso a las letras y ciencias.

En Lima las tertulias y sociedades literarias se remontan a épocas más lejanas que las ya estudiadas. Uno de los primeros círculos literarios de interés mayor en la capital del Perú fué la *Academia Antártica*, tertulia literaria de que poco se sabe hasta ahora. Menéndez y Pelayo[38] cree que era esta Academia la misma Universidad de San Marcos. El sevillano Diego Mexía era socio de dicha organización; se daba el nombre poético de "Delio". En su *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, 1608, tiene varios poemas ensalzando la tertulia. Pedro de Oña escribe sonetos laudatorios *En nombre de la Antártica Academia de la Ciudad de Lima en el Perú*. También se tienen noticias de que cierto licenciado Francisco Falcón era su presidente, y un tal capitán Salcedo Villandrado, que se daba el nombre de "Cirselio", entre otros, formaba parte de esta Academia.

El Príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja y Aragón, Virrey del Perú de 1615 a 1622, fué un culto gobernante interesado en establecimientos de enseñanza y en el progreso intelectual de su reino. A su instigación se fundó en Lima el Real Convictorio de San Bernardo, para la educación de los hijos de los conquistadores, y

otros centros docentes. Mendiburu dice que el Príncipe de Esquilache también era protector de las letras.

> Como amante de las letras no era posible que Esquilache pasara sin fomentarlas y sin rodearse de los ingenios más distinguidos que ofrecía Lima en tan remota época; y así se reunían semanalmente, en Palacio, diferentes personajes a cuyos estudios se agregaba la ilustrada capacidad que enaltecía su mérito. El coronel D. Pedro de Yarpe y Montenegro, el oidor D. Baltasar Illescas, de la Orden de San Francisco, el poeta D. Baltasar Moreyra, y otros que no nombramos por falta de noticias, tenían con el virrey discusiones sobre materias científicas; cultivando su saber literario con los ensanches que en sus debates académicos avivaban la más noble de las aspiraciones. [39]

Menéndez y Pelayo duda de la existencia de la tertulia de Esquilache, [40] aunque la mayoría de los críticos no dudan lo dicho por el general Mendiburu. Esperamos que este y otros detalles se aclaren con el tiempo. Lo que sí se sabe con certidumbre es que el Príncipe de Esquilache era conocedor por propia experiencia de tales reuniones literarias, pues había tomado parte en semejantes tertulias en España, donde había disfrutado de prestigio literario. También se sabe que era amante de las letras y que tenía salón nocturno en su palacio para solazarse con acrósticos, acertijos y otras formas poéticas entonces muy en boga. Tal vez leyó en su tertulia sus epístolas morales y sus sonetos.

Tertulia de mayor consecuencia y de la que se tienen noticias más abundantes y fidedignas, es la patrocinada por el Marqués de Castell-dos-Rius, don Manuel Oms de Santa Pau de Sentmanat y Lanuza, Virrey del Perú. Se reunía todos los lunes por la noche en el palacio y en la casa de campo del Virrey. Duró desde el 23 de septiembre de 1709 hasta el 24 de marzo de 1710, es decir, hasta la muerte de su protector. Concurrían a dicha tertulia literaria los ingenios más notables de aquella época: el doctor Pedro José Bermúdez de la Torre y Solier, alcalde mayor de la Real Audiencia de Lima; el Marqués de Brenes, antiguo gobernador de Tierra Firme; Juan Manuel de Rojas, secretario del Virrey; el presbítero Miguel Sáenz Cascante, poeta de gran humor; el célebre y docto Pedro de Peralta Barnuevo; Fray Agustín Sanz y otros. El Marqués mismo era aficionado a la poesía, traductor del latín, y aun tocaba la guita-

rra entre sus íntimos. También le gustaba la representación de comedias.

La poesía de la tertulia del Marqués de Castell-dos-Rius, y la de aquella época, se caracteriza por su artificialidad y conceptismo. Cueto, al hablar extensamente sobre la citada tertulia, dice:

> Acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió a las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió a la ruin y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, a la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. [41]

En la misma época que florecía la tertulia literaria del Marqués de Castell-dos-Rius había otras asambleas literarias en Lima dignas de mención. Una de ellas era la *Tertulia* del Marqués de Villafuerte, fiscal de la Audiencia, quien fomentó en su casa una de estas asociaciones. El doctor Domingo Orrantia, consejero de Indias, juez y hombre de alto prestigio en el Perú, en compañía de su culta y sabia hermana doña Manuela, fomentaba en Lima el gusto por las letras. Según Mendiburu, "la casa de Orrantia en Lima fué en una época punto de reunión de literatos y personas del más fino trato". [42] Reunión también en casa particular fué la conocida hasta ahora sólo con el nombre de *Segura*. Parece que fué de algún prestigio dicha reunión, pues asistían hombres de la talla de Felipe Pardo, Miguel del Carpio, Manuel Ferreyros, José María Seguín e Ignacio Novoa. [43]

La *Academia Filarmónica* de Lima, fundada en 1787 por don José Rossi y Rubí, se convirtió tres años más tarde en la *Sociedad Amantes del País*, la que fué reconocida oficialmente por Real Decreto del 19 de octubre de 1792. Su presidente fué José Baquíjano, y el secretario Hipólito Unánue. Publicaba dicha organización el influyente *Mercurio Peruano*, periódico enciclopédico, cuyo redactor era Jacinto Calero. Con esta publicación bisemanal, que se publicó de 1791 a 1793, la Sociedad ejerció una influencia trascendental en la vida intelectual del Perú. Inició la reforma de los estudios científicos y literarios. Los libros prohibidos llegaban a las manos de los redactores del *Mercurio Peruano*, los que facilitaban la introducción de nuevas ideas y progreso científico y filosófico. Fué por medio

de la *Sociedad Amantes del País* como el Barón Timoteo de Nordenflich, natural de Prusia, y un grupo de científicos alemanes dieron un verdadero impulso a los estudios científicos en el Perú, [44] sobre todo a la metalurgia. La Sociedad estableció en Lima, en 1791, un laboratorio químico para la enseñanza de dicha materia a la juventud estudiosa.

Figura de gran prestigio y respeto en la Sociedad fué José Baquíjano, quien, con Unánue y Calero, había redactado el reglamento de la Sociedad. Baquíjano poseía una repleta biblioteca que los redactores del *Mercurio* usaban para sus escritos. Otros socios fueron Toribio Rodríguez de Mendoza, doctor Vicente Morales y Duares, fray Diego de Cisneros, ferviente enciclopedista, doctor Pedro Nolasco Crespo, sabio en las ciencias aplicadas, y Ambrosio Cerdán de Landa, presidente por algún tiempo de la Sociedad. Los miembros de ésta, especialmente los redactores del *Mercurio*, tal vez por motivos políticos, llevaban pseudónimos diversos. Unánue se firmaba *Aristo*, Baquíjano *Cefalio*, Rossi *Hesperiófilo*, Cisneros *Arquidano*, el doctor Cerdán de Landa *Nerdacio*.

A principios del siglo XIX la juventud letrada de Chuquisaca, dirigida por Mariano Moreno, fomentaba el movimiento revolucionario. Las ideas de independencia habían sido sembradas en los jóvenes espíritus y sólo se esperaba el momento propicio para darles salida. Facilitaban la reunión y la discusión los gimnasios organizados y administrados por la Universidad. Eran éstos meras asambleas con estatutos propios, cuyos miembros eran estudiantes de jurisprudencia próximos a terminar su carrera. [45] En una de tales sesiones disertó José Bernardo Monteagudo, el 25 de mayo de 1808, sobre "El origen de la Sociedad y sus medios de mantenimiento". Uno de estos grupos de jóvenes constituía la *Academia Carolina*.

La *Sociedad Patriótica de Lima* sirvió como centro de propaganda política, aunque también estaba revestida de forma de asociación literaria. Fundada por Bernardo Monteagudo el 20 de enero de 1822, tenía por fin, según sus reglamentos, "discutir todas las cuestiones que tengan un influjo directo o indirecto sobre el bien público, sea en materias políticas, económicas o científicas, sin otra restricción que la de no atacar las leyes fundamentales del país, o el honor de algún ciudadano". [46] Para llevar esto a cabo había que instituir un buen sistema de educación pública en el país. No obstante tener la Sociedad una sección de bellas artes, que según el re-

glamento incluía "antigüedades, historia, lenguas, poesía, oratoria, etc.", no llegó a discutir tales materias durante las veintidós sesiones que la agrupación tuvo, sino temas fundamentales propuestos por la presidencia, como "¿Cuál es la forma de gobierno más adaptable al Estado peruano, según su extensión, población, costumbres, y grado que ocupa en la escala de la civilización?" y otros por el estilo.

José María Pando ejerció influencia literaria en el gusto y destino de algunos jóvenes escritores de Bolivia, Perú y Chile con su tertulia literaria. Fué Pando preceptista y vigilante de las reglas del bien decir.

Chile ofrece un caso de especial interés. Por su posición geográfica y su desarrollo histórico, el desenvolvimiento intelectual moderno adquiere allí robustez en la época de Bello, Lastarria y la fundación de la Universidad de Chile, establecida en 1843. Por otra parte, Chile ha producido grandes historiadores, gramáticos, sociólogos e investigadores; el interés fué, pues, distinto de los otros países y más tardío. Las sociedades literarias de Chile no tuvieron la influencia que en otras partes de América, en su desarrollo intelectual, pues cuando eran conocidas en Lima, Quito y Bogotá, en Chile no existían. Pero como dice Medina: "Cierto es que bajo el nombre de concilios provinciales tuvimos varias asambleas de jentes más o menos ilustradas, pero fueron convocadas accidentalmente i con fines relijiosos i no literarios. Las letras chilenas no les fueron deudoras a este respeto sino de los monumentos escritos que nos dejaron en forma de códigos teolójicos." [47] Durante los primeros años del siglo XIX el ambiente de Chile no era propicio para la producción literaria. Sin embargo, la personalidad de José Joaquín de Mora descuella entre los incipientes de las letras de Chile.

Aunque el nombre de Mora se identifica con otros países, este español de América dejó sentir su influencia primero en Chile. Aquí organizó en su propia casa una academia literaria a la que asistían representantes políticos de todas facetas. Tales reuniones produjeron en Chile movimientos intelectuales que pronto tuvieron considerable efecto en la literatura y pensamiento del resto del continente, pues Mora fué, si no el precursor, por lo menos un atrevido iniciador del romanticismo y un adalid de la libertad del sentimiento y de la imaginación. Mora era liberal, colaboró en *El Mercurio Chileno* y sus ideas e influencia fueron de verdadero significado. Los conser-

vadores, para contrarrestar la influencia de Mora llevaron a Chile a Andrés Bello, quien en literatura y en política representaba todo lo contrario a Mora.

El año 1842 fué una fecha de gran significado intelectual en Chile, pues en ese año José Victorino Lastarria fundó la *Sociedad Literaria* en cuya apertura el fundador pronunció un elocuente discurso sobre regeneración literaria. Al principio dicha Sociedad era concurrida mayormente por estudiantes. La llegada de los emigrados argentinos Sarmiento, Alberdi y López promovió una polémica literaria que produjo frutos beneficiosos. Los argentinos sostenían que en Chile no había literatos y para demostrar tal falsedad los jóvenes ingenios chilenos se apresuraron a producir.

Lastarria fundó el *Semanario Literario* en 1842, en el cual colaboraron casi todos los escritores jóvenes de aquella época. Después fundó *El Crepúsculo*, otro influyente periódico semanal literario. En estos dos periódicos aparecieron muchos trabajos de los socios de la *Sociedad Literaria*; en efecto, *El Crepúsculo* era el órgano oficial de la Sociedad. En 1848 fundó Lastarria la *Revista de Santiago*, publicación de alto respeto, y en 1859 estableció el *Círculo de los Amigos de las Letras*, entidades que, con el establecimiento de la *Academia de Bellas Artes* en 1873, dieron un verdadero empuje a las letras de Chile.

En el Uruguay la actividad literaria se inició también bastante tarde, por su remota distancia de las más prósperas cortes literarias. Los primeros ensayos empezaron en el siglo XVIII y adolecían de la misma decadencia que se ve en los círculos literarios de las otras capitales. Aunque hay círculos anteriores, el primero de más relieve en el Uruguay es el que el periódico *El Nacional*[48] organizara en Montevideo en 1841, siendo José Rivera Indarte su redactor. Era la redacción de este periódico centro de reunión de los hombres de letras de Montevideo. Concurrían a las tertulias literarias Juan Carlos Gómez, joven poeta de gran promesa que llegó a ser abogado, tribuno, ministro y legislador y a cuya residencia se trasladó dicha tertulia; los argentinos asilados Juan Cruz Varela, José Mármol, José María Gutiérrez y Esteban Echeverría; los vates Juan Bautista Alberdi, Francisco Javier de Acha, Alejandro Magarinos Cervantes y Enrique de Arrascaeta. La *Gaceta del Comercio* fué el órgano oficial de esta tertulia.

El Ateneo de Montevideo, fundado en 1872, era el centro de la cultura del país en donde se reunía la intelectualidad contemporánea.[49] Se llamó al principio *Club Universitario* y floreció entre 1880 y 1885. En ese entonces Melián Lafinur recitaba sus vigorosos versos en aquel recinto; allí se oía la poesía de Sierna y Carranza; y por sus salones pasaron Manuel Otero, Pedro Bustamante, Washington P. Bermúdez, Daniel Muñoz, Juan Carlos Blanco, Aureliano Rodríguez Larreta, Domingo Aramburú, Martín C. Martínez y otros.

El café, los salones, la botica y la librería han sido siempre favoritos lugares de reunión de los literatos o aficionados a la literatura. El café es un factor de gran consideración en la producción literaria de los pueblos hispanos. Es en las tertulias del café donde el incipiente literato o poeta recita sus versos, antes de consagrarlos a la estampa. En España algunos de los mejores trozos literarios de los siglos XIX y XX han sido leídos o recitados en el café antes de ver la luz pública. Larra, Espronceda, García Gutiérrez, Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos y Hartzenbusch hicieron del café centro célebre de reunión y lo ha sido desde entonces en adelante, tanto en España como en América, especialmente en Madrid y las capitales hispanoamericanas. La costumbre de reunirse en el café para charlar de asuntos literarios data de fines del siglo XVIII, y marca dicho establecimiento, con sus peñas, tertulias y saloncillos, la transición de la academia de aspecto culto y serio a la asamblea con más libertad y de carácter semipúblico.

Faltan por estudiar las noticias sobre las tertulias en los cafés de las capitales virreinales. Se establecieron los cafés en la Colonia a últimos del siglo XVIII, pero han ejercido en la Argentina mayor influjo que en México y Lima. En Buenos Aires, como en Madrid, el café ha sido siempre un punto vital en la vida y desarrollo intelectual del país. Uno de los más célebres cafés de Buenos Aires fué el *Café de Marcos*, que parece ya existía en 1799 y que en 1810 se convirtió en *Sociedad Patriótica*. Frecuentaban esta sociedad los jóvenes abogados, curiales, dependientes de comercio y otras personas de la clase acomodada. El *Café Catalanes* fué otro establecimiento de vida larga y próspera en Buenos Aires; duró de 1800 hasta 1873 y era sitio popular de reunión de los literatos. Al *Café Inglés* de Keen y Faunch acudían Bernardino Rivadavia, Valentín Gómez y Alvear, Juan Cruz Varela y otros en 1823, y el *Café de la Comedia*

era la antesala del teatro donde el célebre cómico Joaquín Culebras entretenía a su auditorio con gritos y exagerados ademanes.

En el fragor de la lucha por la independencia, Buenos Aires contaba con elegantes *salones literarios*, frecuentados por los revolucionarios y héroes más famosos de entonces. Baste recordar por ahora las tertulias auspiciadas por Mariquita Sánchez, la de Josefina Izquierdo y el *Salón* de Carmen Nóbrega de Avellaneda.

Célebres centros de reunión revolucionaria fueron la *Botica del Colegio*, de Francisco Marull, cuyos concurrentes estaban en favor del gobierno español, la *Botica de Amoedo*, la de *Ferrari*, la de *Demarchi*, la de *Pedro Murray*, cuyos dueños eran hombres instruídos y respetados por los socios que honraban sus establecimientos. Concurrían a la tertulia del librero y editor Carlos Casavalle hombres de Estado, ministros, periodistas, escritores y militares, hombres de la talla de Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente G. Quesada, Guido Spano, Rafael Obligado, Paul Groussac y otros de no menos valía.

El coronel Francisco Antonio Cabello y Mesa propuso al Real Consulado de Buenos Aires, el 26 de noviembre de 1800, la erección de una *Sociedad Patriótica Literaria y Económica*. Más tarde presentó Cabello el proyecto de los estatutos de su Sociedad y también la nómina de la mesa directiva de la misma. [50] Pero cuando el virrey Marqués de Avilés examinó el oficio de Cabello pidiendo ayuda económica para la Sociedad, dictó en contra de dicha medida. La Sociedad había de ser de carácter patriótico, literario y económico. Como es de esperarse, *El Telégrafo Mercantil*, primer periódico argentino, fundado en 1801, también por Cabello y Mesa, sería el órgano de la agrupación. En efecto, ya al solicitar licencia para publicar dicho periódico se refería Cabello a la Sociedad literaria que intentaba establecer.

Aunque tenemos los nombres de las personas que integraban la mesa directiva de la Sociedad, y a pesar de haber indicaciones de que ciertos escritores concurrieron a reunión o reuniones de dicho círculo literario, no se está todavía enteramente de acuerdo sobre si la mencionada Sociedad funcionó después de los intentos de su fundador. Lo más probable es que no llegara a realizarse el proyecto del coronel Cabello y Mesa.

La *Sociedad Literaria* de Buenos Aires fué obra de Bernardino Rivadavia, quien siendo Ministro encargó a dicha entidad, en 1822,

la compilación de todas las poesías patrióticas publicadas desde 1810, dos años antes de la fundación, hasta aquella fecha. El resultado fué la *Colección de poesías patrióticas*, aparecida como anónima y sin fecha, aunque el encargado de la colección fué Esteban de Luca, quien la publicó en Buenos Aires en 1827. [51] Otros miembros de la Sociedad fueron el poeta Rivarola, el porteño Domingo de Azcuénaga y José Joaquín de Arango, quien también parece haber sido socio de la tertulia de Cabello y Mesa.

La *Sociedad del Buen Gusto en el Teatro* fué fundada en 1817 bajo los auspicios del coronel Juan Román Rojas, para fomentar los espectáculos escénicos. Formaban parte del grupo fray Camilo Henríquez, nacido en Chile, educado en Lima y emigrado a Buenos Aires, Esteban de Luca, patriota revolucionario ya mencionado, y Vicente López y Planes, autor del primer *Himno Nacional* de la Argentina. Parece ser que la asociación no tuvo gran originalidad. Se tradujeron algunos dramas de poco significado y se estrenaron algunas piezas compuestas por algunos de sus miembros, entre las que sobresale *Camila o la patrona de Sudamérica* (1817), de Camilo Henríquez, pieza que versaba sobre la inmigración europea.

La literatura argentina se halla impregnada del espíritu separatista. Juan María Gutiérrez, el biógrafo de Echeverría, ya lo dice: "En la atmósfera general de aquella época, las formas literarias no fueron en su novedad otra cosa más que la expresión adecuada y natural de un movimiento en la raíz de los espíritus, producido por la influencia de la libertad que comenzaba a disfrutar más ampliamente." [52] Para ese tiempo las ideas filosóficas y políticas habían encontrado caluroso abrigo en el ardiente espíritu revolucionario de la juventud rioplatense y la restauración temporal de los jesuítas, en 1814, no pudo proscribir o retardar el continuo progreso del movimiento de libertad de la región. Sitio predilecto de reunión de estos jóvenes literatos y patriotas fué la trastienda del librero y bibliógrafo Marcos Sastre. En el ensanchado cuarto trasero del establecimiento se inauguró en 1836 el *Salón Literario*, concurrido por Alberdi, Cané, Gutiérrez, Fidel López, Echeverría y otros.

En su primer año de vida, el *Salón Literario* se consagró por completo a asuntos literarios. Echeverría era su poeta romántico y portaestandarte. Aquí también hablaron Alberdi, Gutiérrez, Marcos Sastre, López, etc., sobre materias literarias, pero se siente un constante deseo de discutir ideas políticas. Al año siguiente Marcos Sas-

tre se vió obligado a cerrar su establecimiento, pero pronto fundó una sociedad secreta en donde los socios pudieron continuar el desarrollo de avanzadas ideas libertadoras. Dicha sociedad se llamó la *Joven Argentina* y fué fundada el 23 de junio de 1837. Echeverría fué su primer paladín, como lo había sido en la anterior. Su principal objeto era la liberación de los pueblos, la fraternidad e igualdad de las clases, el progreso, etc. [53] Fruto directo de tal sociedad secreta fué la influencia en el ánimo de los jóvenes de aquella época, jóvenes que más tarde llegaron a ser los grandes pensadores y guías del país, genios como Mitre y Sarmiento. En tiempos más recientes ha habido muchas otras excelentes sociedades literarias, algunas de las cuales todavía existen. Otras han desaparecido, pero su influencia en las letras ha sido de considerable valor. El *Círculo Literario* dirigido por Vicente G. Quesada, cuyo órgano era la *Revista de Buenos Aires*, es ejemplo de los muchos importantes centros literarios que han florecido en la Argentina.

Allá por los comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII el Brasil empieza a desenvolverse rápidamente y a adquirir personalidad propia, gracias a la explotación de sus minas de oro y diamantes, a la sabia administración del Marqués de Pombal y a su desarrollo comercial. Este nuevo rumbo había de obrar en los ánimos de los escritores y de acentuar más el espíritu brasileño. Bahía fué al principio el centro comercial e intelectual de la Colonia. Por eso encontramos en dicha ciudad la primera sociedad literaria en 1724, desde cuya fecha en adelante las sociedades y círculos literarios del Brasil se multiplican. Aquí, como hemos hecho tratándose de los demás países, mencionaremos los más importantes.

La *Academia Brazilica dos Esquecidos*, es decir, de los olvidados, funcionaba ya en Bahía en 1724, bajo la protección del virrey Meneses. Duró escasamente un año y medio, durante cuyo tiempo celebró dieciocho sesiones en las que se estudió la historia del Brasil especialmente. La *Academia dos Felizes*, fundada en Río por el doctor Matheus Saraiva el 6 de mayo de 1736, compuesta de treinta miembros, se dedicaba a los estudios de botánica. Se reunía en el palacio del Conde de Bobadella, capitán general del país. La *Academia dos Selectos*, fundada en 1752, estaba consagrada casi exclusivamente a cantar las gentilezas del mencionado capitán general, Conde de Bobadella, [54] cuyo primer nombre era Gomes Freire de Andrade. También se reunía en el palacio del Conde. Protegida por el virrey

Luis Almeida, Marqués de Lavradio, ferviente amante de las letras y ciencias, la *Sociedade Literaria*, fundada en 1772, fué la primera sociedad de alguna importancia en el Brasil. Las que le precedieron servían para allanar el camino a esta sociedad y a otras de más tarde. Con la *Sociedade Literaria* empezó en Río y en el Brasil un nuevo período de literatura nacional, no sólo debido a la influencia de dicho centro, sino al enciclopedismo francés que transformó el verbo intelectual brasileño.

Por la misma época se fundó en Bahía la *Sociedade Brasileira dos Academicos Renascidos*, que dejó de existir al poco tiempo. Su presidente fué José Mascarenhas Pacheco. Estaba dicho círculo interesado en la historia del Brasil. La historia natural también recibió un poderoso impulso con el establecimiento en Río, en 1784, del *Gabinete de Estudos de Historia Natural*.

En 1786 se fundó allí mismo la *Arcadia Ultramarina*, a imitación de la Arcadia italiana, y entre sus socios se contaban el mismo virrey don Luis de Vasconcellos y Sousa, Manuel Ignacio da Silva Alvarenga, el alma de la sociedad, Bazilio da Gama, el obispo José Joaquín Justiniano Mascarenhas, Castello Branco, Bartholomeu Antonio Cordomes, Domingo Vidal Barbosa, Balthasar da Silva Lisba y otros. [55] Cerró sus puertas la *Arcadia Ultramarina* a los cuatro años, pero volvió a abrirlas en 1794, para ser clausuradas definitivamente por el sucesor de Lavradio, el Conde de Rezende, a pretexto de que era un club de jacobinos. Otra *Arcadia* del mismo tiempo fué la *Arcadia Fluminense Franciscana*, que celebraba sus sesiones en el convento de la orden seráfica de Río. Los frailes recitaban sus versos en las reuniones.

A comienzos del siglo XX existía el *Gremio Literario Jardim de Academus*, compuesto de veinte miembros. Domingo da Gama, novelista, diplomático y ministro, fué presidente perpetuo, honor conferido a los dieciocho años de edad. Publicaba esta tertulia literaria la *Gazeta de Noticias*. Muy vinculada al desarrollo intelectual del Brasil se halla la *Sociedad Auxiliadora de la Industria Nacional*, fundada en Río en 1828 por don Ignacio Pinto de Almeida. Resultado de esta Sociedad fué la creación en 1838 del *Instituto Histórico y Geográfico del Brasil*, una de las mejores instituciones del mundo. En Bahía existía en 1860 el *Gremio Literato*, y en Río se fundó en 1883 la *Sociedad de Literatos*, compuesta de Juan Severiano de Fonseca, Sousa y Silva, Ladislao Netto y otros. A fines del siglo XIX los lite-

ratos, por falta de centros de reunión, se asociaban con los periodistas y formaban núcleos literarios algunas veces de verdadera influencia literaria. Tal fué el caso de la tertulia literaria formada de literatos y redactores de periódico auspiciada por la *Gazetinha*, así como el círculo literario que se reunía en la redacción de la *Semana*. En los salones de redacción de la *Revista Brasileira* se congregaban los mejores literatos de fines del siglo XIX, donde Machado de Assis era la figura central. Aquí se acostumbraba a servir té con tostadas a las cinco y fué a resultas de tales reuniones íntimas y también por las gestiones de Lucio de Mendonça como se concibió la creación de la *Academia Brasileira de Letras*, compuesta de cuarenta miembros. Al cesar la *Revista Brasileira* la casa editorial Garnier ofreció refugio a los miembros de esta tertulia, la que, como se ve, fué próspera e influyente.

JOSÉ SÁNCHEZ,
Northwestern University.

NOTAS

1 Véase mi artículo "Nombres que reemplazan a 'capítulo' en libros antiguos", *Hispanic Review*, XI (abril, 1943), pp. 143-161.

2 Preparo un estudio de mayor extensión, *Sociedades y academias literarias de España e Hispanoamérica*.

3 Cfr. *Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate*, México; *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, etc.

4 Ricardo Rojas, *La literatura argentina*, 8 tomos, Buenos Aires, 1924-25, tomo IV, pp. 630-45.

5 Ozías H. Rubio y Manuel Briceño, *Tunja*, Bogotá, 1909, pp. 76-102.

6 Irving A. Leonard, *Pedro de Peralta Barnuevo*, Santiago de Chile, 1937, p. 14.

7 *Cartel de certamen, el nuevo héroe de la fama*, Lima, 1762.

8 Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba*. 3 vols., Habana, 1859-61, tomo II, pp. 79-102.

XUM

9 José María Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de Nueva Granada*, 3ª ed., Bogotá, 2 vols., 1931, tomo II, p. 135.

10 Francisco Pimentel, *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, 5 vols., México, tomo I.

11 Cfr. Bachiller, *op. cit.*, III, p. 41.

12 Aurelio Mitjans, *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, Habana, 1890, p. xxviii.

13 José Antonio Saco, *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*, París, 1858-59, 3 vols., véase III, pp. 1-84.

14 Mitjans, *op. cit.*, p. 107; y Bachiller, *op. cit.*, II, pp. 113-144.

15 *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, Madrid, 1911-13, 2 vols., véase I, p. 227, nota 2.

16 Real Orden. Ministro de Fomento General del Reino, en Bachiller, *op. cit.*, II, pp. 200-201.

17 Saco, *op. cit.*, III, pp. 1-84.

18 Habana, 1866.

19 Luis Alberto Sánchez, *Historia de la literatura americana*, 2ª ed., Santiago de Chile, p. 350.

20 Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, I, 308.

21 Pedro Henríquez Ureña, *Horas de estudio*, París, 1910, p. 193.

22 Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, 3ª ed., Madrid, 1893, 3 vols., véase I, p. 83.

23 En su obra *Biblioteca hispano-americana septentrional*, México, 1883, 3 vols., véase I, p. 180.

24 Establecida por Real Orden del 25 de diciembre de 1783.

25 *Flor de mis recuerdos*, México, s. f., p. 423.

26 Cfr. José T. de Cuéllar, "La literatura nacional", *La Ilustración Potosina*, II (1869), pp. 162, 188.

27 De mucha utilidad es el excelente artículo del profesor J. R. Spell, *"Mexican Literary Periodicals of the Nineteenth Century"*, en *Publications of Modern Language Association of America*, tomo 52 (marzo, 1937), pp. 272-312.

28 David Vela, *Literatura guatemalteca*, Guatemala, 1943, p. 175.

29 *El Guatemalteco*, año VI, núm. 248, 23 de octubre de 1879.

30 En Cuba la "Asociación Cultural Universitaria" empezó a publicar en 1917 otro *Horizontes*, "Revista científica, literaria y social".

31 Roland D. Hussey, *Traces of French Enlightenment in Colonial Hispanic America*, en *Latin America and the Enlightenment*, editado por Arthur P. Whitaker, New York, 1942; y Jefferson Rea Spell, *Rousseau in the Spanish World before 1833*, Austin, Texas, 1938.

32 Vergara y Vergara, *op. cit.*, II, p. 52.

33 Existía esta entidad en 1784, fundada por decreto del 17 de agosto del mismo año. En 1826 se fundó en Bogotá la *Sociedad de Amigos del País*, con las mismas miras patrióticas ya conocidas.

34 *Op. cit.*, II, p. 21.

35 José María Salazar, *Memoria biográfica sobre Cundinamarca*, citado por Vergara y Vergara, *op. cit.*, II, p. 93.

36 Cfr. Dionisio Alcedo, *Diccionario geográfico e histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, 1788. También: Pablo Herrera, *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, 1927.

37 José Toribio Medina, *La imprenta en Quito*, Santiago de Chile, 1904, pp. 68-74.

38 *Op. cit.*, II, pp. 169, 310.

39 Manuel de Mendiburu, *Diccionario histórico y biográfico del Perú*, 8 vols., Lima, 1874-87, II, p. 50.

40 *Op. cit.*, II, p. 183, nota 1.

41 Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, *op. cit.*, p. 86.

42 *Op. cit.*, VI, p. 184; también Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, II, p. 199, nota 1.

43 José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, Lima, 1905, pp. 71-73.

44 Marius André, *Le Baron de Nordenflicht, Conseiller intime de S. M. le Roi de Pologne et les mineurs allemands au Pérou*, en *Revue de l'Amérique Latine*, VIII (1924), pp. 289-306.

45 Cfr. Gabriel René-Moreno, *Los últimos días coloniales en el Alto Perú*, 2 vols., ed. de La Paz, 1940, tomo I, p. 79.

46 Manuel de Odriozola, *Documentos literarios del Perú*, 11 vols., Lima, 1863-1877, tomo XI, p. 490.

47 José Toribio Medina, *Historia de la literatura colonial de Chile*, 3 vols., Santiago de Chile, 1878, tomo I, p. xliii.

48 Había sido fundado en 1835, por Andrés Lamas.

49 No se ha de confundir este *Ateneo* con el establecimiento de igual nombre fundado en Montevideo en 1837 por Luciano Lira, colector de la famosa antología *Parnaso oriental*.

50 A. M. Ibáñez, "Orígenes de la 'Sociedad Patriótica Literaria y Económica del Río de la Plata', 1800-1802", en *Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras*, tomo IV (1934), pp. 5-9. Y José Torre Revello, "La primera sociedad literaria que se proyectó fundar en Buenos Aires", en *La Prensa*, 22 de octubre de 1939.

51 *Revista del Río de la Plata*, II, p. 564.

52 *Obras de Echeverría*, 5 vols., Buenos Aires, 1870-74, tomo V, Introducción, p. xxiii.

53 Echeverría, "Ojeada retrospectiva", en *El dogma socialista* (1837), ed. de Buenos Aires, 1915, p. 33, nota 4.

54 Publicó esta academia los trabajos de sus miembros en 1754, en Lisboa, con el título de *Jubilos da America na gloriosa exaltaçao e promoçao do Illmo. e Exmo. Sr. Gomes Freire de Andrade*.

55 Eduardo Ferié, *A litteratura brazileira*, Buenos Aires, 1885, p. 185.

Manuel Antônio de Almeida

QUANDO teria nascido Manuel Antônio de Almeida?

À primeira vista, a indagação parece uma pilhéria e, quase, uma impertinência.

Veremos que não é nem uma nem outra coisa. È, simplesmente, uma dúvida, talvez uma teimosia...

Como é do domínio de todos, Sacramento Blake informa que foi em 1830. Macedo, Rio Branco, Ronald de Carvalho inscrevem o acontecimento en 1832, data consignada, igualmente, na edição das *Memórias de um sargento de milícias*, publicada em 1925, pela Companhia Gráfico-Editora Monteiro Lobato, de São Paulo. Outros: Veiga Cabral, Marques Cruz, Xavier Marques, Afrânio Peixoto... os contestam, pleiteando pelo ano de 1831. "E com êstes últimos está a razão...", afirma, por seu turno, Luis Felipe Vieira Souto, reportando-se, em conferência proferida no Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, em 1931, ao assentamento arquivado na Faculdade de Medicina do Rio de Janeiro. O documento, peça probante indiscutível, que êsse ilustrado confrade manuseou, merece fé por muitos motivos, inclusive por estar assinado, do próprio punho, por Manuel Antônio de Almeida.

Revelada, assim, a existência de uma prova dessa naturaleza, tudo indicava que o debate em tôrno da questão não devia prosseguir, encerrando-se incontinente, tanto é certo que, acima de quaisquer conjeturas, deve prevalecer, afinal, pela melhor das razões, e em última estância, a declaração que o interessado não teve escrúpulos em aceitá-la, autenticando-a.

Foi justamente o que não se deu. A dúvida ainda permanece, e subsiste, além do mais, em documento oficial, e não só isso, aceita pela própria Academia Brasileira de Letras.

Quem perlustrar o *Catálogo da Exposição* do centenário de Machado de Assis, publicado pelo Ministério da Educação e Saúde, em 1939, oito anos precisamente após a comprovação feita por Vieira Souto, aí lerá o seguinte: "Manuel Antônio de Almeida, filho de Manuel de Almeida e dona Josefina de Almeida, nasceu na cidade do Rio de Janeiro, a 17 de novembro de 1830..." Mais recentemente ainda, um ilustre acadêmico, o Sr. Gustavo Barroso, em sessão da Academia, aludiu, tambem, ao ano de 1830.

È, como se vê, a repetição do mesmo engano de data, ocorrido até pouco tempo com Casimiro de Abreu, e o mesmo equívoco, em relação ao local de nascimento de França Júnior, incluído entre baianos, quando, realmente, o seu berço foi a cidade do Rio de Janeiro.

Não se incrimine a ninguem, apesar disso, porque ainda hoje, quem compulsar a *Histoire de la Littérature Française*, de Audic, Abry e Crouzet, lá encontrará, no capítulo consagrado ao pai de *Gargantua*: "La vie de François Rabelais est encore assez mal connue. On sait qu'il naquit en Touraine, à Chinon, mais la date de 1490, n'est qu'approximative..." Aliás, a citação não comparece, aqui, por acaso, mas intencionalmente... Entre Rabelais e Maneco Almeida (*excusez du peu!*) coexistem afinidades que não seriam para desdenhar. Ambos foram médicos, cultivaram ambos o gênero cômico, e, por motivos embora diferentes, se ocultaram em pseudônimos.

Em se tratando do mais difícil dos gêneros literários, ninguem discutirá que o nosso Rabelais não haja aparecido na segunda metade do século 19, um pouco tardiamente, é certo, em relação à França, e certamente em edição muito mais modesta, mas ainda assim podendo, se o desejasse, epigrafar as *Memórias de um sargento de milícias*, à maneira do seu avô gaulês:

Mieux est de ris que de larmes écrire
Pour ce que rire est le propre de l'homme
Vivez joyeux.

Ele não viveu alegremente...

A verdade pura e simples é que, na história das letras nacionais, o nome de Manuel Antônio de Almeida deveria permanecer, por longo prazo, esquecido e desinteressado. Assim acontece àqueles que se antecipam à sua época.

Alguna, muito poucos, do seu círculo literário, o amaram, reconhoceram-lhe e apregoaram os méritos, as virtudes pessoais, os talentos e, mais do que isso, a honorabilidade dos propósitos. Depressa, porém, tudo isso se desvaneceu. *Vita brevis* . . . A dele foi abreviadíssima, e nem um só dos seus contemporâneos poderia imaginar, sequer, a consagração póstuma que iria arancá-lo do olvido dos homens e das ondas, cêrca de trinta e cinco anos decorridos do seu desaparecimento trágico, nas águas atlânticas!

Tendo vivido na plenitude do romantismo, o "glorioso período histórico", quando Magalhães, Porto Alegre, Macedo, Otaviano, Alencar, Álvares de Azevedo, Gonçalves Dias, Casimiro de Abreu . . . constituíam a rútila constelação das belas-letras em nosso país, o estro de Manuel Antônio de Almeida derivou, como é de presumir-se, quase despercibido, sendo arrolado, afinal, entre os literatos de somenos expressão, um simples comparsa do festivo banquete das Musas, no alvorecer da segunda metade do século em que nascera.

A organização, todavia, da Academia Brasileira, em 1896, para a qual concorrriam vários fatores, dentre os quais devem ser relembradas as reuniões do Clube Rabelais e da Panelinha, o novo surto da *Revista Brasileira*, sob José Veríssimo e, mais do que tudo, o idealismo perseverante e inestimável de Lúcio de Mendonça, tudo isso propiciaria a ressurreição do nome de Manuel Antônio de Almeida, escolhido por Inglês de Sousa para patrocinar a poltrona número 28 da jovem agremiação literária. Data de então o aurorecer da glória de Manuel Antônio de Almeida.

Seria injustiça, entretanto, não aludir, igualmente, aos trabalhos preliminares, no mesmo sentido, a que a memória e os merecimientos do romancista ficariam devendo à clarividência e à amizade de Quintino Bocaiuva, mandando reimprimir a primeira parte da obra do seu extinto amigo, no 9º volume da Biblioteca Brasileira, em fevereiro de 1863, empreendimento que Machado de Assis assinalou no *O Futuro*, por êste comentário textual, que vale por uma consagração: "Contém êste volume a primeira parte do romance de meu finado amigo Dr. Manuel Antônio de Almeida, *Memórias de um sargento de milícias*. A obra é bem conhecida, e aquela vigorosa inteligência, que a morte arrebatou dentre nós, bastante apreciada, para ocuparme neste momento com essas páginas tão graciosamente escritas. Enquanto se não reunem em volume os escritos dispersos de Manuel Almeida, entendeu Quintino Bocaiuva dever fazer uma reimpressão

das *Memórias*, hoje raras e cuidadosamente guardadas por quem possue algum exemplar. É para agradecer-lhe esta piedosa recordação do nosso comum amigo..."

"O livro publicado entre 1854 e 55, teve nova edição, já póstuma, em 1862", informa Xavier Marques, devendo-se acrescentar que, inicialmente, apareceu em folhetim, no *Diario Mercantil*, firmado pelo pseudônimo *Um brasileiro*.

Daí por diante algumas outras edições das famosas *Memórias* vieram a lume, e ainda agora, aquela de que me valho, pertenece ao gênero de *cordel*, e traz na capa, ilustrada pelo desenhista português Julião Machado, esta indicação sem data: Editor-Linacino Domingos de Magalhães — 126 Rua do Lavradio. As *Memórias*, segundo leio no anverso da capa referida, faziam parte da Coleção Brasileira do citado livreiro, à qual pertencem os volumes então publicados e oferecidos aos leitores a mil réis, e mil e quinhentos se remetido pelo correio, cada exemplar, a saber:

Por montes e vales, excursão a Ouro Preto, de Coelho Neto.

O ermitão de Muquem, de Bernardo Guimarães.

Rimas de outrora, de Alfonso Celso.

Os farrapos, cenas da guerra do Rio Grande do Sul, de O. Belo.

Memórias de um sargento de milícias, 2ª ed., por M. A. de Almeida.

Ao sol do sertão, de Viana Ribeiro, com um belo prefácio de Coelho Neto.

Enumerando as edições anteriores, citadas no *Dicionario Bibliográfico* de Sacramento Blake, Xavier Marques se reporta às de 1854, 1862, 1876 e 1880. Refere-se, ainda, à de 1900, da Livraria Garnier, com introdução de José Veríssimo, e não se esquece da edição popular, há pouco mencionada por mim, fazendo o reparo: "segunda edição ilustrada, o que faz presumir haja outras."

A última edição, em data, é a da Livraria Martins, de S. Paulo, 1941, a mais recente e, por igual, a mais aprimorada.

"Livros relidos são livros eternos..." O conceito é de Machado de Assis, e a proveita admiravelmente às *Memórias* do seu amigo, embora não se realizasse, até agora, o vaticínio expresso no *O Futuro*, quanto às obras completas de Manuel Antônio de Almeida. Em compensação, a personalidade do escritor encontrou, por fim, "a justiça, tardia, mas inapelável... a sagração definitiva... a sagração

espontânea da posteridade..." diria, por ocasião do centenário do infortunado fluminense, Xavier Marques, estudando-o no tradicionalismo com que justifica "o homem moço, mas antigo..."

A vida breve, a obra dispersa e lacunosa, a morte trágica... tudo isso faz de Manuel Antônio de Almeida uma personagem singular. Quase diria, um herói! E porque não chamá-lo, realmente, um herói romântico, esbatido em misterio, esmaltando-se de legendas que o transformam assim, à distância do tempo, numa figura típica, admiravelmente estruturada para o cenário em que ele viveu?

Suas origens são vagas e imprecisas... Imitando a naturaleza, tambem êle não teve *antes* nem *depois*... Comparou-o um dos seus amigos de infância "a um meteoro luminoso"... A imagem é grandíloca, mas do tempo, e a êle, pela justeza, se aplica admiravelmente bem.

Filho de um tenente e de uma "santa e nobre criatura... mãe para todos...", nas comovidas expressões de um dos seus íntimos, Manuel Antônio de Almeida não tem passado, nem linhagem. Dele se sabe, que pereceu no mar...

Julio Feydit, nos *Subsídios para a História dos Campos dos Goitacazes*, volume publicado em 1900, informa, textualmente: "No dia 28 de novembro de 1861 naufragou o vapor *Hermes*, o qual, vindo para São João da Barra, tocara em uma pedra, pelas quatro horas da madrugada, distante légua e meia de Macaé; de 94 pessoas que trazia, morreram 40, salvando-se 54..." Manuel Antônio de Almeida foi um desses náufragos, isto é, um dos quarenta mortos, como deveria ser, trinta e cinco anos depois, um redivivo, justamente um dos quarenta patronos da Academia Brasileira. O que não se pode assegurar, por falta de provas, é que os despojos transladados para o humilde cemitério de Barra de São João, onde se veneram as cinzas do incomparável cantor fluminense das *Primaveras*, sejam realmente os do autor das *Memórias de un sargento de milícias*.

Manuel Antônio de Almeida é fluminense da gema, carioca, como se diz hoje, nascido em 1831, em plena Regência, no dia 17 de novembro, e é bem possível tenha visto a luz na Rua das Belas Noites, denominação pitoresca do local a que chamamos agora, muito prosaicamente, o báirro da Lapa.

Ninguem sabe a escola que frequentou, na infância, nem ao menos, como adquiriu as humanidades que o levariam à matricula na Faculdade de Medicina do Rio de Janeiro, naquele ano de 1850.

Nem tudo se sabe, mas tudo se diz ... assevera um conceito anatoleano. Quem nos dirá que êle não frequentou uma daquelas escolas primárias do professor Barata, de que nos dá conta o seu contemporâneo e amigo Machado de Assis, ou uma aula semelhante àquela outra, da rua da Vala, "pequena e escura" ... em que o professor era "um homem todo em proporções infinitesimais, baixinho, magrinho, de carinha estreita e chupada, excessivamente calvo; que usava de óculos, tinha pretensões a latinista, e dava bolos nos discipulos por dácá aquela palha ...?"

Assim era a escola primária em que o padrinho barbeiro, como todos se recordam, matriculou o filho de Leonardo Pataca, cuja origem explica o romancista, provinha de uma pisadela e um beliscão.

Em 1856 Manuel Antônio de Almeida recebia o grau de doutor em medicina. Sua vida, porém, em nada se alterou, com isso.

Antes, durante e depois do curso, preferiu as letras à ciência. Para isso concorreram, naturalmente, vários fatores, inclusive o meio. O fator principal era, sem dúvida, o seu próprio pendor literário e o meio era, realmente, a imprensa, isto é, *O Mercantil*, depois *Correio Mercantil*, a cuja sombra e por atração do director, Joaquim Francisco Alves Branco Muniz Barreto, se reuniram Francisco Otaviano de Almeida Rosa, Henrique César Muzzio, José Martiniano de Alencar e, com êles, Manuel Antônio de Almeida.

A imprensa absorveu-o e fascinou-o irremediavelmente, mas, nem assim, conseguiu destruir no jornalista o puro homem de letras que deveria ser, acima de tudo.

Nessa época de envolvente romantismo, qualquer outro teria sossobrado, mas Manuel Antônio de Almeida, filiado, como poeta, à escola do seu tempo e da sua geração, onde não fez carreira de relêvo, empreendeu, inexplicavelmente, e por feliz inspiração, através da novelística, uma viagem ao passado, e êsse trajeto conduziu-o por veeiros novos e inexplorados, à admiração e ao aplauso da posteridade.

Nas colunas providenciais do *Correio Mercantil* ou, mais exatamente, na *Pacotilha*, "o prato literário aumentado ao almoço dos assinantes de domingo", na humorística expresão de Otaviano, recordada por José Vieira, assim como, nas *Páginas menores*, que eram os suplementos artísticos do jornal de então, Manuel Antônio de Almeida afiou e procurou dar maior flexibilidade às suas armas de escritor, iniciado, pouco antes, nos *Arpejos poéticos*, no *Guaracinga* e no *Guaraciaba*, modestas revistas de vida efêmera.

Estamos reivindicando, ainda uma vez, para a imprensa, o inestimavel serviço que, em várias fases da nossa história, ela tem prestado à cultura e às letras de nosso país.

O *Correio Mercantil* foi, com alguns outros órgãos da imprensa brasileira, para a geração romântica, o que deveria ser a *Gazeta de Noticias*, tempos adiante, sob Ferreira de Araújo, para a geração dos chamados parnasianos. Nas colunas daquele jornal apareceram, por assim dizer, os frutos mais sazonados do estro literário do jovem carioca, e entre eles, capítulo a capítulo, os quarenta e oito folhetins que constituem a sua obra mestra, ou, por melhor dizer, "uma relíquia literária, dessas que, à semelhança das de família, inspiram aos povos o culto enternecido das tradições, o carinhoso respeito às coisas que lembram o verdor do seu espírito e a infância da sua civilização". Proclamou-o, judiciosamente, Xavier Marques, ao tomar posse da poltrona acadêmica em cujo espaldar refulge, gloriosamente, o nome do celebrado autor das *Memórias de um sargento de milícias*.

Substituto de Inglês de Sousa na inmortalidade acadêmica, o venerando e eminente escritor baiano passará à história, nesse particular, como um dos melhores intérpretes, um dos mais sutís exegetas da obra imperecível do infortunado escritor fluminense, cujo sentido íntimo, profundamente nacionalista, compreendeu e exaltou com admirável sagacidade crítica.

Diplomado em medicina e funcionário público em várias repartições da Fazenda, da ópera e da Imprensa Nacional, rezam as crônicas que Manuel Antônio de Almeida empreendeu a viagem fatal, como prólogo do seu próximo ingresso na vida política do país, ou, como querem outros, para assistir à inauguração do canal de Macaé e Campos.

A messalina, de que se queixava na velhice o desenganado Otaviano, encontrou na morte prematura da fascinante personalidade, uma rival impiedosa e cruel.

Oriundo das camadas mais humildes, ascendera Manuel Antônio de Almeida, na vida pública e em plena mocidade, a posições excelentes, invejáveis e de relêvo.

Subindo pelos méritos próprios e sem jamais perder contacto com o meio de que procedia, ninguem melhor do que êle para ajuizar e compreender a humildade daquele "distraído tipógrafo" que êle amparou, como diretor da Imprensa Nacional, e que, mais tarde, de-

veria ser o sucessor de Alencar na literatura brasileira e a mais completa, a mais alta e nobre expressão das nossas letras: Machado de Assis.

Dotado de uma polivalência espiritual verdadeiramente privilegiada, Manuel Antônio de Almeida, desaparecendo aos trinta anos de idade, reuniu em tôrno do seu nome vários títulos que o recomendam à admiração da posteridade. Médico, crítico, poeta, jornalista, em suma, escritor e homem público, orientou o seu pensamento construtivo tomando por base a linha mestra do nacionalismo. Este é e será, sem dúvida, o aspecto mais encantador de sua personalidade.

Em poesia, como já vimos, confundiu-se com os românticos, dando à estampa, entre outras composições esquecidas, uma poesia intitulada *Escuta*, publicada em 1851, aos vinte anos de idade, composta de sete quadras decassilábicas, de versos brancos, nas quais deixa transparecer os seus amores platônicos:

Escuta, virgem: tens um riso de anjo,
que infunde na alma singular quebranto:
pelo qual sonho que na doce infância
nos roça a mente no dormir de rosas.

Escuta ainda: teu olhar fagueiro,
espelho ingênuo de tua alma pura,
semelha o lago que, tranquilo e manso,
mostra no fundo as pérolas lustrosas.

Mas eu não quero que me infundas na alma
doce quebranto do teu riso de anjo,
mas eu não quero que me dês fagueiro,
volver donoso de teus lindos olhos.

Que se me deras um teu doce riso,
que se me deras um dos teus olhares,
pudera cego, desvairado e louco,
morrer de gôzo de ventura tanta.

Tamben não quero aventurada rosa
que entre teus dedos, amorosa, afagas,
que descuidada, por teus lábios passas,
e que perfumas de teus doces beijos!

Quero somente que uma vez na vida
digas meu nome e que me dês já murcha

a triste flor que desbotada arrancas
de teus cabelos, e que ao chão arrojas . . .

Quero somente que por meu sepulcro
um dia passes, que meu nome leias . . .
Que, "Amou-me", digas: isto só me basta
por prêmio caro de um amor tamanho.

São, como acabamos de ver, estrofes de grande simplicidade, que não destoariam, pelo rítmo, pela intenção e, tambem, pela morbideza dos sentimentos, da feição geral da poética de sua geração. êsses versos caberiam, pelo sentimento e feição próprios, nas *Primaveras*, de Casimiro de Abreu, nos *Miosotis*, de Teixeira de Melo, enfim, em quaisquer outros volumes dos românticos daquela fase literária.

Suas produções em prosa, nas *Páginas menores*, do *Correio Mercantil*, publicadas entre 1854 e 1856, podem ser enumeradas neste índice, provavelmente incompleto: *A fisiologia da voz*, *O nome*, *O rio*, *As flores e os perfumes*, *As muletas de Xisto V*, *Uma história triste*.

Nos folhetins da *Revista Bibliográfica*, onde exercitou a crítica, temos ainda: Dr. Melo Morais e Inácio Acioli; *Ensaio corográfico do Império do Brasil*; Lamartine, *História da Turquia*; Francisco Moniz Barreto, *Exercícios poéticos*, I e II; Junqueira Freire, *Inspirações do claustro*; Francisco Pinheiro Guimarães, *O Comendador*, romance; L. A. Navarro de Andrade, *O livro do povo*.

Escreveu, tambem, para o teatro, o libreto *Dois amores* . . . "no intuito", explica um dos seus panegiristas e amigo de infância, "de auxiliar uma grande idéia, qual foi a de instituir-se uma escola de ópera lírica nacional".

Eis aí, outro lanço espiritual seu, o gôsto da mùsica, que o aproxima de Machado de Assis.

"Muitos escritos de redação, artigos de fundo do *Correio Mercantil*, cheios de eloqüente convicção, em assuntos variados, multíplices e originados de momento, produziu a sua musa de raríssima fecundidade . . ." êste é depoimento de um conteporâneo, apaixonado admirador de Maneco Almeida, e não só isso, companheiro de infância Bethencourt da Silva, que, transcorridos quarenta anos da morte do amigo, a êle se refere com o mesmo entusiasmo e o mesmo carinho das horas matinais que juntos conviveram.

A vocação irresistível das letras levou Manuel Antônio de Almeida a assumir, em dado momento, no *Correio Mercantil*, as mais

complexas funções, e daí o explicar-se a admiração que lhe notara Quintino Bocaiuva, o príncipe dos jornalistas de sua geração.

A música, mais que a ciência, e ambas talvez menos que as próprias cantoras líricas, inspiraram a Manuel Antônio de Almeida a sua gabada monografia intitulada *A fisiologia da voz.*

Afirma ironicamente Machado de Assis, em uma de suas crônicas de *A Semana*: "A verdade é que nós amamos a música sôbre tôdas as coisas e as primadonas como a nós mesmos..." o que explica, de um certo modo, a queixa de Alencar, ao referir-se a uma delas: "... custa crer que uma mulher que não tinha coração, pudesse cantar tão bem!"

Mas o romantismo poético do autor de *Escuta* e do *Amor de criança,*

> aquele amor foi a crença
> mais doce da minha vida...

não obscureceu no jovem médico o sentido da realidade. Ao concluir o curso de medicina, o tema escolhido para a sua tese inaugural versa um assunto que constitue, ainda hoje, uma das preocupações sanitárias do Brasil: *A molestia vulgarmente chamada opilação será a clorose?* Com êsse trabalho científico, inspirado, naturalmente, pelas preocupações do Conselheiro Jobim, que era o diretor da Faculdade e, tambem, "em observações próprias", na opinão de um dos seus críticos, o Dr. Manuel Antônio de Almeida inclue o seu nome na nobre falange dos saneadores do Brasil, entre os quais avultam e dignificam nossa época: Osvaldo Cruz, Miguel Pereira, Carlos Chagas, Belisário Pena... Em qualquer outro, o tema poderia pressuponer apenas uma simples imposição de momento, mas em se tratando de um espírito como êsse, profundamente nacionalista, a escolha da incógnita traduz uma feição, nítida e excelente, de patriotismo.

Tôdas essas coisas, afinal, já foram ditas e reditas.

A crítica, em alguns casos e, em particular, entre nós, assume às vezes atitude bastante curiosa daquilo a que poderíamos chamar, talvez, virtuosismo artístico. Cada um põe a partitura na estante, para executá-la segundo o seu próprio sentimento ou estado de alma, esquecido de que uma vida de homem possue, à semelhança da música e da escrita, a sua pontuação íntima, o seus sinais diacríticos, aos

quais é indispensável não trair os valores, se quisermos atingir uma conclusão lógica, dentro da relatividade da interpretação.

Foi isso, justamente, o que ocurreu a Amiel, quando escreveu no seu *Journal*, à guisa de observação para si mesmo: "Comprendre à fond un homme, ce serait voir à jour l'univers..." As lunetas ou microscópios da investigação crítica jamais poderão ir tão longe, dentro da alma humana.

Êsse é bem o caso de Manuel Antônio de Almeida, cuja biografia nos interessa menos qua a sua obra prima, ou como êle modestamente a classificou, *historieta*.

Se seus íntimos e contemporâneos, que depuseram perante a história, não conseguiram, não souberam ou não puderam retratá-lo fielmente, muito menos o fará qualquer de nós, cento e dez anos depois, através de um jogo malabaresco de suposições ou presunções mais ou menos engenhosas, no terreno resvaladio das hipóteses. Fato indiscutível é que êsse romântico, fugindo à tuberculose, não escapou ao naufrágio, e teve que sucumbir cedo, como qualquer outro dos seus companheiros de geração.

Sua táboa de salvação foi, pois, o seu talento, exteriorizado num livro excelente, que resistiu a tudo: ao folhetim, às edições mal cuidadas e fraudulentas e até à crítica nem sempre compatível com os méritos excecionais de suas aspirações de renovador do romance brasileiro.

Quintino Bocaiuva e Machado de Assis foram os primeiros a proclamá-lo em seus valores. Muito tempo depois foi a vez de José Veríssimo e, ultimamente, por ocasião do centenário, Xavier Marques retomou o assunto com aquela justeza de conceitos que todos lhe reconhecem.

Cronologicamente, o último dos seus panegiristas é Mário de Andrade, que escreveu a *Introdução* para a magnífica edição das *Memórias*, exposta recentemente pela Livraria Martins, de S. Paulo. Segundo as anotações já referidas, êste deve ser o terceiro volume dado a público, com ilustrações, cabendo ao artista F. Acquarone a tarefa dos quadros que no livro se admiram. Mário de Andrade não poderia furtar-se às interpretações biográficas, já conhecidas. Referiu-se, porém, ao nacionalismo de Manuel Antônio de Almeida, segundo um ponto de vista muito pessoal, para combatê-lo, assim como combate o "realismo e naturalismo de escola", porventura apontados na

obra, pelos seus anteriores companheiros de crítica, concluindo: "A verdadeira filiação das *Memórias de um sargento de milícias* é essa da anedota da matrona de Éfeso em Petrônio, o conto de Cupido e Psiquê em Apuleio, e os casos de Cervantes, cuja bíblia se reagiu contra os livros de cavalaria, é bem a técnica e o espírito do romance picaresco espanhol que ergue ao sublime . . ."

A reação de Manuel Antônio de Almeida é contra o romantismo. José Veríssimo acentuou bem o fato, chegando mesmo a escrever: "o romance do malogrado Manuel de Almeida é perfeitamente realista, ainda naturalista muito antes do advento, mesmo na Europa, das doutrinas literárias que receberam êstos nomes."

É certo que Balzac publicou o *Gobsck* e *La Maison du Chat-qui-Pelote*, volumes iniciais das *Scènes de la Vie Privée* em 1830, *La Femme de Trente Ans* em 1831-1842. *Le Colonel Chabert* em 1832, ao passo que as *Memórias* aparecem, inicialmente, em 1853. Naquela época, entretanto, não existiam ainda "o realismo e o naturalismo de escola", entretanto, se iniciava uma nova fase de romances de costumes, de que o gênio incontestável do pai da *Comédia Humana* seria o criador.

O romance realista só aparece, de fato, em França, com a feição de escola, sob Flaubert, e *Madame Bovary* é de 1857. Emile Zola, nascido em 1840, publicou *Son Excellence Eugène Rougon*, em 1876. Compreende-se, assim, a veracidade indiscutível do que afirmou José Veríssimo, conferindo ao autor das *Memórias* o título de precursor do nosso naturalismo, sobrepondo-o, com tôda a razão, a Flaubert e a Zola.

Mário de Andrade, no seu dinamismo espiritual, passou em revista, sob todos os pontos, as *Memórias*, demorando-se um pouco mais nos aspectos demopsicológicos de que o livro é, sem dúvida, um filão inesgotável, e de um sabor muito próprio, por ser o de um inovador. Como não podia deixar de ser, o folclore musical do romance absorve o maior espaço da crítica de Mário de Andrade. Discordando-se em pequeninas minúcias, para se aplaudir, de um modo geral, a interpretação de Mário de Andrade, acerca do autor e da obra, o seu trabalho não desmerece, e se equilibra, perfeitamente, no mesmo pé de igualdade dos melhores, já escritos, sôbre o *Sargento de milícias*. Seu estudo revela o erudito.

Desde que se insinuou que "um velho amigo . . . companheiro incansável de fadigas, empregado no *Mercantil*, revendo-se nos belos

dotes de Almeida, animava-o, e incitava-o até, para que escrevese coisa de fôlego..." palavras que copio, textualmente, de Bethencourt da Silva, desde êsse momento o capitão Antônio César Ramos passou a entrar como meieiro na glória literária de Manuel Antônio de Almeida. É preciso não esquecer, entretanto, que o pai do romancista era militar. É indispensável ter em conta, igualmente, que na casa da rua das Belas Noites se reunian, em tertúlias e cavacos literários, sob as vistas daquela respeitável e boníssima matrona, mãe do Maneco, os companheiros de seu filho.

Muita coisa teria ouvido Manuel de Almeida da própria boca do capitão Ramos, mas outras muitas, igualmente, ao seu pai e à sua mãe. Cada um de nós sabe, por experiência, o que são, ou, pelo menos, o que eram serões familiares.

Mas o livro famoso não é, apenas, a reconstituição deliciosa de um passado, pois é tambem uma carta de alfinetes contra muitos costumes que existiam, e ainda existem um século depois.

Das raras personagens que escapam às sanções do romancista crítico, uma existe que, pela sobriedade com que é pintada, parece reivindicar para o referido capitão as dignidades de uma conduta austera. Colocou-o Manuel de Almeida entre aqueles "três ou quatro oficiais superiores, velhos, incapazes para a guerra e inúteis na paz, que o rei tinha a seu serviço, não sabemos se com mais alguma ventajem de soldo, ou se só com mais a honra de serem empregados no real serviço". Eram eles que se alojavam na "saletaou quarto que os gaiatos e o povo denominavam *O pátio dos bichos*..."

O retrato que dele nos dá o romancista, é dos mais sugestivos. Dis êle assim: "Era velho como seus companheiros, porém de certo por êle não é que tinha vindo ao quarto o apelido que lhe davam; suas feições quebradas pela idade tinham ainda certa regularidade de contôrno, que bem denotava que no seu tempo de rapaz não fôra a respeito de beleza mal favorecido; de seus cabelos, que o tempo levara, restavam apenas, orlando-lhe as têmporas e a nuca, alguns anéis crespos e prateados; sua calva era nobre e imponente. Fôra valente; ganhara por seus feitos as dragonas de tenente coronel; era filho de Portugal, e acompanhara el-rei na sua vinda ao Brasil."

A promoção a tenente-coronel é um disfarce, e pode ser mesmo propósito de demonstração da amizade e do respeito que lhe devotava o romancista.

Além disso, que se lê no capítulo 8º, o capítulo 10, da 1ª parte, inicia por esta advertência: "o velho tenente-coronel, apesar de virtuoso e bom, não deixava de ter na conciência um sofrível par de pecados, desses que se chama da carne, e que não hão de ser levados em conta, não de hoje, que a idade o tornara inofensivo, porém do tempo da sua mocidade." Entre respeitoso e irônico, mas sempre verídico, Manuel de Almeida inclue o amigo real entre personagens, em geral, de ficção, sem deixar, contudo, de marcá-lo com a unhada da crítica.

A urdidura da história, passada em Portugal, não tem nada de improvável. Pintando tipos, descrevendo cenários e costumes de época anterior àquela em que vivia, o romancista atinge tamanha perfeição de veros semelhanca, que Ronald de Cavarlho foi ao ponto de se equivocar, removendo o tempo do rei para a própria fase histórica vivida pelo autor, quando esse apenas realizava um painel do instante colonial.

Pintura, não apenas de fachada a superfície, à semelhança dos cenários teatrais, porque, além de procurar desvendar o avêsso das coisas, penetrando no interior das casas desse tempo, o autor lança ainda mais ao fundo a sua sonda, revelando-nos o estado psicológico daquela época, através da demopsicologia, e, palpando-lhe os costumes, aponta e condena, aquí e alí, as maselas sociais que a corroíam e corrompiam. Logo de início êle nos põe em guarda contra "os terríveis combates das citações, provarás, razões principais e finais e todos êsses trajeitos judiciais que se chamam o processo.

"Com a nossa liberdade de contador de histórias", é êle mesmo que nos adverte, Manuel Antônio de Almeida vai polvilhando o seu livro de anexina, de máximas, ditos, ditados, enfim, dos modismos peculiares ao nosso povo, fundindo naquela língua sápida, viva, sem preconceitos, licenciosa e saborosa, por espontânea, a fala dos reinóis e o liguajar balbuciante da nossa gente primitiva e rude. Das várias feições dessas modalidades, daremos aquí alguns exemplos, recolhidos ao acaso da leitura.

"Honra de meirinho é como fidelidade de saloia."

"Ora, comadre, esta não lembra ao diabo . . . por isso eu sigo a regra antiga de não me fiar em coisa que traz calções."

"Mas o homem era romântico, como se diz hoje, e babão, como se dizia naquele tempo."

"Ninguem que tivesse juizo se metia (com os ciganos) em negocio, porque tinha a certeza de levar carolo."

"A mantilha para as mulheres estava na razão das rótulas para as casas, eram o observatório da vida alheia."

"Era a tal vizinha uma dessas mulheres que se chamam de faca e calha valentona, presunçosa e que se gabava de não ter papas na lingua."

"Hei de me meter, não é da sua conta."

"O pobre homem azuou com o caso."

"Casaram, sim, é verdade . . ., porém, com que marido? Um tomava moafas de todo o tamanho, o outro gastou tudo quanto tinha no jogo."

"Pírolas, disse consigo, então o negocio é sério."

"Leonardo e Luizinha conversavam, ou, antes, cochichavem, como se diz textualmente."

"O Leonardo Pataca o a comadre faziam o papel de conciliadores, mas os dois eram ambos altanadíssimos, e muitas vezes o conciliador saía mal servido . . ."

"Andou a bom andar por largo tempo, e foi dar consigo lá para as bandas dos Cajueiros . . ."

". . . entre os restos de um jantar, se debruçavam curiosos sôbre dois parceiros que, com um baralho de cartas amarrotado e sujo, desencabeçavam uma intrincada bisca!"

"As gargalhadas que ouvira a pouco tinham sido a consequência de um capote que um deles acabava de levar."

". . . depois daquele maldito dia em que nos vimos em pancas, por causa do mestre de cerimônias . . ."

". . . e enquanto continuava a bisca, comeu êle a barrete fora."

"Ah! estás de moça!"

". . . as raparigas parece que gostam mais de cambetice do que de reza."

". . . falo muito . . . meus pais eram algarves e eu não quero desmentir a minha paternidade."

"É um aleive, senhora, um aleive muito grande que levantou a pessoa que tal não merecia."

"Aí está o lucro que se tira de meter-se para dentro de casa um par de pernas, que não pertenece à familia."

"Seria inútil a tentativa de querermos repetir as palavras textuais de cada um dos faladores; isso seria coisa pouco mais ou menos semelhante a querer contar-se, em uma tempestade, os pingos de chuva que caem."

"Não há nada que sirva mais para fazer nascer e firmar a amizade e mesmo a intimidade, do que sejam os risos e as lágrimas: aqueles que se riram, e principalmente aqueles que uma vez choraram juntos, têm muita facilidade em fazerem-se amigos."

"És um viramundo, andas feito um valdevinos sem eira nem beira nem remo de figueira, sem ofício nem benefício, sendo pesado a todos nesta vida."

"A comadre ia prosseguir, porém sendo a cada passo interrompida, tomou por seu barato a coisa por finda."

"Vidinha... julgara conveniente deixar-se de panos quentes e fôra direito a êles, como se diz, com quatro pedras na mão..."

"O major Vidigal fôra às nuvens com o casso: nunca um só garoto, a quem uma vez tivesse pôsto a mão, lhe havia podido escapar, e entretanto aquele lhe viera pôr sal na moleira..."

"...e agora no fim de contas vir um mequetrefezinho pôr-me sal na moleira..."

"Agora não há garoto por aí que, sabendo disto, não se esteja a rir de mim, e não contente já com a possibilidade de me pregar um segundo mono como êste."

"era um homem sem ofício nem benefício, vivendo à custa alheia, enchendo de pernas a casa de duas mulheres velhas."

"não queria de modo algum o adjutório dos granadeiros..."

"Vá chorar na cama que é lugar quente."

"tendo por boca pequena explicado tudo aos demais."

"por entre muitas pragas e esconjúrio deram grandes risadas à custa do major."

"e assim de pé para mão, não era das coisas mais fáceis."

"Disse-lhe poucas, porém boas."

"em vez de prorromper em uma matinada contra sua companheira..."

"Manuel pusera, como se costuma dizer, as mangas de fóra."

"depois que êle se meteu na polícia, nem mais, nem ontem... quem sabe o que por lá vai!"

"Deus é assim, escreve direito por linhas tortas."

"O Leonardo achou um dia o salvatério..."

Observador alerta e pontual, iludindo sempre aos leitores desprevenidos, com a suposição da superficialidade, pela leveza e correntio do estilo despreocupado, Manuel Antônio de Almeida consegue, por processos pessoais, que os seus heróis, à semelhança dos de Bal-

zac, "depassent la realité" o que o próprio meio, onde se agitam, por mais inverossímil, assuma o aspecto da realidade, "parce que l'imagination ne fait qu'agrandir les données de l'observation".

A pena dêsse rapazola que investiga o passado possue, como a forramenta dos mineiros, um farol na extremidade. Seguindo-o, nas suas preocupações de historiador e romancista, vemos desenrolar-se diante dos nossos sentidos a tela da cidade, no tempo do rei, e não só a fisionomia dos seus habitantes, mas a própria fisionomia das coisas.

A casa daquele fidalgo de valimento, a quem o tenente-coronel recorre, "para dele obter a soltura do Leonardo", é uma das mais belas pinturas dêsse livro que, a bico de pena, consegue o mesmo resultado típico do das obras de Debret.

"Morava êle" diz o romancista, "em uma das ruas mais estreitas da cidade, em um sobrado de sacada de rótulas de pau com pequenos postigos, que se abriam às furtadelas, sem que ninguem de fora pudesse ver quem a êles chegava . . . "

A curiosidade de Manuel de Almeida não deixaria nunca o leitor à porta da rua, ante o mistério dessas habitações de outra época. Quando êle empreende a composição de um quadro, o seu pincel não pára diante de qualquer obstáculo; o que êle deseja, e realiza, é o espetáculo completo e definitivo do ambiente em que vivem os seus heróis.

Dotado daquela percepção introspectiva do passado, êle intervem, a todo momento, no seu livro, orientando o leitor, alertando-o, informando-o, dando-lhe explicações, porque, como Michelet, "êle vê mil coisas invisiveis" que passariam indiferentes ao povo, e o seu coração emocionado dispõe de uma "seconde vue", reclamada pelos críticos para a obra monumental do autor da *História da Revolução Francesa*.

Vimos parte da casa, vejamos agora o resto:

"A poeira amontoada nos cordões da rótula e as paredes encardidas pelo tempo, davam à casa um aspecto triste no exterior; quanto ao interior, andava pelo mesmo conseguinte . . ." Esta última expressão, "pelo mesmo conseguinte", era ainda familiar, entre os meus, na minha infância.

Continuemos a ouví-lo: "A sala era pequena e baixa, a mobília que a guarnecia era tôda de jacarandá e foita no gôsto antigo; tôdas as peças eram enormes e pesadas; as cadeiras e o canapé, de pés arca-

dos e espaldares altíssimos, tinham os assentos de couro, que era a moda da transição entre o estofo e a palhinha. Quem quiser ter idéia exata dês tes móvies procure o consistório de alguma irmandade antiga, onde temos visto alguns deles . . ."

Manuel de Almeida não se contenta com o descrever as coisas e nos explica, a todo momento, as modificações que se iam introduzindo nos costumes do povo: "os assentos de couro . . . moda de transição entre o estofo e a palhinha . . ." Aos que porventura não o acreditarem, aponta os locais exatos, onde poderão confrontar a veracidade de suas informações.

"As paredes", o inquérito ainda prossegue, "eram ornadas por uma dúzia de quadros, ou antes caixas de vidro que deixavam ver em seu interior paisagens e flores feitas de conchinhas de todas as côres, que não eram totalmente feias, porém que não tinham de certo o subido valor que se lhes dava naquele tempo. Á direita da sala havia sôbre uma mesa um enorme oratório do mesmo gôsto da mobília. Havia, finalmente, em um canto, uma palma benta, destas que se distribuem em domingo de Ramos."

Essa é uma das descrições mais minuciosas, verdadeiramente balzaqueana, de todo o livro, e o autor, quando se deu a êsse trabalho de reconstituição, tinha em mente uma intenção, que êle mesmo explica, ao encerrar a pintura, escrevendo: "e se o leitor agora supuser tudo isto coberto por uma densa camada de poeira, terá idéia perfeita do lugar em que foi recebido o velho tenente-coronel, e que era pouco mais ou menos semelhante em todas as casas ricas de então, e por isso nos demoramos em descrevê-lo."

Na sua aparência de desequilibrio, muito justificada em uma obra como essa, a unidade de entrecho é, entretanto, uma das preciosidades dêste livro admirável. E êsse fato não escapou à sagacidade do próprio autor, isto é, ao crítico irônico da tolice ambiente, porque, êle mesmo, em dado momento, voltou contra si próprio o instrumento de análise manejado contra os outros, para se desculpar, dizendo: "Era má sina do major ter sempre de andar, desmanchando prazeres alheios, e infelicidade para nós, que escrevemos estas linhas, estarmos caindo na monotonia de repetir quase sempre as mesmas cenas com ligeiras variantes: a fidelidade, porém, com que acompanhamos a época, da qual pretendemos esboçar uma parte dos costumes, a isso nos obriga . . ."

Essa "parte dos costumes" que êle não pretendeu apenas esboçar, mas o conseguiu, excelentemente, constitue a polpa, o cerne das *Memórias*. É aí, mais do que em qualquer outro manancial histórico, que nos podemos abeberar à farta, quando quisermos nos dessedentar, matando a sêde de curiosidade do passado.

Quanto aos costumes, de 1850 a 1860, já se sabe que essas páginas tomam os foros de um indicador precioso, de um verdadeiro álbum, florilégio ou *aide-memoire*, através dos quais ressuscitamos a taboada cantada, as palmatórias do mestre-escola, e do mestre de rezas, a gazeta dos escolares, as ceroulas curtas e largas, as mangas de presunto do vestuário feminino, as nove badaladas do sino grande da Sé, anunciando parturientes em perigo, o ramo de arruda, a palha benta, a alfazema dos recém-nascidos, as cadeiras de campanha, as cruzes negras das paredes das casas, o ofício de parteiras e, enfim, a inumerável sarabanda dos usos e costumes de uma sociedade em formação.

Mas não e só isso o que se refere ao sargento de milícias. Manuel de Almeida não se contenta de ser apenas um bateiador de fatos, pois é tambem, ao lado disso, um comentador dos maus costumes, da licenciosidade, da amoralidade e hipocrisia ambientes, e, a seu modo, um moralista. Êle usa, a cada passo, do *ridendo castigat mores*, e os exemplos, a êsse respeito, são dignos de meditação e reparo.

Vejamos alguns deles. Principiemos pelo mestre de cerimônias: "O mestre de cerimônias era um padre de meia idade, de figura menos má, filho da ilha Terceira", formado em Coimbra, "por fora era um completo S. Francisco de austeridade católica, por dentro refinado Sardanapalo, que podia por si só fornecer a Bocage assúnto para um poema inteiro; era pregador que buscava sempre por assunto a honestidade e a pureza corporal, porém, interiormente, era sensual como sectário de Mafoma..." O pregador era, em uma palavra, o rival de Leonardo, vivendo em comborçaria com a cigana, amante de ambos.

Pondo em evidência um dos vadios da época, certo Chico Juca, escreve: "Ser valentão foi em algum tempo ofício no Rio de Janeiro; havia homens que viviam dissso: davam pancada por dinheiro, e iam a qualquer parte armar de propósito uma desordem, contanto que se lhes pagasse, fôsse qual fôsse o resultado..."

Confrontando os costumes religiosos de duas fases diferentes, dirá: "Um dia de procissão foi sempre nesta cidade um dia de grande festa, de lufalufa, de movimento e agitação, e se ainda é hoje o que os nossos leitores bem sabem, na época em que viveram as persona-

gens desta história, a coisa subia de ponto... É quase tudo o que ainda hoje se pratica, porém, em muito maior escala e grandeza, porque era feito por fé, como dizen as velhas dêsse bom tempo, mas nós diremos, porque era feito por moda; era tanto do tom enfeitar as janelas e portas em dias de procissão, ou concorrer de qualquer outro modo para o brilhantismo das festas religiosas, como ter um vestido de mangas de presunto, ou trazer à cabeça um formidável trépa-moleque, de dois palmos de altura..."

"Nas escadas do império (entre barracas de bonecos, de sortes e raridades e de 'teatros como hoje') armadas no Campo de Santana, fazia-se leilão... divertindo-se muito o povo alí apinhado com as graçolas pesadas do pregoeiro..."

"Ser soldado era naquele tempo, e ainda hoje talvez, a peor coisa que podia suceder a um homem..." e ainda: "Ora, soldado, naquele tempo, era coisa de meter medo", porque, diz um historiador: "A tropa vive em estado de indisciplina permanente, e os soldados são os maiores desordeiros."

Justificando os muitos apelidos das personagens que aparecem nas *Memórias*, diz, de uma feita, aludindo a Maria Regalada: "Isto de apelidos, era no tempo desta história uma coisa muito comum; não estranhem, pois, os leitores que muitas das personagens que aquí figuram tenham êsse appendice ao seu nome."

Da filosofia de Manuel Antônio de Almeida pode-se fazer uma idéia precisa, tendo-se em conta estas amostras:

"Quando temos apenas 18 a 20 anos sôbre os ombros (é o seu caso), o que é um pêso ainda muito leve, despresamos o passado, rimonos do presente e entregamo-nos descuidados a essa confiança cega no dia de amanhã, que é o melhor apanágio da mocidade."

"O coração da mulher é assim; parece feito de palha, incedeia-se com facilidade, produz muita fumaça, mas en cinco minutos é tudo cinza que o mais leve sôpro espalha e desvanece."

"É muito antigo dizer-se que há uma coisa ainda peor do que um inimigo, e é um mau amigo."

Há, porém, mais e melhor do que isso, e é quando o romancista critica desassombradamente a lassidão de costumes do seu tempo, nos trecohos que passaremos a expor. Pondo o leitor em contacto com uma nova individualidade, dirá dela:

"Figure o leitor um homenzinho nascido em dias de maio, de pouco mais ou menos trinta e cinco anos de idade, magro, narigudo,

de olhar vivo e penetrante, vestido de calção e meias pretas, zapatos de fivela, capote e chapéu armado, e terá idéia do físico de José Manuel. Quanto ao moral, se os sinais físicos não falham, quem olhasse para a cara do José Manuel assinalava-lhe logo um lugar distinto na familia dos velhacos de quilate. O homem era o que parecia ser, Se tinha alguma virtude, era a de não enganar pela cara. Entre tôdas as suas qualidades possuia uma que infelizmente caraterizava naquele tempo, e talvez que ainda hoje positive claramente, o fluminense, era a maledicência . . ."

"Já naquele tempo (e dizem que é defeito do nosso) o empanho e o compadresco eram uma mola real de todo o movimento social."

"Naqueles tempos ainda se não usavam os discursos fúnebres, nem os necrológicos que hoje andam tanto em voga; escapamos, pois, de mais essa. José Manuel dorme em paz no seu derradeiro jazigo."

". . . um sargento de linha não podia casar. Havia talvez un meio muito simples de tudo remediar. Antes de tudo, porém, os dois amavam-se sinceramente, e a idéia de uma união ilegítima lhes repugnava. O amor os inspirava bem. êsse meio de que falamos, essa caricatura da família, então muito em moda, é seguramente uma das causas que produziu o triste estado moral da nossa sociedade."

Manuel de Almeida é, como se vê, muito mais que um simples narrador. Da sua habilidade de fixar em dois ou três traços rápidos e felizes uma personagem, e retrato da Vidinha é o mais belo dos exemplos: Vidinha era uma mulatinha de 18 a 20 anos, de altura regular, ombros largos, peito alteado, cintura fina e pés pequeninos; tinha os olhos muitos pretos e muito vivos, os lábios grossos e húmidos, os dentes alvíssimos; a fala era um pouco descansada, doce e afinada." (Não esquecer o Nei, de Coelho Neto: "Tinha sol nos olhos e sabiá na voz.")

Medularmente nacionalista, sem poupar, contudo, os defeitos de sua gente, Manuel Antônio de Almeida era, tambem, um dos nossos primeiros regionalistas, a quem seduzem e embriagam as belezas da Terra em que nasceu. Escutai como êle inicia um dos capítulos do seu romance: "Chegaram todos depois de um longo caminhar e quando já brilhava nos céus um dêsses luares magníficos que só fazen no Rio de Janeiro . . ."

Repito, ainda uma vez, aquilo que todos sabem: As *Memórias de um sargento de milícias* são um dos mais autênticos retratos do Brasil

colonial, não somente pela pintura em que excele o engenho do seu autor, mas pela abundância, pela fartura, pela riqueza extraordinária de motivos e informações inerentes à nossa demopsicologia. Evidentemente, essa era a intenção do autor ao se arriscar em assunto de investigação, mais ou menos histórica.

O que admira em Manuel de Almeida é que, sendo êle a pelejar primeiro, em tal emprêsa (de feição puramente literária, é certo), nela se houve com um equilíbrio e um *savoir faire* dignos de pena já experimentada. A naturalidade com que as cenas, os cenários e as personalidades vão aparecendo e entrando em ação, para viverem diante de nós, dão ao livro o aspecto da melhor realidade. É como se estivéssemos assistindo, como comparsas daquela época, às coisas tôdas existentes no tempo do rei...

Por isso mesmo, o entrecho do romance, que é quase nada, não aborrece nem enfara ao leitor, cuja curiosidade se reacende na encadeação dos capítulos, pela novidade dos costumes, pela variedade do linguajar, pela viveza dos diálogos em que as próprias personagens se definem, humanizam e corporificam, sem subterfúgios, e, mais do que isso, que é tudo, independentes da interferência do autor.

A demopsicologia é, por assim dizer, a alma dêsse livro. Quem se dispusesse a rastrear-lhe o folclore, comporia, com os assuntos nele versados, um compêndio, ou, melhor, o espêlho da alma primitiva do nosso povo, naquele período colonial.

Anotemos, de passagem, as informações que êle nos dá a respeito das "cruzes negras pregadas pelas paredes", diante das quais a procissão dos fiéis, saindo do Bom Jesus e de outras igrejas, vinha orar às quartas-feiras e em outros dias da semana, num "ato, que satisfaziá a devoção dos carolas" e "dava pasto e ocasião a quanta sorte de zombaria e de inmoralidade lembrava aos rapazes daquela época, que são os velhos de hoje, e que tanto clamam contra o despeito dos moços de agora..." Anotemos ainda a referência à "nigromancia", à procissão dos ourives, ao rancho das baianas que a precedia, à festa do Divino Espírito Santo, com a sua cantiga, da Folia:

O Divino Espírito Santo
é um grande folião,
amigo de muita carne,
muito vinho e muito pão.

Enumeremos os vários motivos do folclore musical, consignados no volume: O fado, com as suas variantes da roda, a tirana, os estribilhos de modinhas e toadas:

Se os meus suspiros pudessem
aos teus ouvidos chegar,
verias que uma paixão
tem poder de assassinar . . .

e aquela outra:

Duros ferros me prenderam
no momento de te ver;
agora quero quebrá-los,
é tarde, não pode ser . . .

e mais esta, ainda, de bom quilate português:

Quando estava em minha Terra,
acompanhado ou sozinho,
cantava à noite e de dia
ao pé de um copo de vinho . . .

e, para terminar, esta parelha de versos, usados ironicamente contra o Vidigal, após a fuga do Leonardo:

Passarinho foi-se embora,
deixou-me as penas na mão . . .

Nesse capítulo há tambem uma referência ao desafio: "os convidados do dono da casa, que eram todos de além-mar, cantavam ao desafio, segundo seus costumes" acompanhados a rabeca. O desafio é, como se vê, de origem forasteira; poderia escrever forânea, como se diz, hoje nagíria dos nossos marchantes de gado, do Distrito Federal, aludindo aos animais oriundos dos Estados.

Sarmiento, em 1851, recordando "las semejanzas notables que representan los argentinos con los árabes", diz em uma nota do *Facundo* que "En Argel, en Orán, en Máscara y en los aduares del desierto, vi siempre a los árabes reunidos en cafés . . . apiñados en derredor del cantor, generalmente dos, que se acompañan de la vihuela a dúo, recitando canciones nacionales plañideras como nuestros tristes . . ."

Cantava o português à rabeca, o árabe à viola e o gaúcho argentino à guitarra.

Manuel de Almeida, como vimos, alude à tirana e ao fado, "essa dansa tão voluptuosa, tão variada, que parece filha do mais apurado estudo de arte", e da qual descreveu, tembem, os vários passos, e a variante, da roda. Fala, incidentemente, no minueto da côrte, e não se compreende como não fizesse referência mais demorada aos vários passos do mesmo.

Em 1834, na cidade de Campos (E. do Rio de Janeiro) houve um professor, J. C. da Costa, que anunciava pelo *Campista* lições de dansa, isto é, "Minuetes: liso, de corte e afandangado", que eram passos de salão. Dansas de terreiro, daquela época e no mesmo local eram o fato batido, a mana-chica do Caboio e a andorinha... Mencionam as *Memórias*, igualmente, "a música de barbeiros". Não havia festa que se passasse sem isso... meia dúzia de aprendizes ou oficiais de barbeiro, ordinariamente negros, armados êste com um piston desafinado, aquele com uma trompa diabolicamente rouca, formavam uma orquestra desconcertada, porém estrondosa, que fazia as delícias dos que não cabiam ou não queriam estar dentro da igreja..." Não provirá daí a expressão barbeiro, usual em nossos dias?

O capítulo das superstições não é menos curioso.

Arrola-se nas *Memórias* uma infinidade delas, e a mais completa, pela descrição, é uma casa de caboclo. "Lá para as bandas do Mangue da Cidade Nova, ao pé de um charco, quase sempre fechada, rodeada de mistério", habitada por uma personagem talhada pelo molde mais detestável; era um caboclo velho, de cara hedionda e imunda e coberto de farrapos..." "êsse homem tinha por oficio dar fortuna." "E não era só a gente do povo que dava crédito às feitiçarias; conta-se que muitas pessoas da alta sociedade de então iam, às vezes, comprar venturas e felicidades pelo cômodo preço da prática de algumas imoralidades e superstições."

As mulheres que tinham ofício de parteiras tambem rezavam de quebranto, e usavam a arruda, a figa de osso, a palma benta, a fita azul em roda da cintura das parturientes, a alfazema, a garrafa... Quando as parturientes estavam em perigo, o sino grande da Sé anunciava o fato, dando nove badaladas; e quando alguem era infeliz, em qualquer negócio, dizia-se, como se disse do Leonardo, que "entrara para a ucharia com o pé esquerdo."

É para admirar e tambem para lamentar que os modismos de linguagem encontradiços nas páginas das *Memórias de um sargento de milícias*, não tivessem despertado, até agora, a curiosidade e o estudo dos nossos filólogos. No meu amadorismo itinerante, fui recolhendo os seguintes, que ofreço à meditação dos eruditos:

Aferventar, punir por pugnar, andar e levantar poeira, ditérios, recolheu para a casa, desasnar, levar carôlo, par de doblas, pelo mesmo conseguinte, de facá e calhau, serrazina, cascar bolos, o homem azuou, você respiga?, feito por fé, tomar moafas, desunhar, cochichava (como se diz vulgarmente), altanadíssimos, andar a bom andar, desencabeçava uma bisca, cargas de água, em pancas, a barrete fora, cambetice, aleive, sem eira nem beira nem ramo de figueira, sem ofício nem benefício, tomou por seu barato, panos quentes, com quatro pedras na mão, garoto, sal na moleira, melquetrefezinho (emendado para mequetrefizinho na edição da Livraria Martins, de 1941, mais conservado na "Edição escoimada de vícios de forma", da Gráfico-Editora Monteiro Lobato, de 1925), mono (como sinônimo de peça), enchendo de pernas a casa . . ., adjutório, chorar na cama que é lugar quente, por boca pequena, esconjúrio, de pé para mão, toma largura, ficou pasma, poncas porém boas, matinada, um afazer, nada de novo, nem novas nem mandados, língua de negro, patusco, mangas de fora, nem mais nem ontem, escrever direito por linhas tortas, salvatério, etc . . .

Como acabamos de ver, a contribuição é das mais preciosas. Há, porém, certos termos que desafiam, desde logo, uma apreciação imediata. Quero referir-me, para exemplo, à palavra banquinha, que talvez muitos leitores de hoje desconheçam. Na extensa família da mobiliária de outrora, a banca, banqueta ou banquinha é uma das formas de assento das mais modestas e rudimentares. Enquanto o sofá e a cadeira ornamentavam a sala de visitas, o banco, o tamborete e o môcho se distribuíam pelas salas de jantar ou varandas, de alguns pontos do Brasil. A banquinha, mais modesta, se refugiava nos quartos de costura, ao lado da almofada de rendas, ou pelas cozinhas, sendo utilizada para descanso da senhora velha, geralmente gorda, e pelas crias da casa. Esse móvel, uma das reminiscências da minha infância, não podia estar ausente nas *Memórias* e dele faz menção o romancista, dizendo: "A comadre (a parteira da Chiquinha, que era sua filha e moça do Leonardo) assentou-se aos pés da cama em uma banquinha, e desunhava tambem em um grande rosário."

A cena do parto, descrita por Manuel de Almeida, é mais um flagrante dos costumes da época a que êle se reporta, e nada lhe falta. Movido pela curiosidade folclórica, fui a Teschauer, a Bernardino de Sousa, a Alfredo Augusto da Mata e Valdomiro Silveira e em nenhum deles encontrei a palavra banquinha. Fique, pois, o reparo à guisa de advertência aos estudiosos do nosso vocabulário.

De pessagem, igualmente, anotarei que Manuel de Almeida alude ao trepa-moleque de dois palmos de altura, com que se penteavam nossas tetravós e ainda a outro penteado, nosso contemporâneo, que êle chama de bugres, descrito assim: "eram dois grossos cachos caídos sobre as fontes." Todos conhecemos o penteado à guaraní, isto é, as franjinhas de cabelo caídas sobre a testa, mas nem por isso poderíamos deixar de supor que o penteado de bugres, talvez pudesse ser uma deturpação de *boucles* . . .

No capítulo ainda das curiosidades, vale a pena consignar outro fato, que uma passagem do livro sugere. Refiro-me à cena de ciumes que os novos amores do Leonardo produziram no temperamento voluntarioso de Vidinha. Diz o romancista: "Não há coisa mais eminentemente prosaica do que uma mulher quando se enfurece. Tudo quanto a Vidinha havia de requebro, de languidez, de voluptuosidade tinha desaparecido; estava feia, e até repugnante."

Entretanto, a mesma cena produziria, na sensibilidade de outro escritor, uma emoção diametralmente oposta.

Ouví e comparai com aquela esta passagem da *Ceia dos cardeais*, que Júlio Dantas põe nos lábios do cardeal Montmorency:

> . . . Nesse instante, alguem,
> uma linda mulher que eu ja tinha encontrado
> nas ruas de Versailles, em seu côche dourado,
> a Embaixatriz da Áustria, uma deusa, um assombro,
> pairou, num gesto lindo, a mão sobre o meu ombro
> e disse, numa voz desdenhosa: "Marquês,
> detesto-o." Sorri. Nisto, segunda vez:
> "Aborreço-o." Ri ainda. Ah, Eminência!
> Uma mulher bonita a dizer insolências
> é a coisa mais galante e mais deliciosa
> que pode imaginar-se. É como se uma rosa
> soltasse imprecações, vermelha e melindrada,
> contra as asas de sol de uma a belha dourada . . .

A aproximação vale por um documento da alma humana ...

Outro reparo, dos mais curiosos e interessantes, que se poderia fazer à obra de Manuel de Almeida, é, sem dúvida, o de suas afinidades espirituais com Machado de Assis.

Mário de Andrade alude ao fato, no decorrer da *Introdução* que escreveu para a última edição das *Memórias*, anotando: "Havia mesmo na maneira com que Manuel de Almeida se exprimia, algo do estilo espiritual de Machado de Assis." O reparo é absolutamente exato e o crítico alinhou alguns exemplos para comprovar o seu asserto.

Êsse paralelismo de idéias, contudo, não surpreende apenas por aquilo que poderíamos chamar de casualidade de estilo, ou simples boleio de frases, pela semelhança de vocábulos da simpatia dos dois escritores. O fenômeno, entretanto, assume proporções ainda mais nítidas, à medida que passamos do confronto superficial da maneira, isto é, do modo habitual de dar forma e expressão ao pensamento, para a própria idéia fundamental e nuclear em tôrno da qual se desenvolvem o raciocínio, a imaginação e a fantasia criadoras dos dois romancistas. As épocas podem explicar muito dessas coisas, mas nem tudo se explica só por elas.

Logo na segunda página do primeiro capítulo do *Dom Casmurro*, precisemente no fim do bilhete, há êste trecho: "Venha e dormirá aqui na cidade; dou-lhe camarote, dou-lhe chá, dou-lhe cama; só não lhe dou moça." A última expressão recorda, instantaneamente, esta exclamação das *Memórias*: "Ah! ... estás de moça!" Ambos se utilizaram de igual eufemismo e com a mesma intenção. Em Manuel de Almeida e Machado de Assis as recordações da infância, da escola, das gazetas, da palmatória, da igreja, das ruas da cidade com os seus costumes, dos homems com seus tiques e hábitos, de tudo, enfim, quanto povoava o passado, formam, entre êles, um encadeamento lógico, tão natural, que somente a mesma propriedade de observação e a mesma identidade de sentimento poderiam explicar.

Às vezes o tecido irônico da frase é de tal modo peculiar a um e outro, pelo tom humorístico e pelo relêvo crítico, que, desgranadas do livro, levariam a dúvida ao mais fervoroso anotador de Machado de Assis. Nem um deles vacilaria, apanhado de surpresa, em conferir-lhe a paternidade dessas duas frases: "aí está o lucro que se tira de meter-se para dentro de casa um par de pernas, que não pertenece à família"; "era um homem sem ofício nem benefício, vivendo à custa alheia, enchendo de pernas a casa de duas mulheres velhas."

XUM

Os estudiosos da obra machadeana terão de memória muitas dessas expressões correlatas, encontradiças nos seus volumes: "benditas pernas, um par de bigodes . . ." e uma infinidade de expressões outras, equivalentes e do mesmo sabor com que o grande mestre floriu o seu delicioso estilo.

Ainda há mais. A crítica já apontou, exaustivamente, a preferência de Machado de Assis pelas viúvas. Pois Manuel de Almeida não as esqueceu, igualmente, escrevendo de uma delas: "Luizinha e Leonardo haviam reatado o antigo namôro, e quem quiser ver coisa de andar depressa é ver namôro de viúva."

Há, além disso, muito mais ainda: O capítulo 9º, da primeira parte das *Memórias,* traz por título: "O arranjei-me do compadre". Nele se conta a história de "uma cinta de ouro e uma caixa de pau pejadas de um bom par de doblas em ouro e prata" que o barbeiro recebeu a bordo, de um capitão moribundo, para fazer chegar a mãos de terceiros e "o compadre decidiu-se a instituir-se herdeiro do capitão, e assim o fez", advertindo, maliciosamente, o romancista: "Eis aqui como se explica o arranjei-me, e como se explicam muitos outros que vão aí pelo mundo." O suje-se gordo! das *Relíquias de casa velha,* publicadas em 1906, sugere a possibilidade de uma reminiscência do arranjei-me do compadre.

Em ambos ocorre a mesma ironia, o mesmo critério, o igual pico de malícia e sarcasmo.

Quem não teria sublinhado a coincidência dêsse mesmo título *O agregado,* que se lê nas *Memórias* e no *Dom Casmurro*?

Entre o autor das *Memórias de um sargento de milícias* e o autor das *Memórias póstumas de Bras Cubas* não coexistiam apenas semelhanças exteriores que assuntos correlatos e de épocas aproximadas poderiam explicar. Há, é certo, entre os dois, muito mais do que isso. Há, por assim dizer, uma filiação espiritual bastante acentuada, um sentido mais profundo, mais íntimo, que o confronto das obras põe em relêvo. Situações idênticas, procuradas ou observadas, encontram na palheta de ambos a mesma identidade de graça, de estilo e colorido para a composição do mesmo painel.

Vamos colocá-los outra vez um em face do outro. Manuel de Almeida nos descreve *O fogo do campo* quando Luizinha e Leonardo saem juntos à rua, pela primeira vez, em companhia de D. Maria e das crias da casa, segundo o costume do tempo. O fogo de artifício

comoça e começam tambem os primeiros sinais do namôro. Luizinha, entusiasmada, "sem saber como, unia-se ao Leonardo, firmava-se com as mãos sôbre os seus ombros para se poder sustentar mais tempo nas pontas dos pés, falava-lhe e comunicava-lhe a admiração. O contentamento acabou por familiarizá-la completamente com êle. Quando se atacou a lua, a sua admiração foi tão grande que, querendo firmar-se nos ombros de Leonardo, deu-lhe quase um abraço pelas costas. Leonardo estremeceu por dentro e pediu so céu que a lua fôsse eterna; virando o rostro, viu sôbre seus ombros aquela cabeça de menina iluminada pelo clarão pálido e mixto que ardia, e ficou tambem por sua vez extasiado; pareceu-lhe então o rostro mais lindo que jamais vira e admirou-se profundamente de que tivesse podido alguma vez rir-se dela e achá-la feia."

Até aqui Manuel Antônio de Almeida, nessa passagem a que chamarei o penteado de Capitú, às avessas... Vejamos agora *O penteado*, o legítimo, o de Machado de Assis:

"... Enfim; acabei as duas tranças...

—Pronto!

—Etará bom?

—Veja no espêlho.

Em vez de ir ao espêlho, que pensais que fez Capitú? Não vos esqueçais que estava sentada, de costas para mim. Capitú derreou a cabeça a tal ponto que me foi preciso acudir com as mãos e amparála; o espaldar da cadeira era baixo. Inclinei-me depois sôbre ela, rosto a rosto, mas trocados os olhos de um na linha da boca do outro. Pedi-lhe que levantasse a cabeça, podia ficar tonta, machucar o pescoço. Cheguei a dizer-lhe que estava feia; mas nem esta razão a moveu.

—Levanta, Capitú!

Não quis, não levantou a cabeça e ficamos assim a olhar um para o outro, até que ela abrochou os lábios, eu desci os meus, e..."

Se Leonardo e Luizinha não estivessem na rua, cercados pela multidão, o remate, naturalmente, seria aquele mesmo beijo, trocado por Bentinho e Capitú...

Chego, às vezes, a conjeturar, que Luizinha, pelo seu ar da família, é a irmã mais velha da Capitú, uma espécie de casulo, talvez mesmo uma larva microscópica e embrionária, de onde irromperia mais tarde aquela vêspa estonteada, de olhos oblíquos e de ressaca, sonsa, fingida e hipócrita, com ares de borboleta...

Não haverá nisso qualquer insinuação de descrédito para a figura incomparável de Machado de Assis. Se é que êle se utilizou dêsse processo, não fez mais do que imitar Shakespeare.

Repentinamente, através da leitura das *Memórias*, a um boleio da frase, diante da maneira sugestiva e sutil de expor um fato, apropositar uma anedota, comentar uma atitude, ou fixar, de relance, o matiz psicológico de uma personagem apanhada de improviso num flagrante de alma, tem-se a impressão nítida de que Manuel de Almeida molhava a pena no mesmo tinteiro que iria servir a Machado de Assis. Atente-se, para exemplo, neste delicioso diálogo, trocado entre D. Maria e o Major Vidigal, diante de Maria Regalada, sua ex-amante:

"—É verdade, Sr. Major, o bom tempo já lá foi.

—E Deus pardoe a quem dele tem saudades, retorquiu o Major, rindo-se com um riso rugoso de velha sensualidade..."

Êsse riso rugoso de velha sensualidade, só por si, os definiria, aproximando-os, a êles, a quem o destino colocaria um em face do outro, momentaneamente, a êles, ainda, a quem os próprios nomes, abreviadas as siglas M. de A., proporcionariam a fraternidade na mesma estante histórica das letras nacionais...

Pôsto que recebidas com certo aplauso, as *Memórias* deviam ter produzido algum escândalo entre os pacatos leitores da Côrte, habituados a leituras pacíficas, ordeiras, em cujos estrechos as paixões contrariadas constituíam os lances mais quentes e vivos da literatura romântica. Ao contrário disso, Manuel de Almeida preferiu o romance de costumes, inaugurando a crítica social. As tintas de que se utilizou foram, em alguns lances, muito cruas e violentas, para a época, e tão fortes e indeléveis que o tempo não lhes esmoreceu a fatura, nem o colorido primitivo. A mão de obra foi excelente, por duradoura, ainda que passível das exigências críticas, em suma, pecadilho de que nenhum outro se salvou, para poder atirar nos demais, biblicamente, aquela pedra de que nos falam as Escrituras...

Livro temporão, no feliz qualificativo com o que o definiu Xavier Marques, o seu autor desafiou com êle, não direi as iras, mas a incompreensão dos seus contemporâneos e, de certo modo, a crítica do seu tempo, que de um e de outro, ambos se vingaram pelo esquecimento.

As idéias arrojadas, esgrimidas contra os ridículos sociais e tembem contra as hipocrisias acobertadas pelos falsos servidores da reli-

gião católica, êstes últimos, em particular, teriam feito incluir o realista de então, possivelmente, no número dos inimigos da igreja. Muita gente o supôs, com certeza, um pedreiro livre, como se dizia, ou um livre pensador. E essa hipótese não é apenas uma conjetura gratuita, porque, ao referir-se a Junqueira Freire, isto é, "o distinto poeta que a falta de espaço matou nos rigores da monótona disciplina de um convento", como dele disse Bethencourt da Silva, Manuel de Almeida: "olhando para idênticos martírios que bem mostram a falta de motivo para a continuação dos cláustros, uma vez que se pode ser livre ao ar livre", rematou o seu juizo crítico por esta explosão de conciência: "Servir à humanidade é a grande adoração à Providência!"

Esta frase é uma profissão de fé, senão de impiedade, ao menos bastante clara, insofismável, de revolta contra a vida em clausura.

Criador, entre nós, de um novo processo literário, Manuel de Almeida se fez, por intuição própria, o precursor de Machado de Assis, e no romance de costumes, de feição naturalista, possibilitou a eclosão, em nossas letras, de um Aluizio Azevedo, de um Raul Pompéa e de um Lima Barreto, para citar apenas as expressões de maior notoriedade.

Antes dêsses conviria uma pequena referência a um livro bastante curioso, e que no gênero constitue uma indisfarçável paródia realizada intencionalmente contra os processos postos em prática por Manuel de Almeida. Refiro-me à *Família Agulha* de Luiz Guimarães Júnior. O excelente poeta dos *Corimbos*, de 1869, e da *Lírica*, de 1880, publicou o seu "romance humorístico" em 1870, precisamente nove anos decorridos da morte de Manuel de Almeida e cêrca de dezesseis após o apariecimento das *Memórias de um sargento de milícias*.

Luiz Guimarães Júnior tinha então vinte e cinco anos, pois nascera em 1845, quando experimentou a pena, nessa caricatura.

Quem se der à pachorra de confrontar os dois livros, verificará, sem esfôrço, como o segundo é a cópia deformadora, indisfarçável, do primeiro. Do princípio ao fim a *Família Agulha* se denuncia mas intenções, e em muitos dos seus capítulos os próprios nomes dos heróis e até as atitudes das personagens, recordam a deliciosa naturalidade e a espontânea originalidade do precursor das *Memórias*.

Luiz Guimarães Júnior teve apenas o trabalho de fazer uma transposição de imagens, forçando atitudes que atingem o fantástico

e o inverossímel, desvirtuando aquilo que nas *Memórias* constitue a parte inimitável, pela autenticidade que lhe confere a sagacidade de um observador inato.

Manuel de Almeida tomou para ponto de partida o material vincado pela realidade, ao passo que Luiz Guimarães partiu do livro já feito e carimbado pelo cunho de um romancista de raça, para extrair dessas páginas uma história mais ou menos alegre, lastreada de fantasmagorias e situações que roçam pela patacoada e até pelo absurdo.

Com Machado de Assis, porém, os seus pontos de semelhança são de tal modo evidentes, que dispensariam cotejo.

Faltou a Manuel de Almeida um pouco mais de tempo, de vida e amadurecimento artístico. A amostra que nos deu, entretanto, antes mesmo de atingir a plenitude que dele se devia esperar, é das que definem uma vocação e ilustram um nome. Coube, pois, ao imortal fluminense, a glória indiscutível de haver escrito, em 1854, a página inicial do romance naturalista do Brasil. E isso lhe confere o galardão de precursor, cuja fama a história regista, pleiteando para a sua memória a auréola da inmortalidade.

PHOCION SERPA,
Rio de Janeiro

RESEÑAS

ARMANDO ALVAREZ PEDROSO, *Cristóbal Colón. Biografía del Descubridor.* —La Habana, Casa "Cultural", S. A., 1944. 516 pp.

Terminada la lectura de *Cristóbal Colón,* biografía escrita por Armando Alvarez Pedroso, se nos ocurre que el único comentario digno de la obra consiste en la más cálida recomendación de su lectura. Sabemos a ciencia cierta lo que supone recomendar sin restricción alguna la lectura de un libro, y máxime cuando este libro viene a biografiar nada menos que a una figura de interés supremo para la humanidad. Ya con el auge y a veces moda excesiva de la biografía, el género se había convertido en campo espinoso. Se había llegado al tipo de extrema "novelización", donde la imaginación del autor ponía y quitaba a su antojo, en beneficio de la literatura. Con todo esto, con la comercialización del género, con las biografías hechas por patrones y fórmulas, el anuncio de un libro biográfico predisponía en contra suya. Por nuestra parte, llevábamos mucho tiempo sin atrevernos con una biografía . . . Pero he aquí que por un sentimiento de puro patriotismo, nos llamó la atención el hecho de que un autor cubano hubiese publicado un libro tan voluminoso sobre el Gran Almirante. Conocíamos unas cuantas biografías hechas por patrones y fórmulas sobre el Gran Almirante de la Mar Océana. Y a pesar de que ya teníamos la lectura de un folleto anterior de Alvarez Pedroso, y una referencia honrosísima de Menéndez Pidal, confesamos que nos dimos a la lectura de esta obra única y exclusivamente por ponderar un signo más de la obra que la inteligencia hace entre nosotros; nos dimos a la lectura de un libro que obligaba a tan enorme responsabilidad, con el solo propósito de observar a qué altura se encontraba en nuestro país la investigación histórica, el respeto por el saber, la atención al trabajo realmente creador y responsable.

Pues tenemos la convicción de que en un libro, en un poema, en un cuadro, participan por modo más o menos directo todas las fuerzas espirituales y materiales de una nación, tomamos este libro como elemento de prueba excepcional, porque a prueba excepcional sometía el tema al autor. Nos entramos por sus páginas con el más agudo de los prejuicios; apenas nos interesó, lo confesamos, el prólogo de Clarence H. Haring, de la Universidad de Harvard, porque al fin y al cabo un prólogo puede no ser más que un prólogo, y ya estamos muy corridos de los prólogos elogiosos por estas tierras. A poco, sentimos que estábamos en presencia de una obra singular. Desde las primeras líneas quedaba creada esa atmósfera que sólo se produce cuando concurren un genuino saber, un conocimiento profundo y una identificación amorosa integral entre el autor y su tema. Las primeras páginas bastaron para darnos la señal imprescindible en todo libro digno de este nombre: escrito con amor y con saber.

Esta doble presencia de valores superiores nos arrastró a una lectura ya libre de todo prejuicio. Lo que se inició como simple curiosidad de raíz patriótica, se convertía en admiración, en aprendizaje, en deleite. Alvarez Pedroso ha organizado de mano maestra una erudición monumental; no le ha quedado un punto oscuro en la existencia del Almirante; no ha desdeñado la polémica seria y exhaustiva, ni aun para aquellos temas que parecen condenados a eterno misterio. Desde el ambiente de las calles de Génova hasta el cierre de la grandiosa existencia; desde la aparición del ensueño hasta la realización plena del mismo; desde la génesis del sentimiento de Llamado, de Escogido, en Cristóbal Colón, hasta su vivir a la luz de la profecía y designio cumplidos, el saber de un hombre nos conduce, nos hace convivir, y nos suministra una luz nueva sobre el Descubridor. Hay una suma gigantesca de datos de primera mano, de investigaciones que muestran el perfume de lo elaborado, padecido y venerado; hay una conciencia tan clara de amor, de devoción, que los lectores somos transformados a poco en amigos, en compadecientes, en defensores de Colón. Este vive de nuevo toda su magnífica existencia; vuelve a alentar su ensueño prodigioso, su "empresa", como él la llamaba.

Pero hay más. No se trata de una simple biografía, elaborada con la más o menos hábil distribución de los datos. Hay una imponente investigación, una ciencia en movimiento. Si la parte puramente biográfica es excepcional, la parte que el autor llama "Analítica", proporcionará a éste los más valiosos laureles. Si allí se asistió al prodigio de una vitalización asombrosa, aquí, en esta parte última del libro, asístese a una de las inves-

tigaciones más rigurosas que en materia histórica o científica ha conocido nuestro país. Si todo el libro estuvo presidido por la responsabilidad, esta última parte alcanza los caracteres de una suprema ciencia. La refutación a Salvador de Madariaga —cuya biografía queda a considerable distancia por debajo de la que comentamos—; el estudio del plan de Colón para el viaje por vía marítima; la exposición de la cultura de Colón, etc., son razones eminentes del saber alcanzado por Alvarez Pedroso en la materia. Estamos en presencia de una obra que marcará época en la cultura cubana. Y si llegamos a esta afirmación, que podrá parecer hiperbólica a los escépticos de siempre, es porque tenemos en cuenta no sólo el aporte gigantesco de datos, sino la presencia de un método, de una paciente investigación. Método, investigación rigurosa, calma, que por ser las antítesis de nuestra frecuente ausencia de método, apresuramiento y empleo de materiales resobados, ofrecen una altísima lección. En un medio propicio al trabajo cómodo, a la festinación, a la irresponsabilidad, ha hecho su aparición una obra —y se recordará cuánto insistió Unamuno en la diferencia entre "libro" y "obra"— que nos honra de modo insuperable. Esta es la Obra Bien Hecha, la Obra nacida del saber genuino, del amor, de la generosa devoción.

No acertamos sino a recomendarla a nuestros lectores. No conocemos a su autor, no sabemos de él sino que ha escrito esta monumental prueba de inteligencia. Y como es afán nuestro, vivir en atención a pruebas semejantes, sobre todo cuando llevan el cuño nuestro, cuando son nacidas en la patria nuestra, insistimos ante cada lector, ante cada amigo lejano o inmediato, para que no deje pasar en silencio, en olvido, en abandono, esta fiesta del saber y la honestidad intelectual — este fruto de responsabilidad y sabor amoroso.

GASTÓN BAQUERO,
La Habana.

PABLO H. VELA EGUEZ, *El árbol que canta.*—Quito, Imp. del Ministerio de Educación, 1943.

Las poesías de Vela Eguez renuevan una tendencia que en los últimos tiempos ha sido tenida en poco. En medio de las modernas voces poéticas y de las exóticas combinaciones estróficas, es deleitoso hojear una obra

como *El árbol que canta*, cuyos versos aprisionan ideas de alto sentido filosófico y se someten a los antiguos postulados de la métrica.

En la primera parte de *El árbol que canta* hay vida y belleza. En la tierra morena hunde el árbol las raíces de su existencia, y ella le ofrece zumos nutricios, caricia materna y dón de producción. El árbol que eleva su estructura con tendencias al infinito, va extendiendo sus ramas y sus ansias; tal el espíritu del poeta que, con tener las raíces hundidas en el regazo maternal, encumbra sus anhelos en busca de las eternas vivencias, y canta así todas las emociones que la vida encierra: el amor de la esposa, cristalizado en sus manos que acarician; el cielo, el agua, el sol, la paternidad, la patria. Su emoción poética es indiscutible, aunque a veces su verso no está labrado con el aliño y el cuidado que aquélla necesita para lograr su perfecta expresión.

La segunda parte del libro tiene por título: "Tabernáculo bolivariano". La figura del padre de estas nacionalidades —cuya presencia es cada día más fuerte entre nosotros y cuya memoria es más necesaria a cada hora, cuando las naciones bolivarianas tienden a perder la configuración no ya sólo espiritual sino jurídica que el padre y creador de ellas les otorgó con magnífica mano y con visión de genio— no podía faltar en la emoción poética de un cantor bolivariano. Quizás es la parte de la obra que más aliento ofrece, que más emoción estética encierra, que más atrevidas figuras acendra, que más altiva expresión artística tiene.

En la tercera parte, Vela Eguez nos ofrece otra gama de su emoción lírica, templada por el anhelo de amistad hacia otros pueblos.

El árbol que canta viene a enriquecer la vasta producción poética ecuatoriana, que tantos triunfos ha alcanzado.

CARLOS BETANCUR ARIAS,
Medellín.

JUAN LARREA, *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo.*—México, Ediciones "Cuadernos Americanos", 1944.

"Algo más que literatura" aspira a ser el surrealismo, según afirma Juan Larrea; y a desentrañar este "algo más" o, si se quiere, este "más allá", se aplican ahora los afanes del singular poeta que tan reciamente siente el destino de nuestro Continente. "Algo más que poeta" llamaríamos

a Larrea si no coincidiéramos con él en entender la poesía como una concepción abierta y total del mundo, y al poeta como un ser dramático y profético que sacrifica las inmediateces vitales en honor a la gran pasión colectiva que por él se expresa.

Partiendo de una aseveración reciente de André Breton sobre la ubicación histórica del surrealismo entre las dos guerras, Larrea construye un magno edificio de interpretación poético-sociológica, donde cada elemento adquiere inesperadas resonancias. No se analiza el estilo surrealista, aunque sí se le señala con estas precisas frases: "Existe un estilo surrealista como existe un rococó, y que tal vez sea al romanticismo lo que el rococó es al renacimiento. En poesía diríase que se caracteriza por los huecos retorcimientos que, en los caracoles marinos, dejan suspendidas ciertas misteriosas resonancias intersticiales y sobrecogedoras. En prosa por el uso y abuso de los tonos sombríos y de las actitudes sañudas cargadas de un no disimulado sadismo fustigador, que despierta el calosfrío delicioso de los vástagos degenerados de la gran burguesía. Y también por el empleo de ese fermento sensual pútrido, mal llamado freudismo, que apunta a ultrajar la moral burguesa, tomado de las evacuaciones oníricas."

Mas esta textura retórica no sólo significa sino que hasta se opone a los elevados propósitos del surrealismo, que no es un movimiento *snob* ni escandalizador de burgueses, sino un esfuerzo por superar las antinomias del hombre, de integrar, en uno solo, los dos mundos del sueño y la vigilia. A esta teoría, después de haber dedicado unos párrafos a la importante filiación romántica del surrealismo, es a la que consagra particular atención.

Siendo, como él lo dice, ajeno a los intereses del grupo, Larrea puede observar sus acciones y frutos con gran objetividad. De aquí que sitúe el movimiento como un presagio de la integración del Nuevo Mundo —en tierras de América—, y al mismo tiempo como el estertor final de la muerte del Viejo Mundo que en él, al expresarse, fracasa. "No puede comprenderse en su plenitud objetiva el surrealismo si no se le compulsa con ciertas circunstancias y fuerzas imantatorias específicamente americanas."

Es importante, para comprender la intención del estudio, señalar el método de Larrea, desconcertante para quien por primera vez lo lee; se basa en la creencia de que por encima de los hechos biográficos personales de cada hombre, hay una coherencia externa de las acciones que forzosamente se realizan obedeciendo a movimientos enormes de la humanidad; la historia se hace poema y los destinos parecen ser meramente la realización de ciertas grandes metáforas que entrañan misterios incognoscibles.

Así el nudo principal del trabajo, su "clave de fuerza", es la interpretación del llamado "caso Brauner". A Víctor Brauner, pintor rumano residente en París, un vaso lanzado contra otra persona le vació enteramente un ojo; lo significativo y *epatante* del caso es que, varios años antes, Brauner había pintado un autorretrato donde se representaba precisamente tuerto. Esta extraña relación, que va más allá de la mera coincidencia, da motivo a Larrea para arborizar una cadena de inteligentes teorías que enlazan el accidente con motivos poéticos, políticos y sociales: la guerra de España, México y el Nuevo Mundo, la integración duple de la Realidad, vuelven a aparecer a este propósito. La mayor conclusión identifica la pérdida del ojo con "la muerte de esa civilización de ojos clausos en cuyas venas circulan todavía las tinieblas recalcitrantes del medievo".

Concluye con la clasificación de ciertos modos y esencias de América que, aun cuando los americanos no se den o no quieran darse cuenta, anticipan la postura de Realidad en que se ha de basar el Nuevo Mundo. Aquí me permito apuntar una pequeña discordia con Larrea: al hablar de Pablo Neruda, lo sitúa humanamente como característico de nuestro Continente, pero poéticamente gravitando hacia la caduca Europa. Dice, además, que el chileno pertenece al mundo de la sub-Realidad, anterior al Nuevo Mundo.

En verdad, hay algunas frases de crítica certera que sitúan muy bien la escuela nerudiana. No por admiración ciega ni por amistad personal ha de negarse que en Neruda hay redundancias, lagunas, oquedades, vacíos; pero la materia sensitiva no es como la describe Larrea. Su sensualidad —característica de América—, dirigida hacia la materia en un dramático intento de penetración, lo hace verterse hacia soledades misteriosas en donde su voz suena potente, aunque opaca.

La tristeza de que se le acusa es una de las vertientes del temperamento latinoamericano, y tal vez sea la más importante y persistente; explicaríase tal vez recordando que somos mestizos racial y culturalmente y por lo tanto vivimos dolorosamente luchando en nuestros interiores. La política de Neruda puede apreciarse como se quiera, pero no han de buscarse epítetos degradantes para oponerla a la posición política de Darío, pues no se llega a penetrar exactamente por qué en Neruda es propaganda lo que en Darío es superpolítica.

¿Se le acusan sus crepúsculos, sus muertes, sus desintegraciones? Pues con su condena va inclusa la de casi toda la poesía que hemos logrado que en América tenga un acento propio. Por lo demás, él lo confiesa: "Yo toqué

con mis manos la camisa del crepúsculo azul y derrotado", pero advierte a renglón seguido: "ahora toco el alba de la vida"...

Salvada esta diferencia, me apresuro a recomendar al lector este excelente libro de Juan Larrea; quien haya leído *Rendición de Espíritu* podrá explicarse mejor ciertas partes oscuras y, además, encontrará *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo* de una transparencia cristalina comparado con el otro libro de Larrea, justamente llamado "sibilino".

* * *

ALFONSO REYES, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria.*—México, El Colegio de México, 1944.

Imagínese el lector ante una tupida biblioteca —esa excelente de Alfonso Reyes, por ejemplo, que ha sido comparada a una piscina por su frescura y profundidad— y piense que tuviera la legítima curiosidad de precisar la esencia de las materias tratadas en los libros. Literatura, historia, teología, se presentan primeramente diferenciadas por una aproximada intuición. Mas si el curioso tiene mayores exigencias que la mayor parte de los mortales lectores, entrará de lleno en un campo de razonamientos filosóficos para concluir los cuales no basta una vida.

Limítese, pues, la pretensión, hacia una sola materia: la literatura. Y si nos hemos de preguntar: ¿qué es?, fuera conveniente mejor preguntarse, como paso previo: ¿qué no es? Y en la sola ocupación de discriminar los contornos, de precisar la silueta o deslindar el terreno se nos irán horas y horas de fecunda meditación entre lo que tiene de común y de particular, de contagioso y contagiado, dicho peligroso cuanto bello juego de la mente.

Esta es la sabia recreación de Alfonso Reyes en *El deslinde*, inquietadora obra que en algo menos de cuatrocientas páginas bien repletas de datos y razones, nos conduce de la anarquía al orden, de la confusión a la pulcritud. Como ante una selva de árboles intelectuales, Reyes se enfrenta con las varias actividades del espíritu; a golpes de sapiente hacha van cayendo la historia, la ciencia, la filosofía, la matemática, la teología, y... ¡ya estamos al otro lado! El paisaje literario está a punto de revelarse, ya se presiente: pero ha llegado el momento de descansar del trabajo y esperar el próximo libro en que por fin se nos dirá qué es la literatura.

A los enamorados del "estilo" tal vez los decepcione un poco este libro cuyo rigor metódico lo hace incompatible con los deliquios retóricos. "Arrojé a los pies de mis dioses —dice el autor— algunos de mis juguetes

más queridos: la venustez de las frases y el deleite de las cadencias." Tómase, a cambio del goce estético, una lección de austeridad científica y de humildad literaria que debe ser espejo de escritores; apenas si a ratos, por las rendijas de la sólida construcción, escapa algo del flúido poético que a duras penas arranca Reyes de su pluma.

Ha sido un arduo trabajo desbrozar la selva. Al concluirlo vemos que los árboles derribados son fantasmas prontos a reencarnar al menor soplo de interés por ellos. Mas por ahora son madera inútil, dejada para otros carpinteros: nuestra tala ha sido para encontrar un árbol solamente, una rama, una astilla de especial madera preciosa. ¡Qué importa que algunos, aturdidos por el bullicio, desprecien su pequeñez! Sabemos que esta astilla, en manos de Alfonso Reyes y de algunos otros privilegiados, siempre está a punto de convertirse en varita mágica.

WILBERTO L. CANTÓN,
México, D. F.

MARIO DE ANDRADE, *Aspectos de literatura brasileira.*—Río de Janeiro, Americ. Edit., 1943. 256 pp.

El más reciente libro de una de las grandes personalidades literarias del Brasil actual. Especializado en la musicología de su patria, Mario de Andrade es también poeta y crítico. Debe subrayarse igualmente la trascendencia de su actividad en pro del movimiento que en el Brasil se llamó "modernista" y que posee un sentido distinto del que se designa con el mismo nombre en España y en los países hispanoamericanos. El movimiento modernista brasileño, gestado entre los años de 1920 a 1923, significó precisamente una reacción contra la excesiva influencia del simbolismo y el parnasianismo, y buscó aliar la realidad nacional con las nuevas conquistas del arte postsimbolista.

Este libro de Mario de Andrade desarrolla los siguientes temas: "Tristão de Ataide", "La poesía en 1930", "Luis Aranha o la poesía preparatoriana", "Machado de Assis", "Castro Alves", "Memorias de un sargento de milicias", "El regreso del cóndor", "El Ateneo" y "La elegía de abril". Un espíritu sutil y muy erudito se expresa en estas páginas, en las que el criterio valorativo logra realizaciones que se señalan por su personalidad y su honestidad. El estilo es de conversación libre de todo tono discursivo,

y por eso mismo interesa y agrada y enseña. Porque este libro —indispensable a todo el que desee conocer cabalmente varias facetas importantes de las letras brasileñas— debe ser leído tanto por los que quieran ampliar sus conocimientos como por aquellos que, ya familiarizados con estos temas, busquen un reencuentro con sus viejas emociones de lector. Mario de Andrade, con su palabra culta y fina, ágil y serena, logra en verdad una re-creación: cada obra elegida, cada aspecto seleccionado toma, en el crisol de su personalidad, un valor esencial, por virtud de su sensibilidad, de su cultura, de su espiritualidad.

Con este tomo se inicia la Colección "Joaquín Nabuco" que dirige Alvaro Lins.

* * *

ALBERTO CÓRDOBA, *Don Silenio*.—Buenos Aires, Edit. Elan, 1944. 172 pp. $3 m/n. arg.

Con este libro, pulcramente impreso, la Editorial "Elan" inicia sus actividades. El tomo que reseñamos pertenece a la Colección "Terruño". La editorial incluirá en su programa obras de autores argentinos y extranjeros, incluso traducciones de autores estadounidenses.

Alberto Córdoba es, en la actualidad, uno de los mejores prosistas argentinos y se ha destacado en el cultivo de la narración nativista. Son características constantes de su obra: su profundidad telúrica, su gran conocimiento de los seres que pueblan el norte de su patria, esas regiones andinas plenas de alucinación, de grandiosa y huraña belleza. En tales regiones, el alma de los seres es como el paisaje, paisaje arisco pero lleno de ternura y de cándida pureza, a manera de esos cactus en que, tímida y suave, se abre la flor. Alberto Córdoba ha viajado largamente por dichas tierras. Y no como turista, sino con espíritu bohemio de observador, con aquella lenta y viviente curiosidad que caracteriza al verdadero artista. Así lo vieron pasar las tierras de las provincias de Salta, de Tucumán, de Jujuy, en toda clase de vehículos, sobre todo a caballo y a mula. Conversaba con los montañeses, conocía su psicología, tan hermanada al panorama áspero y maravilloso que llenaba sus pupilas. Ese norte argentino es algo muy personal en el conjunto de la Argentina: muchos que han querido penetrar en su alma, sólo han logrado captar su pintoresquismo. No así Alberto Córdoba, autor de varios libros de narraciones que se señalan por la honestidad de su visión, de sus medios expresivos, de su pureza narrativa.

Sin duda, esa nitidez de su visión es como una resultante —en gran parte— de la amistad y confianza que los montañeses depositaron en Alberto Córdoba, quien contaba, para lograr tal amistad y tal confianza, con un don casi mágico: Córdoba tocaba la guitarra y él mismo se acompañaba cantando. Recordando esta circunstancia, nos dice que él había conquistado la simpatía de aquellos seres humildes "con música, un poco a la manera de San Francisco Solano". Pero dejemos esta faz anecdótica para decir que *Don Silenio* es la obra maestra de Córdoba. Aquí es donde encontramos sintetizadas aquellas virtudes que tanto admiramos en sus *Cuentos de la montaña,* en sus páginas de folklore y en sus ensayos. La novela tiene esa ventaja: une y resume géneros diversos. El subtítulo de la obra, "Por sendas y ranchos tucumanos", anuncia en parte su color. Color que a veces espiritualiza. Córdoba no se ha ceñido al simple relato directo, pues esa labor ya ha sido realizada por otros autores, con mayor o menor éxito. El ha comprendido que a un verdadero artista le corresponde la dura tarea de depurar, clarificar, seleccionar, dar una estilización que —lejos de quitar verdad— acentúe la realidad en sus líneas fundamentales. El notable crítico Alberto Elsinger ha dicho que "la belleza de la frase, la plasticidad de la palabra, la preocupación estilística campean junto a la emoción comunicativa, a la observación sutil y a la traducción fiel de las características del habitante de los valles enmarcados por agudos picos y comunicados por escarpados senderos". He aquí características constantes en las páginas de esta novela, de esta gran novela que se incorpora desde luego a las grandes realizaciones americanas. Novela que ha sido definida con palabras tan certeras como definitivas: "La figura de un oscuro gaucho montañés que se yergue con grandeza de símbolo frente a su propio destino."

* * *

GONZALES CARBALHO, *Solo en el tiempo.*—Buenos Aires, Edit. Losada, S. A., 1943. 164 pp.

He aquí el más reciente libro de uno de los poetas argentinos de más intensa vibración emocional, a la vez que de mayor pureza expresiva. Espíritu noble y diáfano, realiza una poesía en la que la sensibilidad agudizada y la inspiración mística se hermanan musicalmente en estrofas de ancho y generoso cristianismo. Poemas de honda sustancia lírica, humanísimos, lujosos de imágenes y de ritmos, reveladores de una personalidad ar-

XUM

tística, que en cada libro se supera. Así, después de su primer libro publicado en 1922 con el título de *Campanas en la tarde*, obra de delicado romanticismo, cada libro suyo ha significado una mayor depuración expresiva: *Casa de oración* (1924), *Palabras del retorno* (1926), *La ciudad del alba* (1928), *Día de canciones* (1930), *Cantados* (1933), *El ángel harapiento* (1937), *Tiempo de amor perdido* (1940), y *Orilla nocturna* (1941), llegando a este libro en que hallamos la culminación de su arte. *Solo en el tiempo* es una obra densa, rica, de un lirismo muy personal. Tanto en sus sonetos como en sus liras, sus alejandrinos, sus romances y sus otros poemas, Gonzales Carbalho logra realizaciones en que la perfección de la forma se solidariza magníficamente a la profundidad de la emoción y de la idea, a la sugerencia del ritmo y de la imagen. Poesía esencial, desbrozada de todo elemento decorativo superfluo. Poesía de fina y ardua estilización que jamás llega a deshumanizar su contenido, sino que lo hace aún más rotundo y duradero. Es difícil, en obra de tal jerarquía, señalar preferencias. Sin embargo, aventuraremos algún nombre: entre los poemas de más intensa vibración recordamos las cuatro "Anotaciones de la soledad", en el tono íntimo, y los tercetos "En la muerte de Miguel Hernández" por su entraña social. Como un ejemplo de lirismo alquitarado y musical, el romance que dedica a Norah Lange.

Como todos los tomos de la serie "Poetas de España y América" que dirigen Guillermo de Torre y Amado Alonso, éste luce en su portada una expresiva viñeta que firma Attilio Rossi.

* * *

RICARDO JAIMES FREYRE, *Poesías completas*.—Buenos Aires, Edit. Claridad, 1944. 256 pp.

"Hablar de la vida de un poeta es como hablar de la vida misma. Dios o la Naturaleza, las fuerzas profundas de la Cosmología, se concatenan en los espíritus como el de Ricardo Jaimes Freyre o el de Honorato Balzac." Tal el comienzo del notable prólogo, de 80 páginas, que el poeta y ensayista argentino Eduardo Joubin Colombres ha escrito especialmente para esta obra, por él compilada. Estudiando la vida y la obra del gran poeta boliviano, revela Joubin Colombres un conocimiento minucioso de ambos aspectos en un artista cuya difusión no es tan amplia, actualmente, en América, como sería de desear, pues su obra —aparte de su valor intrínseco— presenta aspectos muy interesantes, ya que es Jaimes Freyre uno

de los creadores del modernismo en América, junto a Darío, Lugones y Herrera y Reissig, entre otros poetas significativos de aquella renovación. Jaimes Freyre residió cerca de treinta años en la provincia argentina de Tucumán: fué un diplomático correctísimo; recorrió varias capitales europeas; fué gran amigo de Darío, y falleció en Buenos Aires el 24 de abril de 1933. Quien lea este tomo de sus *Poesías completas* podrá valorar todo lo que su lirismo tiene de rico y personal, de noble y amplio, tanto en *Castalia bárbara* como en "País de sueño", "País de sombra", "Los sueños son vida", "Anadiomena", "Las víctimas" y ese hondo poema titulado "Un rayo de sol", con que finaliza la parte lírica de este tomo. Como epílogo se incluye *Las leyes de la versificación castellana*, ensayo de vasta erudición.

Varias fotografías y reproducciones de documentos ilustran la obra, sobriamente impresa.

* * *

EDUARDO MALLEA, *Rodeada está de sueño.*—Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. 154 pp. $1.50 m/n. arg.

"Memorias poemáticas de un desconocido": tal el subtítulo del presente libro de Eduardo Mallea. En él están, sobre todo, las más señeras virtudes de la novela moderna, virtudes que aparecen como resumidas y, en todo caso, noblemente asimiladas a su inconfundible personalidad. Su novelística tiene, sobre todos sus valores, aquél que le confiere la profundidad de su tendencia a dar a todo —hasta a la simple anécdota— sentido trascendente, riqueza medular. Y es aquí, especialmente, donde hallamos en Mallea a uno de los mejores ejemplos de lo que es y debe ser la novelística actual, que —ya agotados los caminos de la pura habilidad narrativa, de la agudeza descriptiva y hasta de la sutileza psicológica— llega, en algunos casos, a los límites del ensayo, cobrando, en cierta manera, enjundia filosófica, y ello sin perder su calidad novelística.

Rodeada está de sueño es el primer libro de una serie. El tomo segundo se anuncia con el título de *El retorno*. En prosa muy limpia y personal, de admirable poder sintético, este primer libro, subtitulado "El alejamiento", nos ofrece varias decenas de breves capítulos, que son otros tantos poemas en prosa, en los que el autor realiza, con verdadera maestría, imágenes evocadoras y descriptivas, siempre densas de emoción y finas de expresión. Algunos de estos poemas tienen sólo cuatro o cinco líneas.

El conjunto es un extraño y hermoso libro, que se lee y relee con renovado placer, descubriendo en él cada vez nuevas sugerencias. Y ello, no sólo por la sutileza estilística —la frase es muy a menudo breve y siempre es certera, hasta en los pasajes de ensoñadora vaguedad— sino también y sobre todo por la virtud descubridora del artista, que sabe explorar en las cosas y en el alma humana, en sus reacciones, en sus desvelos, en sus sueños y en sus amaneceres y en ningún momento resulta excesivo, nunca fatigante.

* * *

VÍCTOR PÉREZ PETIT, *Los modernistas*.—Montevideo, Edición Nacional, 1943. 468 pp.

Esta notabilísima obra se destaca por la densidad de su cultura, así como el nítido enfoque valorativo que el autor ha sabido darle. Trátase de la tercera edición, que aparece formando el tomo VII de las *Obras completas* de Pérez Petit, editadas oficialmente. La primera edición se publicó en 1903. Al ordenar la tercera, el autor ha corregido notablemente los capítulos y suprimido la parte dedicada a Rubén Darío, que —ampliada— formará todo un tomo, próximo a publicarse con el título de *Heliópolis*. Los ensayos que forman el presente tomo, *Los modernistas*, habían sido publicados en la *Revista Nacional*, que a fines del siglo pasado dirigían Rodó, Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, revista de gran significado en la renovación de la literatura uruguaya.

Los capítulos de *Los modernistas*, en esta tercera edición, desarrollan los siguientes temas: La lírica en Francia, Henrik Ibsen, Gerhart Hauptmann, Gabriel d'Annunzio, León Tolstoy, Paul Verlaine, Eugenio de Castro, Augusto Strindberg, Basilio Yackchakof, Stéphane Mallarmé, Oscar Wilde, Walt Whitman, Freidrick Nietzsche, Enrique Gómez Carrillo, Gustavo Kahn y Maurice Maeterlinck. Este conjunto tan complejo ha permitido a Pérez Petit poner a prueba —gallardamente— sus dotes de investigador y su claridad en la percepción valorativa. Autores de tan diversa inspiración, aparecen unidos en la fiebre de su renovación, de su lucha, de su fe creadora. La amplia erudición del ensayista aparece acrecentada por la virtud de un estilo rico y sugerente, que en más de una ocasión —como, por ejemplo, en el comienzo del capítulo dedicado a Verlaine— llega a admirables estampas poemáticas, de fino sentido estético. He aquí un libro que se lee con placer y provecho, que constituye a la vez, obra de consulta y de meditación, de evocación y de contemplación estética.

* * *

VÍCTOR PÉREZ PETIT, *El jardín de Pampinea.*—Montevideo, Edición Nacional, 1944. 364 pp.

Es éste el tomo VIII de las *Obras completas* del escritor uruguayo Víctor Pérez Petit. Como ya es sabido por los estudiosos, dichas *Obras* se editan por cuenta del Estado de su patria. En el presente libro, hallamos una extensa exégesis de los más famosos cuentos populares y fantásticos de todos los tiempos y de muy diversos países. Capítulos dedicados a *Las mil y una noches,* a Robinson Crusoe, a Charles Perrault, a Hans Christian Andersen, a Chaucer, etc., en que esas obras aparecen tratadas con gran erudición y comprensión y —en muchos casos— con suntuosidad de estilo. Algunas de las obras estudiadas en este libro llegan, en verdad, a encontrar en la pluma de Pérez Petit un crítico que ahonda el tema de tal manera, extrayendo de su mina tanta y tanta riqueza, que llega a agotar la veta. La interpretación de *Las mil y una noches* y la de los cuentos de Andersen son —a nuestro parecer— lo más hermoso y denso del libro. El elogio de la obra de Andersen se halla realizado con mucha justeza y diafanidad. Por lo demás, todo este libro de Pérez Petit es un alarde de criterio, de claridad, en la intensidad de sus numerosas páginas.

* * *

VÍCTOR PÉREZ PETIT, *En la Atenas del Plata.*—Montevideo, Edición Nacional, 1944. 342 pp.

Es éste el tomo XI de las *Obras completas* de tan destacado escritor uruguayo. Como su título lo anuncia, este libro se refiere a la vida intelectual montevideana. (El nombre de "Atenas del Plata" asignado a Montevideo puede, sin duda, discutirse —hay quienes piensan que también lo merecería Buenos Aires—, pero es un nombre ya muy difundido.)

Seis ensayos componen la obra: "El Padre Larrañaga"; "El Ateneo del Uruguay"; "Eduardo Acevedo Díaz"; "El espíritu de Rodó"; "Un libro del Dr. Melián Lafinur" y "Daniel Martínez Vigil". Como se ve, esta obra abarca épocas muy distantes y distintas, ya que el Padre Larrañaga nació en el siglo XVIII y la obra de Rodó, por ejemplo, se ubica en los comienzos del nuestro. El libro posee, no obstante, una perfecta unidad, por virtud de la personalidad del autor, que logra en todas estas páginas evocadoras y valorativas realizar estampas plenas de relieve, en las que el nivel

estilístico no decae, como no decaen el interés y la erudición manifestadas en los ensayos. Pero aun dentro de tal unidad reconocemos superioridades, al menos para nuestro gusto: los capítulos dedicados al novelista uruguayo Eduardo Acevedo Díaz y a Rodó son los que más hondamente nos impresionan, considerando que en ellos es donde mejor puede apreciarse al ensayista cultísimo y al estilista consumado que es Víctor Pérez Petit.

* * *

MENOTTI DEL PICCHIA, *Poemas*.—São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1944. 160 pp.

Figura muy importante en el movimiento de renovación literaria y artística expresado en el Brasil alrededor de los años 1919 a 23, Menotti del Picchia es un fino y hondo poeta. Su primer libro, *Chuva de pedra* (1925), se caracteriza por su riqueza imaginativa y su sensibilidad agudizada. De dicho libro destacamos muy especialmente sus poemas "O Becco" y "O espelho".

Ahora, en un tomo de pulcra edición, aparecen reeditados cuatro extensos poemas que dieron al autor amplia nombradía y justísimo prestigio: "Juca-Mulato", que fué traducido al español por la poetisa cubana Emilia Bernal; "As Máscaras", poema de sutil sensibilidad y dúctil gracia; "Angustia de D. João", poema dramático con sólo dos personajes, Fausto y Don Juan Tenorio; y, finalmente, "Amor de Dulcinea", poema dramático que Menotti del Picchia escribió en 1928. En él, el Caballero de la Triste Figura y Sancho logran muy personales y certeras imágenes. El poeta los toma como "dos polvos universales del propio hombre, ciudadanos de todas las patrias, alegorías internacionales del egoísmo y de la espiritualidad".

A nuestro juicio, lo más hermoso de tan hermoso libro es "Juca-Mulato", que aquí aparece en su 19ª edición. Ninguna manera mejor de elogiar sus pasajes más famosos, que la transcripción de alguno de ellos. He aquí, por ejemplo, un fragmento de "Germinal":

Juca-Mulato scisma. Olha a lua e estremece.
Dentro delle um desejo abre-se em flor e cresce
e ella pensa, ao sentir esses sonhos ignotos,
que a alma é como a planta, os sonhos como brotos,
vão rebentando nella e se abrindo em floradas . . .

Franjam de ouro, o occidente, as chamas das queimadas.

Mal se pode conter de inquieto e satisfeito.
Adivinha que tem qualquer coisa no peito,
e, ás promesas do amor, a alma escancára ansiado,
como os aureos portaes de um palacio encantado! . . .

Mas, a magua que ronda a alegria de perto,
entra no coração sempre que o encontra aberto . . .

Juca-Mulato soffre . . . Esse olhar calmo e doce
fulgiu-lhe como a luz, como a luz apagou-se.
Feliz até entao, tinha a alma adormecida . . .
Esse olhar que o fitou, o acordou para a vida!
A luz que nelle viu deu-lhe a dor que ora o assombra,
como o sol que traz a luz e, depois, deixa a sombra . . .

E, na noite estival, arrepiadas, as plantas
tinham na coma negra umas roucas gargantas
bradando, sob o luar opalino, de chofre:
"Soffre, Juca-Mulato, é tua sina, soffre . . .
Fechar ao mal de amor nossa alma adormecida
é dormir sem sonhar, é viver sem ter vida . . .
Ter, a um sonho de amor, o coração sujeito
é o mesmo que cravar uma faca no peito.
Esta vida é um punhal com dois gumes fataes;
não amar, é soffrer; amar, é soffrer mais."

E, despertando á Vida, esse caboclo rude,
alma cheia de abrolhos,
notou, na immensa dôr de quem se desillude
que, desse olhar que amou, fugitivo e sereno,
só les restára ao labio um travo de veneno,
uma chaga no peito e lagrimas nos olhos!

Como muy certeramente afirmó Julio Dantas en la página que se reproduce en esta edición, "«Juca-Mulato» es obra de un artista de raza, elocuente, sobrio, a veces lapidario en los conceptos, pintando con una amplitud y una justeza de valores sorprendentes, y poseyendo excepcionales dotes de comunicativa emoción".

Corresponde agregar que Menotti del Picchia une, a sus dotes de poeta intenso y depurado, su talénto de novelista y su dinamismo de periodista generoso e interesado vivamente en la confraternidad panamericana.

* * *

ROBERTO UBALLES, *Alazán viejo.*—Buenos Aires, Distribuído por la Editorial "El Ateneo", 1944. 260 pp.

El propio autor explica el motivo del título de su libro: "Los gauchos fueron sinceros adoradores del Sol. En su trato familiar le llamaban *Alazán Viejo.*" Este libro, dividido en once capítulos, es a manera de una interpretación del gaucho y del campo que sirvió de escenario a su vida. Lo que más siente y lo que expresa mejor Roberto Uballes es la sugestión estética del pasado, con su color tradicional, su aspecto pintoresco, su sabor rudo y agreste. En tal sentido, si bien su libro comprueba una amplia erudición histórica, el valor primordial de sus páginas reside en su sentido plástico, en la afectuosa admiración con que reviven figuras que el autor va arrancando de la niebla del ayer. El capítulo III, "La paisana en el tesón", es uno de los más interesantes y densos de la obra, y en él Roberto Uballes rinde homenaje a la compañera del gaucho, "que en las descripciones de la vieja vida campera, no siempre figuró donde realmente merecía". Evoca a algunas mujeres gauchas, "dignos ejemplares de la raza": Carmen Sosa, Cándida Vergara, Ceferina Garderes, Cipriana Márquez, Anacleta Mamondi, Primitiva Collazo, Sebastiana Portela, etc. Las virtudes de hábil pintor del campo aparecen evidenciadas en "Madrugadas serenas", pasaje pleno de un lirismo sobrio, en su cromatismo emocional. En otros capítulos, el autor nos habla —siempre con palabra autorizada y viviente— del "agregao" de las estancias, de "los carros y carreros de antaño" y temas igualmente sugestivos, cuyo carácter ha sido bien interpretado por el artista Montero Lacasa, en las excelentes ilustraciones que reproduce la edición.

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo.

GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE, *Bello.*—México, "El Pensamiento de América", Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943. XLVI, 197 pp.

La fina acuidad que preside la actuación de la Secretaría de Educación Pública del Gobierno mexicano hizo emprender hace poco la publicación de una serie de obras de singular interés y verdadera trascendencia en la

vida americana. Con el rubro general de "El Pensamiento de América" se han venido editando, en sobria presentación, una colección de libros acerca de las figuras más relevantes en la historia de la cultura continental. Entre otros, Rodó, Vasconcelos, Bolívar, Martí, Hostos, y, ahora en el volumen octavo, Andrés Bello.

Cada tomo incluye una selección antológica de los escritos de la figura presentada, selección que forma la parte más considerable del volumen, en la que se procura presentar las diferentes fases del pensador. La antología va precedida de un prólogo biográfico-crítico en el que se estudia la figura del autor escogido. Los volúmenes que hemos conocido de los hasta ahora publicados, nos han dado siempre la impresión de haber sido hechos con gran sentido de responsabilidad y perfecto conocimiento del personaje.

Esta serie —modelo en su género— va a constituir una hermosa biblioteca de la aportación americana a la cultura universal. Los tomos editados y los que se anuncian, acreditan una mente rectora muy capaz y perfectamente conocedora de la trayectoria de la civilización continental. No nos resistimos a señalar la ecuanimidad y la ponderación completas con que se han seleccionado los nombres de los forjadores del pensamiento en América. Sin ninguna parcialidad —en favor de países o de tendencia alguna—, la colección tiende únicamente a recoger los valores indiscutidos en la historia del hemisferio occidental.

El tomo VIII de la serie lo constituye la selección de la obra de don Andrés Bello, con prólogo del prestigioso humanista doctor Gabriel Méndez Plancarte, escritor de legítimo y solidísimo prestigio en las letras mexicanas. La antología bellista de este volumen se halla ordenada en cinco epígrafes, sumamente significativos para comprender el criterio que preside la tarea de Méndez Plancarte. He aquí sus titulares: I. El Maestro de Hispanoamérica; II. El pensador político; III. El historiador literario; IV. El poeta; V. El filósofo. Cada uno de ellos comprende escritos de Bello, seleccionados muy atinadamente de la copiosa obra del gran humanista caraqueño, escritos a los cuales el compilador ha puesto títulos parciales (en su casi totalidad por su cuenta) para orientar al lector. Hay que aplaudir, sin reserva alguna, la tarea selectiva de Méndez Plancarte, quien, con ello, brinda la posibilidad de que el gran público pueda captar la amplitud, y aun la profundidad del pensamiento de Bello, dentro de las limitaciones naturales de toda antología. Las páginas contentivas de escritos bellistas son la mejor prueba de haber asimilado el compilador la obra de Bello, en el ánimo del compilador; y en la selección, por cierto nada fácil, de-

muestra la sutil percepción de los más serios y actuales valores de la voluminosa labor de Andrés Bello.

En el prólogo, Méndez Plancarte ratifica cumplidamente la excelente impresión deducida de la lectura de la sección antológica. En las páginas de la introducción analiza la personalidad de Bello, traza un ligero bosquejo de su vida y de su pensamiento y estudia la significación que tiene en la cultura del Continente. Termina la exposición del valor de Andrés Bello, con nutrido repertorio bibliográfico utilizado por Méndez Plancarte, y con un índice biográfico de Andrés Bello, en el que subraya esquemáticamente los momentos más destacados de la vida del primer letrado de América.

Pocas páginas hemos leído en las que en forma sucinta y exacta se dé una visión general de la figura de Bello, como las que forman este prólogo de Méndez Plancarte. En estilo cuidado y sin ampulosidades, la biografía y el estudio crítico de la creación de Bello aparecen ordenados con explícitos títulos en los capítulos en que está distribuído el prólogo. Véase la denominación de algunos: "Itinerario de Bello", "En esta tierra de la libertad", "La patria adoptiva", "Americanismo e hispanismo", "El prosista y el poeta", "El polígrafo", "Varón memorable".

Cada palabra de Méndez Plancarte rezuma amor y comprensión por la grandiosa personalidad del Maestro. El manejo de la copiosa documentación enumerada en las notas bibliográficas, está hecho con suma destreza y probidad. Los aspectos fundamentales de la rica labor bellista se examinan por Méndez Plancarte de manera serena y ponderada. Por todo ello, puede recomendarse como un buen resumen interpretativo de Andrés Bello.

Queremos terminar con dos citas del prólogo referido, las cuales pueden dar idea de la comprensión, a la vez que del afecto, con que Méndez Plancarte ha cumplido en forma cabal el cometido confiado a su claro talento. Escribe: "«Señala rumbos no explorados» — decía don Andrés Bello en el prólogo de su *Gramática Castellana*. Y esa frase —no jactanciosa sino veraz— podría ser el lema de toda su labor civilizadora."

Al finalizar el prólogo, Méndez Plancarte concluye con estas palabras referidas a la obra acerca de Bello que había planeado la Secretaría de Educación Pública del Gobierno de México. Dice: "Pueda ella contribuir al mejor conocimiento de uno de los más egregios hombres nacidos en América. Todos los ideales por los que él luchó —educación integral del pueblo, autonomía cultural de América, libertad sin libertinaje, democracia sin demagogia, fraternidad hispanoamericana, unión continental, im-

perio incontrastable del Derecho, humanismo auténtico—, están todavía vigentes y muy lejos de haber sido plenamente realizados. Seamos fieles a estos ideales nobilísimos. Y un día, quizás, se dirá de nosotros lo que don Andrés Bello pudo —sin vana jactancia— afirmar de sí mismo: fué un «fiel servidor de la causa de América»."

No es exagerado, creemos, afirmar que no es pequeño el servicio que con este libro se hace a los estudiosos de América, pues el pensamiento de Bello puede fecundar ideas de validez actual en nuestro mundo. Y, además de ello, es de justicia el subrayar el volumen que comentamos.

PEDRO GRASES,
Caracas.

MÁXIMO SOTO HALL, *La niña de Guatemala.*—Guatemala, 1943. $1.00.

Toda contribución que tienda a esclarecer algunos puntos de la vida de José Martí, el héroe máximo de nuestras luchas de independencia, tiene en todos los cubanos franca y decidida acogida, mucho más en estos últimos tiempos en que con verdadera fruición se habla y se escribe sobre el Apóstol de las libertades de Cuba.

Máximo Soto Hall, distinguido guatemalteco, escritor y orador bien conocido en todo el continente, nos brinda en un exquisito libro su aporte personal al mejor conocimiento, no solamente de algunas de las actividades de Martí en Centroamérica, sino muchas de sus características primordiales de hombre privilegiado por su talento, por su pureza de alma y por su vasta erudición.

Soto Hall, que fué discípulo de Martí y que más tarde, siendo un joven, tuvo oportunidad de tratarlo nuevamente en Nueva York, nos comunica en su libro toda la emoción que desde muy niño experimentó cuando conoció al Maestro, a la que nadie podía sustraerse estando en su presencia: tal era el magnetismo personal que fluía de la fuerte personalidad de Martí, y tal el encanto peculiar que tenían su palabra y sus menores ademanes.

Con muy buen criterio, parte Soto Hall de la simpatía que había sentido Martí desde muy niño, por Guatemala, a través de las conversaciones tenidas con el que fuera, hasta la muerte, su entrañable amigo y compañero: Fermín Valdés Domínguez, miembro de una acaudalada familia guatemalteca residente en La Habana. De ahí que sintiera siempre vivos

deseos de conocer a la patria de su hermano de juegos primero, de estudios y sufrimientos más tarde. Y, para justificar también la simpatía recíproca que experimentaron el Apóstol y María García Granados, "la niña de Guatemala", desde el primer instante en que se conocieron, explica cómo ésta profesaba gran amor a Cuba, antes de que llegara Martí a Guatemala, a través de la palabra cálida y expresiva de don José Manuel Izaguirre, el eminente cubano que en el exilio fundara un colegio donde recibía educación la joven guatemalteca.

La estancia de Martí en Guatemala, su amistad con la familia García Granados, el estado cultural en que se encontraba por entonces la república hermana; su situación política de entonces; las costumbres de aquella época, etc., todo está relatado ampliamente en este libro de Soto Hall que, como dejamos dicho, enriquece en grado sumo la bibliografía martiana.

Distintas personalidades cubanas: José Joaquín Palma, el inmenso poeta cubano; Antonio y José Maceo, Flor Crombet, don Tomás Estrada Palma y otros invictos revolucionarios son citados también con gran reverencia por Soto Hall, ya que por su condición de fervorosos y ardientes patriotas tuvieron siempre su suerte ligada a la de Cuba y a la del máximo líder de la revolución cubana.

Para terminar, diremos que algunos de los delicados versos de José Martí están incluídos en el presente volumen. Son ellos: "La niña de Guatemala" y "María", que dedicó a María García Granados en una de las páginas de su álbum. También aparecen los bellísimos versos que en dicho álbum estampara José Joaquín Palma, intitulados: "A María García Granados".

ADELA JAUME,
La Habana.

BLANCA IRURZUN, *Emoción y sentido de mis llanuras.*—Rosario (Argentina), Editorial Ruiz, 1943.

En este libro, la escritora santiaguina doña Blanca Irurzun nos ofrece un panorama social auténtico de Santiago del Estero.

Blanca Irurzun es escritora de temperamento recio, que ocupa a conciencia su puesto en la vida y adopta en el momento en que vivimos una posición de sólida seriedad. Sabe que no puede actuar en el terreno de la literatura como en el de la ciencia o en el de la filosofía, con los ojos

XUM

puestos en otra cosa que no sea la humanidad, y así lo hace tomando su pulso para conocimiento de sus dolores y sus angustias. Y como conoce su tierra, no ignora que está a punto para ofrecerla tal como es, ya que en ella se dan las mejores expresiones de un espíritu fuertemente provinciano, conjugado con la magnífica postura de su soledad y de su miseria, que no han alcanzado a privarla de una calidad espiritual mediante la que no es posible realizar una obra perdurable en todos los órdenes de la actividad.

Libro recio y emotivo, *Emoción y sentido de mis llanuras* es el reflejo de un alma —la de la escritora— solidarizada con el dolor de su pueblo, que produce ese espectáculo soberbio que es erguirse por sobre las desgracias en expresiva espiritualización; porque Blanca Irurzun no se ha limitado como muchos escritores a soslayar con más o menos habilidad la cuestión social, sino que se ha dado generosamente, sin premeditación alguna, sin planes preconcebidos, a bucear en el alma popular y a estudiar sus naturales reacciones.

Ha tocado Blanca Irurzun una difícil empresa, que sus colegas coterráneos sorteaban no muy generosamente. Como maestra de relevantes condiciones, ella sabe que Santiago del Estero llora en su música, en su pintura, en su poesía, dolores ancestrales e inmensos. Y eso es lo que ha procurado captar y llevar al libro, con rara condición de juicioso intérprete de los veneros populares que tantas veces, por celo autóctono, se ocultan a las miradas foráneas.

Páginas fuertes, compuestas con pedazos de vidas y recortes de la llanura, del bosque, de los predios fecundados por el río Dulce, donde el verde es intenso y puede gozarse frescura de primavera, las de *Emoción y sentido de mis llanuras* son de belleza y hondura al par, indiscutibles, y sirven de probanza de los merecimientos de una escritora que ha despojado la tierra de Santiago del Estero de su pintoresquismo para uso del turista, y ha ajustado su examen y las expresiones que lo exponen, a una objetividad de tipo monográfico social.

Y esto, todo esto, es lo que más o menos tenía dicho en el prólogo al libro que me enorgullezco de haber suscrito.

FÉLIX MOLINA TÉLLEZ,
Rosario, Arg.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA, *Transitable cristal*.—Buenos Aires.

Transitable cristal es un empeñoso y elegante retorno al clasicismo. Sigue, en esto, el mismo camino de Bernárdez, Marechal, Borges, etcétera, que de esta manera, después de haber asumido una franca postura revolucionaria dentro de la poesía argentina, "regresan" a las formas tradicionales con el fin de ensamblar, tal vez proponiéndose lo contrario, con toda la generación lugoniana del Río de la Plata.

Examinado el libro dentro de estas características, podemos expresar desde luego que deja excelente impresión. González Lanuza es un hábil rimador que sabe ceñir la armonía y el cuerpo musical del poema. Aparte de ello —y esto es lo importante en toda creación poética— su verso respira lirismo. De tanto en tanto parece desear algo más brioso y substancial que la mera enumeración y la cadencia deleitosa, y entonces, como un chorro inesperado de un antiguo manantial, irrumpe sobre la estrofa el agua nutricia de las metáforas.

Lo más viviente y substantivo del libro se halla sin duda en sus églogas. Son cuatro, correlacionadas por un hilo metálico de trabajada materia. El metro es firme y sonoro; la idea y la emoción pasean por él como en territorio de soñados horizontes. Tal vez la más pura y significativa —esto del "significar" es otra ardua cuestión de la problemática de la poesía— sea la égloga tercera. Tal poema está henchido de un drama sutil del ser, viéndose cómo los líquidos de lo eterno —que no conocen descanso por lo mismo que muévense bajo la esencial tensión de su conquista— fecundan y entreabren los brotes invisibles de la esperada autenticidad. La primera égloga, en cambio, es lo mejor del libro en cuanto a efusión lírica y espontaneidad de canto.

Las otras partes del volumen están constituídas por "Tercetos al itálico modo" —lo menos denso y puro— y por una serie de sonetos de dispar calidad.

¿Acierta siempre González Lanuza? Cumple expresar que no. Hay instantes en su fluidez poética en que la felicidad musical y el orden caen inesperadamente; parece que le asalta de pronto un cansancio. Son instantes de descuido o de falta de insistencia, porque, repetimos, su verso es rotundo y armonioso. Tiene otro descuido: algunas veces habla donde debiera callar. Vamos al caso:

Sueña en su propia identidad blindado
y de obstinadas sombras defendido,
vagabundo, perdido,
por dentro iluminado
buscando al soñador que lo ha soñado.

El sentido de la estrofa está realizado en los dos primeros versos: los tres siguientes no agregan nada y, en cambio, quitan mucho. Esos dos primeros versos son completos porque constituyen un cosmos: cierran un orbe poético y espiritual magnífico. En todo caso debieron completarse, esta vez con cierto miraje estético, con los tres restantes de la estrofa:

Ofrécele tu nido
para amparar su claridad pequeña
y así serás tú mismo quien se sueña.

A pesar de tales lunares, que por otra parte los tienen con frecuencia los grandes poetas, la poesía de este cantor tiene momentos de esencial dicha creadora. Vamos a citar algunos versos sin comentario: "La recta luz bajaba de la altura — con crueldad de espada"; "La brisa de la aurora — cede a la golondrina — su ademán de pastora — y el rebaño de olas lo adivina, — mientras la blanca nube — hace más cielo al cielo donde sube."

González Lanuza tiene grandes versos que aparecen con plena existencia madura en todo cantor de verdad. He aquí algunos: "creció el cristal viviente de los trinos"; "zarza de coral en prietas llamas"; "se va a la oculta patria del rocío". Los grandes versos son siempre, como los grandes hombres, orbes solitarios. Creo, por ello, que la poesía de este artista es esencialmente metafísica. Su mejor soneto es la "Espera", donde se transfunde el jugo lírico en una angustia de sobrerrealidad; y en el soneto final, "Casi autorretrato", hierve la expresión y el sentido de ese orden profundo que evádese del corazón a cada instante.

Por último, leamos estos dos versos admirables, tal vez lo mejor del libro, donde el poeta despliega su bandera en total conquista de la belleza:

verde lloro de sauce
sobre la rubia soledad de arena.

La flor del aire es aire que florece.

RICARDO TUDELA,
Argentina.

BIBLIOGRAFIA

Notas Bibliográficas Sobre la Obra Poética de D. José María Roa Bárcena

I

RECTIFICACIONES

SI bien se considera a don José María Roa Bárcena (1827-1908) como uno de los primeros cuentistas mexicanos, la crítica de nuestros tiempos no juzga al ilustre jalapeño como uno de los grandes poetas nacionales. Y no pretendemos afirmar que la poesía de don José María sea superior a la de tantos otros bardos cuya sola evocación sería desventajosa para Roa. El autor de las *Leyendas mexicanas* pulsa la lira con la moderación que le fué tan característica tanto en su vida como en su obra: gusto clásico, sobrio y sencillo es el de Roa Bárcena, por afinidad, por atavismo, por tradicionalismo.

La obra poética juvenil de don José María se halla dispersa en diferentes revistas de 1843 a 1851, como *El Museo Mexicano*, *El Album Mexicano*, *El Espectador de México*, *El Locomotor*, *La Cartera Veracruzana* y *El Veracruzano*. Entre las otras revistas y publicaciones periódicas que dieron cabida a sus versos después de mediados del siglo XIX se cuentan *La Cruz*, *La Sociedad*, *El Renacimiento*, *La Voz de México*, *El Mensajero Católico*, *El Tiempo*, *La Voz de San Luis*, *Revista Azul*, *Revista Nacional de Letras y Ciencias* y las *Memorias de la Academia Mexicana*.

XUM

El primer tomo de poesías que publicó fué el de *Flores de mayo, o sea el mes de María*, en prosa y en verso, que apareció en 1856, con una segunda edición de 1909, rarísimas ambas ediciones. En *La Cruz*, ese famoso órgano de las ideas conservadoras donde tanto colaborara Roa, se publicó un artículo bibliográfico fechado el 26 de noviembre de 1856 y firmado por los "Redactores de *La Cruz*", en que se da noticia no sólo de la aparición del tomito en cuestión, sino que se reproduce la meditación, la oración y la poesía del día 1º de mayo, además de la introducción del libro. [1] Se dice ser un tomo en 16º, publicado en México por Escalante y Cía. De la segunda edición tenemos noticia por medio de don Ignacio Montes de Oca, obispo de San Luis Potosí y amigo íntimo de Roa Bárcena, así como su biógrafo más autorizado, en la "Introducción" a las *Obras poéticas* de nuestro bardo. [2]

En 1859 da a la luz su tomo de *Poesías líricas*, que se publicó tal vez poco después del 20 de agosto del mismo año, fecha que reza en la introducción, donde confiesa Roa que el único móvil de la publicación de sus versos fué "el natural deseo de mi familia y las escitativas de algunos amigos". [3] Lo dividió en dos partes: composiciones diversas que incluyen las originales y las traducidas o adaptadas, y composiciones religiosas, entre las que se incluyen varias, o tal vez todas, de las ya publicadas en *Flores de mayo*.

En 1862 aparecieron sus *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa, y algunos otros ensayos poéticos*, en que se encuentran, además de sus famosas leyendas mexicanas, nuevas traducciones y adaptaciones. En el año de 1865 parece que se publicó una segunda edición, aunque hasta ahora ningún crítico la menciona. Rebuscando aquí y allá dimos con un articulillo en *La Sociedad*, en que se dice que Agustín Masse, propietario de la Librería Mexicana, había publicado recientemente una obra de Roa Bárcena con el título de *Leyendas mexicanas*, y se anuncia que *El Correo de Ultramar* empezará a publicar "Xóchitl" para dar a sus lectores una muestra de estas leyendas. [4] Y en otro número de *La Sociedad* aparece en la sección de anuncios de la Librería Mexicana un tomo de *Leyendas* en 8º, "de cerca de 400 páginas, en buen papel y perfectamente impreso y empastado en tafilete", [5] anuncio que se repite con bastante regularidad por algún tiempo en dicho periódico. Es casi seguro que

se trata de una nueva edición, ya que de 1862 a 1865, fecha del artículo de *La Sociedad*, median tres años, plazo demasiado largo para que se considere reciente la publicación, sobre todo cuando va a reproducirse una de sus mejores leyendas para darla a conocer al público. También hay que recordar que la primera edición de 1862 tiene solamente 364 páginas.

En 1875, en edición de cien ejemplares, sale a la luz pública el tomito de *Nuevas poesías*. Aunque escrito en 1877, no es sino hasta 1879 cuando encontramos en edición de 50 ejemplares su poema *Vasco Núñez de Balboa*, con una nueva edición en 1880. El crítico colombiano Miguel Antonio Caro reúne en un volumen las *Poesías de Diego Fallon y José María Roa Bárcena*, en Bogotá, en 1882, colección tomada casi exclusivamente del tomo de *Leyendas mexicanas*. En edición de 150 ejemplares da don José María a la imprenta sus *Ultimas poesías líricas* de 1888. También se hallan algunas de sus poesías en la colección de Riva Palacio intitulada *El parnaso mexicano*, de 1889, pero desgraciadamente le faltan bastantes páginas al ejemplar que examinamos. Aunque escrito en 1851 y ya publicado en parte en *La Cruz* y totalmente en *Poesías líricas*, su *Diana* se da a la estampa separadamente en 1892 en edición de 50 ejemplares; y, con la aparición de las *Ultimas poesías líricas*, con Apéndice, hasta mediados de 1895, libro que se imprimió después del 30 de junio de dicho año y que no debe confundirse con la edición de 1888 del mismo título, tocan a su fin los tomos de versos publicados durante la vida del poeta. Póstumas son las *Flores de mayo* en su segunda edición, como ya dejamos anotado, y las *Obras poéticas*, primer tomo, que publicaron sus hijas en 1913. El segundo tomo de estas obras no llegó a publicarse, según me confesó en 1941 doña Concepción Roa y Villamil, hija del bardo, por la condición azarosa en que se encontraba el país en aquellos tiempos. Más tarde el papel, que ya se tenía comprado para dar a la imprenta este segundo volumen, se perdió.

Muchos son los periódicos y revistas que publicaron versos de Roa en vida y después de su muerte, como ya dijimos; merecieron varios de sus poemas los honores de antología, como ya mostraremos en una bibliografía que preparamos.

Pero tratemos ahora de rectificar algunos de los errores en que han incurrido varios críticos, errores bien disculpables por cierto,

XUM

dado el contado número de ejemplares en casi todas las ediciones de sus poemas.

Un diccionario enciclopédico dice que las *Leyendas mexicanas* "tuvieron segunda parte: *Cuentos y baladas del norte de Europa*; y tercera: *Composiciones diversas* (Méjico, 1862)". [6]

La enciclopedia Espasa-Calpe hace las tres clasificaciones, dando la fecha de 1862 a dos y dejando sin fechar los *Cuentos y baladas del norte de Europa*, añadiendo un tomo de *Poesías* de 1858, que sin duda es el de 1859. [7] Parece que los dos diccionarios enciclopédicos confundieron y separaron el título del tomo que se publicó en 1862, *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa, y algunos otros ensayos poéticos.*

Julio Cejador y Frauca, en su voluminosa historia literaria, habla de unas *Leyendas en verso*, *Poesías líricas* y *Leyendas* de 1858, de que no tenemos la menor mención y que serán otras ediciones como las de 1859 y de 1862. Añade unas *Ultimas poesías líricas*, de 1891, que creemos míticas también. [8]

Siguiendo a Cejador y Frauca, Estelle Lutrell da la fecha de 1858 para las *Poesías líricas* y las *Leyendas en verso*, y la edición de 1891 de *Ultimas poesías líricas*. [9]

En un artículo escrito por el investigador norteamericano S. L. Millard Rosenberg sobre la prosa mexicana, se afirma que las leyendas mexicanas "han sido traducidas a varios idiomas". [10] Por más pesquisas que hicimos no nos fué posible dar con una sola de esas traducciones y nos reservamos, por tanto, el decir que han sido traducidas, hasta no tener otros datos más concretos.

Don Julio Jiménez Rueda, en su excelente *Antología de la prosa en México*, nos da noticia de unas *Poesías* de 1858 y 1877 que son, sin duda, las *Poesías líricas* de 1859 y las *Nuevas poesías* de 1875, respectivamente. [11]

En el prólogo que escribió el mismo estudioso profesor Jiménez Rueda a los *Relatos*, antología que publicara la Universidad Nacional Autónoma en 1941, incluyendo algunos cuentos y biografías de don José María, apunta dicho señor que Roa "reunió sus primeras poesías en el año de 1858". [12] No dudamos que se hayan reunido en dicho año, pero, como ya dejamos dicho en otra parte, las *Poesías líricas*,

que son a las que indudablemente se refiere el historiador de nuestra literatura, son de 1859.

Parece que quien originó este error de la publicación en 1858 del ya tantas veces mencionado tomo de *Poesías líricas* fué don Victoriano Agüeros, al hablar de los *Escritores mexicanos contemporáneos.* [13]

En cambio, el erudito González Peña apunta que la *Diana* se publicó en 1857, edición que es probable que no exista. [14] El crítico mexicano tal vez se refiera a 1851, fecha en que se escribió este poema narrativo de la juventud de Roa; aunque es cierto que en *La Cruz* (tomo II, pp. 589-590) se insertó el canto II de la primera parte, pero no se publicó más. En 1859 apareció en su totalidad, y creemos por primera vez, en las *Poesías líricas*, pp. 93-213. Más tarde, en 1892, se publica separadamente, como ya quedó anotado, para ser reproducida en las *Obras poéticas* de 1913, pp. 197-332.

En la *Bibliografía de la poesía mexicana*, de los señores Torres-Rioseco y Warner, en la lista que se hace de las obras poéticas de don José María notamos la ausencia de las *Nuevas poesías* de 1875, de las *Ultimas poesías líricas* de 1895 y de las ediciones de 1879 y 1880 del *Vasco Núñez de Balboa.* [15]

Por último, y más recientemente, el erudito Werner Peiser, en la bibliografía de su artículo "El humanismo en la literatura mexicana", nota un tomo de *Poesías* de Roa Bárcena, de 1889, que sin la menor duda creemos se refiere a las *Ultimas poesías líricas* de 1888. [16]

En unos ligeros apuntes bibliográficos no viene al caso dar un juicio sobre la obra poética del señor Roa Bárcena, pero hay que observar que, precisamente por el poco conocimiento que se tiene ahora de los versos de tan insigne literato, se le ha sepultado en el panteón del olvido. Las ediciones, poco conocidas, reducidísimas y casi no leídas, contribuyeron no poco a desmoronar el prestigio literario que se había formado don José María Roa Bárcena. Nos limitaremos a señalar que como poeta es Roa, si no grande, sí distinguido. Su misma corrección y razón no le permiten dar rienda suelta a su inspiración: el decoro, y siempre el decoro, fué la norma de su poesía, como lo fué de su vida. Fué buen poeta, excelente versificador, cualidades insuficientes para sobresalir en la tierra en que los buenos y aun los grandes poetas abundan.

II

CRONOLOGIA DE LAS OBRAS POETICAS DE DON JOSE MARIA ROA BARCENA

(A continuación damos una lista de los tomos de versos solamente, reservándonos para más tarde la bibliografía de los poemas que aparecieron en publicaciones periódicas.)

1856

Flores de mayo, o sea el mes de María, México, Escalante y Cía. (Publicado antes del 26 de noviembre de 1856, según se afirma en *La Cruz*, III, pp. 538-542.)

1859

Poesías líricas, Edición de "La Sociedad", México, Imprenta de Andrade y Escalante. 396 páginas. (Con un prólogo de "El autor al lector". Publicado después del 20 de agosto.)

1862

Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa, y algunos otros ensayos poéticos, México, Editor, Agustín Masse, Librería Mexicana. 364 páginas.

1865

Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa, y algunos otros ensayos poéticos, segunda edición, México, Librería Mexicana (?). (Según *La Sociedad*, tercera época, tomo V, Nº 748, lunes 10 de julio de 1856, p. 3; y también el tomo VI, Nº 1111 del miércoles 11 de julio de 1866 del mismo periódico. Tal vez fué Agustín Masse quien publicó esta segunda edición que discutimos en el texto.)

1875

Nuevas poesías, México, Imprenta de Ignacio Escalante, edición de cien ejemplares. 78 páginas.

1879

Vasco Núñez de Balboa, 1877, México, Imprenta de Ignacio Escalante, edición de 50 ejemplares. 50 páginas.

1880

Vasco Núñez de Balboa, 1877, México, Imprenta de Ignacio Cumplido. 63 páginas.

1882

Poesías de Diego Fallon y José María Roa Bárcena, Bogotá, Librería Americana.

1888

Ultimas poesías líricas, México, Imprenta de Ignacio Escalante, edición de 150 ejemplares. viii, 216 páginas.

1892

Diana, escrito en 1851, México, Imprenta Ignacio Escalante, edición de 50 ejemplares. 112 páginas. (Con un corto prólogo "A don Rafael Delgado". Publicado después del mes de julio.)

1895

Ultimas poesías líricas, apéndice hasta mediados de 1895, México, Imprenta de Ignacio Escalante, edición de 150 ejemplares. 104 páginas. (Con un prólogo de "El autor al lector" en que figuran tres cartas de Menéndez y Pelayo a Roa Bárcena. Impreso después del 30 de junio.)

1908

Muerte de don José María Roa Bárcena en la ciudad de México, a las nueve y cuarto de la mañana del 21 de septiembre.

1909

Flores de mayo, o sea el mes de María, segunda edición, México. (Según el obispo Montes de Oca, en la introducción de las *Obras poéticas* de Roa Bárcena, 1913, p. 82.)

1913

Obras poéticas, publícanlas sus hijas con una Introducción por don Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis Potosí, tomo I, Méjico, Imprenta I. Escalante, S. A. Edición completa de 200 ejemplares numerados. 742 páginas. (Apareció después del mes de abril.)

RENATO ROSALDO,
Universidad de Illinois,
Urbana, Illinois.

NOTAS

1 *La Cruz, México,* Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856, tomo III, pp. 538-542.

2 José María Roa Bárcena, *Obras poéticas.* Introducción por don Ignacio Montes de Oca y Obregón, tomo I, Méjico, Imprenta de I. Escalante, S. A., 1913, p. 82.

3 José María Roa Bárcena, *Poesías líricas,* edición de "La Sociedad", México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1859, p. 7.

4 *La Sociedad,* tercera época, tomo V, Nº 748, lunes 10 de julio de 1865, p. 3.

5 *Ibid,* tercera época, tomo VI, Nº 1111, miércoles 11 de julio de 1866, p. 3.

6 *Diccionario enciclopédico hispano-americano de literatura, ciencias y artes,* tomo XXV, apéndice, Barcelona, Montaner y Simón, Editores, 1899, p. 855.

7 *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana,* tomo LI, Madrid. Espasa-Calpe, S. A., 1926, p. 944.

8 Julio Cejador y Frauca, *Historia de la lengua y literatura castellana comprendidos los autores hispano-americanos,* tomo VIII, Madrid, Tip. de la "Revista de Archivos, Bibl. y Museos", 1918, p. 245.

9 Estelle Lutrell, *Mexican Writers,* Tucson, Arizona, 1920, pp. 50-51.

10 S. L. Millard Rosenberg, "La prosa mexicana", en *Hispania,* Stanford University, California, vol. XIII, 1930, p. 16.

11 Julio Jiménez Rueda, *Antología de la prosa en México,* México, Publicaciones de la Universidad Nacional, 1931, p. 145; así como también en la p. 283 de la segunda edición de dicha obra que publicara Botas en México en 1938.

12 José María Roa Bárcena, *Relatos,* Selección y prólogo de J. Jiménez Rueda, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 28, 1941, p. xviii.

13 Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos,* México, Imprenta Ignacio Escalante, 1880, p. 70.

14 Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana,* México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928, p. 301; y también

en la p. 166 de la segunda edición que dieron a la estampa las Editoriales Cvltvra y Polis, S. A., en 1940.

15 Arturo Torres-Rioseco y Ralph E. Warner, *Bibliografía de la poesía mexicana*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1934, p. 74.

16 Werner Peiser, "El humanismo en la literatura mexicana", en la *Revista Iberoamericana*, tomo IV, Nº 8, 15 de febrero de 1942, México, D. F., p. 377.

INFORMACION

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

HACE un año partió para siempre ese generoso espíritu que en vida se albergó en el cuerpo de don Enrique Díez-Canedo. ¿Qué oportunidad más propicia para la REVISTA IBEROAMERICANA que recordar, en estas páginas consagradas preferentemente a las letras de España y América, a quien tuvo siempre para los escritores de este Continente una palabra de aliento, un juicio sereno e imparcial, un cordial estímulo para todo lo que significara expresión de la vida hispanoamericana?

Nacido en Badajoz en 1879, estante en Cataluña en sus años mozos, concurrente asiduo al Ateneo de Madrid, adiestrado en París en el aprendizaje de las lenguas, especialmente de la francesa, para ser, más tarde, director de la Escuela de Idiomas de Madrid, Embajador en Suramérica al servicio de la República Española, venido a México para formar parte integrante de la vida intelectual de la metrópoli, por todas partes creó afectos, estrechó amistades, dejó huella honda de su paso, en la cátedra, en el libro, en la revista, por su finura, su ingenio, su cultura.

Sabía ejercer la crítica literaria, especialmente la dramática, sin dogmatismo repelente. Su buen humor, su ironía a flor de labio, sabía evitar todos los escollos de una situación espinosa. Queda ahí lo que escribió, como documento vivo en una época de capital interés para las letras iberoamericans.

Como crítico, dice Federico de Onís, "es la figura capital de toda la época (se refiere al Modernismo): su situación cronológica en el centro de ella le ha permitido conocerla directamente en toda

su evolución; su temperamento intelectual, abierto y sereno, le ha hecho entenderla en todas las escuelas; su cultura, penetración y buen gusto le han capacitado para juzgarla".

Sobre la mesa está el libro póstumo de este generoso y noble amigo. Dice la portada: *Letras de América.* Alfonso Reyes, a quien tanto quiso, destaca en el prólogo lo que América le debe, por haber sido entendida en el mundo y haber llegado a la mayoría de edad, en materia de universalidad hispánica.

Al cumplirse el año de su tránsito, nos parece que está todavía cerca de nosotros; que asciende un poco fatigado, por las escaleras de la Facultad de Filosofía y Letras, al caer la tarde; que oímos su voz, que escuchamos su ceceo, a través de la puerta entornada, para perderse en el patio resonante de otras voces amigas.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

Good Reading from the Norton Spanish List

FIRST YEAR

Cuentos y Versos Americanos.
Compiled and Edited by DONALD D. WALSH.
A popular selection of "cuentos" and verse from thirteen Spanish-American countries that is at once representative of the literary heritage of Spanish America and easy enough for the second semester student.
With notes, exercises and vocabulary. Price, $ 1.45

INTERMEDIATE

El Zarco. By IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.
Edited by RAYMOND L. GRISMER and MIGUEL RUELAS.
With notes and vocabulary. Illustrated. Price, $ 1.45

El Indio. By GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES.
Edited by E. HERMAN HESPELT.
With notes and vocabulary. Illustrated. Price, $ 1.45

Las Lanzas Coloradas. By ARTURO USLAR PIETRI.
Edited by DONALD D. WALSH.
With notes, exercises and vocabulary. Price, $ 1.65

El Aguila y la Serpiente. By MARTÍN LUIS GUZMÁN.
Edited by ERNEST MOORE.
With notes and vocabulary. Price, $ 1.65

Seis Relatos Americanos.
Edited by DONALD D. WALSH.
Presents in one volume novels and whole sections of novels that are representative of the work of important Spanish-American authors.
With notes and vocabulary. Price, $ 1.65

Cuentos Contemporáneos.
Edited by DORIS K. ARJONA and EDITH F. HELMAN.
This perennial favorite presents for student reading eighteen short stories — including the work of the great writers of modern Spain.
With notes and vocabulary. Price, $ 1.45

W · W · NORTON & COMPANY · INC.
70 Fifth Avenue New York 11

A Standard Elementary Text

SPANISH GRAMMAR

By GEORGE I. DALE *and* THOMAS G. BERGIN, *both of Cornell University.*

THIS elementary textbook is distinctive for its sequence, logic, clarity of grammar and verb exposition, for the frequent recurrence of well-organized review lessons, and for the definite crescendo provided in length and difficulty of lessons. Exercises actually *put into practice all* the vocabulary, idioms, verbs and syntax introduced in a given lesson. Current allusions as to "Good Neighbor Policy" are introduced with ease and complete naturalness.

Here are some of the institutions that have adopted this text: Syracuse University, University of Virginia, State College (Albany), Hobart College, New York University, University of New Mexico, Elmira College, Allen University, Pembroke-Country Day School, Johns Hopkins University, University of Maine, etc.

251 Pages. Price $ 1.75

A New Second Year Text

SPANISH REVIEW GRAMMAR

By H. LOSS, *Carleton College.*

A particularly strong grammar covering the material generally accepted as essential review for second-year Spanish. Aim is simplicity and clearness. Words, idioms, constructions are repeated in the conviction that a mastery of a basic group is worth more than an uncertain knowledge of a broad general list. The reading material deals with that interesting period in South American history between the age of the conquistadores and the founding of the republics.

Some of the early adoptions of this text include: Brown University, University of Oregon, Swarthmore College, Wayland College, Princeton University, Colby College, University of Kentucky, Grinnell College, Lindsey Wilson Junior College, Louisiana State University, etc.

272 Pages. Price $ 1.75

The Ronald Press Company *Publishers*

15 East 26th Street New York, 10

PUBLICACIONES
del
INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DE AMÉRICA

Constituirá no sólo una selección de autores y de obras iberoamericanas, sino también una historia de la literatura iberoamericana, en cien tomos. En cada tomo, la selección literaria irá acompañada de un estudio biográfico y crítico, notas explicativas y bibliografía.

Se han publicado los siguientes tomos:

	Estados Unidos	Otros países
I. *Antología poética*, de Manuel González-Prada	2.50 Dls.	2.00 Dls.
II. *Prosas y versos*, de José Asunción Silva	2.00 „	1.50 „
III. *Cuentos*, de Horacio Quiroga . . .	2.50 „	2.00 „
IV. *Flor de tradiciones*, de Ricardo Palma	2.50 „	2.00 „
V. *Don Catrín de la Fachenda*, de J. Joaquín Fernández de Lizardi . . .	2.50 „	2.00 „

COLECCIÓN LITERARIA, SERIES A Y B

Amplia y verdadera antología de la poesía iberoamericana contemporánea, editada por Carlos García-Prada. Se publica en dos series. La Serie A es parte integrante de la REVISTA IBEROAMERICANA, órgano del *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. La Serie B se publicará en cuadernos separados. Todas las selecciones irán acompañadas de estudios y noticias biográficas y bibliográficas.

De la Serie A se han publicado:

	Estados Unidos	Otros países
I. *15 poemas*, de Porfirio Barba Jacob .	.50 Dls.	.40 Dls.
II. *16 poemas*, de León de Greiff . .	.50 „	.40 „
III. *42 poemas*, de Luis C. López . . .	.50 „	.40 „
IV. *17 poemas*, de Julio Vicuña Cifuentes	.50 „	.40 „
V. *35 poemas*, de Rafael Arévalo Martínez	.50 „	.40 „
VI. *36 poemas* de autores brasileños . .	.50 „	.40 „
VII. 22 *poemas*, de Arturo Torres-Rioseco	.50 „	.40 „

Pedidos a:

MARTIN E. ERICKSON

Louisiana State University. Baton Rouge, Louisiana.

NUEVO PRECIO DE NUMEROS ATRASADOS

DE LA

REVISTA IBEROAMERICANA

Por el aumento de suscritores que solicitan los primeros números de REVISTA IBEROAMERICANA y la demanda constante de los mismos, por parte de instituciones y particulares que desean tener sus colecciones completas, se hallan a punto de agotarse los números atrasados, que previsoramente se conservaban.

En vista de ello, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana se ha visto obligado a aumentar el precio de esos números atrasados de la REVISTA, órgano del mismo.

Los precios fijados, por ahora, a los cuatro primeros números, son los siguientes (en dólares):

Número	Estados Unidos	Otros países
1	2.75	2.25
2 y 3	2.50	2.00
4	2.00	1.50
5 y siguientes	1.50	1.00

Como es fácil advertir por dichos precios, en la venta de esos números atrasados se hacen concesiones análogas a aquellas de que disfrutan los suscritores de la REVISTA IBEROAMERICANA, fuera de los Estados Unidos.

Pedidos a:

MARTIN E. ERICKSON

Louisiana State University. Baton Rouge, Louisiana.

XUM

MEMORIA

OF THE SECOND INTERNATIONAL CONGRESS OF PROFESSORS OF IBERO-AMERICAN LITERATURE

An excellent collection of studies in Latin American Literature and Philology which contains contributions by many of the most distinguished scholars in the field from Latin America, Spain, and the United States. Only a limited number of copies are available.

A volume of more than 400 pages ..... $ 3.50

OTHER BOOKS ON HISPANIC SUBJECTS

Grandes novelistas de la América Hispana, with detailed biographical, critical material, and analyses of their works, by Arturo Torres-Rioseco, Professor of Spanish American Literature in the University of California ..... (cloth) 3.50

La Novela en la América Hispana, by Arturo Torres-Rioseco ..... (paper) 0.75

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century, by Irving A. Leonard ..... (paper) 2.75

Spain's Declining Power in South America, the years 1730-1806, by Bernard Moses ..... (cloth) 3.00

The Civilization of the Americas, by Simpson, Beals, Priestley, Alsberg, González, Fitzgibbon ... (paper) 1.00

Essays in Pan-American, by Joseph B. Lockey .. (cloth) 2.00

Beside the River Sar: Selections from *En las Orillas del Sar* by Rosalía de Castro, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Sonnets and Poems of Anthero De Quental, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Studies in the Administration of the Indians of New Spain, by L. B. Simpson ..... Vol. I & II 1.50
Vol. III 1.75
Vol. IV In Press

AND OTHERS. WRITE FOR LIST.

ORDERS SHOULD BE SENT TO THE BERKELEY OFFICE

The University of California Press
Berkeley and Los Angeles, California

MEMORIA

DEL

TERCER CONGRESO INTERNACIONAL
DE CATEDRATICOS

DE

LITERATURA IBEROAMERICANA

Publicada por

UNIVERSIDAD DE TULANE — INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Tomo de más de 250 páginas y 12 trabajos en torno al tema "El nuevo mundo en busca de su expresión"

TRABAJOS:	AUTORES:
La empresa de América y el sentido de la libertad	José María Chacón y Calvo
O homem cósmico de América	Afrânio Peixoto
Conceitos históricos da América brasileira	Gilberto Freyre
Crisis europea, cultura americana	César Barja
Americanismo y americanidad	Baldomero Sanín Cano
México en busca de su expresión	Julio Jiménez Rueda
La eternidad de España en América	Federico de Onís
La democracia en América	Alberto Zum Felde
Who speaks for New World Democracy	Henry Seidel Canby
Posición de América	Alfonso Reyes
La expresión literaria de América	Antonio Aita
La poesía hispanoamericana del presente y del porvenir	Arturo Torres-Rioseco

Contiene, además, un Prefacio de Arturo Torres-Rioseco

Discursos de los señores

John E. Englekirk — Alfred Coester
Rufus Carrollton Harris — Mariano Picón-Salas
Carlos García-Prada

Noticias sobre otros trabajos y una documentación completa del programa y de las actas del Congreso

$ 3.00 en los Estados Unidos — $ 2.00 en los demás países

Pedidos a:

MIDDLE AMERICAN RESEARCH INSTITUTE

Tulane University

NEW ORLEANS, LOUISIANA

XUM

MEMORIA

DEL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE CATEDRATICOS DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Publicada por

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

PREFACIO DE MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

UN TOMO DE MÁS DE 200 PÁGINAS, $ 1.50

Pedidos a:

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

SE PUBLICARA EN MAYO

QUINCE CENTAVOS

(Un día de vida en Buenos Aires)

El gran dramaturgo y cuentista Martínez Orozco nos presenta aquí treinta escenas dramáticas de la vida diaria de una familia bonaerense. Con su acostumbrada gracia y su sutil buen humor interpreta la vida actual de la capital argentina. Así es que esta obra viene a ser una simpática introducción al pueblo argentino, a sus costumbres, y a su lengua.

OBRA DE JOSE MARTINEZ OROZCO
EDITADA POR HARRY KURZ, QUEENS COLLEGE

HENRY HOLT AND Co.

THE INTER-AMERICAN MONTHLY

A new publication devoted to reporting and interpreting life in the Americas. Edited by John I. B. McCulloch, former editor of Pan American News and The Inter-American Quarterly — and incorporating both publications.

The Inter-American Monthly is an invaluable source of timely information on politics, headline personalities, art, music, literature, trade and finance, education — comprehensive, authoritative, and realistic.

Free sample copy on request.

Subscription rates: 3 years — $7, 2 years — $5, 1 year — $3.

Special rates for classroom use.

THE INTER-AMERICAN MONTHLY

1200 National Press Bldg. **Washington, D. C.**

TULANE UNIVERSITY, colocada estratégicamente en la ciudad de New Orleans, se interesa vitalmente en el desarrollo de una fraternidad más cordial entre las Américas, y por medio de su departamento de español y su Instituto de Middle American Research trabaja hacia este fin. La Universidad saluda al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana como a una organización dedicada al mismo ideal, según se lee en su lema: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

THE TULANE UNIVERSITY OF LOUISIANA

New Orleans

NEW READING TEXTS

EN BUSCA DE ORO NEGRO

By JUAN E. CASTELLANO

Vanderbilt University

An excellent adventure story for use in the second semester's reading. Picturing the wild rubber industry of the upper Amazon jungles, Castellano tells an exciting story in simple idiomatic language, supplemented with much conversational material. *(Ready in April.)*

vi + 153 pages, illus. $ 1.25

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

By CIRO ALEGRÍA

Edited by G. E. Wade
and W. E. Stiefel
University of Tennessee

This winner of the 1941 Latin-American prize has been edited for use in the second year of Spanish reading. It gives a vivid picture of the northern Peruvian *sierra* and the life of the people. *(Ready in May.)*

TEACHERS: Write for further information, or examination copies, to:

F. S. CROFTS & CO. 101 Fifth Ave. New York 3, N. Y.

An important contribution to the advancement of Inter-American cultural study

INTRODUCCIÓN A LA CIVILIZACIÓN HISPANOAMERICANA

By RICHARD PATTEE.

IN PRESS

This long-needed text for advanced students of Spanish gives a vivid, comprehensive survey of the historical, cultural, and political development of the various Central and South American countries.

D. C. HEATH AND COMPANY

Boston New York Chicago Atlanta San Francisco Dallas London

The ANTOLOGIA POETICA of MANUEL GONZALEZ PRADA, first in the series CLASSICS OF LATIN AMERICA to be published under the auspices of the International Institute of Ibero-American Literature, is now for sale at $2.50.

The anthology contains nearly 400 pages, is beautifully printed, carries an excellent introduction and many notes by Carlos García-Prada, and is to date the finest single volume representing the works of the famous Peruvian master.

COPIES ARE LIMITED, SO PLEASE PLACE ORDERS AT ONCE WITH MARTIN E. ERICKSON, LOUISIANA STATE UNIVERSITY, BATON ROUGE, LA.

OBRAS POSTUMAS DE GONZALEZ-PRADA

Trozos de vida (1933) — Poemas	$ 1 00
Bajo el oprobio (1933) — Panfleto contra las tiranías militares en América Latina	0 75
Baladas peruanas (1935) — Poemas	0 50
Anarquía (1936) — Artículos sociales	0 50
Nuevas páginas libres (1937) — Ensayos	0 75
Grafitos (1937) — Epigramas	1 25
Figuras y figurones (1938) — Artículos políticos	0 75
Libertarias (1938) — Poemas	1 00
Propaganda y ataque (1939) — Artículos religiosos y políticos	0 75
Baladas (1939) — Poemas	1 50

De venta en

LA PRENSA, 245 Canal Street, New York.

Para remitir por correo, por cada libro.... 15 centavos
„ „ C. O. D. „ „ „ .... 25 „
No envíe dinero suelto por correo. — Use cheque o giro postal.

THE SPANISH AND PORTUGUESE TEACHERS' JOURNAL

HISPANIA

Established 1917

AURELIO M. ESPINOSA, *Editor 1917-1926;*
ALFRED COESTER, *Editor 1927-1941*

Published by the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese

Editor, HENRY GRATTAN DOYLE, The George Washington University, Washington, D. C.

Associate Editors, WILLIAM BERRIEN, MICHAEL S. DONLAN, AURELIO M. ESPINOSA, JR., E. HERMAN HESPELT, EDDIE RUTH HUTTON, MARJORIE JOHNSTON, WALTER T. PHILLIPS, STEPHEN L. PITCHER, FLORENCE HALL SENDER.

Advertising Manager, DONALD D. WALSH, The Choate School, Wallingford, Connecticut.

HISPANIA appears four times a year, in February, May, October, and December. Subscription (including membership in the Association), $2.00 a year; foreign countries, 40 cents additional for postage. Each number contains practical and scholarly articles for teachers of Spanish and Portuguese, including helpful hints for teachers new to the field. A sample copy will be sent on request to the Secretary-Treasurer of the Association. Addres subscriptions and inquiries about membership to: GRAYDON S. DELAND, *Secretary-Treasurer*, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, Denison University, Granville, Ohio.

HISPANIA is an ideal medium through which to reach the organized Spanish and Portuguese teachers of the United Satates. For advertising rates, address the *Business Manager*.

Articles, news notes, and books for review should be addressed to the *Editor*.

A LA UNIDAD
POR LA CULTURA
•

AMERICA

HABANA, CUBA
DIRECCION
Y ADMINISTRACION
Paseo de Martí 116
TELEFS: M-9665 M-3700

REVISTA DE LA ASOCIACION DE ESCRITORES Y ARTISTAS AMERICANOS

PRECIO DE SUSCRIPCION $2.00 DOLARES

LIBRERIA
"CERVANTES"
DE
JULIO SUAREZ

Lavalle, 558 **Buenos Aires**

LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS, RAROS Y CURIOSOS, REFERENTES A LA AMERICA DEL SUR

Sección especial al servicio de NOVEDADES (Historia, Literatura, Derecho, Ciencias y Artes) en las condiciones más ventajosas

Unica agencia de la REVISTA IBEROAMERICANA, en la Argentina

OLD AND RARE LATIN AMERICAN BOOKS

FRANZ C. FEGER
70 Fifth Avenue
NEW YORK 11, N. Y.

Remos y Rubio, Juan J: Historia de la literatura cubana. Habana, 1945, 3 vols., cloth. $15.00

Sánchez, Luis Alberto: Nueva historia de la literatura americana. B. A., 1944, cloth... 3.60

Vela, David: Literatura guatemalteca. Guatemala, 1944, 2a. edic. Tomo II 3.50

NOTICE TO MEMBERS

PLEASE patronize our advertisers and thus contribute to the financial support of your institute. Our advertisers have splendid collections of Latin American books at prices no higher than you would pay elsewhere. When ordering from them, please mention the *REVISTA*.

THANK YOU

NOSOTROS

Revista Literaria

Directores:
Alfredo Bianchi
y Roberto F. Giusti

Av. de Mayo 1370, Piso 5º
BUENOS AIRES, ARG.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica

Director:
Joaquín García Monge

APARTADO LETRA X
S. JOSE DE COSTA RICA

Revista Nacional de Cultura

Director:
José Nucete Sardi

Ministerio de Educación Nacional

CARACAS, VENEZUELA

ATENEA

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

Directores:
Enrique Molina
y Domingo Melfi

Secretario:
Félix Armando Núñez

Mutual de la Armada y Ejército
SANTIAGO DE CHILE

HISPANIC REVIEW

A Quarterly Journal Devoted to Research in the Hispanic Languages and Literatures

Editors: M. Romera-Navarro and Otis H. Green

Published by
The University of Pennsylvania Press, Philadelphia 4, Penn., U. S. A.

Subscription price: $ 4.00 a year; single issue, $ 1.25

XUM

XUM